



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSA



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSA, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

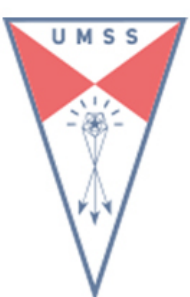


cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

466



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

DE LOS ANDES AL AMAZONAS

RECUERDOS DE LA CAMPAÑA DEL ACRE



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

Valencia del Acre, 1900 - 1903 - Narciso

N

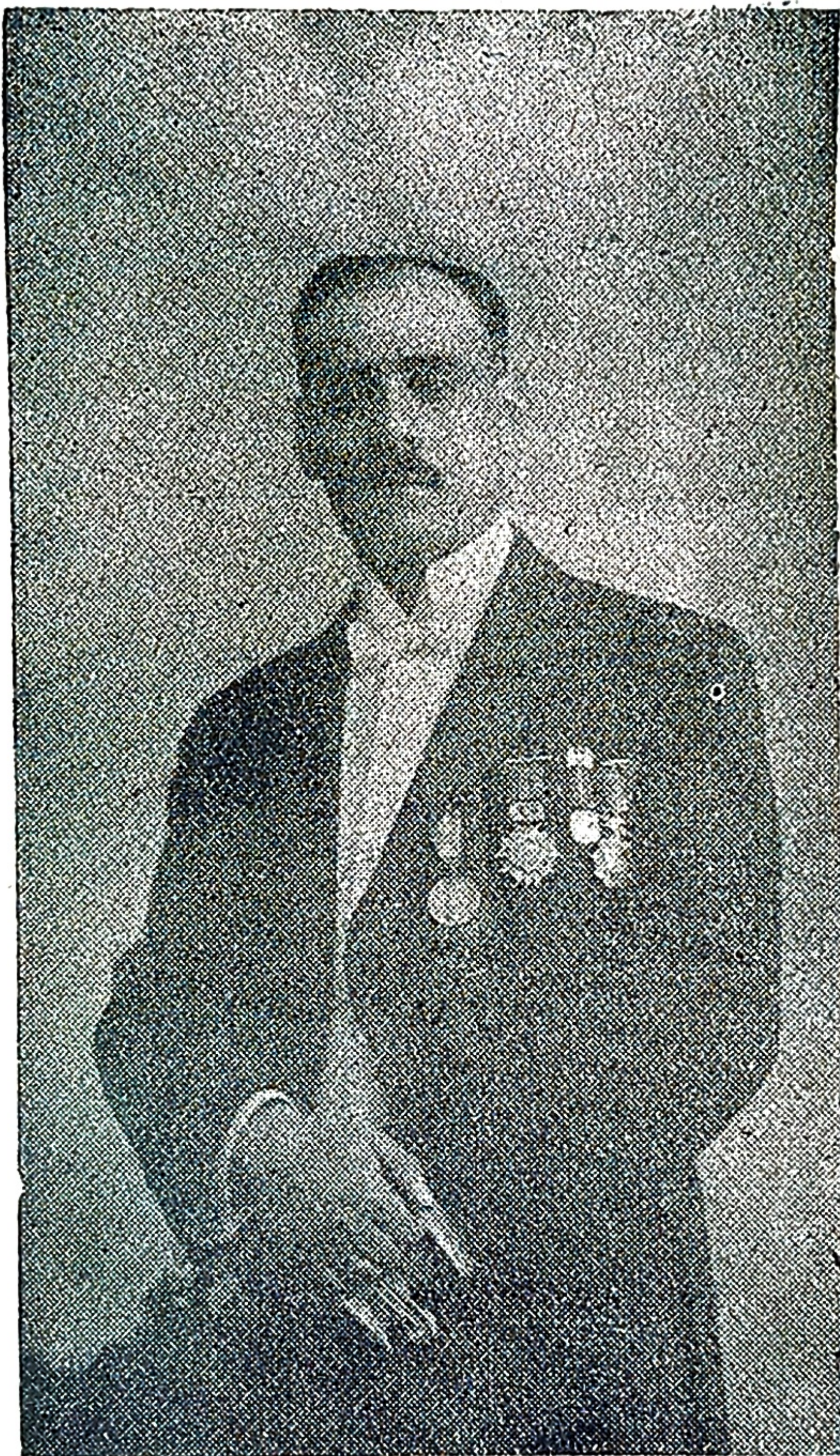
B

984.0562

984.0521

A31

A31



J. Guzmán Khair



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

Memorias personales

Número del Nuevo

Inventario... 12...

JOSÉ AGUIRRE ACHÁ

INVENTARIADO

No. 280804

28 de Mayo de 19 87



DE LOS ANDES AL AMAZONAS

RECUERDOS DE LA CAMPAÑA DEL ACRE

SEGUNDA EDICION

ANOTADA Y AMPLIADA POR EL AUTOR

Obra comprada de

Cristina Aguilar

En 2f - VI - 44

Por Ps. 40. - -

Nº. de Ingreso 9754



BOLIVIA

EDITORIAL "RENACIMIENTO" - LA PAZ, PLAZA MURILLO

1927



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS -
UMSS, was made possible through the decisive support of the
Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

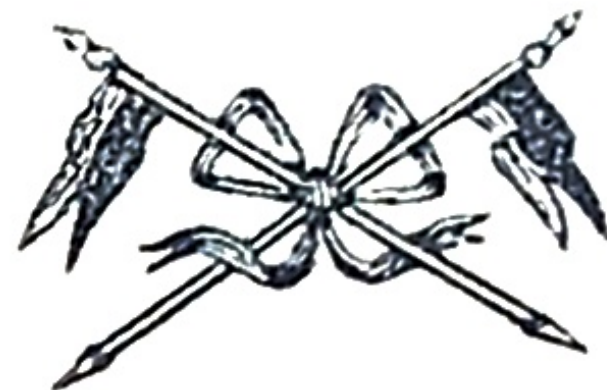
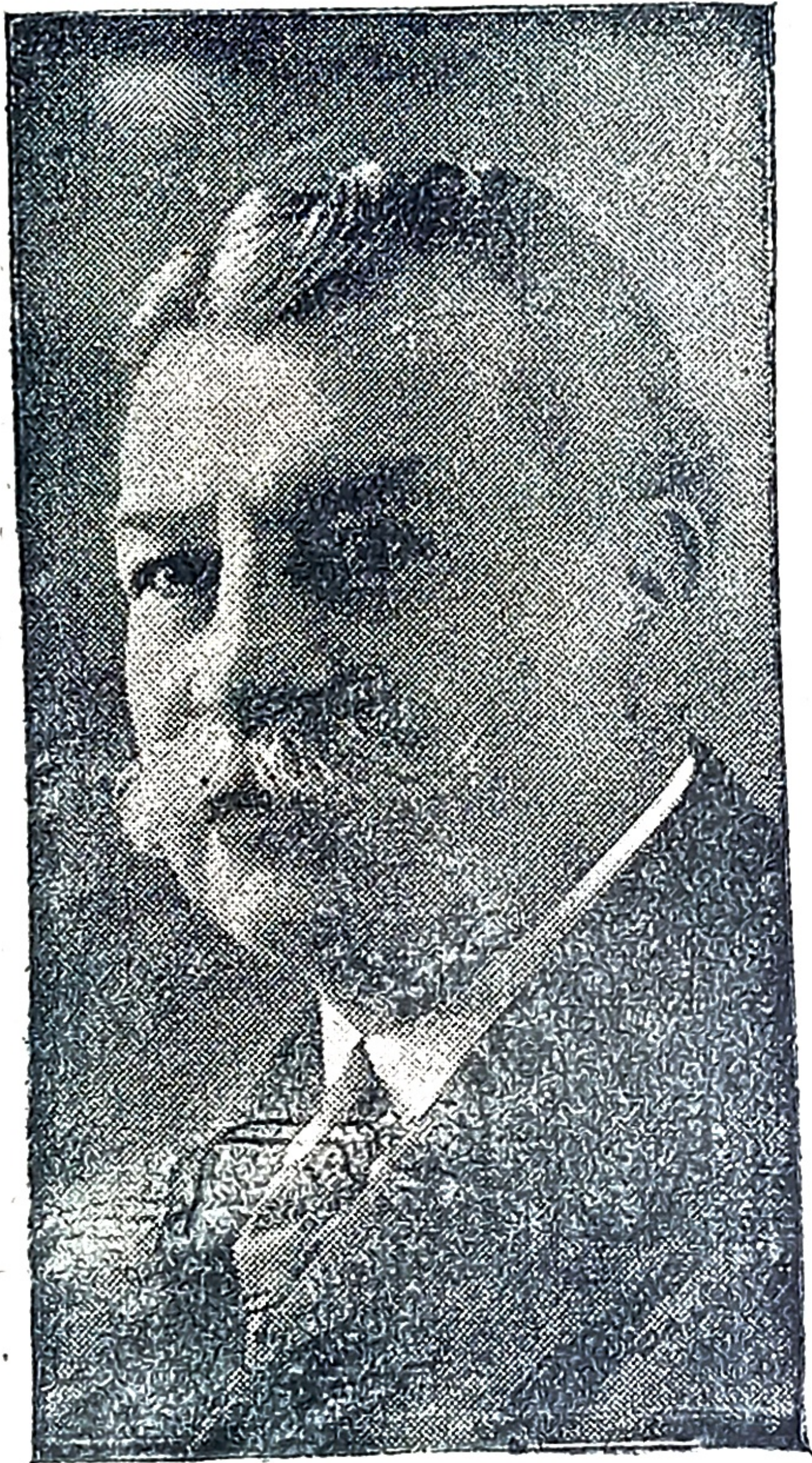
ES PROPIEDAD DEL AUTOR



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS -
UMSS, was made possible through the decisive support of the
Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



DEDICATORIA

Al General

Ismael Montes

Presidente de la República

en 1904 - 1909

y en 1913-1917,

quien, siendo coronel y en su calidad de Ministro de la Guerra, comandó en 1900 las fuerzas pacificadoras del Acre.

Su consecuente amigo,

El autor



La Paz, 1927.



INTRODUCCION

Agotada como se halla la primera edición del libro de memorias que don José Aguirre Achá escribió en 1902 sobre su viaje al Amazonas y la campaña del Acre, no sólo hemos obtenido la licencia necesaria para publicar esta segunda edición profusamente ilustrada, sino que, en vista de la gran demanda de la obra y del creciente interés que ella ha despertado en el extranjero, el autor ha creído conveniente ampliarla, mediante notas de actualidad que permiten apreciar los progresos realizados por el país en los últimos veinticinco años, y completarla con una descripción sucinta de las posteriores expediciones, para presentar así, en su aspecto múltiple y conjunto, aquel heroico aunque estéril esfuerzo de la patria boliviana.

Los Editores.

Octubre, 1927. —

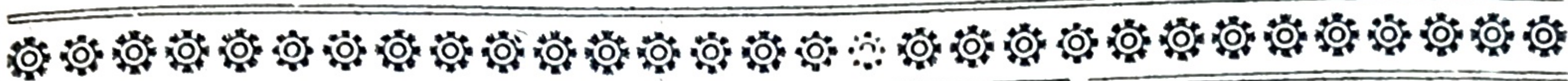


cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS -
UMSS, was made possible through the decisive support of the
Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).





PROLOGO

Frescos aun los laureles conquistados por nuestros héroes del Acre, aparece el libro "DE LOS ANDES AL AMAZONAS", para conservarlos inmarcesibles mientras haya espíritus que aplaudan las acciones que impulsa el más noble de los sentimientos de sociabilidad — el amor a la Patria.

Partes oficiales que la generalidad de las personas no conoce; hojas de periódicos consignando ligeras y aisladas informaciones; relaciones de viva voz de los heroicos actores de esa campaña, que la imaginación del pueblo desfigura con frecuencia, variando la exactitud de los sucesos con el transcurso del tiempo; tales eran los únicos datos que se tenían sobre los importantes acontecimientos de que han sido teatro las selvas seculares de nuestro territorio septentrional, al concluir el siglo XIX.

Era preciso que quedasen, por decirlo así, grabados y en delicado relieve por un testigo presencial y actor a la vez en aquellos sucesos, así como Ercilla lo hizo con la conquista de Chile.

Narración ingenua en que palpita el sentimiento de la patria, exposición clara de los sucesos, imparcialidad en los juicios y justicia en la apreciación de los personajes que figuran en ellos, ta-

les son las cualidades que creemos encontrar en este libro, no cegándonos el afecto que su autor ha sabido inspirarnos desde su infancia.

✓ Gloria nacional llena de los rasgos más generosos, esfuerzo que ha revelado las más altas virtudes del soldado boliviano, tal significa la campaña del Acre, que ha traído a la memoria las atrevidas expediciones españolas del siglo XVI. Y esto, a raíz de una conmoción que agitó a la República; era que el país, enervado antes, había recobrado su dignidad y su fuerza.

Pocos Estados entre los de la América Latina, han llevado, desde su fundación, una existencia más trabajosa que Bolivia. Ase-diada por el occidente desde 1842, con motivo de los ricos yacimientos de guano que despertaron la avaricia del pueblo chileno, se ha visto hace veintidós años desposeída de su litoral, única salida que la naturaleza le brindara al comercio del mundo. Por el oriente, ocupado militarmente Puerto Pacheco, en las orillas del Paraguay, hace diez años. Y ahora que el precioso árbol de la goma ofrece campo inmenso de explotación y de riqueza en las regiones del N. O., los pueblos limítrofes arguyendo derechos de propiedad, no obstante la claridad de los títulos bolivianos desde los tiempos coloniales, discuten esos títulos tan concluyentes allí como en los territorios del Gran Chaco Oriental y en el desierto de Atacama.

✓ De más de 68,000 leguas cuadradas con que contaba su territorio antes de 1867, ha venido a quedar reducido casi a las dos terceras partes, a contar desde aquel año, por los diversos tratados de límites que sucesivamente han sido celebrados:

✓ Quizá las leyes que preceden al desenvolvimiento de las sociedades, le prometen un porvenir tan precioso como el de Suiza en el continente europeo, — nación igualmente trabajada en los siglos anteriores, y que hoy entre los valles que circundan las cimas de los Alpes, brinda al pensamiento y al esfuerzo, amplio campo de libertad, siendo su existencia una necesidad de equilibrio para los Estados que hoy la rodean.

✓ Pero el territorio boliviano, que apesar de sus desmembraciones es más grande que la mayor parte de los Estados europeos, ofrece a la industria y a la civilización los más variados climas y maravillosas riquezas, prontas a brotar al impulso de la inteligencia y del trabajo. En galana frase dice, con este motivo, un escritor moderno, que si alguna vez se cambiasen por un extraño cataclismo las condiciones de vida de los demás países de la tierra, Bolivia podría ofrecer, en compendio, todos los climas del mundo y todos los productos útiles al hombre.

✓ Desde el sabio naturalista D. Tadeo Haenke, que especializó sus estudios sobre nuestro territorio en las postrimerías del siglo XVIII, y, mucho más, desde las que hizo el ilustre viajero Alcides D'Orbigny, no hay un solo hombre de ciencia de cuantos han visitado el país, que no haya admirado su exuberancia en los tres reinos de la naturaleza. Sin embargo, ante el mundo comercial e industrial, pasaban desapercibidas estas riquezas, hasta que nuevos éxitos en el laboreo de las minas de la región andina han hecho conocer su importancia y su verdadera procedencia, así como la del caucho, que hasta hace poco tiempo se la creía exclusivamente brasileña.

A ello debe, sin duda, que hoy en día, empresas de consideración, tanto en América como en EE. UU. de la América del Norte, confiando en la seriedad y acierto de la actual administración, comprometen sus capitales, ora para la explotación de las regiones del Noroeste, desde el Yavary hasta el Madre de Dios; ora para igual objeto en el territorio de Caupolicán, rico en oro, en piedras preciosas y en productos vegetales; ora, en fin, para llevar al extranjero las producciones de las fértiles llanuras de los departamentos de Tarija y Santa Cruz.

✓ Providencial ha sido que este impulso extranjero coincida con los esfuerzos felices del pueblo boliviano para conservar su soberanía en las apartadas márgenes del Acre.

+ "DE LOS ANDES AL AMAZONAS" describe con primorosa exac-

titud la parte norte y central de la República, pudiendo decirse que se ven los parajes que el autor recorre en la altiplanicie, en las vertientes orientales de la cordillera y en las extensas llanuras surcadas por los caudalosos afluentes del Amazonas. Como Alarcón, como Edmundo D'Amicis, instruye agradando y deja el recuerdo vivo del país que visita. Bajo este aspecto contribuirá igualmente a que nuestros pueblos mediterráneos sean debidamente apreciados afuera, sin exageración ni desdén.

✓ A mediados del siglo XVI fueron por vez primera reconocidas las llanuras bañadas por el Madre de Dios o Amarumayo, debido a las expediciones de Diego Alemán, Luján, el cura Cabello y otros procedentes de la Audiencia de Charcas. Fué también entonces cuando los padres franciscanos de La Paz comenzaron sus primeras conquistas en el territorio de Caupolicán, reconocido como parte de dicha audiencia por diversas disposiciones de la Corona de España.

✓ Desde aquella época, en el transcurso de tres siglos, permanecieron envueltas en el misterio, las otras regiones surcadas por el Acre, el Purús, el Juruá, el Yaco y otros ríos, hasta el Yavary, límite tradicional con las repúblicas del Perú y del Brasil. Sólo a partir de 1860, las exploraciones de Urbano de Encarnacao, de Chandless, de Labrea, precedido por Mercier, boliviano, del padre Armentia, del general José Manuel Pando, del coronel Muñoz y otros, fijaron la verdadera hidrografía del país y revelaron las portentosas riquezas que encerraba.

✓ Estaba reservado a los gloriosos expedicionarios de 1900 el pleno conocimiento de la porción comprendida entre el Madre de Dios, el Orton y el Acre.

Mas, quedan todavía al norte cuantiosas riquezas correspondientes a Bolivia, cuyos ingresos aspira a consolidar nuestro gobierno mediante el feliz arreglo con "The Bolivian Syndicate", a mérito de su perfecto derecho de soberanía y en los límites de la Constitución Política del Estado. Los pequeños intereses del momento que dentro y fuera de la república se agitan, con estudiados

temores, no podrán impedir este impulso de vida y de bienestar. Pocos años más y a las líneas férreas que avanzan de Jujuy y el Alto Paraguay, responderán la línea nacional de Guaqui y los grandes medios de comunicación del Acre y Caupolicán.

Está en el dominio de lo posible que una vez realizados los compromisos de "L' Africaine" y "The Bolivian Syndicate" las extensas llanuras del sudeste y del oriente, allí donde se producen a porfía el algodón, el tabaco, la caña de azúcar, el cacao y el café, sean el asiento de poblaciones de origen latino; que las del noroeste, tierras de la sifonia elástica, lo sean de poblaciones anglo-sajonas o de otro origen; y que en el centro de ambas se radique la de fuente nacional, en las tierras bañadas por los ríos Beni, Mamoré e Iténez, donde en tiempo no remoto se reunieron numerosas tribus al abrigo de la Orden de Jesuitas, satisfechas y contentas con su régimen teocrático y diezmadas hoy día, conservando apenas escasos restos de sus antiguas industrias.

El atrevido emigrante de los departamentos centrales, con cuyo sudor se han explotado en grande escala las salitreras de la costa del Pacífico, encontraría en aquellas fértiles regiones un campo más propicio a su industria y a su actividad, arrancando de aquel suelo sus maravillosas producciones.

Pero, aun cuando no se produjese ese movimiento colonizador tal cual ambiciona el patriotismo impaciente, sería bastante el incremento comercial interno, mediante fáciles vías de comunicación, para que se fortaleciesen las relaciones de los departamentos entre sí, robusteciendo la unidad de la nación, y para que con el auxilio del capital extranjero se abriese paso el comercio exterior hacia el Atlántico por las grandes vías fluviales del Amazonas y del Plata.

En orden al fortalecimiento de los vínculos nacionales, grande ha sido la influencia del peligro común que produjera la revolución separatista iniciada por aventureros españoles. Los pueblos todos de la República han puesto a competencia su contingente de sangre para la reconquista de la soberanía. Nobles acciones llevadas hasta el sacrificio heroico y que con tanto brillo consignan las pá-

ginas del libro "DE LOS ANDES AL AMAZONAS", manifiestan la generosa emulación de unos y otros en servicio de la Patria, la disciplina irreprochable de las fuerzas militares, su resignación admirable apesar de las fatigas y ante las inclemencias del clima, el valor delante del enemigo; y todo esto compartido con plausible fraternidad. La victoria debía coronar lo que edificaba la voluntad común y uniforme.

✕ Cumple a este propósito recordar que el que estas líneas escribe, cuando tuvo el honor de insinuar ante la Junta de Gobierno, en julio del año 1899 la necesidad de enviar una expedición sobre el Acre, halló ocasión de apreciar el acendrado patriotismo con que las fuerzas del Centro concurrieron a la pacificación de aquel territorio. Contaba la ciudad de Cochabamba con 300 hombres sobre las armas. La Junta de Gobierno ordenó la marcha de un piquete de 50 únicamente, por esta vez primera. Cuando se trató de designarlos, reunidos como estaban, los trescientos pidieron a una voz marchar en la expedición. Se les habló en el sentido que la Junta ordenaba y así fué más fácil escoger a los más vigorosos de entre ellos, con la intervención del cirujano del Cuerpo. Concurrieron éstos, en efecto, con la primera avanzada que bajo las órdenes del Delegado Dr. Andrés S. Muñoz, puso la planta en Puerto Acre (antes Puerto Alonso.)

✓ Debemos, asimismo, un acto de justicia al Delegado Dr. José Paravicini, que con tal carácter, bajo el gobierno del Dr. Severo Fernández Alonso, fué el primero en organizar allí la administración boliviana en 1899, después de grandes esfuerzos para vencer las dificultades que se oponían a su expedición. El país conoce el interesante informe que de sus actos ha publicado en seguida.

✓ A tan señalado esfuerzo, han correspondido con creces los del Delegado Extraordinario y Vicepresidente de la República Sr. Lucio Pérez Velasco, y los del Ministro de la Guerra en Comisión Dr. Ismael Montes, que a poco del arribo al Acre del Delegado Dr. Muñoz, concurrieron con admirable oportunidad en los momentos más

preciosos, para evitar la desmembración de nuestro territorio en el Noroeste.

✓ Esas selvas, antes impenetrables, guardan hoy día, a la sombra de sus gigantescas frondas, los restos queridos de muchos de nuestros valientes compatriotas, cuyos nombres ha grabado el libro que continúa.

Podríamos decir que el autor de este libro, señor José Aguirre Achá, ha proseguido la labor de su inolvidable padre el autor de "JUAN DE LA ROSA", quien tan magistralmente supo apreciar la participación del Alto Perú en la obra de la emancipación americana.

Cochabamba, abril de 1902.

ANIBAL CAPRILES. (*)

(*) Profesor, publicista notable, representante nacional, ministro de estado en varias ocasiones, y encargado de la Presidencia de la República en 1903.



EL LIBRO

"DE LOS ANDES AL AMAZONAS"

(RECUERDOS DE LA CAMPAÑA DEL ACRE)

*Juicio del Presidente de la Real Sociedad Geográfica
de Londres, referente a la primera edición*

El río Aquiry o Acre, principal tributario del Purús que es uno de los más importantes afluentes meridionales del Amazonas, fué descubierto en 1865 por nuestro condecorado con medalla de oro, William Chandless, quien exploró completamente su curso hasta donde era navegable, y dió una interesantísima información relativa a sus márgenes. Fijó veinte puntos por observaciones astronómicas y levantó un detallado mapa del río (véase "R. G. S. Journal", vol. XXXVI, p. 119). Mr. Chandless informó que los árboles de goma elástica de buen tamaño y calidad eran fácilmente encontrados en aquella región.

Parece que quince años después del descubrimiento realizado por Chandless, numerosos colonos procedentes de la árida provincia brasileña del Ceará, arribaron al Acre y se establecieron en varios puntos para trabajar en la industria de la goma elástica. Pero, como la mayor parte del río está en el lado boliviano de la frontera fijada entre el Brasil y Bolivia en 1867, el diplomático

boliviano don José Paravicini se trasladó al Acre en enero de 1899, en un vapor fluvial, para establecer un puerto que él denominó Puerto Alonso. El río tiene allí 70 yardas de ancho, con impenetrables bosques en sus riberas. En el mes de julio siguiente, los pobladores brasileños declararon su independencia y eligieron un presidente, expulsando a la guarnición boliviana. En enero de 1900, los bolivianos, bajo el comando de un señor Ibarra, llegaron a Puerto Acre; pero fueron rechazados, con su jefe mortalmente herido.

Una expedición más importante fué entonces organizada en Bolivia para restaurar el orden en la región del Acre. Ella consistía en una fuerza militar comandada por el Coronel Ismael Montes, quien partió de La Paz en julio de 1900. El libro que revistamos es una narración de los sucesos y procedimientos de esta expedición, escrita por don José Aguirre Achá, que formó parte de ella. El gobierno brasileño se mantuvo neutral. La marcha fué en gran parte al través de densas selvas, y los bolivianos aparecen venciendo en ella dificultades considerables. Al llegar al río Acre hubo varias acciones de armas y algunas pérdidas de vidas; pero, hacia enero de 1901, la resistencia de los insurgentes brasileños fué doblegada y la paz restablecida. Puerto Acre vino a ser la sede del gobierno delegacional; el bloqueo quedó levantado y la exportación de la goma elástica continuó sin contratiempos. Los bolivianos procedieron muy juiciosamente al imponer de ese modo su soberanía; pues parece que en un próximo futuro, el Acre vendrá a ser un importante centro comercial de la goma elástica.

En el último capítulo se encuentra un interesante relato de la navegación a vapor en el Amazonas y algunos datos estadísticos.

Sir CLEMENTS R. MARKHAM.

(Traducido de "The Geographical Journal", London, November, 1902.)

Barrios centrales de La Paz con el Illimani al fondo



DE LOS ANDES AL AMAZONAS

RECUERDOS DE LA CAMPAÑA DEL ACRE

CAPITULO PRIMERO

La Paz, desde el Alto

Ávido de impresiones nuevas y con el anhelo de servir a la Patria, defendiendo sus más lejanas fronteras, resolví partir.

No dejé de considerar antes los sufrimientos y peligros que iba a arrostrar en la ejecución de mi propósito; pero mi voluntad firme triunfó en la deliberación íntima de encontrados sentimientos.

El Noroeste de la República con sus selvas seculares, sus majestuosos ríos y sus extraños panoramas, con sus peligros y sus goces, hacía mucho tiempo que atraía mi

espíritu cansado de la monótona vida de nuestras ciudades; y, sobre todo, la situación difícil porque atravesaba la región del Acre, agitaba mi corazón señalándome el camino del deber patrio.

El sol poniente del día 30 de abril del año 1900, alumbraba con sus últimos rayos el largo camino que debíamos seguir por la Altiplanicie. Descansábamos en el Alto, después del pesado ascenso que para llegar a él emprendimos desde la ciudad, que bulliciosa y risueña, se extendía a nuestros pies.

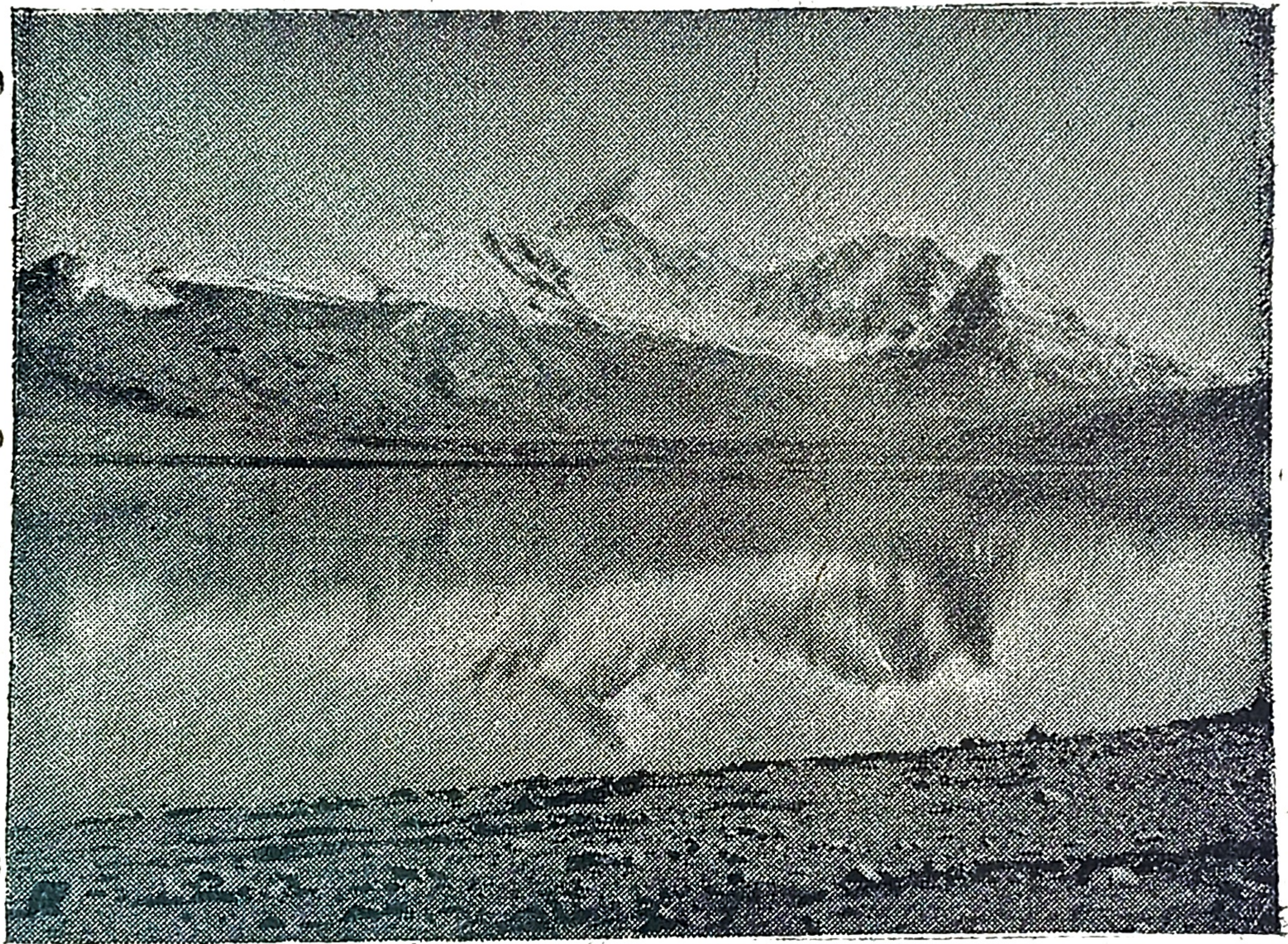
Mientras nuestras cabalgaduras vagaban sueltas a poca distancia con los íjares inquietos y la respiración agitada, mi compañero de viaje y yo nos sentamos sobre una piedra, con los codos apoyados en las rodillas y fija la mirada en el hermoso panorama que presenta la cuenca del Chuquiapo abierta por los aluviones al pie de las gigantes cas y nevadas cimas de los Andes.

En la elevada ceja, a más de 350 metros sobre el nivel de la ciudad, teniendo a nuestras espaldas la desierta meseta en cuyos horizontes juega el espejismo ante la recelosa mirada del viajero, se destacaban nuestras siluetas solitarias, con el profundo silencio de una meditación melancólica.

La luz crepuscular con un vago tinte violáceo iluminaba el Illimani, que ostentaba su blanco busto dominando el desordenado conjunto de colinas y caprichosos farellones, que se alzan como bastidores de un escenario inmenso, limitando los vallecillos y hondonadas de la profunda y anchurosa cuenca, poblada por 55,000 almas de las que 47,695 corresponden a la ciudad. (*)

(*) Cálculos basados en las estadísticas de consumo e impuestos municipales, en el crecimiento vegetativo e inmigratorio y en el aumento visible de las propiedades urbanas distribuidas en nuevos y populosos barrios, como Sopocachi, Challapampa, Chijini, Miraflores, etc., manifiestan que en los años transcurridos desde 1900, La

¡Qué sublime desorden se presentaba a nuestra vista! Mudo y abandonado campo de batalla en el que dos elementos poderosos de la naturaleza habían medido sus colosales fuerzas: — el fuego, que estremece el corazón del



El Huaina-Potosí

planeta, levantó con ímpetu soberbio hasta las nubes las cimas de los Andes; y el agua fué desmoronando las alturas y abrió hondas gargantas socavando la planicie. El Illimani, el Mururata, el Huaina-Potosí el Condoriri, el Chachacomani, y más allá, casi perdido en el horizonte ne-

Paz ha alcanzado una población de 150.000 habitantes, sobre una extensión superficial triple de la anterior y servida por varias líneas de tranvías eléctricos. Debe considerarse también el hecho de que los edificios modernos, tanto por su mayor altura, como por la capacidad mejor estudiada de su ámbito, albergan parcialmente mayor número de habitantes.

buloso, el Illampu, yerguen sus altaneras cabezas envejecidas por la nieve eterna, semejando las atrevidas almenas de una muralla ciclópea; y se abren las profundas grietas por donde se desbordó el mar del Altiplano hacia el oriente, desgarrando las capas sedimentarias de la tierra, hasta descubrir en sus ignotos senos el granito, sobre el que hoy resbalan las espumosas quebradas que alimenta la nieve de las cumbres.

La ciudad, extendida en el espacio más grande que le abren las gredosas prominencias dando cabida a sus populosos barrios, se esfumaba levemente a la sombra proyectada por el Alto, con los rosados techos de sus casas coronadas por los blancos campanarios de los templos.

Las calles rectas en el centro de la población, e irregulares en los alrededores, limitan las manzanas, resaltando el pavimento de las que la cruzan de este a oeste y la multicolor pintura de las casas en las transversales.

Verdes sembradíos y grupos de eucaliptus, matizan las cavidades del valle, y, dentro de la ciudad, ordenadas hileras de árboles diversos, indican la situación del "Parque 16 de Julio", el Prado, la "Avenida 12 de Diciembre", la Calle Ancha y otros lugares de paseo. (*)

Todo este conjunto semeja un tablero de ajedrez destrozado en el fondo cubierto de césped de un ancho barranco.

Separado por pequeña cadena de oteros, se extiende hacia el este el valle de Potopoto (Miraflores), por donde corre el Chuquiaguillo hasta echarse en el Chuquiapo. Risueñas casas de campo diseminadas en él, resaltan en el verdor de las huertas y terrenos de labranza, como ovejas

(*) Los cuatro sitios mencionados, son conocidos ahora con los nombres de Parque Murillo, Avenida 16 de Julio, Avenida Arce y Avenida América.

que pastan en un aprisco natural, rodeado de abrupto cerco.

En el sud se estrecha la cuenca confluyendo ambos ríos para seguir su curso hacia las faldas del Illimani, entre el desordenado laberinto de caprichosos perfiles que, más abajo, abarcan ya una anchurosa extensión, convertidas en azuladas y negruscas serranías.

La Villa de Obrajes ostenta sus agrupadas quintas a poca distancia de la confluencia del Chuquiapo y el Chuquiaguillo, en un claro que se abre a la margen izquierda de la quebrada. Su plaza cubierta de una vegetación espesa, y su única calle, se divisan desde el Alto.

Acá y allá, afectando figuras geométricas irregulares, multitud de cercados y plantaciones diversas bordean los alrededores de la ciudad, que, incrustada en el centro, reposa tranquila, velada por el majestuoso Illimani.

La torre del Loreto (*) donde se encuentra el reloj público, blanquecina y solitaria, domina los edificios que rodean el Parque, y, debido a la irregularidad del terreno, sobresalen los templos con sus campanarios y cúpulas y los altos edificios, con proporciones gigantescas, entre la densa aglomeración de los tejados rojos y azulados.

La Plaza de Toros, coronando la altura gredosa que separa los dos valles, circular y risueña domina los barrios del este, y el establecimiento de la luz eléctrica, lanzando densas columnas de humo por sus chimeneas, se alza a orillas del río, hacia el norte de la población. Allá, en el otro extremo, está la Penitenciaría, imitando un castillo artillado, con su pequeño adarve, sus almenas y torreonnes.

La catedral en construcción, con la inmensa mole de

(*) Estaba situada donde hoy se alza la cúpula del Palacio Legislativo.

granito blanco que forma su base, resalta junto al verde parque. El templo de los Jesuitas, la Recoleta y más allá San Francisco con su plazoleta llena de materiales de construcción y su puente provisional.

El Palacio de Gobierno que se destaca en la acera meridional de la plaza; el "Hotel Central" y el "Continental" en la del Norte. El teatro y la Merced con sus respectivas plazoletas, a uno y otro lado de la plaza principal. Acá la biblioteca y allá el hospital de varones. Los cuarteles, los edificios públicos, etc. Muy próximo a nosotros el cementerio, aislado y silencioso, con su gran portada de granito, sus mausoleos de mármol y las ordenadas hileras de sus nichos distribuidos en simétricos cuadros.

Las calles "Comercio" y "Mercado", únicas planas de la ciudad y, paralelas a ellas, las de "Ingavi", "Chirinos", el "Recreo" y otras, se distinguen en toda su extensión con sus bonitos edificios.

Acá el barrio de Challapampa con la plaza de San Sebastián y la "Calle Ancha" con sus pequeños arbustos. Allá los barrios de San Francisco, Chocata y San Pedro, que parecen formar una población aparte al otro lado del río.

El Hipódromo, cuya blanca pista resalta en el verde esmeralda de los campos del sud (Sopocachi), se distingue claramente junto con las alegres chacarillas situadas en el camino que a él conduce y en la hermosa avenida "12 de Diciembre" que remata bruscamente en San Jorge, para descender a la quebrada con dirección a la villa de Obrajes.

¡Cuántos recuerdos históricos acudieron a mi mente! Cada una de esas calles altibajas, ha presenciado los más reñidos combates de una guerra fratricida, durante setenta y cinco años, con pocas interrupciones. ¡Cuántas veces los indios han pretendido rendir esta ciudad por

el hambre, sitiándola durante muchos días, o represando las aguas de su río para lanzarlas contra ella como mar que se desborda y arrasa cuanto a su paso encuentra! Allí, en la acera de la plaza que nos da el frente, fué decapitado el inmortal Murillo en 1809, lanzando la profecía célebre, cumplida ya por el Nuevo Mundo ("la tea que he encendido no se apagará jamás"). Cada una de las bocacalles, recuerda las barricadas que construyó en ellas el pueblo, agitado por la política febricitante de nuestra patria, y el Palacio "Quemado" las escenas sangrientas de que ha sido testigo, cuando un tiro de revólver disparado sobre las sienes del antagonista, colocaba al matador en el poder, como lo hizo Melgarejo dando muerte a Belzu el 27 de marzo de 1865 y saliendo al balcón para exclamar ante la multitud atónita: —¡Belzu ha muerto!... ¿quién vive ahora?...

¡La Paz! ¡Qué sarcasmo encierra tu nombre al recordar la historia! ¡Pueblo soñador y loco, capaz de las hazañas más heroicas!

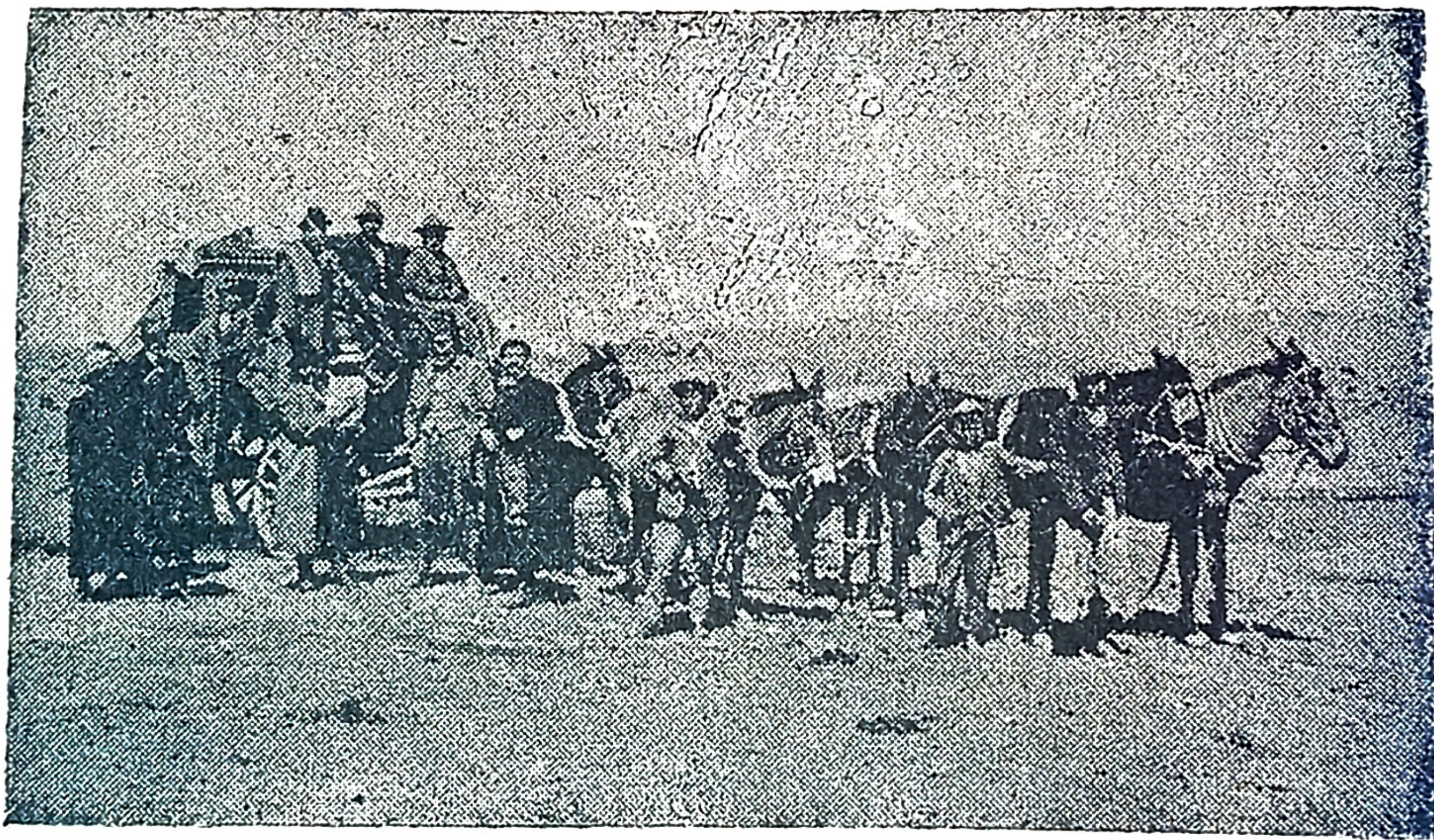
No sé cuánto tiempo duró nuestro mutismo.

Alguna ráfaga de viento transmitía hasta nuestros oídos el sordo rumor de las aguas del Chuquiapo que serpea dentro de la población, o las apagadas notas de una banda de música que daba la retreta en el Prado. Era día domingo, y mientras las calles permanecían escuetas y tranquilas, un movimiento y bullicio, apenas perceptibles desde el Alto, indicaban que el pueblo se había trasladado a los campos aledaños.

¡Cuán profunda tristeza se apoderó de mi alma en esos instantes! Mis ojos buscaban entre los innumerables techos, el de la casa en que yo había vivido el corto tiempo que permaneciera en La Paz, y, siguiendo rápidamente el curso de algunas calles que tantas veces recorrí, iban

a fijarse en una esquina cuyas elevadas paredes resaltan entre las de las próximas casas. Tal vez un balcón que divisé durante mucho tiempo, hizo latir mi corazón violentamente entreabriéndose mis labios para dar paso a un suspiro que voló en alas del viento!

¡Qué ocultas impresiones encerraba mi pecho! ¡Qué tristes y temerosos pensamientos absorbían mi atención ante el porvenir ignoto! Confieso que por un instante, me estremecí de inquietud, al considerar la resolución que había tomado; pero, poniéndome de pie para cobrar aliento, dirigí la mirada al cielo pretendiendo encontrar en los encendidos celajes de la tarde algún indicio del porvenir mío!...



**La mensajería, — antiguo medio de comunicación
entre La Paz y Oruro**

Mi compañero de viaje permanecía inmóvil aún. Comprendí que él también era presa de los mismos sentimientos, y aproximándome lentamente, dejé caer mi mano sobre su hombro. Nuestras sonrisas melancólicas se

encontraron y la palabra “¿vamos?” sonó al mismo tiempo en nuestros labios.

Pronto en el cielo desaparecieron los arreboles y la noche pobló de sombras la Altiplanicie desierta. Los faroles de la ciudad se encendían rápidamente y en la torre del Loreto sonaron las siete de la noche.

—Adios!— exclamamos al mismo tiempo; y agregó mi compañero al montar a caballo:

—¡Si volveremos los dos!...

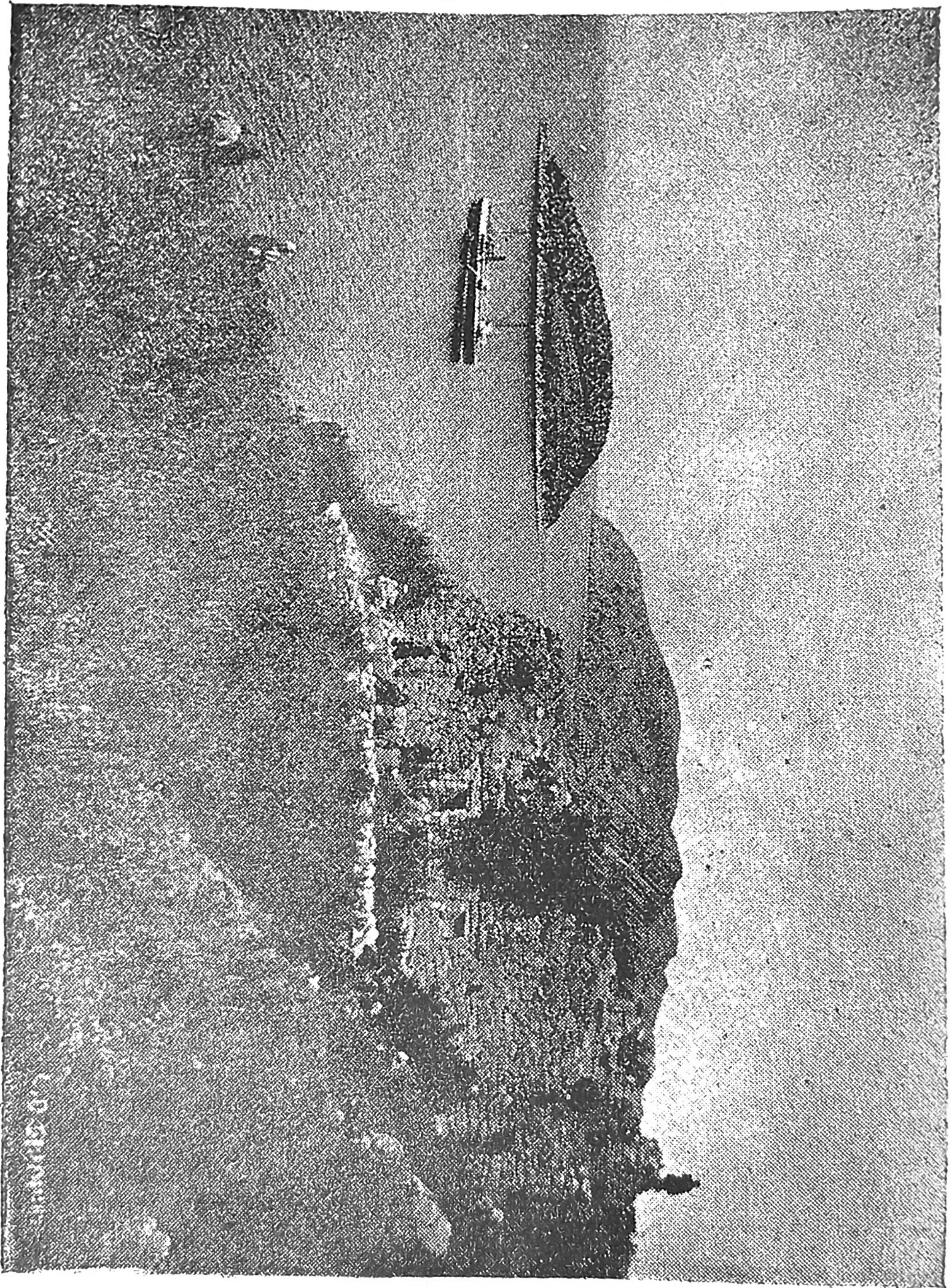
El ya no volverá.

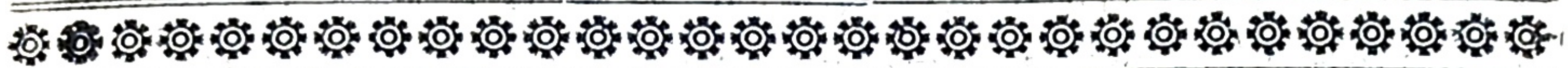


Al presente (1927) La Paz goza de todos los progresos de las grandes ciudades modernas: — teatros, museos, bibliotecas, centros de cultura, monumentos, paseos, edificios suntuosos, alcantarillado, pavimentación magnífica, agua potable y abundante, luz y calefacción eléctricas, radiotelefonía, etc., etc.

Las carreteras y los caminos de herradura, que eran los únicos medios con que contaba La Paz en 1900, para comunicarse con las poblaciones del exterior y el interior de la República, han sido reemplazados rápidamente por las líneas férreas que convergen en la ciudad y sus vecindades, desde Buenos Aires, Antofagasta, Sucre y Cochabamba, desde Arica y Corocoro, desde Mollendo y el Cuzco y desde Yungas. Innumerables automóviles animan el tráfico urbano y facilitan en el campo los viajes ordinarios y las excursiones de recreo, entre las que los turistas prefieren casi siempre: — una visita a la calurosa cuenca de Sorata, desde la cual puede admirarse en todo su esplendor la gran masa de nieves del Illampu; una expedición para ver los vestigios que guardan el arcano de la civilización prehistórica de Tiahuanacu; o, en fin, una rápida carrera en conexión con el servicio de las embarcaciones del lago Titicaca, para evocar a bordo las sombras de la pareja fundadora de la dinastía incásica, teniendo a la vista las ruínas que se alzan todavía sobre las parduscas laderas de las islas del Sol y de la Luna y que la linfa azul del legendario lago refleja con cariño.

Lago Titicaca. -- Uno de los vapores de pasajeros frente a las ruinas de la Isla del Sol





CAPITULO II

Cómo se juzgaba la cuestión del Acre en el interior de la República. — Una disgresión necesaria.

Después de dos horas de silenciosa marcha llegamos aquella noche a la Ventilla, primera posta o, como su nombre lo dice, pequeña venta, a cargo de algunos indígenas para facilitar los medios de movilidad y alimentación al viajero, en las desiertas pampas de la Altiplanicie andina.

Difícil fué seguir el camino por la obscuridad de la noche, en una llanura tan igual y monótona; tal que a la media hora de viaje, se detuvieron repentinamente nuestras cabalgaduras al borde de un precipicio. Era la inmensa grieta que se abre en las proximidades del caserío llamado el Kenko y en cuya profundidad, a semejanza de La Paz, se encuentra el pueblo de Achocalla con su bonita laguna. (*)

(*) En uno de los taludes del barrancal de este mismo sitio, fué encontrado el 15 de junio de 1917 el cadáver del General José Manuel Pando, ex-Presidente de la República, quien, según el ruidoso y célebre proceso seguido con creciente interés nacional, fué víctima de un crimen sin trascendencia política y cuyos vulgares autores han sido ya sentenciados por la justicia ordinaria.

Una vez orientados y en posesión de la vía, que desde este punto es completamente recta, no nos fué costoso llegar a la posta para descansar tranquilos aquella noche, mientras nuestros caballos, con resoplidos constantes, devoraban la cebada que los indígenas pusieron a la puerta de nuestro rústico alojamiento.

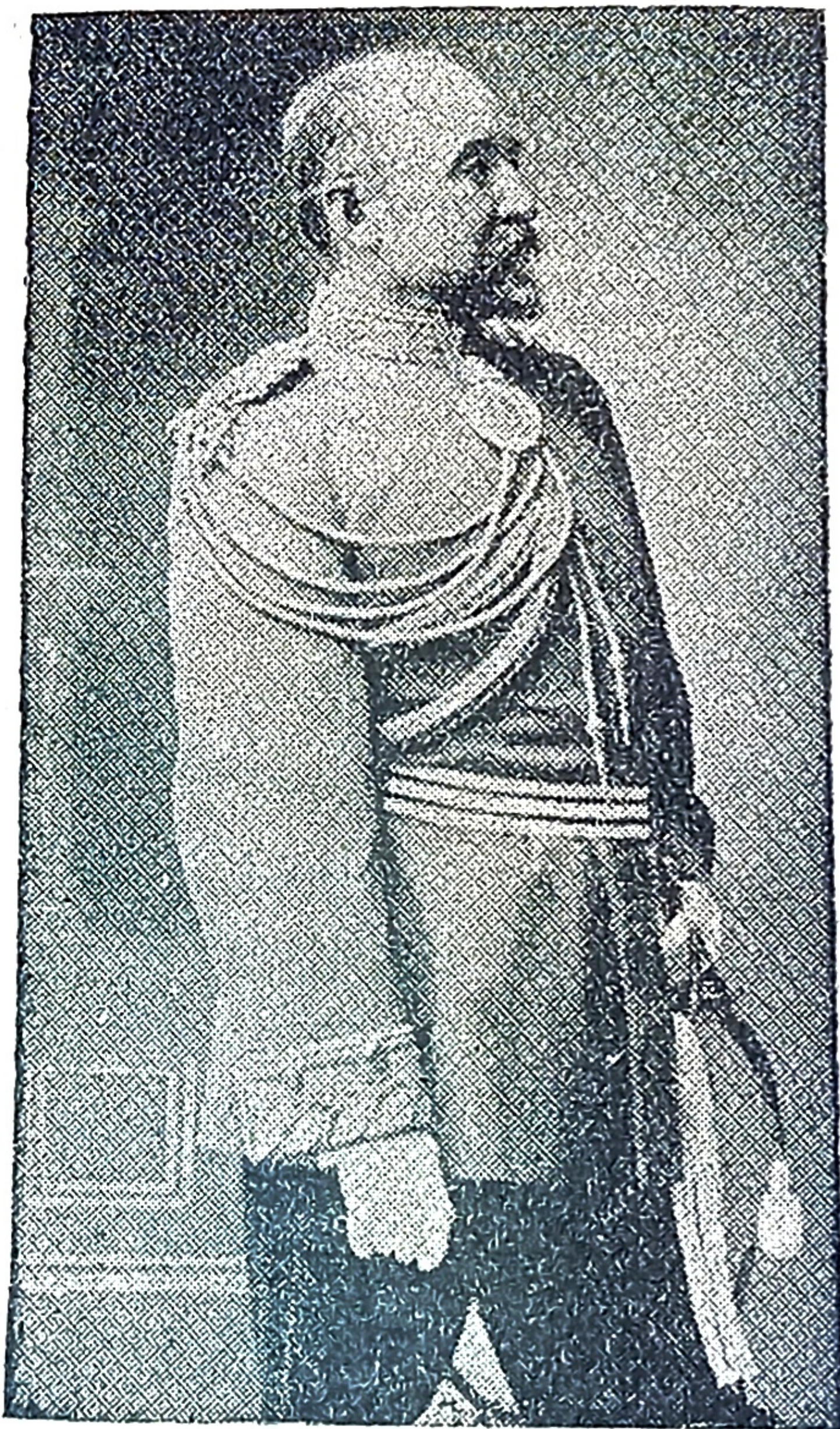
En un ángulo de la habitación dormía ya profundamente Baluarte, el otro compañero de viaje, que, a cargo de los equipajes, había salido muy temprano de la ciudad.

Los postillones dispusieron nuestras camas, una frente a otra, sobre dos estrados de adobe próximos a la puerta, mientras nosotros bebíamos de pie una taza de café mal preparada por la indígena que atendía la cocina.

Una mecha, alimentada por un pedazo de cebo ardía con inciertas llamaradas en un tiesto colocado sobre el poyo de barro que nos servía de mesa.

Baluarte roncaba como un bendito.

Listos los dos lechos, despedimos a los indios con un ademán. Después de enterarnos de que nuestras bestias



General José Manuel Pando, durante cuya administración presidencial (1899-1904) se llevaron a cabo las expediciones al Acre

tenían el forraje necesario para el resto de la noche, cerramos la puerta y mientras yo fumaba un cigarrillo, se acostó mi compañero.

El comandante Maximiliano Pérez González, era un joven de 28 años próximamente, apuesto y robusto. Su semblante tostado por el sol, armonizaba con su bigote y barba negros como el ébano. El conjunto de su nariz aguileña, su mirada franca y su boca ligeramente estrechada por un gesto nervioso, daba a su rostro una expresión varonil a la vez que burlona.

Conocedor, como era, de las regiones montañosas de la república, pues había permanecido en diversos puntos de ellas durante dos años, no vacilaba en volver a recorrerlas, gozando de su silenciosa vida y sus interesantes inconvenientes.

El otro personaje era Wenceslao Baluarte, hombre de unos 45 años, alto, flaco y cargado de hombros, con cierto aire de seriedad que parecían reclamar las largas patillas que sobaba constantemente y su afilada nariz dominada por una frente calva y unos ojos inmóviles y centelleantes. Cifrabá todo su orgullo en haber servido como sargento 1.º durante la revolución del 15 de enero de 1871 contra el tirano Melgarejo, y en haber hecho la guardia en la prisión de la querida de éste.

Mas adelante veremos los cargos que cupo desempeñar a éstos, como a mis demás compañeros de campaña. Ahora debo recordar la conversación que entablé con el primero, sobre los antecedentes que motivaban nuestro viaje y la situación del Acre según meras presunciones que se hacía en las capitales de la república.

—Mira —me decía Pérez González —no sabes cuánto vamos a gozar en nuestro largo viaje. El Departamento del Beni no es como los que, tratando de hacer resaltar sus pequeñas aventuras y sufrimientos, lo pintan. La

navegación de sus ríos es deliciosa; el cruce de sus selvas encantador; y todo, todo cuanto tiene, encierra tal novedad para los que vamos a él desde la Cordillera, que no dan ganas de abandonarlo nunca. ¡Ya lo verás tú mismo, ya lo verás!

—Juzgo — le decía, lamentando hasta cierto punto su entusiasmo ilusionista — que no todas tus esperanzas las vamos a realizar. Tú sabes bien que no emprendemos un viaje de recreo o de mera curiosidad de turista. Olvidas que, después de haber surcado las inclementes selvas del Beni, debemos pasar al Acre, región ocupada actualmente por fuerzas rebeldes; pues los pobladores de ellas, brasileños, la han declarado independiente, desde hace cerca de un año.

—Pienso yo — me repuso — que a la fecha debe estar todo terminado. El Delegado Nacional Andrés S. Muñoz, ha debido ya llegar al Acre.

—Olvidas que los pobladores de esa región están dispuestos a luchar hasta morir, según sus manifiestos publicados por la prensa del norte del Brasil, y que el Delegado Muñoz no cuenta más que con cincuenta soldados que llevó de La Paz en septiembre del año próximo y otros tantos que marcharon de Cochabamba. Agrega a este número una centena de hombres que ha podido enrolar con inmenso trabajo en esas regiones donde la falta de brazos es lamentable, y comprenderás que las fuerzas con que cuenta la Delegación, son insuficientes.

—No lo creas. El carácter brasileño es exagerado y tímido. Apologistas de sí propios como son, presentan los hechos más sencillos y, por consiguiente, las situaciones con aspecto aterrador y fantástico. Su moneda es la más viva prueba del rimbombo que los caracteriza en sus manifestaciones petulantes. Bástenos recordar la guerra del Paraguay, para juzgar al gran ¡Imperio do Brazil!

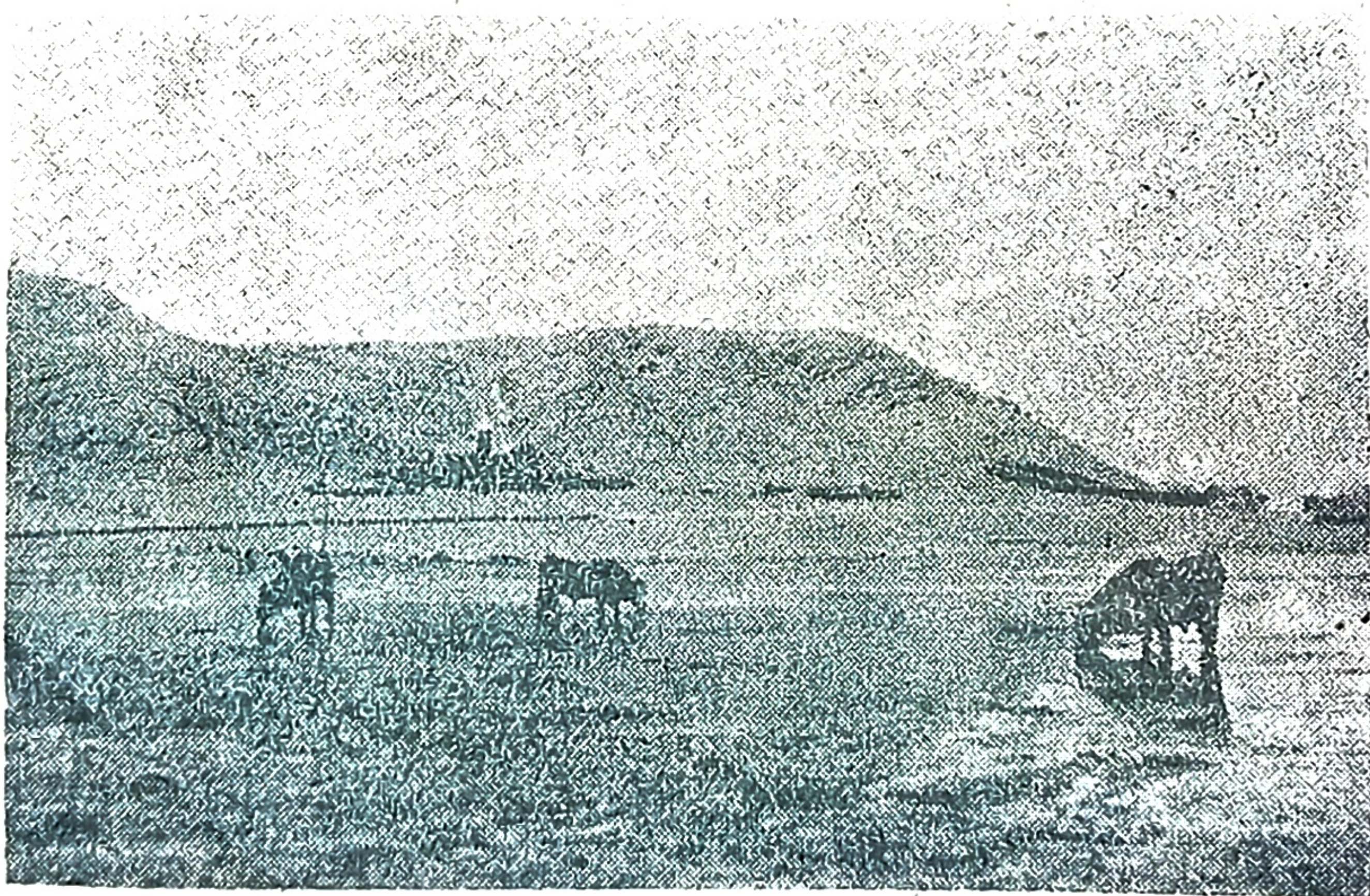
como a un monstruo de aspecto feroz, pero impotente y anémico.

—Así piensa la mayoría del pueblo—repuse yo sonriendo;—pero soy de parecer, sino del todo contrario, por lo menos divergente en ciertas apreciaciones. Me parece que al enemigo, por débil que sea, se debe considerar fuerte y capaz de una victoria, para que, previendo los reveses de una empresa azarosa, se los pueda evitar en la asunción del éxito. Por otra parte, yo no acierto a explicarme el porqué de la timidez atribuída al brasileño. Su sangre es portuguesa, la del navegante más audaz del siglo XVI; su raza la nuestra, la latina. La guerra del Paraguay no puede ser de ninguna manera un precedente para sentar tal juicio; pues, si tenemos en cuenta los miles de vidas que en ella sacrificó el Brasil, sólo por dignidad nacional, convencidos estaremos de nuestro error... El asalto de Humaythá, Curupaythí y otros hechos de armas, nos demuestran que, al frente de un adversario heroico y desesperado, se presentó el Brasil poderoso y resuelto. No olvidemos tampoco la actitud del acorazado "Aquidaban" en la revolución republicana de la nación vecina. Es preciso conceder a cada pueblo lo que cada hombre posee, dignidad y poder.

—Ya lo veremos. Yo persisto en mis opiniones y creo que la campaña será más sencilla de lo que la juzgan los que dudan de la revolución separatista misma. Convencidos los colonos del Acre, de que el país envuelto en la última revolución, no podría acudir oportunamente a esas lejanas fronteras, no han vacilado en sublevarse con el propósito de anexarse al Brasil, después de declararse independientes, para salvar lo que bien podríamos llamar la "moral diplomática"; pero hoy que nuestras bayonetas se han abierto paso por los bosques depondrán las armas y volverá ese rico territorio a Boli-

via. Ya ves que hasta ahora no hemos enviado allí más que un Delegado y cuarenta hombres que han desaparecido a consecuencia de las enfermedades. Me refiero a la ocupación que hizo nuestro ministro Paravicini, fundando Puerto Alonso con la aduana boliviana.

—Dices bien—contesté yo.— No dudo que el mayor aliento que tienen los revolucionarios se base en la creencia de que nuestro país no podrá atender esas lejanas fronteras, por lo mismo que cuentan con que la República del Brasil no permitirá la entrada de nuestro ejército por el Amazonas; pero, en todo caso, ellos han debido adquirir armamento y fortificar los puntos del río más accesibles por tierra.



Una hacienda en la Altiplanicie

—Adelante!—exclamó Pérez González, con entusiasmo.— A nuestro primer empuje ya verás como ceden los negros.— Y después de una breve pausa, empezó a desarrollar planes de ataque, ordenando la marcha de un

ejército y tomando las precauciones precisas contra las emboscadas, hasta que, rendido de fatiga, suspendió las cobijas para abrigarse los hombros, y pronunciando una interjección, usada por él muy a menudo, se revolvió en el lecho y ¡santas pascuas!

Difícil me fué conciliar el sueño en el resto de la noche, con los pensamientos que se sucedían en mi imaginación, y, por alejar los más tristes, me esforzaba constantemente por recordar los sucesos del Acre, desde las primeras exploraciones practicadas en él.

El descubrimiento del Río Acre data del año 1860. Manuel Urbano da Encarnacao, hombre atrevido y rústico, llegó a él y lo arribó durante veinte días, juzgándolo un canal natural que ponía en comunicación a uno de los afluentes del Madera con el Purús.

En 1865, en desempeño de una comisión de la Sociedad Geográfica de Londres, el geógrafo Chandless exploró el río Acre en toda su extensión navegable en lanchas de pequeño calado (tres pies poco mas o menos), y según consta de su informe, no existían en ese entonces mas pobladores que los aborígenes.

Los cearenses, la gente más emigrante del Brasil, a causa de las dificultades de vida en su tierra natal, donde por falta de lluvias cada década de años se presenta el hambre con su aterrador aspecto, fueron los primeros pobladores del Acre, penetrando en él desde 1879, atraídos por la goma elástica, única fuente de riqueza explotada hasta hoy en una región que abarca más de 4,700 millas cuadradas, según lo afirma un interesante artículo publicado por "The Daily Cronicle" en 14 de abril de 1900.

La distancia y los desiertos que separan esta región, tanto de los principales centros bolivianos como de los brasileños, la mantuvieron con todo el noroeste de la re-

pública, ignorada de los gobiernos, mientras era explotada por un comercio limitado que monopolizaba el rescate de su producción gomera, con la habilitación de artículos fungibles en su mayor parte.

Desde el tratado de límites de 27 de marzo de 1867, en el que por imperdonable "condescendencia" cedió el gobierno de Melgarejo una extensión igual a la superficie del Portugal, la frontera quedó librada a las interpretaciones de un tratado, sino oscuro, por lo menos poco preciso y claro, como se ve en el apéndice del presente libro.

En cuanto a las exploraciones dirigidas por tierra, desde el interior de la república, merece especial mención la que practicó en 1887 el coronel Antonio R. Pereira Lallera, quien cruzó los bosques que separan las hoyas del Madera y el Purús partiendo de la barraca Maravillas en el Madre de Dios y llegando después de diez y nueve días a la barraca Flor de Oro en el Acre. A ésta siguieron otras que, debidas al descubrimiento de valiosos gomales, pusieron en comunicación el Tahuamanu con el Alto Acre; pero ninguna hasta entonces fué de tan benéficos resultados como las tres que en servicio de la nación efectuó el coronel José Manuel Pando en los años 1894 y 1895 respectivamente. Sus informaciones acerca de la riqueza y porvenir del Nor-



**José Paravicini, fundador de
Puerto Alonso o Puerto Acre**

oeste, resolvieron al Gobierno Alonso a fijar su atención sobre esas zonas, enviando a ellas a nuestro ministro plenipotenciario acreditado en Río Janeiro, doctor José Paravicini, quien, no sin grandes dificultades, fundó el puerto y la aduana del Acre y estableció la administración boliviana, con un reducido personal civil y una guarnición de 40 hombres, el 3 de enero de 1899.

La sed de oro del aventurero español Luis Gálvez Rodríguez de Arias, incitó a los sencillos pobladores del Acre, a desconocer los derechos de Bolivia sobre el Noroeste, alegando que por estar poblado por brasileños, era netamente correspondiente al Brasil; al mismo tiempo que algunos hombres públicos y periodistas de mala fé de la república vecina, hacían pública propaganda en contra de Bolivia, afirmando que el gobierno brasileño era víctima de un error en la interpretación del tratado respecto de la línea geodésica Madera—Javary.

Arrojados los pocos bolivianos enfermos que aún quedaban con vida en el puerto, fué proclamada la independencia del Acre en 14 de julio de 1899, organizándose el gabinete y la administración liliputiense, como lo era el Estado. Al poco tiempo el Presidente Galvez era depuesto y reemplazado en el poder por un rico siringerero, Antonio de Souza Braga quien, después de asegurar sus intereses gomeros, devolvió la silla presidencial a Gálvez.

En este estado de cosas,



Pedro Kramer, Delegado de Bolivia, muerto en Manaos, víctima de la fiebre amarilla, al dirigirse al Acre (20 Dbre. 1899)

nuestro valiente compatriota don Ladislao Ibarra, en cumplimiento de instrucciones que le fueron impartidas por el Delegado doctor Pedro Kramer, penetró al río Acre a bordo del vapor "Manaus", y, el día 12 de enero de 1900, sin más fuerzas que el ex-correjidor boliviano Antonio Leite Barbosa y nueve trabajadores portugueses, trabó combate con las tropas revolucionarias que en número de 300 guarnecían el Puerto. No hubo otros incidentes desgraciados que la herida recibida por el señor Ibarra que murió al poco tiempo de resultas de ella, y otra que causó también la muerte de uno de los sediciosos.

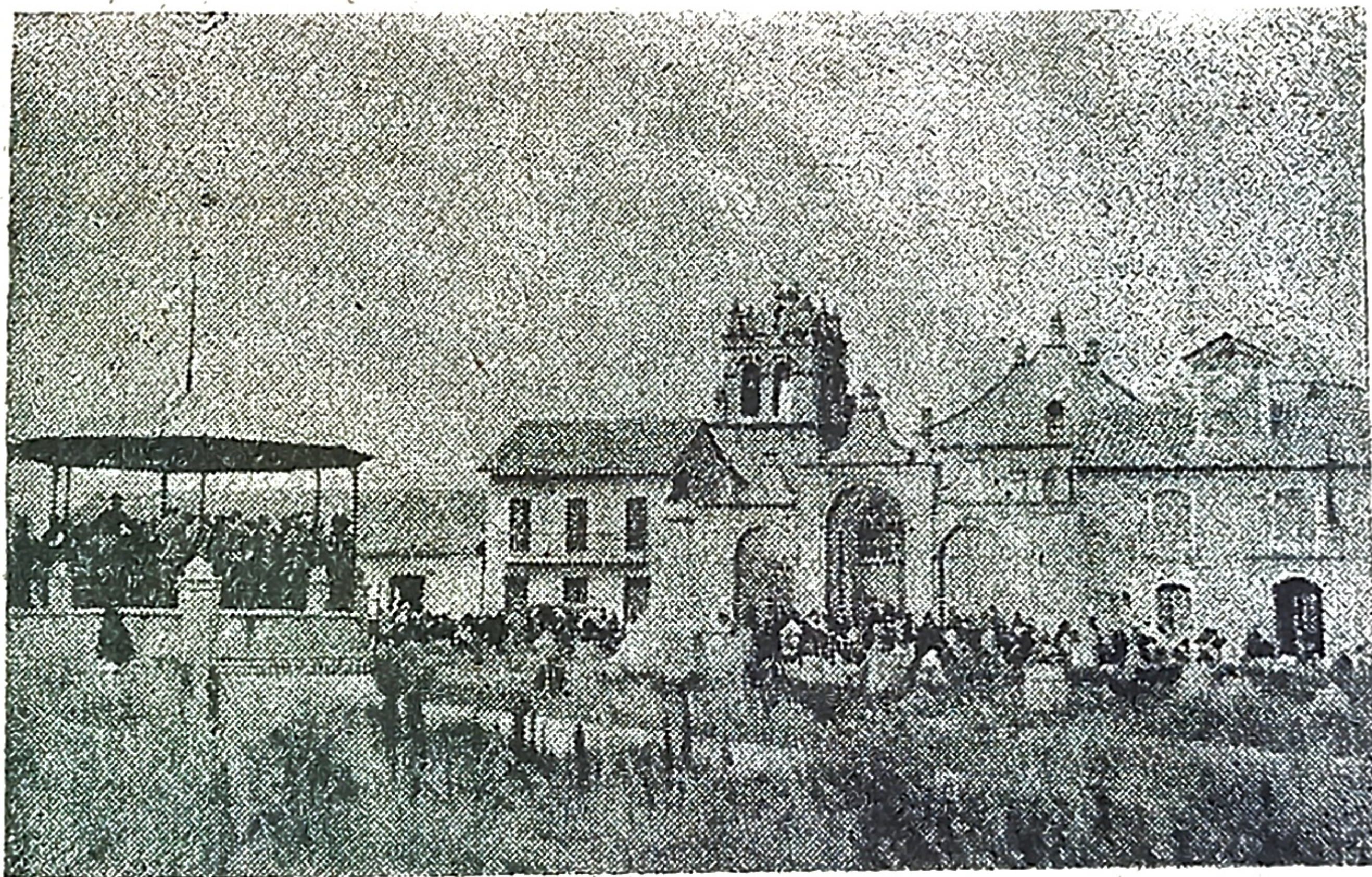
Mientras el gobierno del Brasil, a insinuaciones repetidas de nuestro Ministro en Río, don Luis Salinas Vega y con objeto de poner en claro su neutralidad dudosa, enviaba un aviso de guerra para desalojar del Acre a los individuos que, en nombre de él, tomaran las armas contra los derechos de Bolivia, el nuevo gobierno nuestro, tranquilizada la república después de la última guerra civil, nombró en septiembre de 1899, al doctor Andrés S. Muñoz, Delegado en el Territorio de Colonias, poniendo a sus órdenes la fuerza necesaria para el caso de encontrar aún resistencia armada en el Acre. A este mismo propósito, y, en vista de los acontecimientos que se desarrollaban en aquella región, obedecía, como lo veremos más adelante, la marcha de la Delegación Extraordina-



Luis Salinas Vega, Ministro de Bolivia
en Río de Janeiro

ria encomendada al primer Vice-Presidente de la República, quien debía organizar en Cochabamba el cuerpo civil y militar a los que, como empleados, pertenecíamos mis dos compañeros y yo.

La relación detallada de los sucesos posteriores, nos permitirá desarrollar esta somera exposición que, como antecedente, cierra el presente capítulo.



Un pueblo de la Altiplanicie (Viacha)



CAPITULO III

La Altiplanicie. — Las Postas. — El Indio. — Los Pueblos. — Aspecto y condiciones de la región.

Al amanecer del siguiente día, nos despertó al mismo tiempo la voz ronca del teniente Baluarte, que, en mangas de camisa aún, pero sin olvidar sus largas botas de cuero y sus estruendosas espuelas, increpaba a los indios.

Un confuso rumor, en el que se distinguían las voces de los postillones y el sonido irregular de sus pisadas a causa de las ojotas que calzan, nos indicó que el maestro de postas disponía las bestias necesarias para la prosecución de nuestro viaje. Luego apareció una indígena trayendo una olla de barro de la que nos sirvió el té, en unos vasitos de hoja de lata, cuyo color negrusco y numerosas abolladuras acusaban su largo servicio y la influencia que en su aspecto había ejercido la atracción del globo.

A los pocos minutos todo estaba listo y Baluarte, él primero, montó a caballo lanzando una mirada colérica a los tímidos postillones que, apoyados en la pared, con-

taban con desconfianza las monedas recibidas por el servicio de la noche y el flete de los animales que debían trasladarnos a la próxima posta.

Hacía frío a pesar de la estación, y un cierzo helado sacudía las crines de nuestras cabalgaduras tremolando las largas bufandas que nos envolvían el cuello.

El postillón que debía acompañarnos, después de tomar un bocado de hojas de coca y asegurar en el cinturón la bolsa de cuero de la que las había sacado, cojió la sogá de una de las bestias y tocando su trompeta de cuerno, salió de la posta, seguido por el resto de los animales de carga e instado por Baluarte a redoblar el paso.

Dejamós trascurrir un cuarto de hora para que se adelantase el equipaje, y Pérez González y yo montamos a caballo, después de encender un cigarrillo, para salir por el ancho portal de la posada a la árida pampa por donde sigue el camino, en plena comarca del indio y del cóndor, del llama y la vicuña.

Todas las postas de la Altiplanicie, ya se encuentren en el centro de sus miserables poblaciones o aisladas en medio de sus desiertas llanuras, tienen el mismo aspecto y las mismas condiciones, salvo aquellas que



Postillón de la Altiplanicie

cuentan con una reducida sección destinada al servicio de la empresa carretera que actúa entre La Paz y Oruro, apartándose constantemente del camino de herradura que seguíamos nosotros.

Paredes bajas, construídas de adobe, en las que se abren portezuelas estrechas y rústicas claraboyas, sin obedecer a orden alguno y, mas bien, consultando la necesidad de introducir un rayo de luz y una corriente de aire en las habitaciones ófricas y húmedas, forman un enorme cuadro de dos a tres mil metros cuadrados, encerrando un gran patio semejante a una plazoleta, muchos cuartuchos destinados al alojamiento, un tugurio que sirve de cocina, negro y reducido como un horno, y algunos depósitos de cebada. Tres o cuatro canchones cercados de tapiales bajos y ruinosos, que albergan a los animales, con que cuenta el tambo, posada o venta, rodean la edificación principal por su parte trasera, dejando el frontis libre, con su enorme portal coronado de un arco de adobe. El techo es de paja, con inmensos alares que cubren la parte superior de los muros, y se alza sobre los mojinetes altibajos una que otra crucesita de madera carcomida y despintada por el tiempo.



El "pongo", - indígena que presta el servicio semanal doméstico

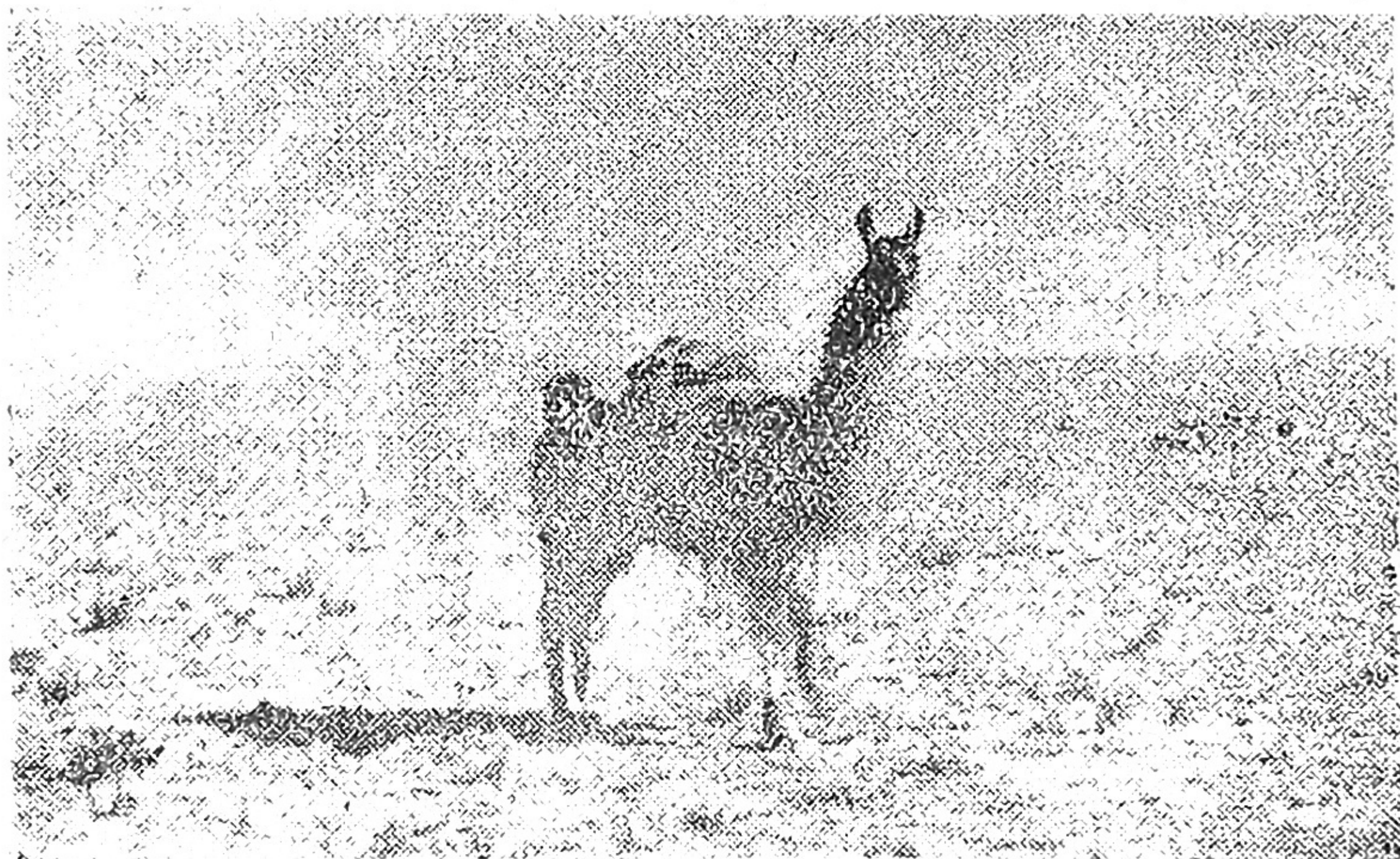
El personal que necesita para el servicio y que se renueva anualmente entre los indios de las comunidades circunvecinas, se compone generalmente del maestro de postas, encargado de la administración, cuatro o cinco postillones destinados a la conducción de acémilas de una a otra posta, cobrando un real por legua recorrida (cinco kilómetros próximamente) y algunas mujeres que atienden la cocina.

El indio es un ser poco menos que incomprensible. Hay en su rostro una expresión de tristeza tan sombría, que parece lamentar la desgraciada condición de su raza o las inclemencias de la región que habita. Su mirada es torva y desconfiada, su nariz ancha y ligeramente encorvada, su ángulo facial un tanto deprimido, sus pómulos salientes, su boca grande y sus labios gruesos y verdinegros por la constante masticación de la coca. Su estatura es baja, su complexión robusta, y notablemente anchos su pecho y espalda. No sé si su aspecto infunde lástima o repugnancia, pero creo que es algo que participa de ambas.

Su traje se compone de una chaqueta de lana, negra y corta; un pantalón de igual color y material, estrecho en los muslos y partido y ancho en su parte inferior, dejando ver el calzoncillo de tocuyo que cubre sus fornidas pantorrillas; un poncho de diversos colores rodeado de vistosa flecadura, casi siempre terciado sobre sus hombros; la montera o sombrero de cuero adornado algunas veces con moneditas de plata; las ojotas o sandalias y, finalmente, el inseparable *pututo*, bocina de cuerno colgada de un cordón que le cruza el pecho.

El llama, así como la alpaca que es de la misma especie, proporciona al indio la lana que teje para vestirse y, dado el carácter y condiciones de éste, es imposible

reemplazar tal rumiante que parece un don especial de la Providencia para satisfacer sus necesidades más premiosas; pues, además de su mansedumbre, su fácil crianza y el ningún cuidado que reclama su alimentación, proporciona a su amo abrigo contra los fríos de la cordillera, carne que le alimenta, combustible (*taquia*, estiércol) que arde en su miserable hogar, y medio de transporte para reducidos pesos (23 kilogramos). El indio y el llama han sido creados el uno para el otro y ambos para la Cordillera de los Andes.



El llama, fiel compañero del indio

Por lo que toca a la morada del aborigen de la Altiplanicie, ella se reduce a una miserable choza de barro cubierta de paja y situada en las cañadas de los cerros que circundan las pampas, a merced de los helados vientos y tempestuosas lluvias de la cordillera.

Eran las 7 de la mañana, cuando, dejando la Ventilla, empezamos a subir una ligera colina por donde seguía el camino. Desde su cima pudimos contemplar por última vez la Cordillera Oriental de los Andes, con sus

atrevidos picos que parecían rasgar los densos nublados con que la noche húmeda los cubre, desapareciendo como gasa desgarrada a los rayos del sol de la mañana.



Dos alpacas y un lláma. Todos sirven al indio con igual resignación, menos la vicuña.....

El Illampu, que se eleva a los 6,645 metros sobre el nivel del mar, el Illimani, a los 6,619 el Huayna Potosí, de forma cónica, el Mururata que semeja la base de una columna truncada, ambos menos altos que los primeros, y otros picos blanquecinos, se levantan al este. Al oeste se extiende la pampa donde, apenas perceptible, se encuentra el pueblo de Viacha, casi a las faldas de los lejanos cerros de esa parte; al noroeste se divisa el horizonte despejado, debajo de un cielo cubierto por el indeciso tul de bruma que causan las emanaciones del lago Titicaca que se encuentra en aquella dirección; y hacia el sud sigue el camino formando ziszás y recovecos entre cadenas de colinas y montañas bajas.



La vicuña, tímida y esquiva, busca los parajes desiertos

Durante seis horas, con pequeñas variaciones, recorrimos la región rugosa que separa, Calamarca de la Ventilla, ya trasponiendo ligeras lomas y colinas, ya siguiendo la dirección de cañadas cultivadas o pedregosas, donde se alzan casitas miserables y pastan los llamas y las alpacas y se aventuran alguna vez, a riesgo de encontrarse con el viajero, las vicuñas y los guanacos. Algunos sembradíos de quinua (*chenopodium quinoa*) en medio de las ári-

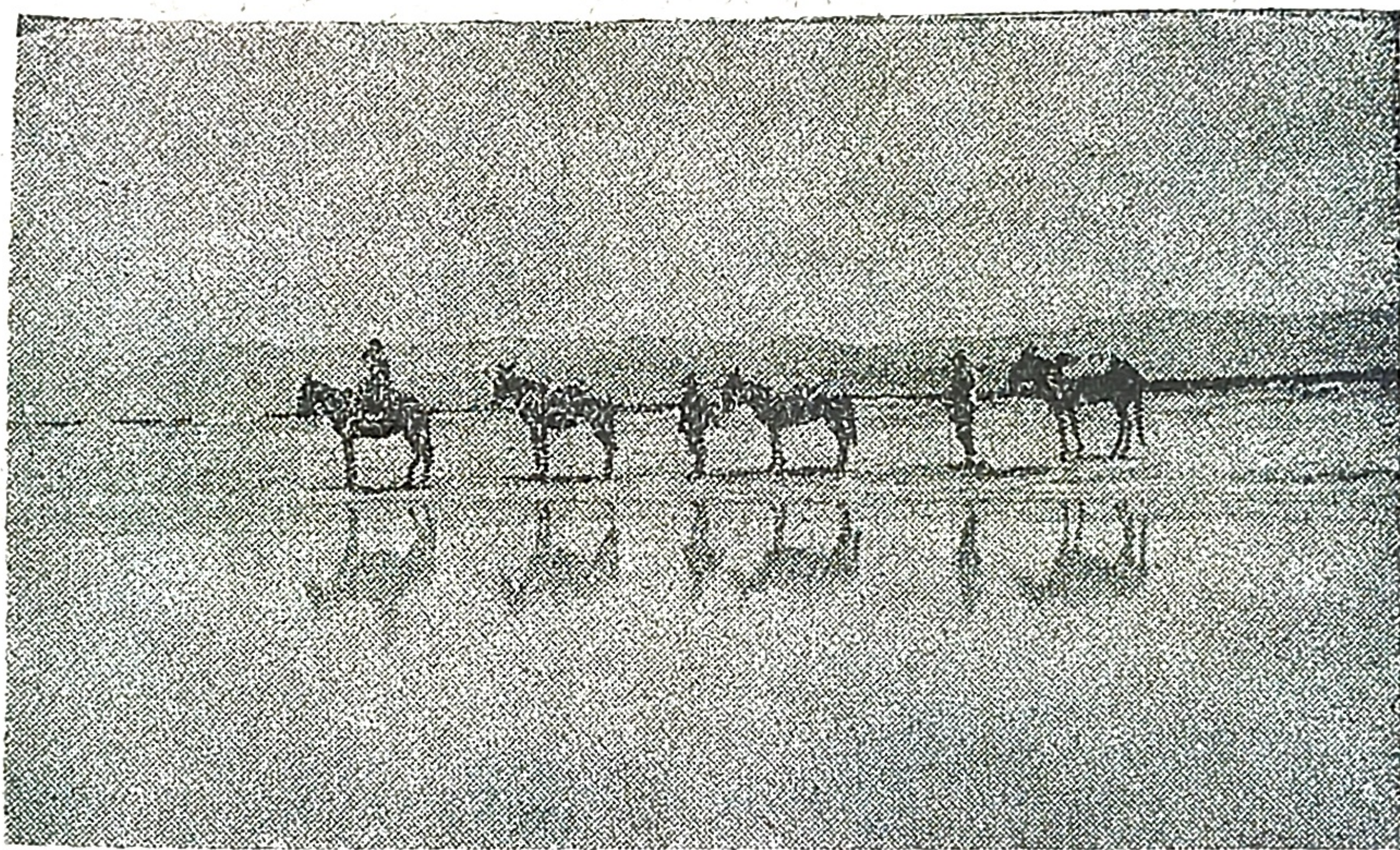
das ondulaciones del terreno, esmaltan de trecho en trecho los planos poco abrigados que se abren, y algunos postes de adobe, levantados en las alturas, señalan el número de leguas recorridas.

A medio día llegamos a Calamarca, pueblo de trescientos habitantes próximamente, que alza su templo, con sus dos campanarios y sus rústicas casas, sobre una altura dominante, a las faldas del monte de su nombre, destacándose como castillo feudal en la lontananza fosforescente de la pampa. Una fuente de agua cristalina turba el silencio cotidiano de su plazoleta, cuya acera occidental ocupa la posta, miserable y ruinosa como la que dejamos en la mañana.

Baluartes ocupaba el poyo de barro situado en medio del ancho patio, y se encontraba rodeado de algunos vecinos a los que explicaba la situación del Acre, manifes-

tándoles las esperanzas que abrigaba de dominar la revolución separatista a su llegada.

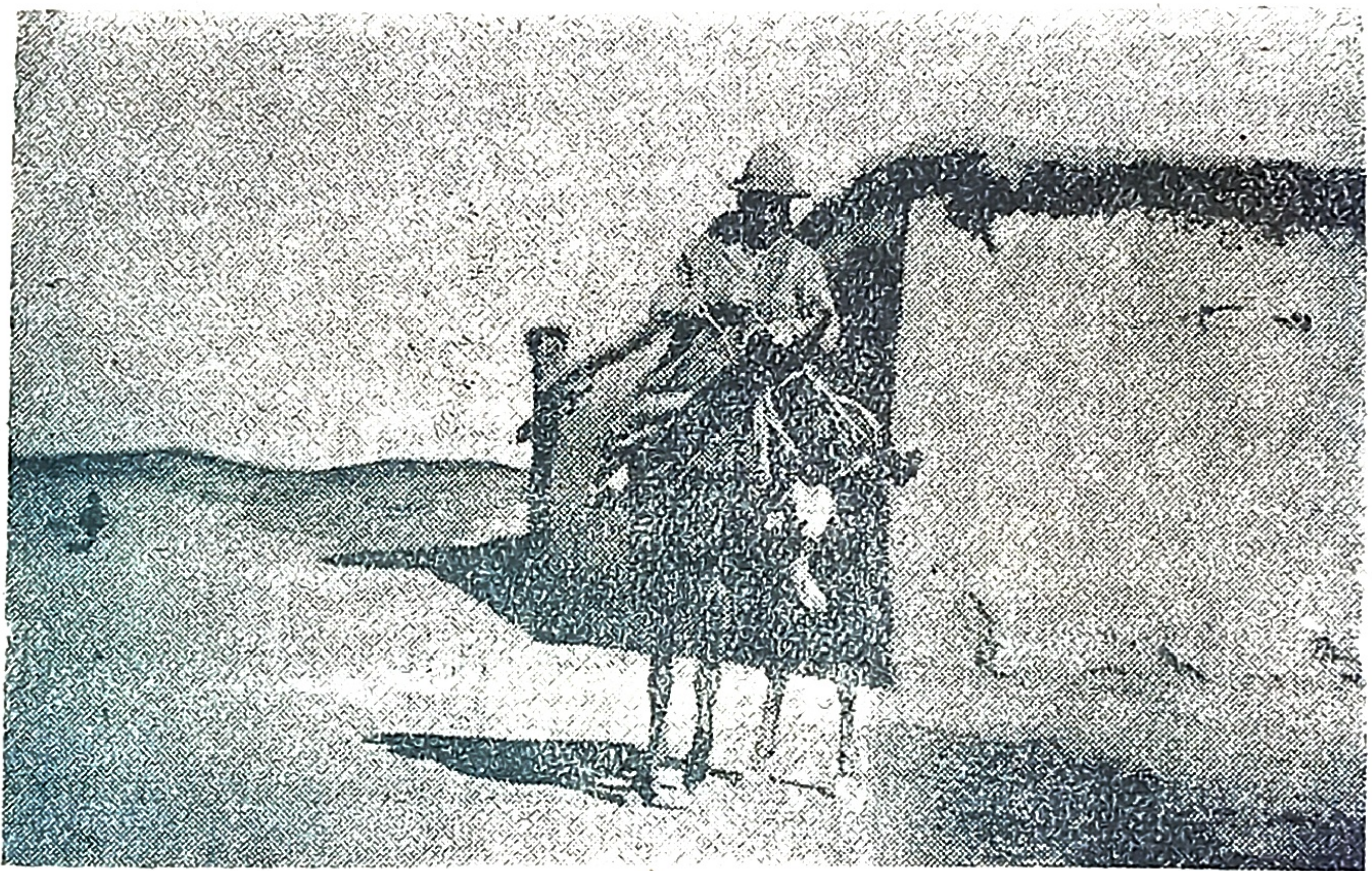
Calamarca se encuentra a una altura de 4.000 metros sobre el nivel del mar próximamente, siendo uno de los pasos más altos de la Altiplanicie, a merced de las fuertes tempestades que amenazan de muerte al viajero, lanzando sobre él frecuentes rayos.



Después de abreviar a las mulas en una charca del camino

Un frugal almuerzo reparó nuestras fuerzas para continuar el viaje cuya monotonía fué turbada por un curioso incidente ocurrido con el teniente Baluarte. Al escoger las bestias que debían reemplazar a las que nos condujeron desde la Ventilla, tuvo que echar mano de su largo sable para castigar a los postillones, los cuales, sin expresar rencor por el momento, ensillaron para él el mulo más mañoso y rebelde de la posta. A las pocas cuerdas del pueblo y en la parte más pedregosa del camino,

el astuto animal juzgó oportuno vengar a sus amos, dando en tierra con el ginete y rompiéndole una costilla al despedirse de él con dos coces. Las gesticulaciones del damnificado y las maldiciones que lanzaba sobre las generaciones presentes y futuras de los indios, nos causaron una hilaridad que en vano queríamos disimular. cada vez que nos encontrábamos cara a cara con él, siendo efecto de ella el profundo resentimiento que guardó en contra nuestra en el resto del viaje.

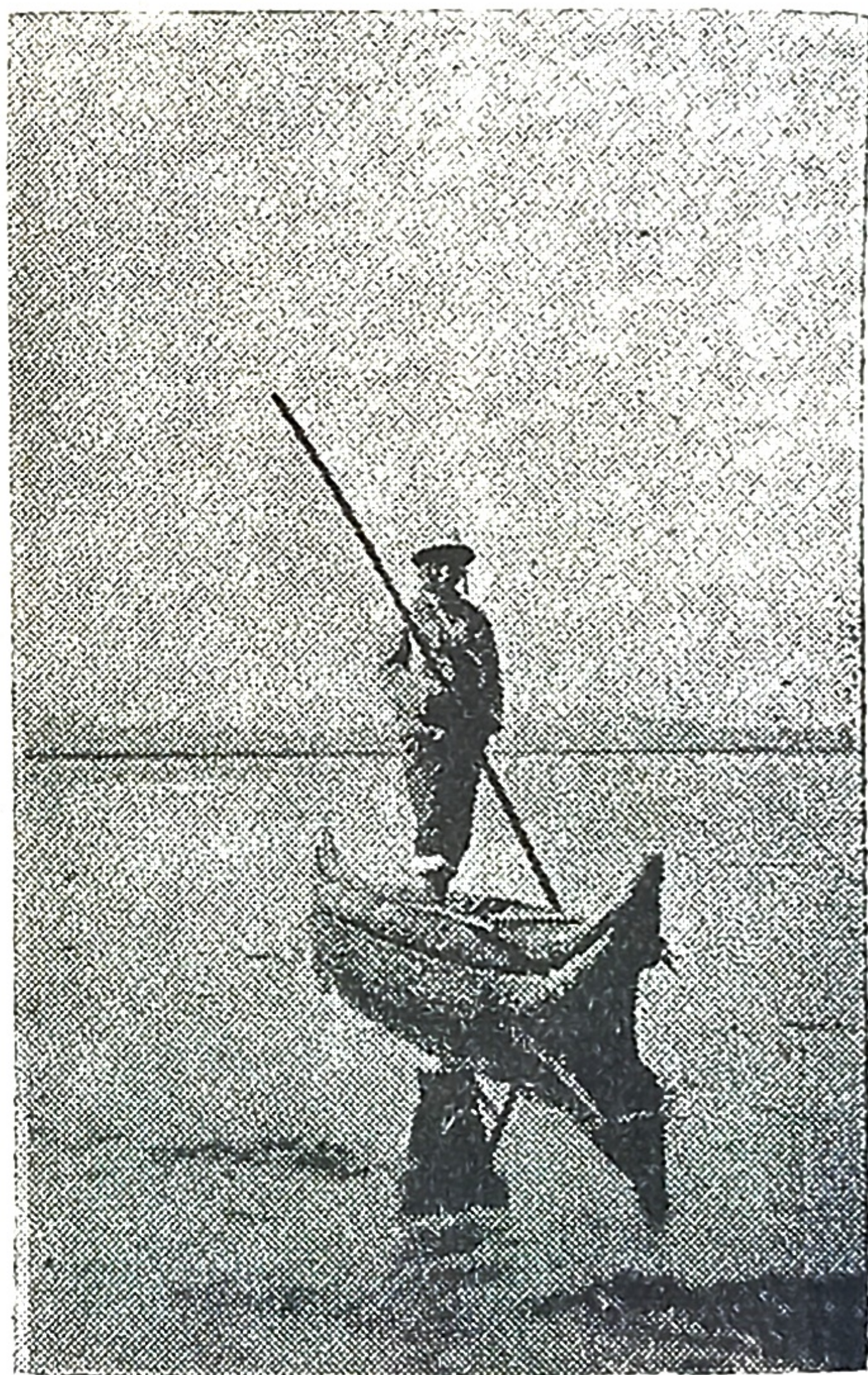


El maestro de posta

Salvado el inconveniente con la llegada de una nueva bestia, a la que, después de minucioso examen, montó Baluarte, proseguimos la marcha por la cañada que desemboca en los llanos donde se encuentra la floreciente ciudad minera de Corocoro, poco más o menos a ocho leguas de la vía que debíamos seguir para llegar aquella noche al pueblo de Ayoayo.

Al entrar en la habitación que nos habían destinado en la posta de Ayoayo, nos sorprendió un grupo de indios que rodeaba uno de los estrados, en el que, tendido de barriga y vociferando aún, recibía Baluarte unas fricciones de coca masticada que le dejaron la espalda como la de un camaleón. Pérez González se apoyó en la pared para no caer de risa ante semejante cuadro, mientras yo daba media vuelta y prorrumpía en una carcajada para salir de la posta a la plaza del pueblo.

Vagué por las calles una hora y, al volver a la plaza, me detuve en el atrio del templo al recuerdo de los acontecimientos que había presenciado él, después del combate del Crucero de Cosmini el 24 de enero de 1899. Derrotado el Escuadrón "Sucre" con parte del "Monteagudo" y un piquete que conducía elementos bélicos para el bombardeo de La Paz, quedaron asilados en el templo de Ayoayo más de treinta soldados, heridos en su mayor parte, a cargo de tres sacerdotes, el de Viacha, el de Ayoayo y el capellán del cuerpo. La ferocidad de los indios, fermentada hacía largo tiempo con los ultrajes de que fueron víctimas durante la guerra civil, hizo cómoda presa en los derrotados, sacrificándolos



Tipos indígenas. -- Un pescador en el lago Titicaca

en los mismos altares de la iglesia, como término de la fiesta bacanal que el pueblo aterrado contemplara durante cuarenta y ocho horas. Yo mantenía vivo aún el recuerdo de la dolorosa impresión que me causó ese sangriento teatro, cuando pasé por él a los dos días del suceso con el ejército revolucionario, como ayudante de campo del General Pando.

La jornada siguiente se redujo a recorrer las diez leguas que median entre Ayoayo y Sicasica. Obsequiados por el subprefecto de este último pueblo, Ricardo Ascarunz, resolvimos pasar la noche en él.



Una indígena de regreso a su rancho

Sicasica, capital de la provincia de su nombre, es un pueblo de ochocientos habitantes próximamente, equidistante de Oruro y La Paz como su nombre quechua lo dice (*Schica-schica*, la palabra *igual* repetida). Abarca una extensión de medio kilómetro cuadrado poco más o me-

nos y está situada en medio de la inmensa llanura que comprende las pampas de Pátacamaya y Aroma (cerca de 15 leguas de travesía), siendo distinguidos sus campanarios desde larga distancia, porque el pueblo ocupa el mismo lomo que separa las dos pampas.

Varios vecinos nos visitaron en la tarde, girando nuestra conversación sobre los recuerdos que dejara el ejército de la revolución, durante los dos meses que había hecho del pueblo su cuartel general.

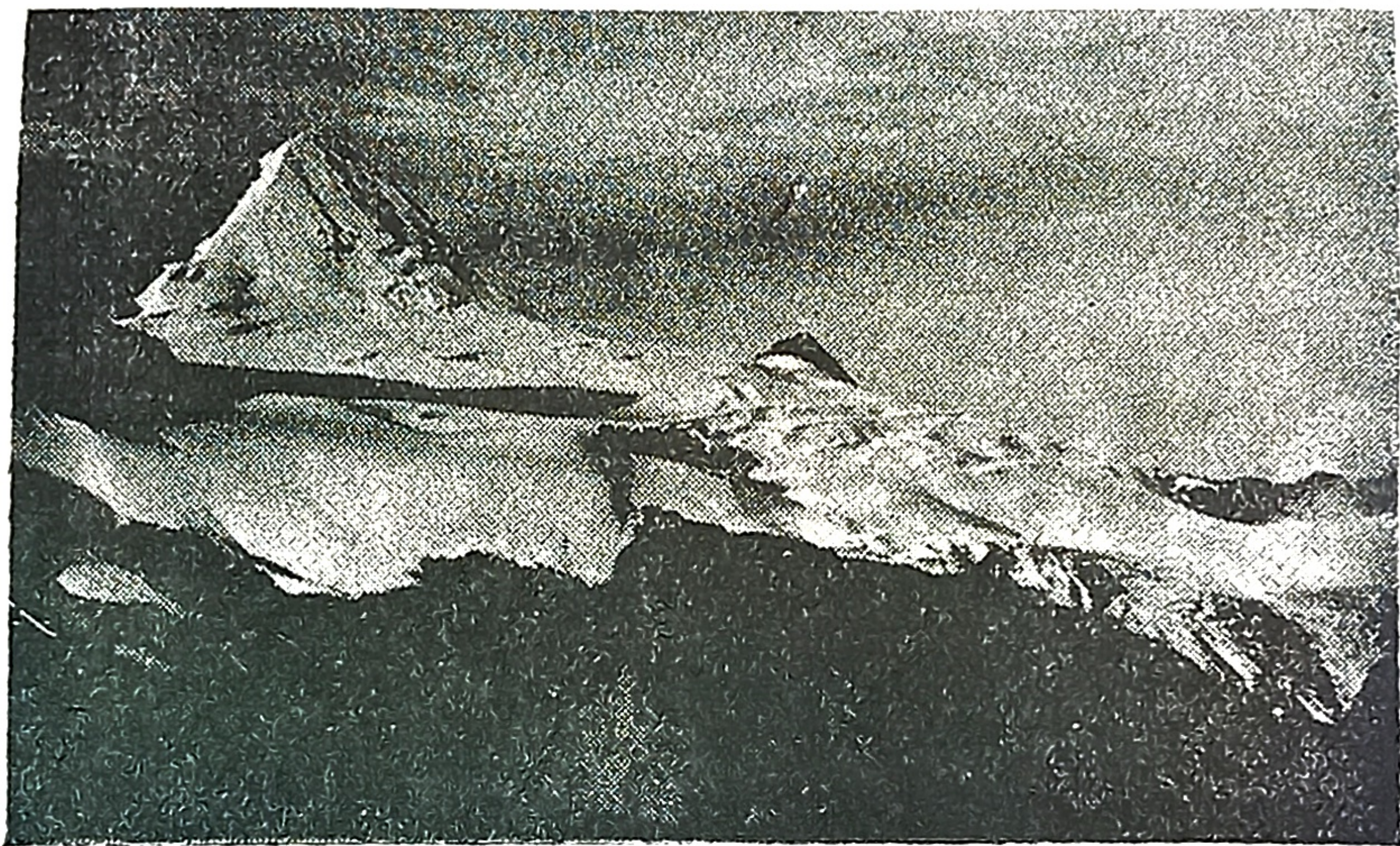
El sol del día 3 de mayo nos encontró cruzando la pampa de Aroma, al calmado paso de nuestras cabalgaduras y respetando con profundo silencio el malestar de nuestro malferido compañero de viaje.

Contrastando con los verdes mantos de *tola* (planta leñosa que cubre la llanura), se distinguen acá y allá grupos de algunas *huacas* (sepulcros que datan de la época de los Incas) y las fortificaciones construídas por el ejército cochabambino que libró la batalla de Aroma el 14 de noviembre de 1810, sellando con su sangre la segunda victoria conseguida por los patriotas de América contra la dominación española.

El hermoso Sajama, pico correspondiente a la Cordillera Occidental, ostentaba su nevado cono hacia esa parte, como pan de azúcar abandonado en el extremo de una anchurosa mesa.

Los indios aimaras han revestido su existencia de un mito interesante, basado en la forma que afecta y en la posición que ocupa, aislado de los picos de la Cordillera Oriental. Allá en los tiempos prehistóricos, este gigante pertenecía a la familia que se alza al este; pero el Illimani, envidioso de la belleza de su émulo, le declaró la guerra, dándole tan formidable golpe que lo partió

por la cintura, arrojando la parte superior del coloso a las pampas del occidente con la palabra aimara *¡sárjama!* (¡vete!....) Desde entonces el Sajama quedó allí separado de su base el *Mururata*, nombre que significa "truncado".



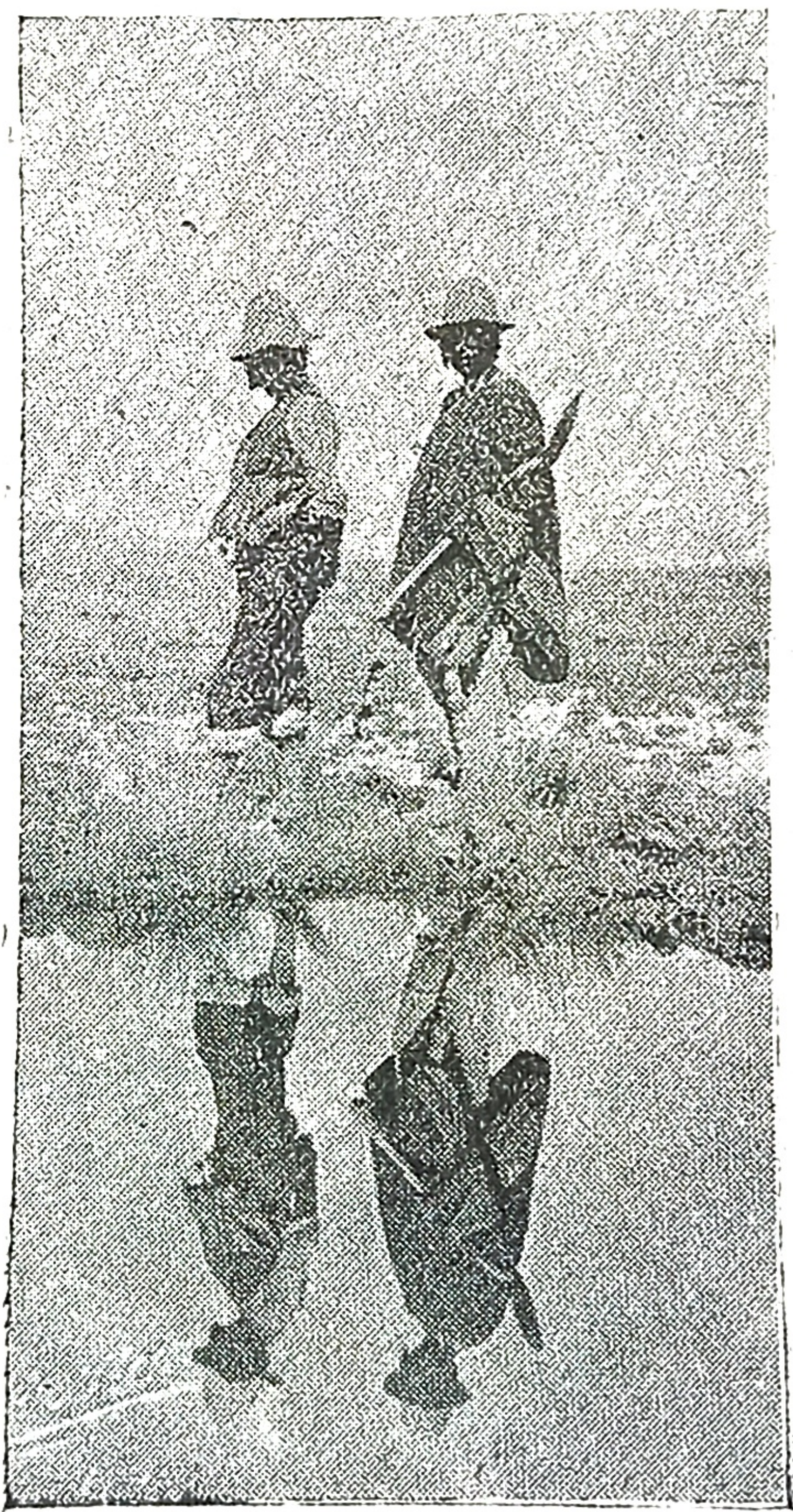
El pico más alto de la Cordillera de Tres Cruces (5,900 m.)

Al otro extremo de la pampa de Aroma se encuentra la posta de Panduro, desde donde, con nuevas bestias, seguimos el viaje, trasmontando algunas colinas hasta llegar a la hondonada por donde va la vía al pueblo de Caracollo, correspondiente al Departamento de Oruro. En él pasamos la noche sorprendiéndonos el señor Delegado Extraordinario que nos dió alcance y dispuso que, sin entrar a Oruro, nos dirigiésemos a encontrar el camino de esta ciudad a la de Cochabamba. Era la cuarta jornada de nuestro viaje (*)

Desde Caracollo el aspecto de la Altiplanicie varía

(*) Los cuatro días de viaje entre La Paz y Oruro han quedado reducidos en la actualidad, a sólo seis horas de tren.

notablemente. Las pampas anchurosas se extienden uniformes, semejando un mar en el que se destacan como archipiélagos e islas solitarias las montañas de los lejanos confines. Por un fenómeno de espejismo, los cerros distantes parecen desprendidos de la llanura como extraños nubarrones inmóviles en el espacio, y unos y otros a igual distancia de la línea del horizonte vago. Acá y allá las ráfagas encontradas forman densas columnas de polvo que se pierden en el espacio descompuestas en tenues y agitados penachos; y esas grandes nubes de polvareda cruzan lentamente los amarillos pastales turbando el color ceniciento del siberiano panorama. ¡Cuánta tristeza infunden esas desiertas sabanas, en las que por un fenómeno extraño, los cuerpos se destacan con proporciones enormes! Algunos caseríos rústicos, diseminados caprichosamente, afectan siluetas de ciudades abandonadas y misteriosas; y los rebaños, que pastan a lo lejos, se presentan próximos y gigantescos. ¡Allá el espejismo fantasea con

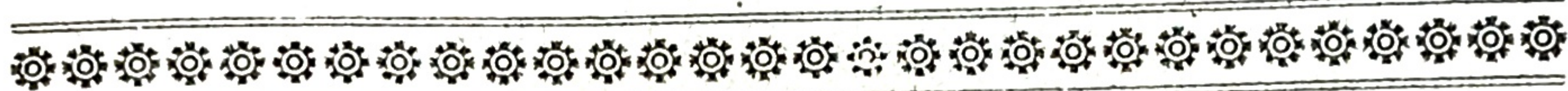


Indígenas a orillas del río Desaguadero

la ávida mirada del viajero como el porvenir ante la esperanza!.....

Muchas reflexiones ocuparon mi imaginación ante el espectáculo de ese triste paisaje. Sin duda alguna la Altiplanicie de los Andes, ha sido en otro tiempo el lecho de un mar interior cuyo nivel se alzaba a los 4,000 metros sobre el de los océanos, apresado por los dos brazos que abre la Cordillera entre los 15° y 21° de latitud y midiendo 150 leguas de norte a sud, por 40 de este a oeste término medio. Las formaciones calcáreas y los fósiles marinos que se encuentran en sus montañas laterales, aseguran esta creencia; así como la existencia de los lagos Titicaca y Poopó, ligados por el Desaguadero, con muchas lagunas, salares y llanuras senagosas, no obedece a otra causa que al desagüe de ese inmenso valle, siendo ellos el resto de la masa líquida que lo llenaba en otro tiempo. Los pocos ríos que alimenta la nieve de las montañas que la circundan, pierden su caudal por infiltraciones en el llano arenoso que recorren, o absorbidos por las brisas del otoño en los bañados que forman. Sus pampas estériles no tienen otra flora que la raquítica y pobre caracterizada por el cactus, las malváceas, las gramíneas y las burceráceas, que desaparecen en el invierno a los rigores de un frío glacial (15° bajo cero centígrado).

La región adina, pobre en los reinos animal y vegetal, es una de las más ricas del orbe en el mineral, como lo veremos en el siguiente capítulo.



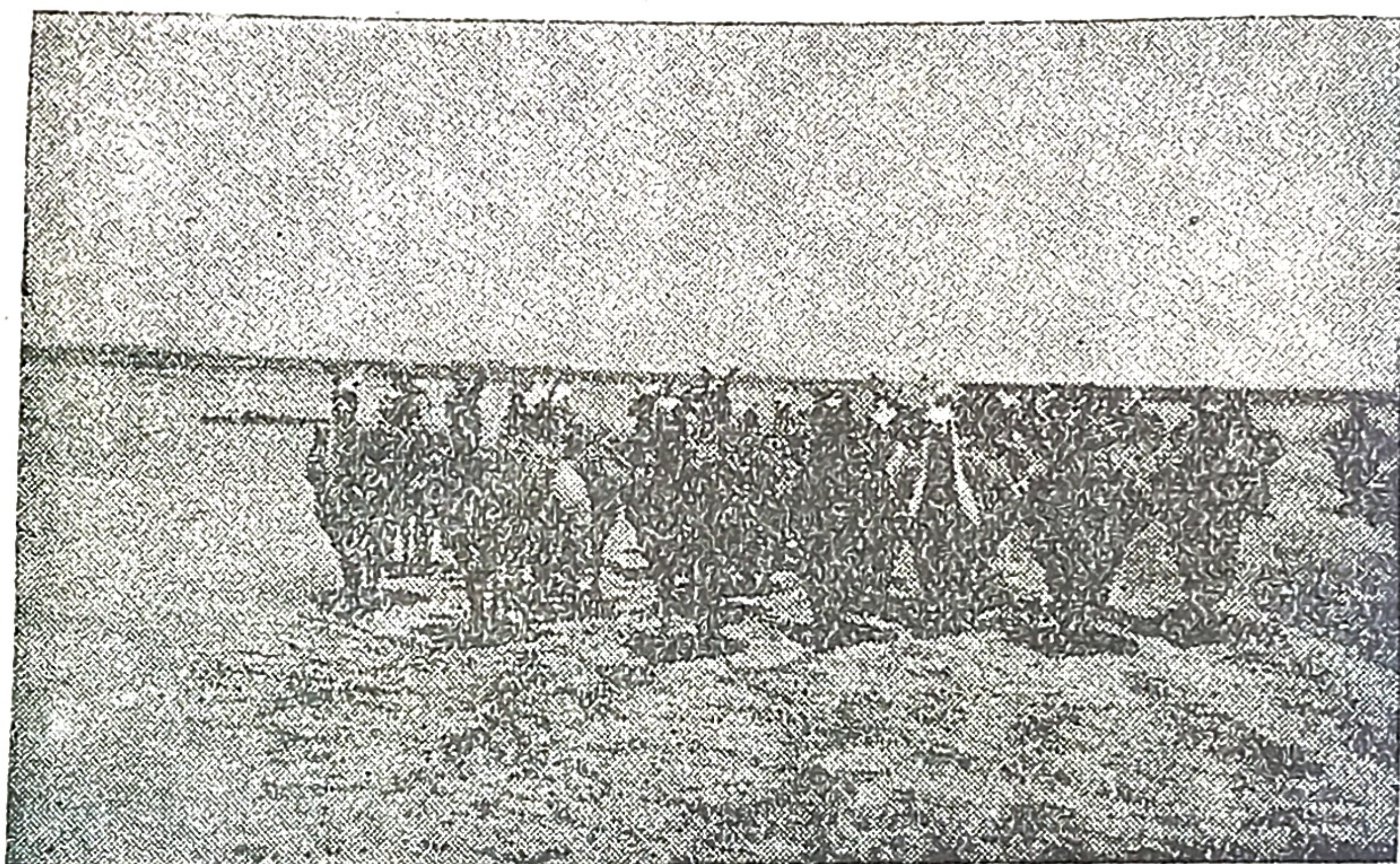
CAPITULO IV

Oruro. — Las Minas. — El Ferrocarril de Antofagasta.

Como dije anteriormente, la premura del tiempo no nos permitió entrar a la ciudad de Oruro, situada a nueve leguas del pueblo de Caracollo; pero no por esto dejaremos de dedicar el presente capítulo a una de las más importantes poblaciones de la República.

El cerro de Pie de Gallo, llamado así por la forma que afecta con sus cuatro contrafuertes que parten en direcciones opuestas, abrigando dos de ellos a la ciudad de Oruro por el oeste y parte del norte y sud, se alza próximo al de San Pedro y a cuatro leguas de la cadena de Pongovilque, en medio de la desierta llanura que se prolonga cerca de 600 kilómetros hacia el sudoeste. La riqueza de los minerales de plata y estaño, descubiertos en él a mediados del siglo XVI, motivó la fundación de la ciudad, con el nombre de Villa de San Felipe de Austria, debida a Manuel Castro de Padilla en 1.º de noviembre de 1606, en una región desprovista de los más necesarios recursos y sin condición alguna para ser habitada y, mucho menos, ofrecer atractivos de radicatoria o residencia definitiva al indus-

trial que en las entrañas de la tierra buscaba el codiciado metal. Así fué que con cortas épocas de pasajero movimiento, efecto de la azarosa explotación de las minas, Oruro seguía beneficiando a algunas empresas, sin mejorar de condición a pesar de los grandes capitales que de sus ocultos tesoros se formaban.

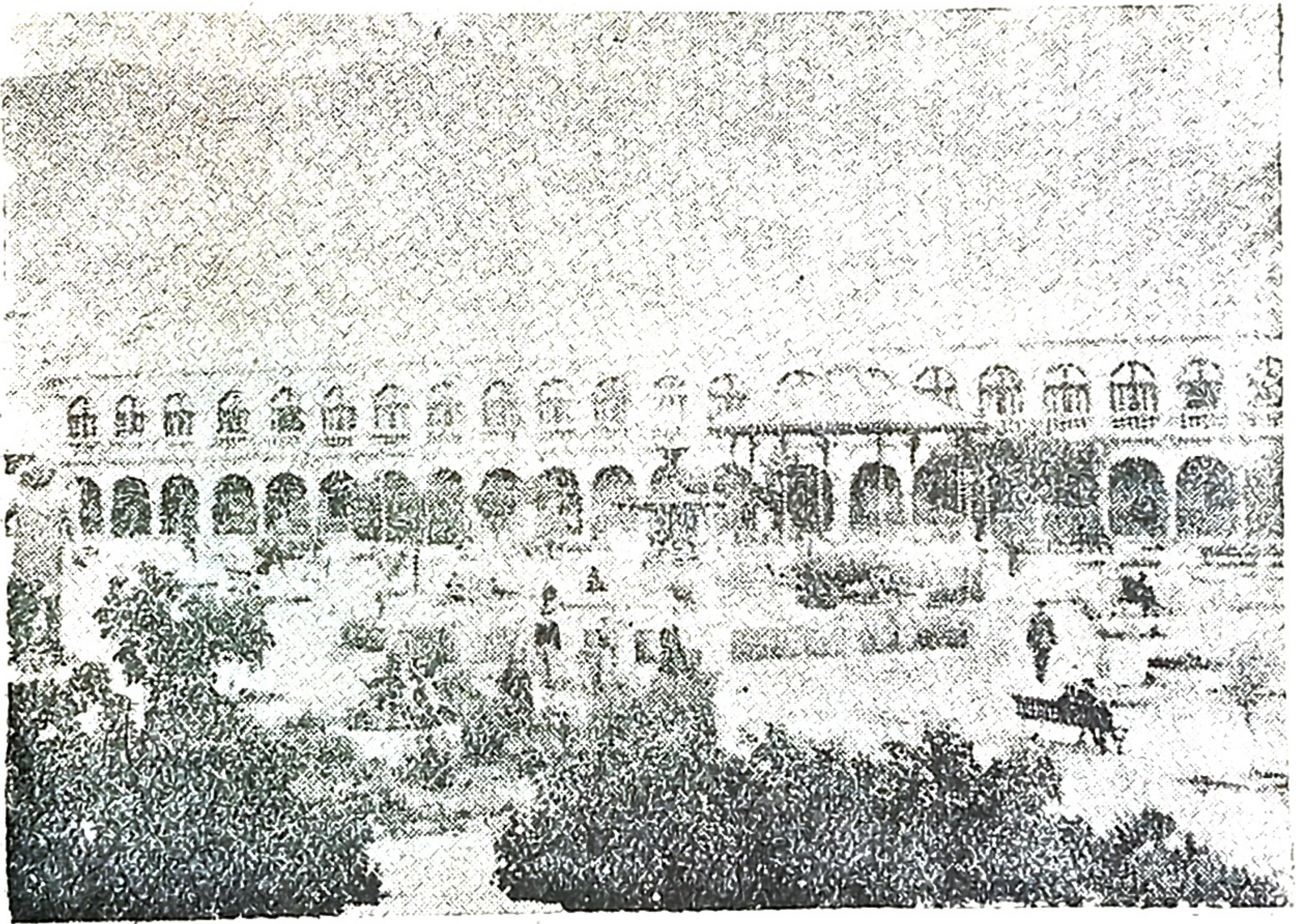


El transporte de minerales a lomo de llama, reemplazado gradualmente por ferrocarriles y autocamiones

El ferrocarril de Antofagasta, que en 1892 lo aproximó a la costa, dió impulso a su desarrollo hasta entonces tardío, y los edificios de madera y ladrillo reemplazaron a las modestas casas de adobe, cubiertas por los rústicos techos de paja donde silbaba constantemente el viento de las pampas, envolviéndolos en la polvareda que levantaba de sus calles desprovistas de empedrado. Aumentó la inmigración extranjera, y las miserables tiendas donde se expendían algunos artículos de minas y alcohol rebajado

que bebía el trabajador, trocáronse en elegantes almacenes, cantinas y bodegas. Se prolongaron sus calles, cubriéndose las aceras de sólidas baldosas, y reemplazando las carretas al humilde llama que transportaba los metales en bruto a los ingenios próximos.

Oruro, según el último censo (1900), cuenta con 15,898 habitantes, (*) en su mayor parte trabajadores de minas, procedentes de Cochabamba y La Paz. Su posición céntrica, entre los departamentos más importantes de la República, hace de él un punto obligado de tránsito, del



La Plaza principal de Oruro en 1902

que salen diariamente innumerables recuas cargadas de mercaderías con destino al Interior. La actividad de su comercio e industria es extraordinaria, dada su reduci-

(*) En 1926 la población pasó de 40,000 almas.

da población. Un sordo bullicio en el que se mezclan el pitar y el metálico estruendo de las máquinas de los ingenios, con el ruido de las carretas y el irregular repiqueo del cencerro de las diversas recuas que interrumpen el tránsito en las principales calles, reina durante el día, sucediéndole en la noche la algazara de las cantinas y el canto del obrero que se divierte en los suburbios. (*)

Su plaza principal, en la que se encuentra el cómodo Palacio de Gobierno, próximo a la aislada y deforme torre donde está el reloj público y uno que otro edificio de regular arquitectura, cuenta con una bonita fuente de bronce situada en el centro y un elegante kiosco del mismo metal hacia la acera occidental. La Plaza del Regocijo separada de la principal por una hilera de casas y comunicada con ella por la calle Alianza y un estrecho pasadizo, muestra en su acera meridional el edificio del Ayuntamiento con los anchos arcos de la galería que adorna su frontis.

Casi todas las casas de la población son de un solo piso y las calles, rectas y cortas, permiten ver, ya los arenales de la pampa hacia el oriente, ya las faldas desnudas del Pie de Gallo perforadas por la barreta del minero y removidas por la pólvora y la dinamita.

La columna de piedra erigida en honor de Sebastián Pagador, que encabezó el levantamiento del pueblo contra el dominio español el 10 de febrero de 1871, corona la pequeña altura de Conchupata, en la que remata la extremidad del cerro que rodea el norte de la ciudad.

La Estación del ferrocarril, al otro extremo, priva-

(*) El servicio de las líneas férreas que parten al interior de la República y el concurso de innumerables automóviles, así como la arborización de las plazas y la edificación moderna, han cambiado el aspecto de la ciudad.

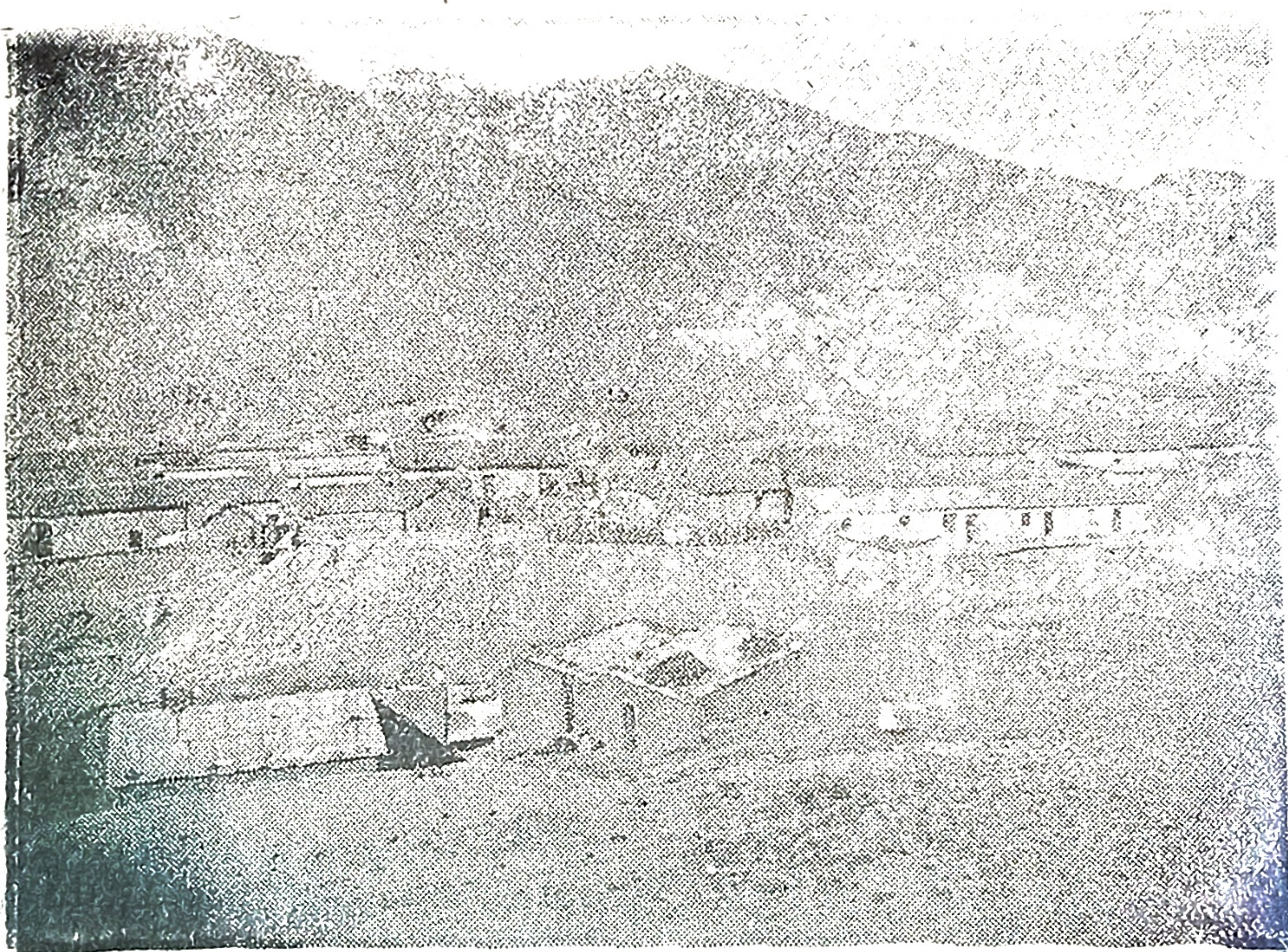
da del abrigo del cerro y expuesta a los aquilones de la pampa, ocupa una extensión superficial de 50 a 60,000 metros cuadrados, rodeada de un cerco de calamina, con sus oficinas, sus depósitos de carbón y carga y las alegres habitaciones de madera del administrador y los demás empleados.

El mercado, abundante hoy, abarca casi toda una manzana a las dos cuadras de la plaza principal, con las innumerables *chiflerías* (quincallerías y mercerías) que se disputan el campo en los corredores interiores y las aceras de la calle, cerca de la entrada.

Sus más cómodos hoteles son el "Francia" situado en la calle Colombia, y el "Terminus" y el del "Comercio" en la Plaza de Armas.

Las minas vienen a ser parte integrante de la población, con sus caseríos, que bien podríamos llamar arrabales de la ciudad. Ellas se abren en los espacios que dejan entre sí los grandes *dedos* del Pie de Gallo. El "Socavón de la Virgen" situado en la terminación de la calle Chimborazo, y "La Tetilla" a seiscientos metros de distancia, al sud de la primera, ocupan la cavidad donde se alza Oruro, distinguiéndose en la parte alta del cerro, la mina abandonada "El Rasgo" en la que, como su nombre lo indica, se reducía el trabajo rudimentario de la época colonial a las capas exteriores, dejando profundas y caprichosas zanjás. En la cavidad que se abre al sudoeste de la anterior, se encuentran, a poca distancia una de otra y en el seno mismo de élla, las minas de "Itos" y "Atocha" en actual explotación y la abandonada "Santo Cristo" con su ruinoso establecimiento, más abajo. Finalmente, en la del noroeste está la rica mina de "San José" con las regulares hileras de sus casitas blancas que re-

saltan en el color azul plumizo de los desmontes, engalanándose con el negro penacho de humo de sus altas chimeneas.



Un antiguo centro minero de la Altiplanicie (Antequera)

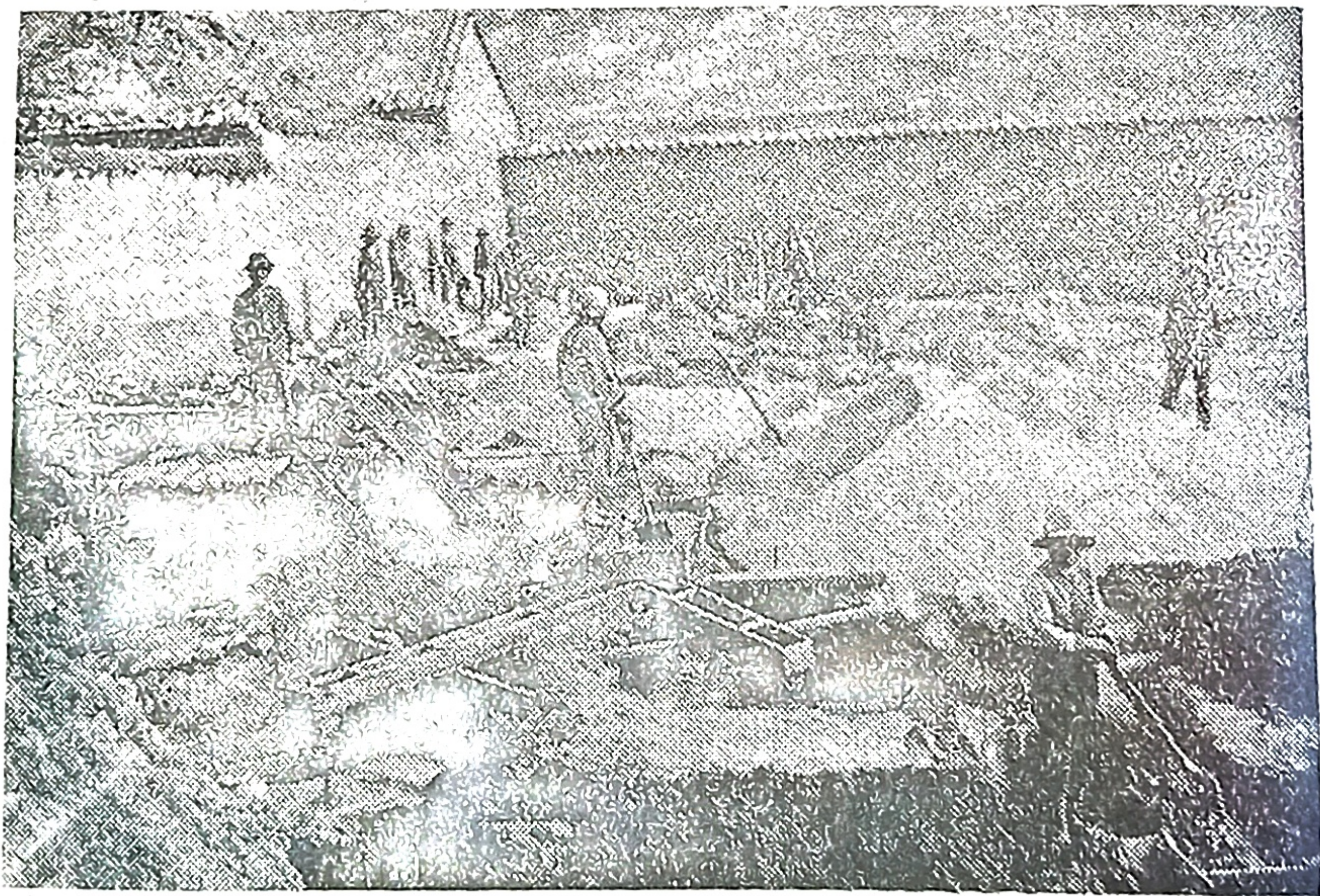
Hacía cuatro meses desde la última vez que visité el “Socavón”, en compañía de varios amigos que, por “*matar el día domingo*”, siempre triste en esa activa población, formaron una caja común con la que se pudo disponer un buen *lunch* para la salida, en la *cancha* o patio de metales de la mina.

Provistos de los mecheros encendidos que pendían del ojal de las levitas, para tener libres los brazos, pero a riesgo de manchar la ropa con el cebo derretido en el oscilante y pequeño depósito, penetramos uno a uno, caute-

losamente en el socavón. A lo largo de los primeros doscientos metros el piso es plano y las paredes *poteadas* o cubiertas por una sólida bóveda de piedra que contiene las *aisas* o derrumbes de los pedrones conmovidos por la dinamita. Más adentro el trayecto se hace penoso formando brucas curvas y descensos en los que, a la vacilante luz de las mechas, se descubre agudos bloques y profundas grietas, entre las que se abre y cierra el socavón caprichosamente. Era preciso agazaparse en varios boquetes, apoyándose en las paredes, y examinar cuidadosamente el sitio por el que había pasado el guía anunciando un *pique* (profunda excavación vertical), un charco de agua, o un pedrón sobresaliente que amenazaba descalabrarnos. Después de media hora juzgamos conveniente descansar un momento en un *tambo*, (anchos claros o grutas artificiales que se abren a largas distancias dentro de la mina), para volver a la *cancha*; pues el calor sofocante, la lóbreguez, la humedad y la atmósfera cargada de gases, nos causaban una inquietud insoportable. Desde este *tambo* partían en distintas direcciones, varias galerías en las que el metálico son de la comba repercutía al caer sobre el barreno, produciendo extrañas vibraciones en las entrañas del cerro; y en la horrible oscuridad que nos rodeaba, aparecían a momentos lucecillas que cruzaban cortos trechos o que titilaban inciertas a la distancia. A la voz de ¡en marcha! nos levantamos todos y volvimos a colocarnos uno tras de otro, guardando cierto espacio para salir. Por fin apareció la boca del socavón como estrella solitaria en una noche tenebrosa, hasta que aumentando de tamaño a medida que acortábamos la distancia, pudimos salir por ella al gran patio del establecimiento, dejando escapar de nuestros labios un prolongado suspiro de satisfacción.

En el centro de la *cancha* estaba dispuesta la mesa alrededor de la que nos sentamos, después de sacudir el polvo de los metales que cubría nuestra ropa y pasarnos el pañuelo por la cara, riendo unos de otros por el sombrío aspecto de nuestros semblantes ojerosos y tiznados.

Nos servía un obrero alto y fornido, cuya barba y bigote ligeramente overos, contrastaban con su semblante ennegrecido en las minas. Sumiso y respetuoso, permanecía inmóvil a cierta distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su vestido descolorido, o mas bien, pinta-

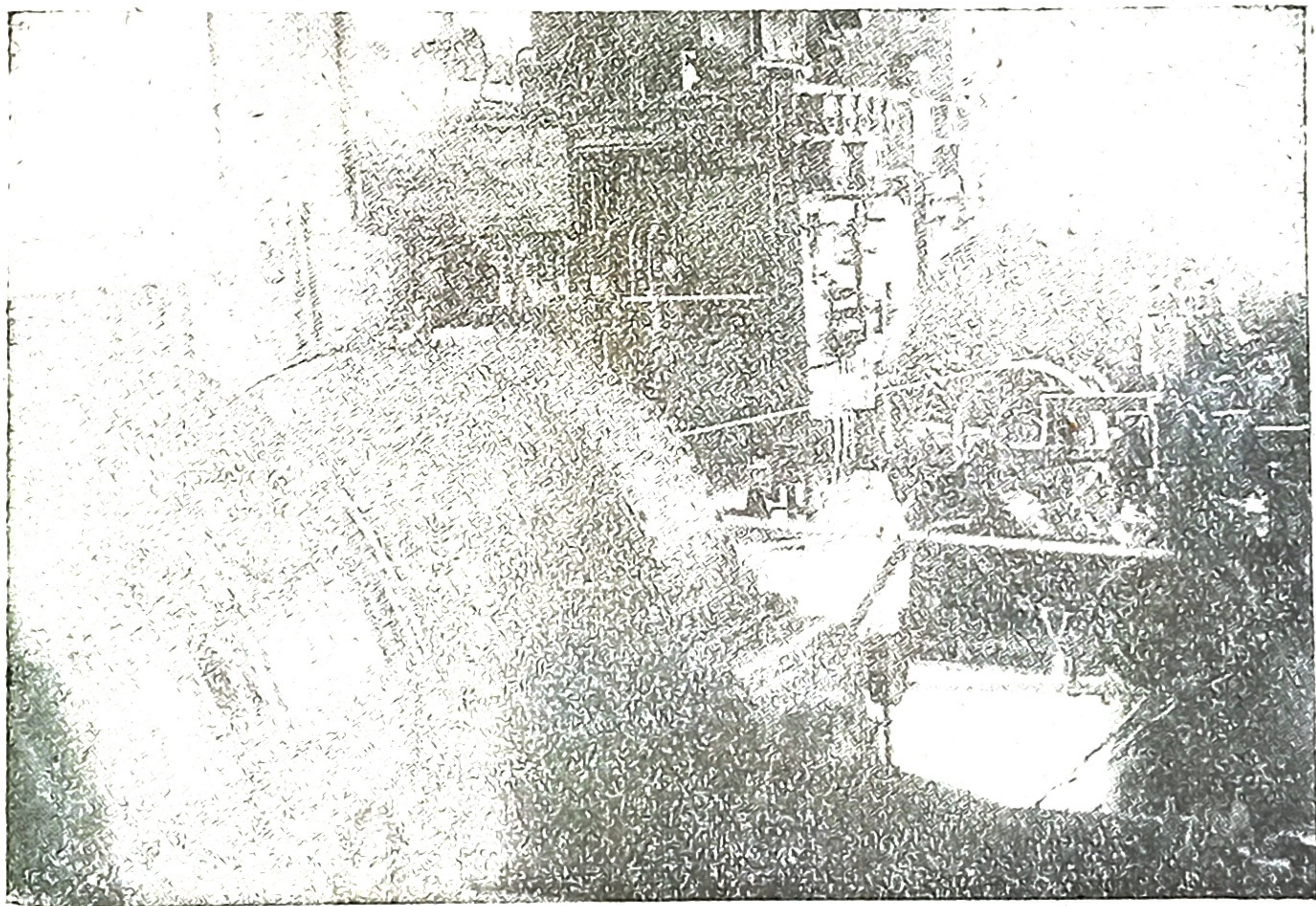


Laboreo rudimentario de barrilla de estaño

rrajeado por el humo y los metales, era de casinete ordinario, formando profundas arrugas en las coyunturas del cuerpo y amoldado a sus formas musculares. El *chulo* (gorra de lana) cubría su cabeza dejando escapar en desorden sobre su frente, algunos mechones de cabello; unas medias gruesas y largas de lana, cubrían sus piernas sobre el pantalón hasta la rodilla, calzando los cómodos

polkos que consisten en un pedazo de cuero fresco de buey, hilbanado en sus extremos por una correa y ceñido sobre el tobillo para que se seque tomando la forma del pie. Agreguémosle el mechero colgado sobre el pecho, la bolsa de cuero en que guarda la coca, el barreno y la comba, y tendremos en él al tipo del trabajador de las minas de Bolivia.

Además de éste, que no es otro que el *barretero*, existe un trabajador de superior gerarquía; es el *pirquinero*, que, teniendo a sus órdenes algunos peones, explota por con-



Instalación eléctrica en un ingenio moderno (Caracoles)

trato los *desmontes* de la mina o las vetas del socavón, para entregar el producto a un precio convenido de antemano. Siguen a los dos primeros: los *chivatos* que son los niños que proveen de útiles y herramientas al trabajador o prestan servicios auxiliares en las máquinas y los hornos de fundición; luego las *palliris*, mujeres que trabajan

en la *cancha* triturando los metales en bruto para seleccionar la parte de ellos que por su riqueza puede ser exportada, teniendo en cuenta los caros fletes de transporte; y finalmente los *chahuiris*, encargados de registrar al trabajador, que al salir de la mina, puede sustraer en el vestido metales de rica ley.

La administración de la mina cuenta con numerosos empleados, siendo su principal sección la *pulpería*, almacén del que se proveen los obreros firmando vales que se venecen el día del ajuste (sábado de cada semana) o a cambio de las fichas que en algunos establecimientos circulan con garantía de la respectiva empresa.

El metal de plata se exporta de Oruro por el ferrocarril de Antofagasta, en *piñas*, *barras* y *barrilla*, o en bruto y a granel en carros descubiertos con que cuenta la línea. La distancia de Oruro al puerto boliviano de Antofagasta (actualmente cautivo) es de 922 kilómetros que recorre el tren ordinario en 36 horas.

Poblaciones nuevas como Poopó que se encuentra a los 48 kilómetros de Oruro, Challapata a los 111, y Uyuni, a los 312, se alzan en la desierta pampa de la Altiplanicie correspondiente a los Departamentos de Oruro y Potosí. Desde la Estación de Ascotán que se encuentra a los 561 kilómetros de Oruro y 3.956 metros sobre el nivel del mar, la línea ferrea descende al Pacífico, pasando por el histórico pueblo de Calama donde murió Abaroa, defendiendo a la patria en la guerra del 79.

Ligada por un ramal que parte de Uyuni, está la población de Pulacayo, próxima a los minerales de Huanchaca, contando con más de 2,000 obreros, casi todos nacionales.

El ferrocarril de Antofagasta es la principal vía de comunicación con el exterior, con que cuenta la Repúbli-

ca (*) Es por esta razón que, apartando un instante la mirada de la dirección opuesta que debe seguir nuestro viaje, hemos querido saludar desde aquí el Pacífico, con la esperanza de llegar por el Amazonas al Atlántico.



Las estaciones de ferrocarril que han reemplazado a las postas entre Oruro y La Paz. (Eucaliptus)

(*) En la actualidad (1927) los varios ferrocarriles que convergen en la zona minera de Bolivia, facilitan la explotación a tal punto, que han elevado su valor el año último a los siguientes guarismos de riqueza comercial: — estaño, 30,543 toneladas métricas de metal fino; cobre, 19.476; plomo, 30.911; zinc, 17.561 toneladas métricas de metal en bruto; antimonio, 7.409; bismuto, 375; wolfram, 100; plata, 2.846,876, onzas finas; y oro, 11 kilogramos. El valor total de origen de estos metales, fué calculado en Bs. 113.131,794. — (£ 8.000.000.— más o menos, consultando un promedio del cambio sobre Londres).

La plata era en otro tiempo el primer factor de producción; hoy lo es el estaño; y, hace algunos años, con motivo de la considerable demanda de wolfram o tungsteno durante la guerra mundial, la explotación de este producto improvisó fortunas cuantiosas en muy breve lapso. Estos hechos, unidos a las referencias de la proverbial riqueza de Potosí y de otras admirables montañas de Bolivia, comprueban la variedad y la abundancia de las reservas naturales que entraña esta parte del mundo, como un prodigio no igualado en zona alguna. Así, cuando baja la cotización de un metal, desalentando a sus explotadores, surge la de otro, como un estímulo inmediato. Y como si no bastara todo esto, viene ya la era del petróleo en los llanos del oriente, mientras la del estaño va ascendiendo hacia su auge en las tierras altas del oeste, donde la fortuna de un solo industrial, (don Simón Patiño) ha podido en pocos años formar ciudades prósperas como Uncía y estimular progresos de todo género en otros centros. Las modernas instalaciones con que cuenta hoy la industria minera en Bolivia, son la última palabra de la mecánica y pueden competir con las mejores de Europa y de los Estados Unidos.



CAPITULO V

Cochabamba. — Las Quebradas. — Los Valles.

Desde Caracollo nos dirigimos al pueblo de Paria, situado a cuatro leguas de Oruro, sobre el camino que conduce de esta ciudad a la de Cochabamba. En él cambiamos bestias y almorzamos tranquilamente, pudiendo notar por el apetito de nuestro compañero su completo restablecimiento, sin que por esto hubiera desaparecido la contracción rugosa de su frente al recuerdo de nuestras impías carcajadas.

El crepúsculo vespertino nos sorprendió a poca distancia de la posta, solitaria de Huaillas, a donde llegamos en las primeras horas de la noche, sin el menor inconveniente.

A las 2 p. m. del siguiente día trasmontábamos la cuesta de Tapacarí, para descender al pueblo del mismo nombre, situado en la quebrada que recibe el suyo de ambos. Desde la cumbre el espectáculo que se presenta es bellísimo, pudiendo dominar desde ella la región de las quebradas y los valles, al mismo tiempo que gran parte de

la Cordillera que habíamos dejado a nuestras espaldas. Nos encontrábamos en el *divortia aquarum* de las quebradas que alimentan algunos afluentes de la hoya amazónica, y los pobres arroyos que desaparecen en la Altiplanicie, sin haber llegado a los océanos.

Bien podríamos asegurar que es allí donde se encuentra uno de los orígenes más lejanos del primer río del mundo; pues las aguas que se desprenden de las montañas próximas, van a desembocar en el Atlántico por el Amazonas, después de 800 leguas de travesía poco más o menos.

Ante tan hermosa perspectiva, y a mi insinuación, echamos pié a tierra, y Baluarte, sin desplegar los labios, tuvo la fineza de invitarnos una copa de aguardiente de uva, que bebimos saludando a la nueva región que debíamos surcar muy en breve.

Desde la cadena, sobre cuyo dorso nos encontrábamos en esos instantes, se desprenden multitud de ramales que, alejándose los unos de los otros y descendiendo poco a poco, iban a rematar en las anchurosas llanuras de Cochabamba, rodeadas por las azuladas cordilleras que forman los grandes contra-



Trasmontando la cumbre

fuertes de la masa oriental de los Andes. ¡Qué panorama tan complicado presentan esos verdes e irregulares

valles, separados unos de otros por sierras caprichosas que forman una gran red orográfica de irregulares mallas!

Con el brazo extendido hacia el Este, iba indicando a mis dos compañeros los cinco valles que se abren en la parte céntrica del Departamento: — el de Cochabamba, que alberga la ciudad y los pueblos de Quillacollo, Tiquipaya, Sipesipe, Colcapirhua y el Paso; el de Cliza, donde se encuentran el pueblo del mismo nombre, Tarata, Punata, Arani, San Benito, Toco, Tolata y Muela; y los valles de Caraza, Sacaba y Capinota, con sus tres poblaciones de iguales nombres. Luego, señalando los espacios que dejan entre sí las sierras, les indicaba la posición de las quebradas: — la de Tapacarí, más próxima a nosotros, con los pueblos de Tapacarí y Calliri; y la de Arque, con Tacopaya, Arque y Colcha; ambas confluyendo en la profundidad de Parotani, para dirigirse hacia el Río Grande después de cruzar el valle de Capinota.

Antes de volver a montar a caballo para descender a la quebrada, dirigimos nuestros ojos por última vez a la Altiplanicie. Cadenas interminables que se suceden unas tras de otras, abarcan toda la extensión dominada desde la cima de Tapacarí, dejando apenas, perdida a la distancia, una línea horizontal, casi imperceptible y separada del cielo ceniciento y nebuloso por la silueta vaga de las montañas de la Cordillera Occidental. Heladas ráfagas que soplaban desde esas desiertas y solitarias cumbres, doblegaban la paja raquítica de las cañadas próximas, produciendo rumores extraños que convidaban a una melancolía esquiva. Era preciso perder de vista aquella aridez pavorosa, para buscar abrigo entre los cariñosos brazos que extiende la Cordillera hacia el oriente, ciñendo praderas y sembrados.

Después de asegurar la montura, ajustando fuertemente la cincha cerca de los íjares de nuestros caballos, emprendimos el descenso de la cuesta, doblando constantemente los ángulos de las *zetas* que formaba el camino, en su inclinación gradual desde el dorso de las cadenas hasta las quebradas tributarias de los valles.

La cuesta de Tapacarí mide veinte kilómetros. La vegetación, que en las alturas no es otra que la paja amarillenta de las cumbres solitarias, va apareciendo poco a poco, a medida que se desciende, presentándose matorrales aislados, luego grupos de algarrobos, más abajo molles y algunos arbustos leñosos y variados; después el sauce de los valles, gentil y esbelto, dominando las riberas del arroyo y los estanques; el césped apretado y uniforme, cubriendo las grietas de las rocas que baña el rumoroso manantial; el musgo que cubre el risco; la yedra trepadora; y en todas partes el verde esmeralda alfombrando las faldas y bordando el arrugado seno de los montes.

Qué poéticos parajes! El sol allí es más hermoso, apreciado por el calor bienhechor que comunica a la tierra, haciendo brotar de ella colores que cautivan la vista y emanaciones que refrescan y perfuman el ambiente. ¡Ya no el glacial aquilón de las desiertas pampas y la uniforme perspectiva de monótonas sabanas; ahora la brisa vagorosa, perfumada al cernirse en tupidas enramadas y humedecida al rozar la superficie del manantial, el río y la laguna!

¡Cochabamba! ¡Cuántos recuerdos y esperanzas brotan, al par que flores en tus valles, en el árido corazón del peregrino de la Altiplanicie, cuando regresa a tí! Qué bienhechor calor comunicas al ser que poco antes estaba aterido por la nostalgia! ¡Cuán más hermosa te presen-

tas ante los anhelosos ojos de tus hijos ausentes que a tí tornan!

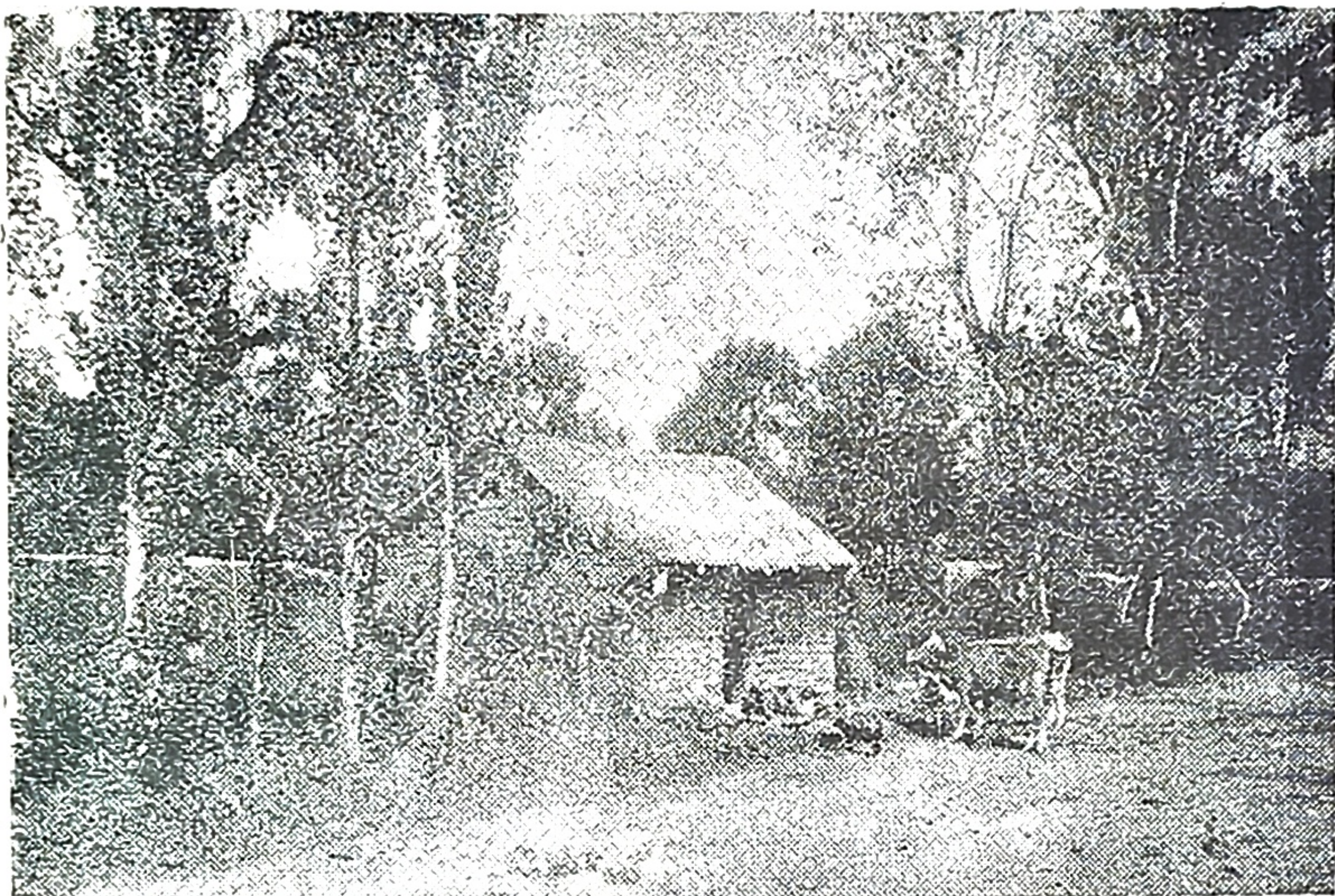
Cuando el sol ocultaba su disco tras de las montañas inmediatas a la quebrada de Tapacarí, entrábamos al pueblo de ese nombre por las estrechas y escuetas callejuelas en las que aparecía alguna vez un vecino asomado a la puerta o a la ventana de su casa, al sentir las pisadas de nuestras cabalgaduras en el irregular empedrado.

Tapacarí, en otro tiempo era una población importantísima y contaba con más de cuatro mil habitantes. Hoy la quebrada de Arque, por la que vá el camino carretero de Oruro a Cochabamba, atrae gran parte del comercio y amenaza arrebatarle el concurso continuo de las arrias que le dan vida aún. (*). Por otra parte los ríos Tapacarí y Huateka, entre los que está situada la población, han arrasado con sus corrientes los barrios principales, obligando a los habitantes a retirarse a los cerros, donde en hileras paralelas, se alzan las nuevas construcciones.

La posta de Tapacarí, como todas las de los valles, difiere de las de la Altiplanicie. El personal que la atiende está compuesto de sencillos campesinos, y el maestro de postas, es una persona medianamente ilustrada, de la cual se recibe, sino un trato exquisito, por lo menos cuanto su buena voluntad puede brindar al cansado viajero. Las paredes de las habitaciones están empapeladas con multitud de periódicos ilustrados y reclamos de boticas, entre los que, dominando el conjunto, se halla siempre el retrato de uno de los candidatos a la Presidencia de la Re-

(*) El ferrocarril ya construído entre Oruro y Cochabamba recorre la quebrada de Arque...

pública, pudiendo ser reemplazado por el de su antagonista, que permanece guardado, en la alacena, en previsión de un cambio político o de las alternativas de la balanza que pesa las probabilidades del éxito.



Venta de chicha en un camino del valle

La alborada del 6 de mayo nos vió salir del pueblo para seguir por la quebrada nuestro rumbo a los valles. El camino vá por el centro del álveo, cortando constantemente las curvas que forma la corriente cristalina en su caprichoso curso, rebotada por las pedregosas orillas. Pequeños planos que se forman en las hondonadas, interrumpen a cortas distancias la continúa sucesión de fal-das y contrafuertes que descubre la mirada del viajero. Las casas de hacienda muestran sus paredes blancas y risueñas al través de los árboles, que las rodean en medio de los sembradíos. Varios molinos, situados al pié de los cerros, turban con el rumor de sus aguas espumosas el

silencio de los campos de cultivo. Las ramadas se agitan al vuelo de las torcazas que se alejan a los valles para volver con el crepúsculo vespertino a dormitar en los algarrobos y los molles.

Multitud de chozas de paja, construídas sólo para determinadas épocas del año, pues desaparecen con las crecientes del río, ocupan las laderas del camino, ofreciendo al transeunte sombra y descanso contra las fatigas del sol del medio día y un vaso de chicha para continuar la interrumpida marcha.

La concurrencia de arrias que frecuenta la quebrada es tanta, que a la distancia el camino se halla marcado por negras masas de bestias y gente que avanzan hacia el viajero o lo preceden, envueltas en densas nubes de polvo, en alborotado tropel, y produciendo un confuso vocerío dominado por el cencerro y los silbidos de los arrieros.

Durante las seis primeras horas del día seguimos el curso de la quebrada, apartándonos de ella en Parotani, que está en su confluencia con el río Putina, para dirigirnos por la orilla derecha de este último, hacia el valle de Cochabamba donde tiene su origen.

El vallecillo de Parotani, está a merced de los embates de ambas corrientes que amenazan arrasar los campos de cultivo y las huertas que lo esmaltan. Cuenta con algunas casas de campo agrupadas caprichosamente, una capilla rústica, la posta muy concurrida siempre y la casa de hacienda con sus grandes trojes y dos paradas de molinos. Es el punto equidistante entre Tapacarí y Cochabamba y de él se desprende el camino carretero a Oruro por la quebrada de Arque que baja con igual dirección, al sud de la primera. Ocupando el centro de los valles de Cochabamba, Caraza y Capinota, atrae, además

del comercio entre Oruro y Cochabamba, numerosa concurrencia de campesinos procedentes de los fundos inmediatos, que transportan en sus borricos a la ciudad y los pueblos, las producciones de sus campos de cultivo.

A dos leguas de Parotani, siguiendo por la angostura de Putina, se abre el valle de Cochabamba al pie de la cordillera del Tunari.

El verde esmeralda de la llanura contrasta con los azulados montes, con el blanco perfil de nieve que corona las cumbres y con las parduzcas colinas que se levantan aisladas en varias direcciones, rasgando con sus lomos pedregosos la alfombra de prados y arboledas que tapiza el dilatado valle. Un tul blanquecino envuelve los sembrados y bosquecillos de la campiña en la que brilla débilmente el agua de los estanques y lagunas o se destacan las blancas paredes de las casitas de campo.

Se animaban mis ojos a medida que sondeaban con mirada fija el escenario de mis primeras impresiones. ¡Oh hermosa niñez! ¿por qué pasas tan breve y dejas nuestra cuna tan llena de recuerdos, tan vacía de ilusiones? Todos, todos los sueños que forjó el niño al correr sin rumbo por el campo, se alejan uno a uno, como aves que parten en la mañana, pero que en la tarde no regresan.

A las 3 p. m. llegamos a Quillacollo, capital de la provincia de Tapacarí, situado a 11 kilómetros de la ciudad de Cochabamba, con 3,885 habitantes (*) Es una alegre población a pesar del aspecto ruinoso que presentan las nuevas calles recién abiertas para corregir las caprichosas que en otro tiempo cortaban irregularmente las manzanas. Su plaza principal, pues tiene otras destinadas al

(*) Esta cifra, como las que se registran después respecto de otras poblaciones, corresponden al censo de 1900 y han debido aumentar considerablemente en los últimos veintisiete años.

expendio de los diversos productos agrícolas de la provincia (maíz, trigo, patatas, legumbres, etc) cuenta, como todas las de los pueblos del Departamento, a imitación de la capital, con una estrecha avenida de árboles que rodea su parte céntrica, donde se encuentra la fuente pública que murmura alegremente, distinguiéndose entre las voces de los vecinos parlanchines de la villa. Su feria de los días domingos es importantísima dada la con-



Un pueblo de los valles de Cochabamba (Quillacollo)

currencia que acude a ella desde las aldeas y caseríos inmediatos, siendo su principal fuente de riqueza el ganado vacuno y caballar. Sus pobladores son sencillos y cariñosos con el forastero, que, muchas veces, es detenido a la puerta de una casa, por una robusta aldeana que le brinda un vaso de chicha de maíz, invitándolo a descansar un momento.

Baluart, no se cansaba de alabar al Departamento, mientras despedazaba sobre una gran bandeja de fierro

enlosado, la carne jugosa y humeante que nos sirvieron, junto con el consabido platito de ají molido, destinado a irritar nuestros paladares para estimular la bebida de la chicha, que en el centro de la mesa chispeaba en una gran jarra de cristal.

Las dos leguas que aún nos separaban de la ciudad, las recorrimos en hora y media, llegando a los arrabales cuando el reloj de la catedral daba la de las oraciones, recibida por el sordo murmullo de los trabajadores que se alejaban del centro de la población hacia sus hogares (*)

Después de instalar a mis compañeros en el único hotel con que entonces contaba la ciudad, me dirigí rápidamente a mi casa, no sin gran impaciencia, cuando era detenido por los amigos que salían a mi encuentro abrumándome a preguntas.

Al entrar en el patio, el grito de sorpresa de mi hermano menor anunció a mi madre mi llegada. Salió ella y luego mis hermanos; y mi nombre, repetido por todos con tierna alegría, sonó muchas veces mientras me abrazaban, y mirándome desde cierta distancia, tornaban nuevamente para dejar caer sobre mi pecho las hermosas cabezas que guardan el recuerdo más duradero de mi vida.

Pasamos después al comedor y, como en otro tiempo, reunidos todos, disfrutamos de la animada conversación referente a las ocupaciones de cada uno de los mayores, mientras los niños, formando grupo aparte, recordaban la lección del colegio o discutían sobre algún punto de la conferencia del profesor.

Breve fué nuestra alegría. Iba a alejarme tan pronto!

(*) El ferrocarril que hoy comunica las ciudades de Oruro y Cochabamba por la vía de Arque, es uno de los más pintorescos de la República. Traspone la altura de 4,137 metros sobre el nivel de los mares y ofrece a la vista, desde un punto elevado de la vertiente oriental, cinco secciones de su gradual descenso. Los tres días de viaje a mula se han reducido a ocho horas de tren.

Panorama de Cochabamba visto desde la Colina de San Sebastián





CAPITULO VI

Cochabamba.—La ciudad.—Calacala.—El Valle de Cliza.

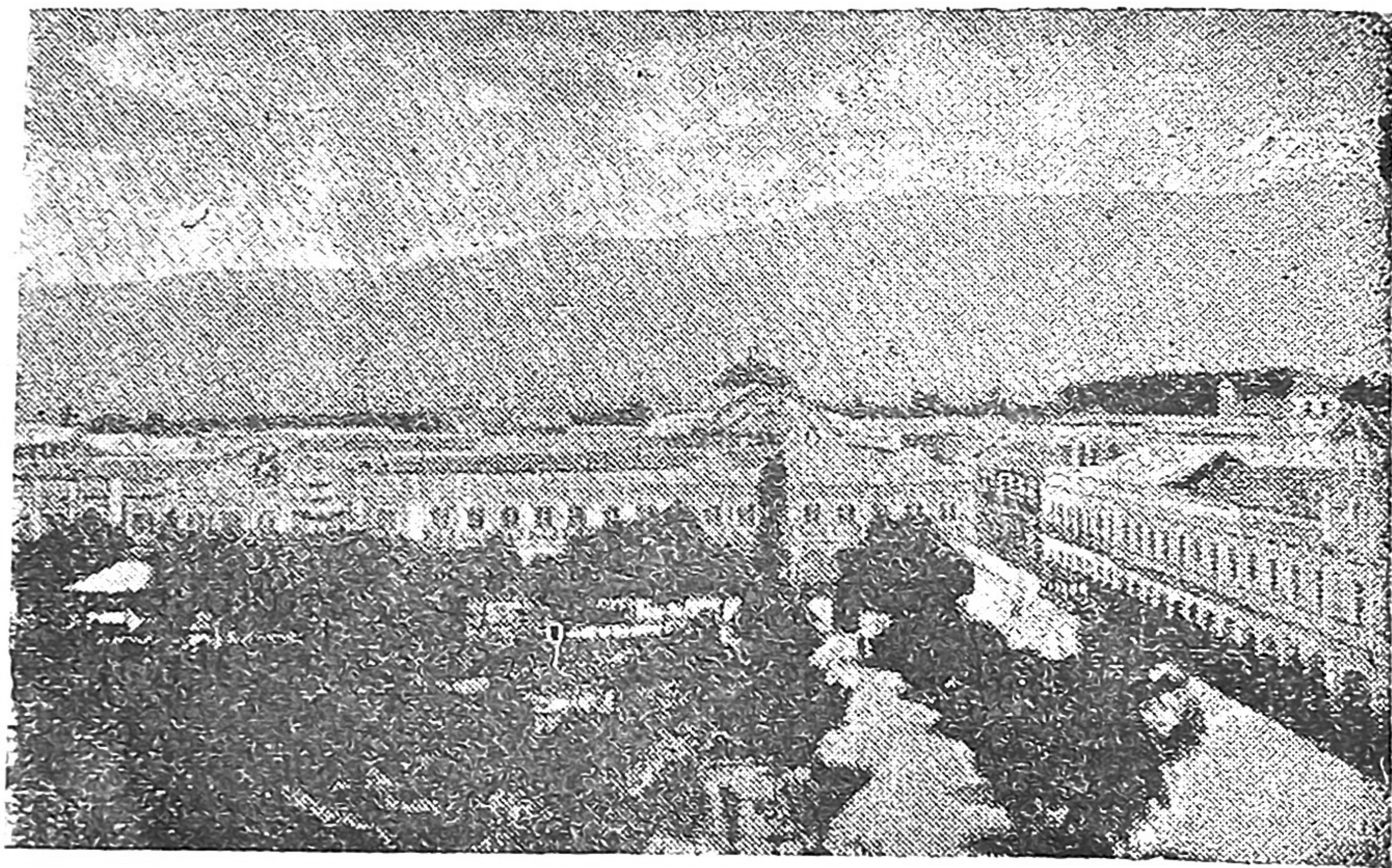
Qué dulce fué mi despertar, al encontrarme rodeado de mi familia, que guardando mi sueño permanecía alrededor de mi lecho.

¿Cómo me fué en La Paz? ¿Porqué había resuelto mi viaje al Acre?.... Preguntas eran que satisfacía con exagerados recuerdos de la una y risueñas esperanzas cifradas en el otro. Mi madre se tranquilizaba a momentos; pero, clavando en mí sus ojos con vehemencia, sonreía con expresión de duda.

Mi mayor deseo era recorrer la ciudad, después de tanto tiempo de ausencia. Los recuerdos de mi niñez reclamaban la visión de los sitios en que pasó mi felicidad hiriendo mi alma al alejarse. Sentía avidez de melancolía removiendo el pasado.

La Plaza del "14 de Septiembre" no había variado mucho. Las hermosas galerías que adornan los edificios uniformes que la rodean, los jardines, la avenida que la circunda y la columna de piedra que se alza veinte me-

tros a su centro, con inscripciones conmemorativas a los héroes de la Independencia, hacen de ella una de las más bellas del Continente. La catedral, cuyo frontis no se halla concluido aún, con su elevado campanario que domina la campiña, y sus tres naves que pueden admitir más de cinco mil feligreses, está situada en la acera meridional, viéndose en la del frente el palacio de gobierno, coronado por el escudo de armas de la república, y la casa



Plaza principal de Cochabamba

del ayuntamiento. Un bonito mirador, que semeja una torre medioeval, domina los edificios de la acera del Este; y la casa del Banco Nacional ocupa el centro de la opuesta. Por lo demás los edificios particulares se alzan uniformes, distinguiéndose la Droguería Boliviana.

Las calles “San Juan de Dios” y “Santo Domingo”,

(*) son las más comerciales, por lo mismo que de ellas parten las vías que comunican la ciudad con los caminos importantes, recibiendo gran parte del movimiento las del "Comercio", "Argentina" y "Sucre" a causa de su proximidad a las primeras. Las otras que se extienden rectas, cortando en cuadros perfectos las manzanas, presentan el mismo aspecto siempre, rematando en los prados y huertas de los arrabales, con sus edificios de dos pisos, casi todos de estilo español y su blanco empedrado en el que se destacan la negra silueta de un carruaje y las de algunos transeuntes que rápidamente doblan las esquinas o desaparecen en los almacenes. Hermosas mujeres asoman en la tarde a los balcones, en tanto que los jovencuelos se pasean y agitan el bastón entre los dedos, haciendo el *pasa-calle*.

Cochabamba, es una ciudad muy española. Sus construcciones, sus costumbres, sus pobladores, sus ideas, todo, todo, sigue lo mismo, a pesar de la frecuente peregrinación de sus hijos por el extranjero. Es la primera universidad del país y la vida intelectual de sus jóvenes es tan notoria, que en las noches no se escucha en calles y plazas otra conversación que la causada por las discusiones de las aulas.

Su sociedad es exigente, sobria y correcta. Las tertulias familiares son sencillas y animadas.

El Teatro "Achá" está ocupado pocas veces al año por compañías de aficionados que existen en la ciudad, o por empresas extranjeras que aparecen de tarde en tarde.

(*) La mayor parte de estos nombres han cambiado; muchos edificios han sido reemplazados por otros; pero la presente descripción tiene el interés del recuerdo, unido a la cabal apreciación del progreso local. Las calles San Juan de Dios, Santo Domingo y Comercio, se llaman hoy "Esteban Arze", "Santiváñez" y "Nataniel Aguirre", respectivamente.

“La Compañía de Jesús”, templo situado en la esquina noroeste de la Plaza, es de tres naves, hermoso y cómodo.

El Prado, que ocupa el norte de la ciudad, es el paseo predilecto. Numerosa concurrencia de carruajes, bicicletas y caballos, da a ese lugar — tan descuidado por el hombre, pero favorecido por la feracidad del suelo— un aspecto muy atractivo.

La “Pampa de Carreras” o de “San Sebastián”, situada al pie de la colina de este nombre brinda el 20 de enero y el 6 de agosto la bella distracción de las corridas de toros. En ella se ve reunida la mayor parte de la población, ya formando la plebe negras oleadas que provocan al toro; ya ocupando la clase media las trincheras de madera armadas en las aceras; ya luciendo la gente rica en los balcones adornados o en los carruajes que ruedan durante los intervalos de la fiesta popular.

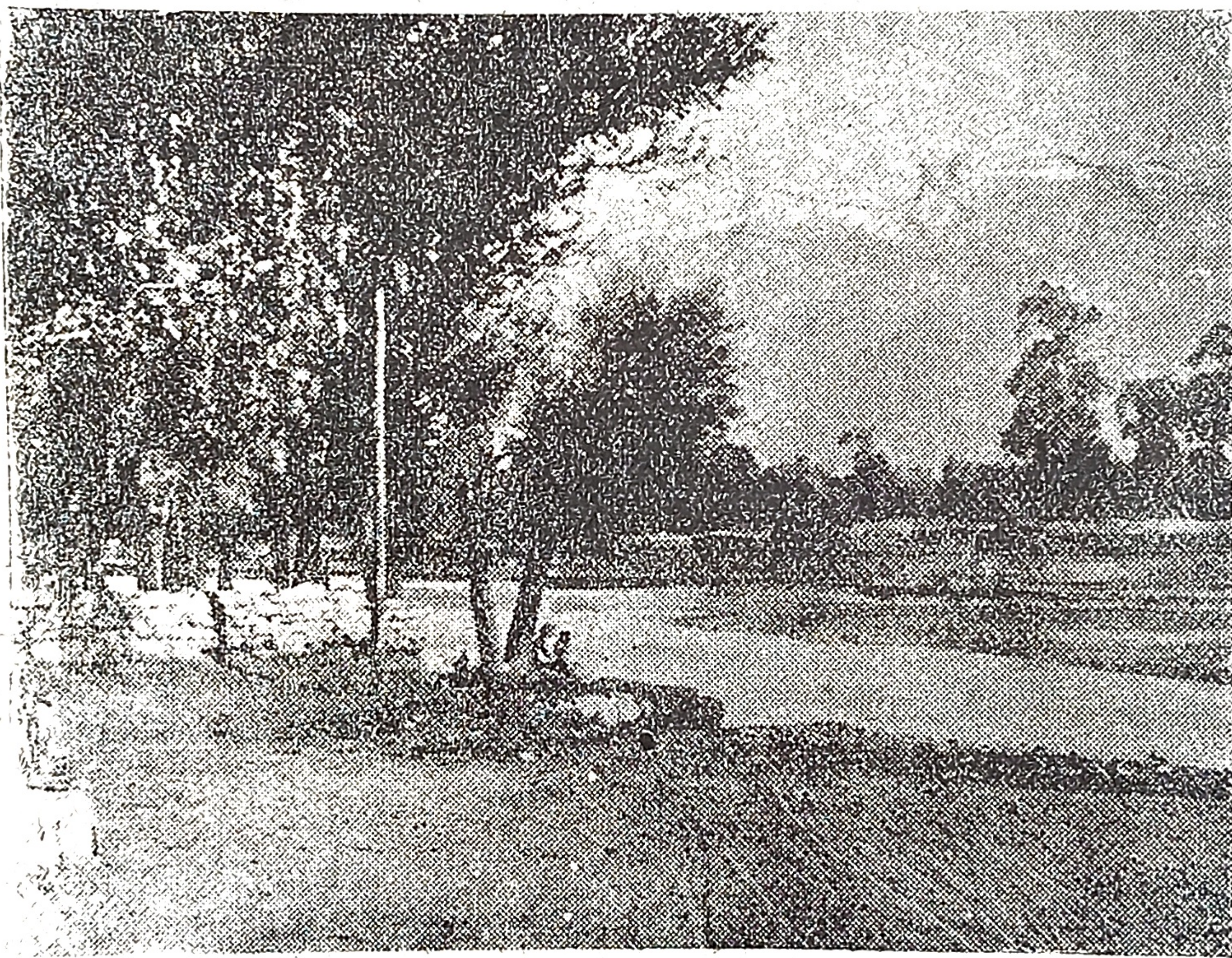
A corta distancia de este sitio, y sobre la Colina, se alza la Plaza de Toros “González Vélez” donde pocas veces actúa alguna cuadrilla de toreros españoles, siempre con mal resultado, a causa de la poca afición que espectáculos de esta clase despiertan en el pueblo. El edificio es hermoso y cómodo, ofreciendo sus ventanas la vista panorámica más bella de la ciudad y toda la campiña. (*)

En el resto del día visité casi todos los edificios fiscales y municipales, ora presenciando un examen en la Universidad de San Simón, ora paseando los colegios y escuelas que guardan tantos recuerdos míos; la biblioteca, la cárcel en construcción, el mercado tan concurren-

(*) La plaza de toros no existe ya. En la parte más alta de la histórica colina de San Sebastián se alza hoy el monumento consagrado a las heroínas del 27 de mayo de 1812.

do y bullicioso siempre, y el Hospital Viedma, extenso y bien atendido, en el arrabal N. E. de la población.

Vagué por los alejados barrios del sud: la "Curtiduría" con sus callejuelas estrechas y tortuosas, "San Antonio" comercial y bullicioso y "Caracota" con sus anchas e incompletas calles, donde se encuentra mayor número de chicherías y tabernas. Luego me dirigí a los del norte que rematan en la campiña, a diferencia de los anterio-



El río Rocha con el Tunari a la distancia

res que se alzan en la parte árida del valle. La "Muyuri-na", "Solís Rancho" y "Santa Teresa", al par que "Las Cuadras" al Este, cuentan con bonitas huertas y sembradíos cruzados por anchas avenidas y caprichosos senderos.

La población de Cochabamba alcanza a 21,886 habitantes y a 36,222 incluso el Cercado, abarcando la ciu-

dad una extensión superficial de 5 kilómetros cuadrados poco más o menos. (*)

Al norte de ella, a la margen derecha del río Rocha, se encuentra la hermosa campiña de Calacala, Queruqueru, la Recoleta y Sarco, este último en el extremo oeste.

En la estación veraniega, casi todas las familias acomodadas de Cochabamba, se trasladan a la campiña, pa-



Una senda en la campiña

ra pasar en ella una larga temporada, disfrutando de los paseos del campo, las tertulias familiares y los agradables baños. La gente pobre acude a ella sólo en los días do-

(*) Al presente la ciudad debe contar con 45,000 habitantes, y con 60,000 si se incluyen los caseríos de la jurisdicción del Cercado.

mingos, para volver a la ciudad en la noche, formando alegres grupos y cantando al son de las guitarras y charangos, coplas picarescas alusivas a los grupos contrarios.

Las avenidas que cruzan la extensa campiña, en todas direcciones, ostentan en sus laderas, altos sauces y molles, descubriéndose de trecho en trecho, hermosas casquintas a cuyas puertas y ventanas, cubiertas de enredaderas y jaulas de aves, se asoman las muchachas al caer la tarde, o se detienen en la noche los enamorados, a cantar una trova.

Calacala, a diferencia de los otros lugares, cuenta ya con muchos edificios y una alegre plazuela, habiendo ganado en su aspecto de pueblo, lo que perdiera del de agreste y delicioso paraje. Su concurrencia es, por lo tan-



El árbol de Calacala

to, mayor que la de Queruqueru y la de los otros puntos, y las distracciones con que cuenta, son frecuentes y animadas.

No hay en Cochabamba historia de amor que no re-

cuerde algunos de los tupidos bosques y las floridas sendas de Calacala. ¡De cuántos dorados sueños ha sido confidente el frondoso sauce de la plazuela! ¡Cuántas melancolías juveniles se han adormecido con el rumor de los arroyos que serpean entre los rosales y arrayanes que cercan los jardines!

Más allá, en las cavidades que forman las faldas de la cordillera del Tunari, se muestran las cervecerías de Taquiña y Colón, separadas de la campiña por un campo pedregoso y árido llamado el Temporal. A ellos se dirigen en los días domingos innumerables cabalgatas y carruajes, y las escenas del más sencillo entusiasmo hacen olvidar por un momento la ceremoniosa seriedad de los bailes de la ciudad.

¡Cuán breves me parecen ahora los momentos que pasé en aquellos parajes!

A los pocos días de mi llegada, tuve que trasladarme al Valle de Cliza. Los preparativos de marcha de la Delegación Extraordinaria me permitían aún contar con un breve tiempo.

Un ómnibus, tirado por seis caballos, esperaba a la puerta de la Estación de coches a los pasajeros, que, presurosos, acudían de todas direcciones, llevando sus maletas de viaje y gritando al auriga que no se impacientara, pues el chasquido del látigo indicaba que había llegado el momento preciso. (*)

Desgraciado de mí, que apretado por dos señoras voluminosas, tuve que concretarme solo a mover la cabeza, para ver por las ventanillas del coche, el campo que recorríamos.

(*) Cochabamba y el valle de Cliza se encuentran ligados hoy por un ferrocarril de trocha angosta que pronto será reemplazado por la línea a Santa Cruz.

A cuatro leguas, hacia el sud del valle de Cochabamba y a mayor altura, se abre el extenso valle de Cliza, abarcando más de 1,200 kilómetros cuadrados y poblado por 80,000 habitantes próximamente.



La feria del domingo en Cliza

Uniforme y pobre de arboledas, está cubierto de inmensos maizales que reverdecen en los meses lluviosos del año y doran la llanura en la época de las cosechas (junio, julio y agosto) dándole un aspecto triste y monótono.

Los pueblos, los caseríos, los ranchos cubren a cortos trechos todo el llano, asomando en los pequeños oasis, los blancos campanarios de Tarata, (4,681 habitantes), Cliza, (2,475) Punata, (5,788) Arani, (2,261) San Benito, (1,231) Toco, Tolata y Muela, pueblos alegres y ricos ligados por hermosos caminos carreteros, por los

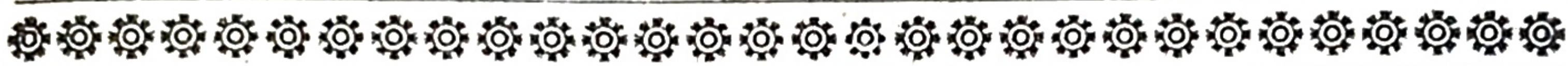
que circula una población flotante diseminada en la tarde en toda la extensión del Valle. (*)

Poco ha quedado de la raza aborígen de América en los valles de Cochabamba. El *valluno*, aunque rústico y sencillo, tiene, con los caracteres de la raza caucásica, las costumbres españolas. Su traje es el del aldeano peninsular; lleva siempre terciado el poncho, y cruza los caminos detrás de sus borricos, rasgando las cuerdas de su inseparable *charango*. Es el más incansable peregrino de la República y de él se cuentan las historias más curiosas, ridiculizando su malicia y desconfianza, en el mal castellano que habla; pues cambia rara vez por la culta lengua de Cervantes el dulce idioma de Manco Cápac, así como le es difícil trocar el *mote*, el *tostado* y la *chicha* que le dan sus maizales, por los más refinados alimentos.

Los pocos días que permanecí recorriendo los pueblos y algunas haciendas, recibí siempre la hospitalidad más amable y desinteresada, departiendo con los aldeanos, los comerciantes y los campesinos, como si nos hubiéramos conocido de muchos años atrás.

Era preciso volver a la ciudad y preocuparse ya del viaje. La Delegación Extraordinaria, reunida toda, se ocupaba de los últimos preparativos.

(*) Una línea férrea los comunica actualmente.



CAPITULO VII

La Delegación Extraordinaria. — Preparativos de marcha. — La partida.

En el capítulo segundo, hemos hecho sólo de paso una referencia a la Delegación Velasco, que organizándose en Cochabamba, iba a dirigirse al oriente y noroeste de la república. Por lo mismo, debemos aquí hacer siquiera mención de las instrucciones que ella recibiera del gobierno para llenar su cometido.

La administración del Departamento del Beni, reclamaba, después de la revolución última, la atención del nuevo gobierno, propendiendo a las mejoras y reformas que su programa político se había propuesto! El estudio de sus necesidades más premiosas, debía ser expuesto en detallado informe, para que ellas fueran atendidas por los medios concurrentes. Llenada esta labor, debía pasar la Delegación al río Acre, para concurrir con su personal civil y militar a la pacificación de esas ricas regiones, y a la implantación del régimen boliviano, desconocido por los sediciosos.

El contrato de arrendamiento del Acre a un sindi-

cato brasileño, que había firmado nuestro Ministro en Río Janeiro, don Luis Salinas Vega, (no aprobado aún en detal, en Consejo de Gabinete), fué comunicado al Delegado Extraordinario, con algunas instrucciones del gobierno, para proceder conforme a él, u optar por las medidas que, de acuerdo con la Delegación Muñoz, se juzgara oportunas.

Con este antecedente, vamos a presentar al lector, el personal de la Delegación Extraordinaria, que, reunida toda el mes de mayo de 1900, se preparaba a marchar de Cochabamba al Acre.

El Delegado Extraordinario del Gobierno, primer Vicepresidente de la República, don Lucio Pérez Velasco, contaba a la sazón 45 años de edad, próximamente. Alto y delgado, pero esbelto, revela una constitución fuerte, retemplada por los rudos trabajos con que hizo su fortuna en la región tropical de la república. Su fisonomía, tostada por el sol y la intemperie, demuestra a veces, en la contracción nerviosa de sus



Don Lucio Pérez Velasco

músculos, resoluciones rápidas e intempestivas; pero de ordinario es risueña, y una sonrisa bondadosa a la vez que picaresca, revela en él un carácter jovial y amigo de la broma. Sus ojos negros y pequeños, brillan con cierta vivacidad que denota un espíritu observador y práctico. Su frente es alta, su nariz fina y su cabello crespo y negro. Sus labios delgados, se contraen

con viva expresión, debajo de un delgado y oscuro bigote que cae lacio en sus extremos. Su carrera política, hartamente conocida en el país, y su proceder correcto en los acontecimientos en que actuó, le han labrado una posición notable y venturosa en Bolivia. Viajero incansable, ha recorrido gran parte del antiguo y del nuevo mundo.



DE PIE. — 1.—N. B. La Vieja. 2.—V. Aldana. 3.—E. Jordán Soruco. 4.—E. Schunkrafft. 5.—L. Pérez Velasco. 6.—A. García de Valdivia. 7.—I. Aranibar. — SENTADOS. — 8.—D. H. Salazar. 9.—R. Moscoso. 10.—M. Arze. 11.—J. Aguirre Achá. 12.—R. Siles. 13.—A. Velasco, fuera de los cuatro soldados.

Enrique Jordán Soruco, Secretario de la Delegación y abogado notable en Cochabamba, es un joven de 30 años, pequeño y delgado. Su cabeza bien formada, lleva el cabello cortado casi al ras. Sus ojos muy grandes expresan más observación que hace de su interlocutor, que manifestación de sus pensamientos; pero en el seno de una amistad íntima, se los vé animados y expresivos siempre. Su frente es espaciosa y surcada por dos ligeras arrugas, que demuestran el batallar continuo de una carrera debida a los propios esfuerzos. Su nariz roma, su boca grande, sus pómulos prominentes y su barba y labio superior casi lampiños.

El doctor Isaac Aranibar, médico de la Delegación, frisa en los 40 años. Su fisonomía es dulce y serena. Calvo ya, pero ostentando toda la juventud en sus mejillas rosadas. Sus labios son rojos y gruesos, y su dentadura, casi siempre descubierta por una sonrisa, se muestra apretada y uniforme. Sus ojos negros y expresivos. Su nariz ligeramente levantada. Es de estatura mediana, robusto y fuerte. Practicó sus estudios en Lima y Buenos Aires, y la fama que le han creado sus buenas curaciones y conferencias médicas, es indudable en todo el país.

El Ingeniero agrimensor Adalberto García de Valdivia, era un militar español, ilustrado e inteligente. De carácter precipitado y fogoso; amigo de las discusiones y descontentadizo con todo. Sus ojos grandes e inquietos, brillaban siempre entre sus negras sejas y pronunciadas ojeras. Su nariz griega, su boca pequeña, su bigote corto y canoso, y su barba poblada y gris que hacía el hermoso marco de su pálido semblante.

La Inspección de Aduanas y Oficinas fiscales, junto con la Oficina Registradora de Estradas Gomerías, estaban encomendadas a quien este libro escribe, que entonces contaba 23 años de edad.

La Intendencia de Guerra y el Comando de la fuerza militar, a Maximiliano Pérez González, que ya conoce el lector.



El autor de este libro en 1900

Ricardo Moscoso, joven aún, flaco y chiquitín, con una nariz grande y ojos pequeños y brilladores, era el farmacéutico.

El capitán Eduardo Schuhkrafft, Ayudante del Delegado y Auxiliar de la Secretaría, tenía unos 30 años, fuerte por su constitución, alegre, confiado y sencillo, pero quisquilloso.

Néstor Bilbao La Vieja, de igual graduación que el anterior y Auxiliar de la Secretaría, es un militar valiente e instruído que ha servido al país desde muy joven.

Victor Aldana Salvatierra, Auxiliar de la Inspección de Aduanas, joven modesto y recatado, que por primera vez se lanzaba en los azares de una vida del todo diferente a la tranquila que hasta entonces había llevado.

El cuerpo de adscritos, que marchaba en disponibilidad al N. O., se componía de los jóvenes Lizandro Peñarrieta, Rodolfo Siles que a los pocos días fué nombrado Auxiliar de la Inspección de Aduanas, Clodomiro Aguirre, Domingo H. Salazar que pasó como Auxiliar a la Secretaría, Juan C. Achá, Baluarte, Rivero, Zapata, Zamora, Michel, los hermanos Martínez y el doctor Maximiliano Arce, que fué con nosotros sólo hasta Trinidad.

Un piquete de 50 hombres de la columna de guarnición de Cochabamba, completaba el personal de la Delegación, a órdenes de los Tenientes José Manuel González, Julio Arauco Prado y los hermanos Velasco, que voluntariamente manifestaron el deseo de expedicionar al Acre.

No olvidaré a Antonio Velasco, que independientemente acompañaba a su padre, el señor Delegado, ni a Juan P. Aguila, que acreedor a la confianza de éste, se hizo cargo de la administración del *rancho*.

El acopio de víveres para varios meses, estaba completo el 30 de mayo y la dificultad de conseguir arrias, sólo permitía su remisión por pequeñas partidas, que era preciso despachar con anticipación a la marcha del personal.

Cada uno de nosotros se afanaba en disponer su equipaje, solicitando informes minuciosos de los pocos individuos que habían cruzado las selvas. Era preciso considerar el calor de las regiones **tropicales** para escoger las telas más sencillas y ligeras destinadas a vestirnos. Luego el gran sombrero de paja contra los rayos del sol canicular. Las botas largas y ajustadas, que debían preservarnos de la humedad y el lodo de los pantanos. El machete o cuchillo de monte, necesario para abrirse paso entre las enredaderas y ramas que cubren la senda. El catrecito de viaje, para acampar en las playas de los ríos, y la hamaca destinada al interior de la montaña. El indispensable *mosquitero*, de transparente percala, para cubrir herméticamente el lecho, contra los insectos. Una olla, un plato, un cubierto y algunos víveres que pudiéramos necesitar en nuestro penoso viaje.

A cada instante, creíamos completo nuestro equipaje; pero, ya el consejo de un amigo o una previsión escrupulosa, echaban de ver algún artículo más; un medicamento, un utensilio.



Antonio Velasco, actual Senador por el Beni

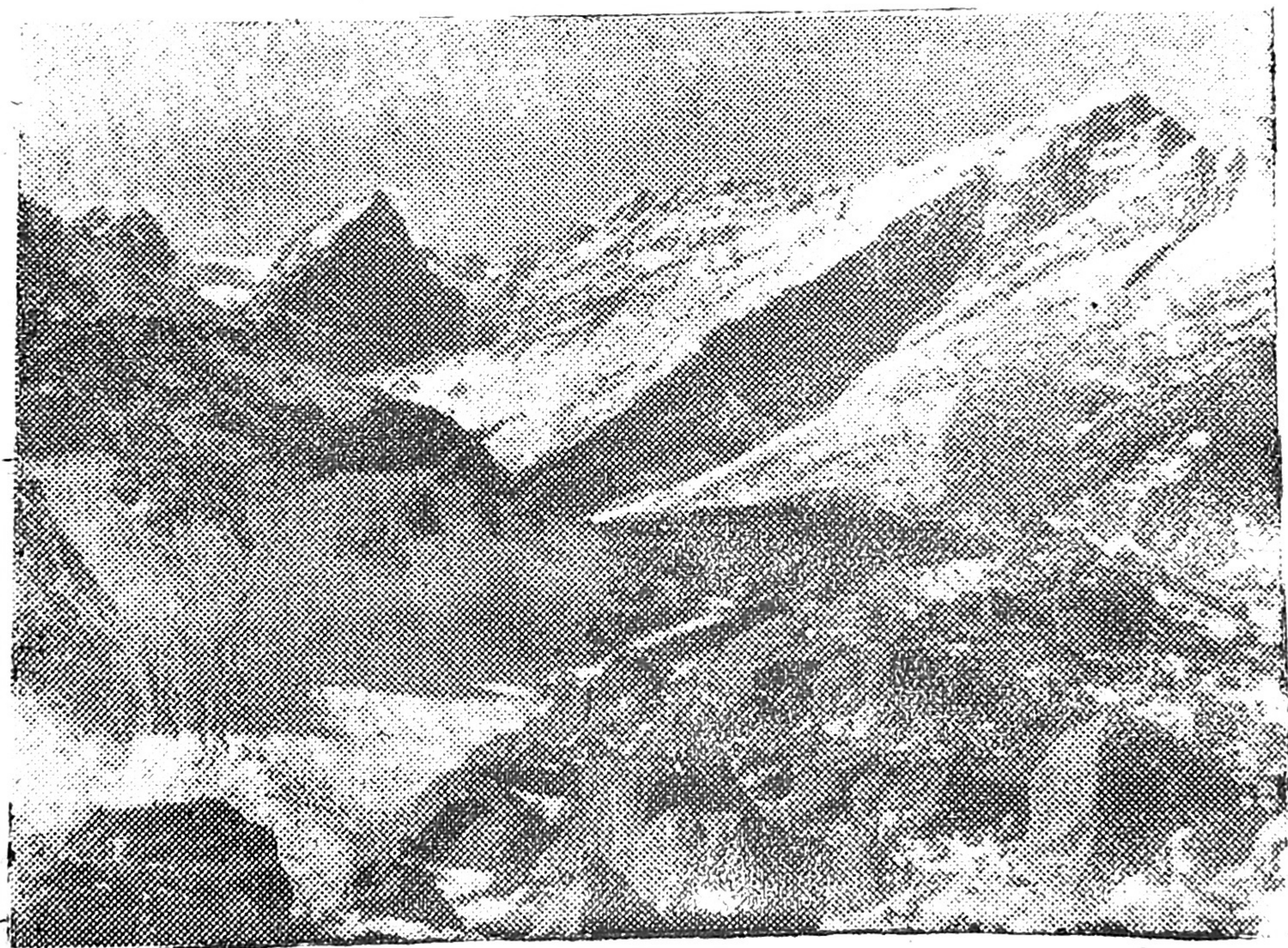
Mis hermanas acomodaban el mío en dos pequeños baules, para volver a desordenarlo, con objeto de dar cabida a algún nuevo artículo que indicaba mi madre recordando mis más caprichosos gustos y necesidades. Que yá los cigarrillos podían ser reemplazados por el chocolate, el té o el azúcar. Que, en vez de esa botella de aguardiente quinado, debiera entrar un anafe con sus útiles. En fin, todo estaba o muy mal dispuesto o demasiado bien. Luego los regalos, las encomiendas, las cartas de recomendación, algunas prescripciones médicas contra las enfermedades, las heridas y las picaduras venenosas.

Por fin, en los últimos días de mayo, partió el ingeniero García de Valdivia a la cabeza del personal de adscritos a refaccionar los malos pasos del camino. Siguió a este pequeño grupo el piquete militar, a órdenes de Pérez González, que prometió esperarme en el Chapare con un banquete *a la beniana*; y al amanecer del día 4 de junio, el Delegado y el personal civil, acompañados de numerosos vecinos, iban a dejar Cochabamba, tal vez para siempre.....

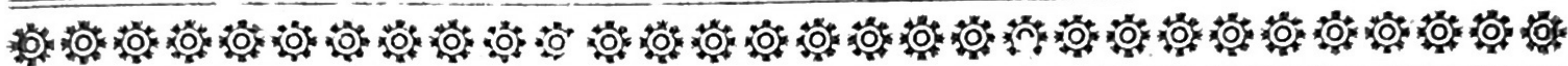
No trataré de pintar el profundo dolor que me esforzaba en ocultar a mi madre desde días antes, procurando constantemente alejarme de ella, para no darle a entender los tristes presentimientos que abrigaba en el alma, mientras mis labios expresaban esperanzas e ilusiones que no tenía.

Llegó el momento. Mis compañeros me esperaban en el patio, mientras yo, más sonriente que de costumbre, abrazaba a mis hermanos menores ofreciéndoles obsequios a mi vuelta. Los ojos de mi madre me contemplaban fijamente al través de sus lágrimas, pretendiendo descifrar en mis manifestaciones la situación de mi ánimo, y por ella, los peligros que preveía. Abracé a todos, sin decir

una palabra, y me dirigí hacia el mulo que me esperaba, para saltar sobre él, nervioso e impaciente, y salir a la calle seguido por los amigos que me acompañaban. Un grito ahogado, en el que pude percibir mi nombre, me estremeció a la salida, y dos gotas de llanto que cayeron de mis ojos, humedecieron mis manos que oprimían fuertemente la brida a la altura de mi pecho.



**Parte de la Cordillera de Cochabamba,
vista desde un aeroplano**



CAPITULO VIII

La Montaña.

A dos kilómetros de la ciudad se abre la angostura por la que pasa al río de Sacaba que recibe en el valle de Cochabamba el nombre de Rocha. Desde allí se presentaba a nuestra vista el nuevo llano, menos grande y poblado que los de Cliza y Cochabamba y separado de éstos por la cadena del Tuti y las colinas del Abra y San Pedro.

El pueblo de Sacaba, en el que almorzamos ese día, se encuentra en el centro del valle de ese nombre, a dos leguas de la capital del Departamento, siendo la de la Provincia del Chapare, con una población de 3,462 habitantes. Es importante por su relativa proximidad a las vegas y, por lo mismo, el mercado principal de los productos tropicales de esa región.

Desde él nos dirigimos hacia el Este, para ascender, después de tres leguas de travesía, a la meseta o *puna* de Colomi, a 3.320 mts. sobre el nivel del mar, en el nebuloso dorso de la Cordillera de Cochabamba, como inmenso contrafuerte avanzado hacia los *yungas* y llanos de la re-

gión selvática de Bolivia. En ella pasamos la noche hospedados amablemente en el fundo de Cuchicancha que dista una legua del centro urbano de Coloma.



Una escena en la meseta

Al amanecer del siguiente día, 5 de junio, salimos con entusiasta impaciencia de la casa de hacienda, en dirección al paso de San Benito (3,800 metros) para contemplar desde él, por primera vez muchos de nosotros, el sublime panorama que presenta la *montaña*!

Densas nieblas, aglomeradas caprichosamente, cubrían a nuestros pies la región de los bosques, en tanto que un cielo azul y trasparente cobijaba tranquilo el blanquecino y confuso océano que ocultaba la nueva comarca a nuestra vista. Algunas nubes diáfanas, desprendidas por el viento de las cumbres, cruzaban como espectros el espacio, para confundirse luego en el seno de la niebla o quedar desgarradas en las abruptas prominencias de la cordillera.

Silenciosos y meditabundos, empezamos a descender uno a uno, penetrando en el nublado que pronto nos envolvió a todos, permitiéndonos ver sólo un pequeño espacio del camino pedregoso y desierto.

A medida que descendíamos, la niebla se presentaba menos densa, y algunos matorrales próximos, aparecían mostrando en sus ramas espinosas, pequeños y blancos vellones de una nube desgarrada.

Cerca de una hora seguimos así la marcha, al calmado paso de nuestras cabalgaduras, que, buscando sitios firmes en los accidentes del camino, avanzaban con violentos resoplidos, sacudiendo la brida suelta que descuidaba la mano del jinete. La silueta del compañero que marchaba por delante, se presentaba vaga en las bruscas curvas de la senda, para desaparecer pronto, envuelta por la neblina... Algunas voces confusas indicaban la presencia de los que venían atrás.

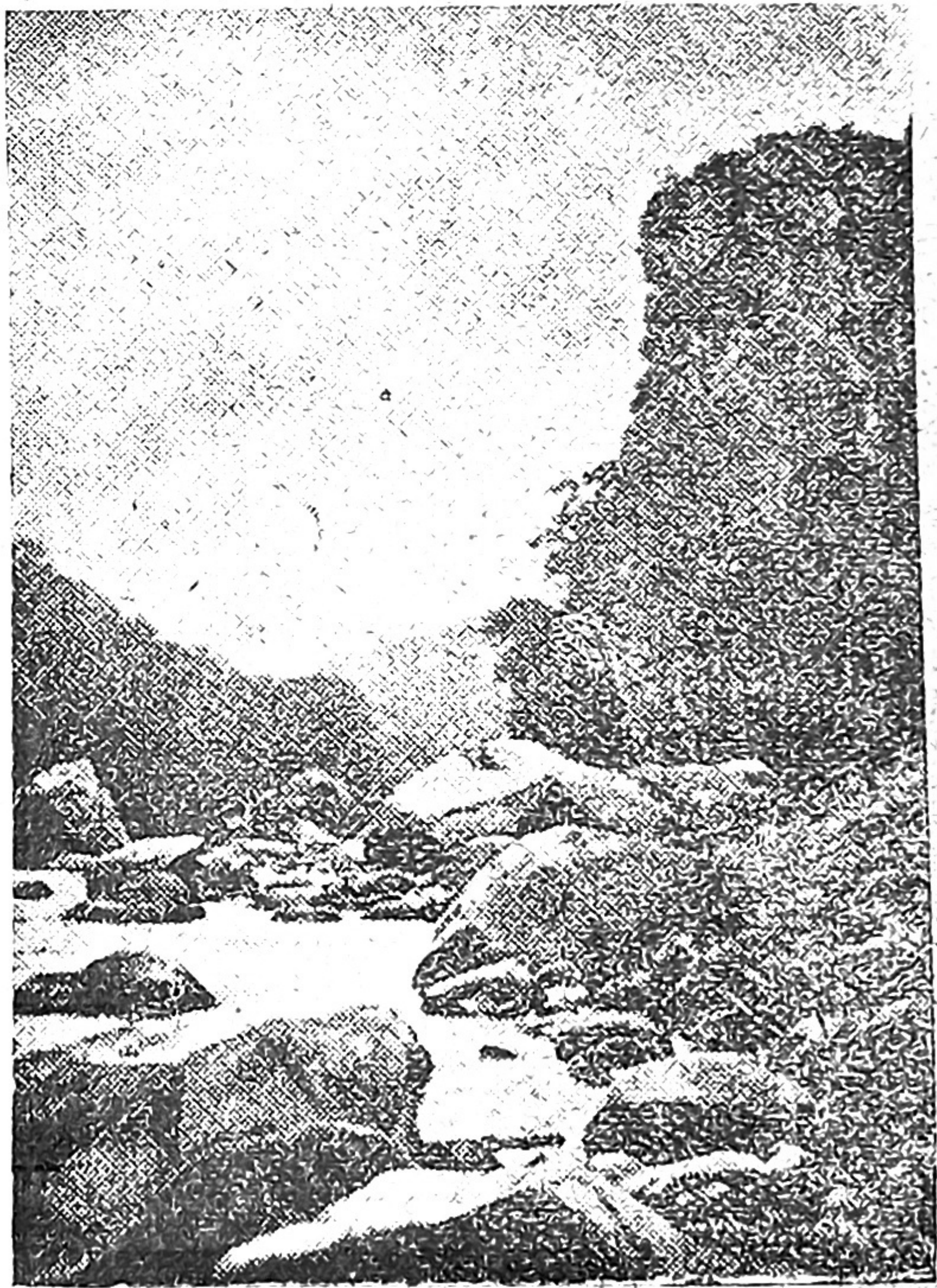
Pronto la niebla se recogió sobre las alturas de los flancos, dejando descubierta la quebrada que iba presentándose matizada por grupos de arbustos y yerbas de diversas especies. Un arroyuelo pobre, formado en las alturas que dejáramos a nuestras espaldas, saltaba entre las piedras de la profunda grieta, y el trino de algún ave que se remontara hasta allí nos anunciaba la proximidad de la selva que permanecía cubierta aún en las profundidades.

El camino se hacía más tortuoso a medida que descendíamos y las filtraciones del cerro formaban en él pequeños pantanos profundizados por el constante tránsito de recuas. Árboles leñosos, inclinaban sus anchas ramas sobre nuestras cabezas, amenazando rasgarnos el vestido con sus espinas. Aumentaban las yerbas en densidad y tamaño, apareciendo en las concavida-

des del cerro, hermosos manchones de musgo; matizados por pequeñas florecitas blancas y encarnadas, y algunas enredaderas balanceaban suavemente sobre las rocas angulosas y humedecidas por el rocío de la mañana.

La exclamación entusiasta del compañero que marchaba por delante, hizo que todos nosotros apurásemos a nuestras cabalgaduras hasta llegar a él, que, desde un ángulo que formaba el camino al doblar una estribación, nos señalaba con el brazo extendido la sublime región de los bosques.

Contrafuertes interminables arrancan de la cordillera hacia los llanos que se pierden en el horizonte nebuloso y confundido con el cielo, cuyos nubarrones cenicientos proyectan sus gigantescas sombras, imprimiendo diversos tonos al interminable verdor que cubre todo el cuadro. Seranías y cadenas, encapotadas por densos bosques, descienden caracoleando entre las sombrías grietas y quebradas



Un torrente en la montaña

que la vegetación exuberante oculta en ondulaciones suaves o bruscas interrupciones, ostentando en las cumbres la palmera gentil que sacude sus anchas hojas al ti-

bio soplo de las vegas y domina las oscilantes frondas, como el mástil el oleaje de los mares.

¡Qué tranquilo se mostraba el cielo tropical! Aquel mismo que se cubre de lóbreguez aterradora, surcado por el rayo en todas direcciones, imponiendo con el trueno silencio a las fieras de la selva y amedrentando a la tímida avecilla que se estremece en las ramas. Aquel que baña con tempestuosas lluvias la montaña, desprendiendo de ella los arroyos, las cascadas, los torrentes, las quebradas, que resonando en las cavidades pedregosas, van a formar en la llanura lejana, los majestuosos ríos, ahora hilachas de plata que brillan a la distancia, heridas por los rayos ardientes del sol del medio día.

¡Qué solemne admiración se apoderó de nuestros ánimos, ante el espléndido panorama que presentaba la región por la que empezábamos a viajar sin poder calcular el tiempo que tardaríamos, penetrando en sus ignotos senos, para llegar, después de una campaña cruenta a sus lejanos límites en el Océano Atlántico! ¡Dé cuántas fatigas nuestras debían ser testigos las ramas inclinadas, a cuya sombra debíamos constantemente recordar las afecciones sa-



Una palma real

gradas que dejábamos a nuestras espaldas! ¡Cuántos peligros!, ¡cuántas emociones no previstas, nos esperaban en el largo camino que serpea entre los seculares troncos y tupidos cortinajes del bosque!

Por fin podíamos contemplar siquiera desde lejos aquel misterioso Oriente de la patria, del que tantas penalidades cuentan, describiendo sus atractivos desconocidos en la cordillera y los valles.

¡Quién no ha oído ponderarlo alguna vez! ¡Quién no ha deseado cruzarlo, para conocer sus encantos y experimentar sus rigores!

He aquí cómo pinta un hijo del Oriente boliviano el prodigio de esa región:

“Por la atmósfera revolotean, recreando la vista con sus vivos y transparentes colores metálicos, millares de mariposas diversas, la *Uraña* entre ellas, de terciopelo negro y rojo, recamado con manchas azules; y, por la noche, contrastan con las estrellas del firmamento las luces fosfóricas de innumerables *Lampiros* o *Tapiosis* (*Lampiris noctiluca*,) y de *Elatéridos* o *Curucusís* (*Elater pyrophorus*) que surcan el espacio en todas direcciones.

“En su inmenso territorio, ora se descubren, en horizontes dilatados, pintorescas perspectivas de risueñas praderas, siempre llenas de frescura y lozanía, donde pastan innumerables ganados, ya mansos, ya salvajes, entre estos el *Ciervo grande* (*Servus paludosus*, Desmarests.) los *Venados* o *gamás*, la *Corsuela* o *Guasu* (*servus capreolus*,) el *Ciervo rojo* o *Urina* (*rufus*), como también *Guanacos* (*Camelus guanacus*, L.). En los campos, anidan varias *Perdices* (*Tinamus*,) y deposita sus enormes huevos el *Avestruz* o *Piyu* (*Struthio Rhea*), y serpentean la terrible *Cascabel* (*Crotalus horridus*,) la *Gran Boa* o *Sucuri* (*Boa constrictor*,) la *Murina* o *Boyé* y o-

tras muchas serpientes que son perseguidas por el zancudo *Serpentario* o *Socori* (*Gypogeranus*, Illiger,) a las cuales rendían adoración los *Trabasicosis* y otros aborígenes, según sucedía también entre los Egipcios y Griegos, quienes las miraban como emblemas del alma del mundo; a cuyo respecto, cabe mencionar la *Amfisbena blanca* o *Cutuchi* (Tiflops,) serpiente doble andadora que vive bajo la superficie del suelo y era venerada, con el nombre de *Ibriaram* o *Señor de la tierra*, por los primitivos indígenas del Brasil.

“Allí mismo, presurosos se meten bajo de tierra el roedor *Oculto* o *Cuguchi* (*Ctenomys brasiliensis*, Blaine), los *Tatús* o *Armadillos* (*Dasypus*), entre ellos el forzado *Pejichi* o *Dasipo gigante*, que suministran sabrosa carne, excepto el *Peji* o *Dasipo rojo* que es hediondo y se alimenta de cadáveres de animales. Ahí también establecen sus inmensas poblaciones subterráneas la *Hormiga cargadora* o *Sepe* (*Formica processionaria*) y la *Hormiga cazadora* o *Subahuma*, tan avidamente buscadas por el *Oso hormiguero* (*Myrmecophaga jubata*); o construye la *Termite* o *Turiro* (*Termes fatale*) sus sólidos hormigueros cónicos, en cuyas paredes aguza sus cuernos el *Toro bravío*.

“Ora se mira el suelo cubierto de espesísimas selvas, donde ostentan su tallo pujante árboles seculares, como el colosal *Baobab* o *Mapojo macho*, monumentos gigantescos de este suelo privilegiado que encierran en sus troncos o sostienen pendientes de sus ramas, abundantes y riquísimos panales de miel fabricados por las *Abejas* (*Apis mellifica*), o por las Avispas cartoneras (*Vespa*) o *Petos* y *Chuturubis*; y en cuyos follajes, nunca marchitados por el invierno, construye el *Hornero* o *Tiluchi* (*Furnarius rufus*) su ingenioso nido de tierra, en forma de hor-

no; o busca, perezosamente su alimento el humilde *Perico Ligero* (*Bradypus tri-dactylus*, L); o retozan la inquieta y graciosa *Ardilla* o *Masi* y el *Mono* juguetón, desde el pequeñito *Mistiti* (*Iasechus vulgaris*), hasta el corpulento *Marimono* (*Atele belzebuth*) y el chillón *Caraya* o *Manechi* (*A-luate stentor*); encaramándose en las ramas pájaros cantores, como el *Cardenal*, el *Jilguero*, el *Tordo*, el *Matico*, y el *Polígloto* o *Tojo*, que llenan el aire con sus deliciosas melodías; o aves engalanadas de vistoso y brillante plumaje, como el *Turpial* de pecho carmesí o *Hijo del sol*, el *Pico* o *Carpintero*, el *Tucán* de enorme pico rojo, el *Picaflor* o *Pájaro Mosca*, el *Guacamayo* o *Paraba* y el *Papagayo* o *Loro* hablador; y otros, en fin, que, como el misterioso *Nequí*, exhalan, durante la noche ayes tristísimos; o que, como el solitario *Caprimulgo mayor* o *Guajojó* (*Urutaí* de los guaraníes), interrumpe en la soledad de los bosques, su imponente silencio, con clamorosos gritos y en tonos variados de alto abajo, imitando la voz humana.

“Bajo las silenciosas sombras de los bosques, cruzan infinitos animales selváticos, ya carnívoros, como el hercúleo *Oso negro* o *Jucumari*, el *Zorro* (*Canis vulpes*, L.)

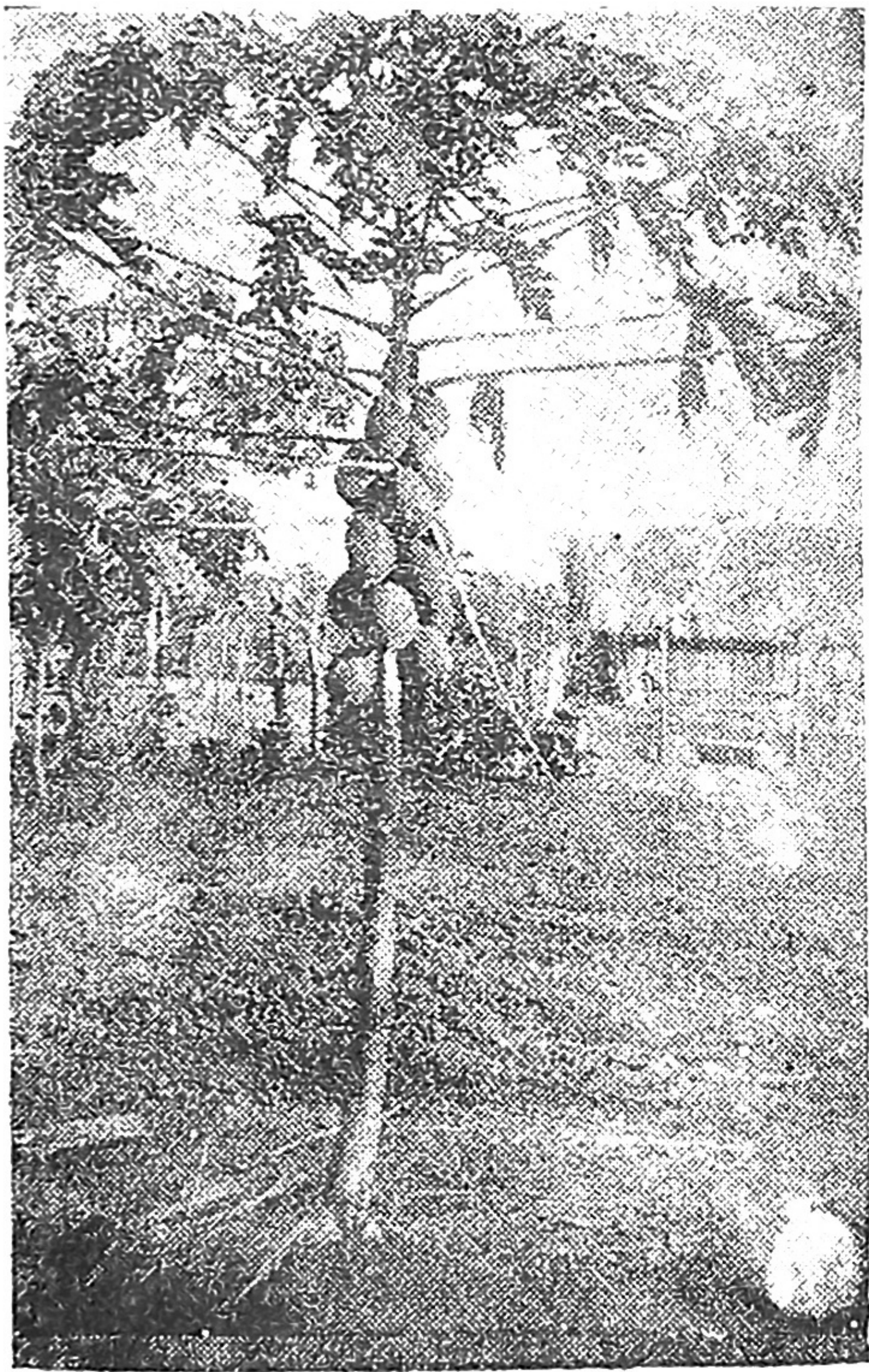


Alcides D. d'Orbigny, a quien se debe el estudio más importante de la zoología, la botánica y la geología de Bolivia

el *Mofeta* o *Zorrillo* (*Viverra mephitis*, L.), el *Lobo de América* o *Borochi* (*Canis rufus*, L.), el *León americano*, *Puma* o *Cuguar* (*Felis discolor*, L.), el *Gato tigre* o *Yaguarandi* (*Felis brasiliensis*, Cuvier), el *Gato montés* (*Felis tigrina*, L.), y el *Tigre manchado* o *Jaguar* (*Felis Jaguar*, Cuvier) que, con sus espantosos rugidos, atruena la soledad, en la cual airoso, al par que imponente se enseñorea; ya también paquidermos, como el *Tapir*, *Anta* o *Gran Bestia* (*Tapirus americanus*, L.), e innumerables manadas de puercos del monte, como el *Jabalí* (*Sus Tajassú*, L.) y el *Pécari de collar* o *Taitetú* (*Dicotyles torcuatus*), igualmente que muchos roedores de sabrosa carne, como el *Tapití*, especie de liebre (*Lepus brasiliensis*), el *Cobaya* o *Apérea*, el *Jochi* o *Aguti* (*Cavia Agouti*, L.), el *Cui* o *Puerco Espín* (*Hystrix spinosa*) que eriza y arroja sus pelos, a manera de dardos agudos.

“Semejantes bosques y praderas, donde el hombre apenas ha posado su planta, permanecen vírgenes en su mayor parte, sino acaso desconocidos todavía, esperando la mano del inteligente industrial, para brindarle, hospitalarios y generosos la inagotable riqueza de sus multiplicadas producciones; ya le convidan, fuera de un número indefinido de frutales silvestres y de cereales cultivados, como el Arroz y el Maíz, sazónados y sabrosos frutos, entre ellos el gratísimo *Nefelión* u *Ocoró* de Buenavista, la dulce *Naranja*, la deliciosa *Piña* o *Ananas*, la jugosa *Sandía*, el exquisito *Café*, el nutritivo *Cacao*, el succulento *Plátano* o *Banano* (*Musa*), el cual, según los cristianos de Oriente, fué la fruta fatal que sedujo a nuestros primeros padres; ora tubérculos alimenticios, como la *Patata* o *Papa* (*Solanum tuberosus*), la *Batata* o *Camote* (*Convolvulus batatas*), la *Mandioca* o *Yuca* (*Jatropha manihot*); ora finas y sólidas maderas para ebanis-

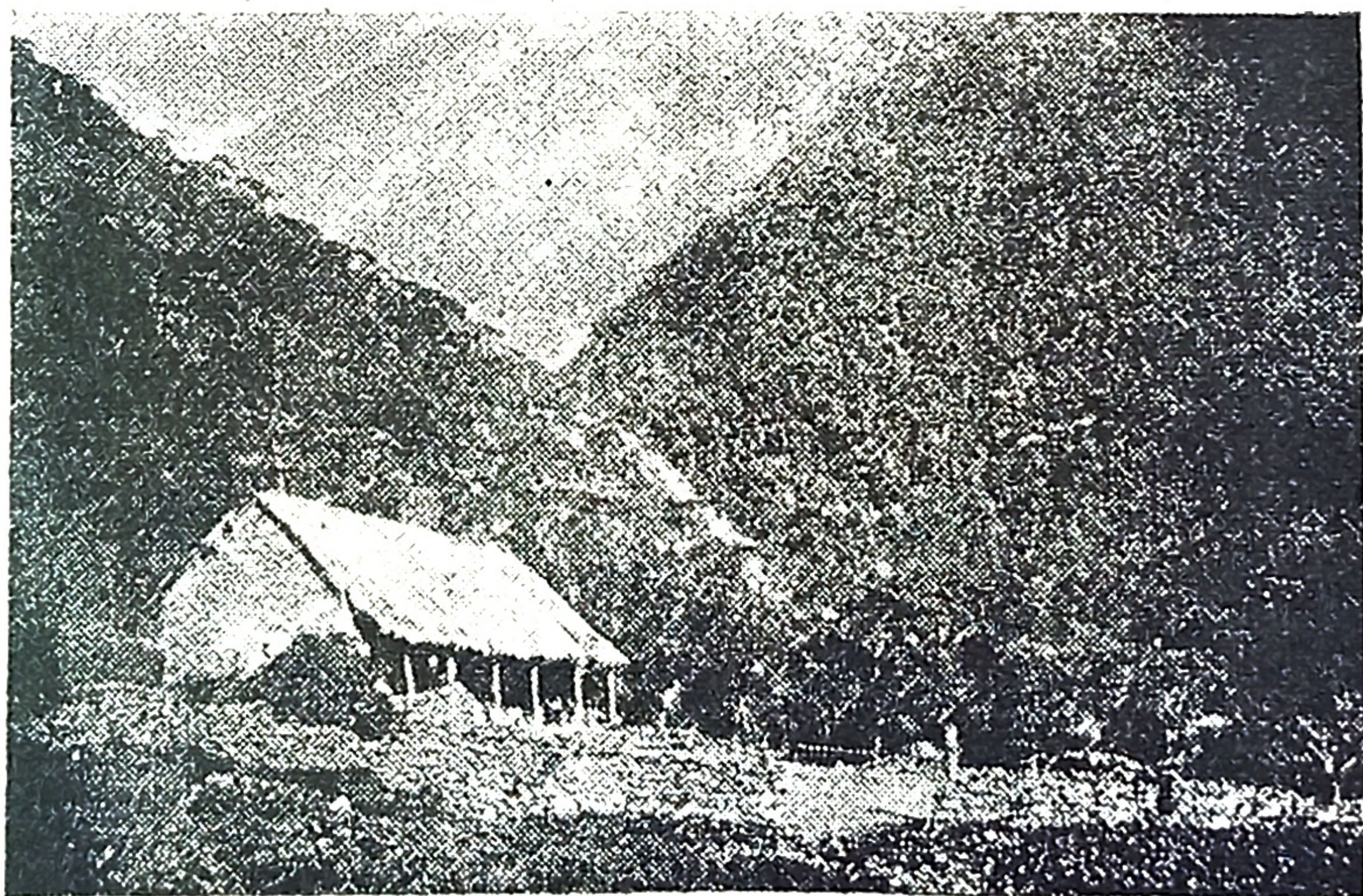
tería y construcciones, como la *Caoba* o *Mara*, el *Cedrelo* o *Cedro* (*Cedrela odorata*), el *Nogal*, el *Ocrosia* o *Amarillo*, el *Jacarandá*, el *Moradillo* o *Amaranto* (*Hymenaea Floribunda*), el *Sándalo*, el *Astrono* o *Cuchi*, el *Lâpacho* o *Tajibo* y tantos otros; ora le presentan innume-



El árbol de la papaya (*carcia papaya*, bixaceas)

rables cortezas u hojas, tintóreas unas, como la *Rubia* o *Chapi*, el *Añil* o *Platanillo*, la *Cutárea* o *Jotavió*: olorosas otras, como el *Canelón* y la *Vainilla*; medicinales muchas como la *Quina*, la *Simaruba* o *Chiriguana*; ora le ofrecen gomas o resinas abundantes, como la *Arábica* que destila la *Acacia Astringente* o *Curupaú*; la *Sangre de drago* suministrada por el *Dragonero* (*Ptecorarpus draco*), el *Caucho* o *goma elástica* que se obtiene del *Peloto*, de la *Sifonea* y de la *Garcinia* o *Guatoró*, junto con su regalada *mangaba*; la *Iciga* (*Icica*), el *Bálsamo del Perú* o *Quinaquina*, el *Estoraque oficial* y el *Lacre* (*Hipericon*); ya jugos medicinales, como el *Acíbar* que dá el *Aloe Zocotrino* o *Zábila*; o nutritivos, como el *sacarino* de la *caña dulce*, y la *leche de vaca* en que abunda el *Brosimon* o *Mururecito*; o venenosos, como los del *Glutiero Salicifolia* o *Leche-leche*, y

del *Hura Ruidosa* u *Ochohó* de sombra deletérea; ya aceites officinales, como el *Bálsamo de María*, el de *Copai-bá*, el de *Pezocé* (*Pterocarpus hemiptera*), el de *Ricino* o *Macororó*, el de *Cusi* (*Orbignia Phalerata*), usado para el crecimiento de los cabellos; ya sustancias algodonosas para finos tejidos como el *Algodón* blanco y el anteado, el *Eriodendron* o *Mapajo*; o filamentos foliáceos y corticales, como el *Carludovica* o *Pája de sombreros*, el *Agave* o *Maguey*, el *Páchirieré* o *Perotó*, el *Artocarpus* *Americano* o *Mururé*, especie de árbol del Pan. En suma ¿qué producciones vegetales, útiles o preciosas de las zonas tórrida y templadas, no se encuentran en esta *Tierra de promisión* perfumada con el exquisito aroma de tantas flores matizadas que embellecen tan rico vergel en perpétua primavera?" (*)



Una "pascana" en la bajada a Yungas

La narración detallada de nuestro viaje por las selvas, nos permitirá ocuparnos de cuanto llevamos trascri-

(*) Rafael Peña. — Introducción de "Flora Cruceña".

to con objeto de presentar al lector la montaña, en su aspecto general por ahora.

Después de algunos momentos, en que permanecimos absortos, ante el grandioso cuadro que la naturaleza ostentaba ante nuestros ojos, proseguimos el descenso, que cada vez se hacía más brusco y penoso, tanto porque el camino se presentaba excesivamente angosto y quebrado entre las rocas graníticas y el horrible precipicio ante el que cerrábamos los ojos poseídos del vértigo, como porque la vegetación, más tupida siempre, cubría la senda que transitábamos apartando con los brazos las ramas y enredaderas que azotaban nuestros rostros, poniéndonos en serio peligro de caer de las cabalgaduras, al esquivarnos constantemente.

A medio día salvamos el paso de *Supay-huarcuna* ("sitio donde se cuelga al Diablo") pues es un brusco recodo del camino, estrecho y abierto a pique al doblar un flanco vertical del cerro. Solo el confuso rumor del torrente, que se retuerce en las profundidades, puede indicar al viajero la inmensidad de ese abismo incógnito, que se abre a sus pies cubierto por la vegetación impenetrable.

Por fin, a horas 6 de la tarde, llegamos a la propiedad de Inca Corral, para descansar de las fatigas del día, ya en el seno de los bosques.



CAPITULO IX.

Por los Yungas

La mañana del día 6, fresca, radiante y perfumada, llenó nuestros espíritus, amargados por la ausencia, de inefable alegría y aliento. Todos nosotros habíamos dejado el lecho, despertados por el trino de aves extrañas, rumores de follaje y frescura de brisas que se cernían por las paredes ligeras de las habitaciones de *Inca-Corral*.

Alistamos nuestras bestias en tanto que los arrieros acababan de cargar las que conducían el equipaje y los víveres para adelantarse. El propietario del lugar se ofreció a acompañarnos hasta las proximidades, e iba enterándonos de las producciones de su fundo, confiado en hacer de él, en breve tiempo, un establecimiento de explotación de maderas muy productivo. Contaba hasta entonces con una máquina aserradora de motor hidráulico; pero se lamentaba de la escasez de brazos y de la falta de caminos en terreno tan escabroso, para poder trasladar hasta la casa las valiosas maderas que los bosques encierran.

Yungas, un platanal

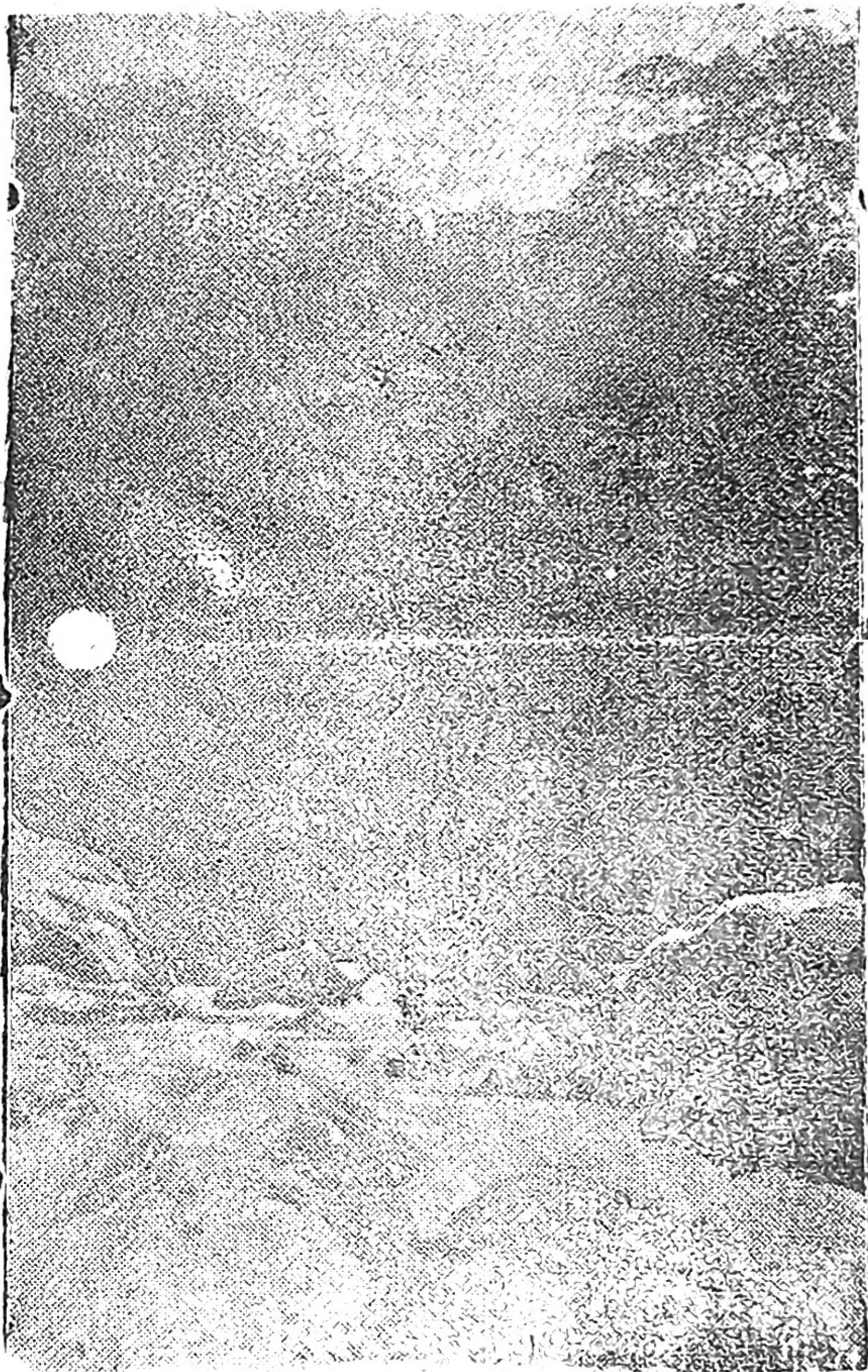


Después de una hora de viaje, llegamos a un sitio, desde el cual el camino descendía formando violentas zetas, hacia el torrente cuyos rumores escucháramos día antes al bajar de la cumbre de San Benito, desde la que baja, alimentado constantemente por arroyuelos y cascadas que de los flancos de la quebrada fluyen a él.

La mala suerte nuestra, hizo que, en paraje tan peligroso, encontráramos una numerosa recua que salía de los Yungas (vegas desde 500 a 2,000 metros sobre el nivel del mar) y que nos obligó a apearnos, buscando un pequeño hueco entre las rocas, para darle paso por el angosto sendero. El Ayudante del Delegado, menos afortunado que nosotros, apartóse de la senda al lado opuesto, y empujada su cabalgadura por una de las que venían, fué precipitada, rompiendo con estruendo en su caída los troncos y ramas del bosque, hasta la misma senda que, a veinte metros más abajo, seguía buscando su gradual declive. El ginete pudo quedar en salvo asido de un tronco, mientras el pobre mulo fué a dormir el sueño eterno a los pies de los viajeros, que, habiéndose adelantado, corrieron el peligro de morir víctimas de un *mulazo*, según la expresión del rancharo.

Salvado tan penoso descenso, llegamos a la quebrada, que en este punto ofrece uno de los espectáculos más hermosos. Es *Inca-Chaca*, como su nombre quechua lo dice, un puente natural de rocas graníticas que cubre la garganta profunda en la que el caudaloso torrente, oprimido, espumoso y pulverizado se retuerce con interminable y salvaje grito, estremeciendo la cavidad negrusca que las frondas del bosque ocultan al viajero, ignorante muchas veces de la causa de semejante estruendo.

En el puente descansamos un momento, para gozar de la vista del abismo, apartando el follaje que lo oculta, mientras el mulo perdido era reemplazado por otro que llevábamos de reserva. Las bromas que hacíamos al Ayudante, menudearon mucho tiempo, a tal punto que a petición de mis alegres compañeros, dejé sobre una roca el siguiente epitafio:



Una quebrada

“Aquí yace — ¡oh caminante
que descienes a *Inca-Chaca*!—
la mula de un Ayudante,
que por *empacona* y flaca,
no pasó más adelante,”

A medio día llegamos al *Locotal*, reducido caserío, desde donde, después de un corto descanso y un frugal

desayuno consistente en conservas, galletas y pan endurecido que aún quedaban en las alforjas, nos dirigimos a una casucha aislada, denominada *el Chaco*, en la que pasamos la noche.

Durante los tres días siguientes, cruzamos la región poblada de los *Yungas*, por un terreno ondulado, trasmontando a cada instante colinas y cerros que se alzan en los flancos de la quebrada, menos altas a medida que, siguiendo el curso de ella con ligeros desvíos, descendíamos a los lejanos llanos que viéramos desde la altura de San Benito, extenderse en líneas horizontales de vago y confuso verdor.

Los Yungas del Espíritu Santo, al par que los de la Victoria, al N. O., y los de Vandiola, al S., no tan explotados como los del Departamento de La Paz, que cuentan con población relativamente numerosa, producen la coca, el café, la caña de azúcar, el cacao, la yuca o mandioca, la naranja, el plátano y otros frutos, que, consumidos sólo en el Departamento de Cochabamba a causa de los difíciles medios de transporte, se reducen a una pequeña escala, limitando el trabajo a cierto número de brazos.

De trecho en trecho encontrábamos casuchas pobres, construídas para determinado tiempo, de troncos y cañas-huecas que, clavadas en hilera, forman las paredes. Largas hojas de palmera las preservan de las torrenciales lluvias de la montaña, dándoles un aspecto triste, amarillento, en los senos verdinegros de la selva, o en medio de las plantaciones ordenadas de los *chacos* (claros de bosque). Algunos semblantes pálidos asomaban a las puertas a nuestro insistente reclamo, mirándonos con indiferente fijeza, cuando deseábamos comprar las frutas sazonadas en la propiedad. Contristaban nuestro es-

píritu aquellas víctimas del paludismo, para las que parece que la vida se reduce a ver salir y ponerse el sol en la montaña! Algunas dosis de *quinina*, son el mejor obse-



Una habitación en las vegas

quio que puede hacer el que cruza esos lugares, obteniendo en cambio un asilo, más que ofrecido, abandonado por el dueño a su huésped.

Cierta aprensión consiguiente a semejante espectáculo, nos obligaba a menudo a solicitar del doctor Araníbar, medicamentos que nos inmunizaran de las horribles fiebres que asolan la región, sintiendo a veces dolores de cabeza y laxitud en las extremidades, causados por el estado psíquico únicamente. Las burlas y carcajadas del compañero, fueron desde entonces la mejor medicina contra el malestar del ánimo.

Los malos pasos del camino, eran otro motivo de risa y comentarios que se hacían, al ver caer alguno en

los fangos del bosque, o apearse otro, ante un estrecho desfiladero, en vista del abismo.

Es inútil que tratemos de pintar el tortuoso y quebrado sendero, por el que viajamos en esa región. A cada instante se presenta un nuevo peligro, que sólo puede salvarlo el instinto de conservación de las bestias adiestradas en ese tránsito frecuente. El piso está agujereado a distancias iguales, obedeciendo a las pisadas del mulo que se afirma en ellas produciendo un chapaleo monótono, uniforme, en los hoyos fangosos que descubren las raíces de los árboles inmediatos. Bástenos sólo citar algunos pasos, para dar una idea de la penosa travesía: — *Tanccanita*, nombre quechua, que significa el lugar donde es preciso empujar a la bestia para ayudarla a salvar una pendiente violenta; *Llustanita*, sitio en el que es inevitable resbalar, hasta detenerse al borde de un precipicio, para tomar el puente; el *Quemado*, punto rocoso que es indispensable pasar con cuatro saltos violentos de la bestia; y *Sal si puedes*, un estrecho sendero que, orillando el río a la altura de 10 a 12 metros, en medio kilómetro de trayecto, amenaza precipitar al viajero con los derrumbes del terreno deleznable.

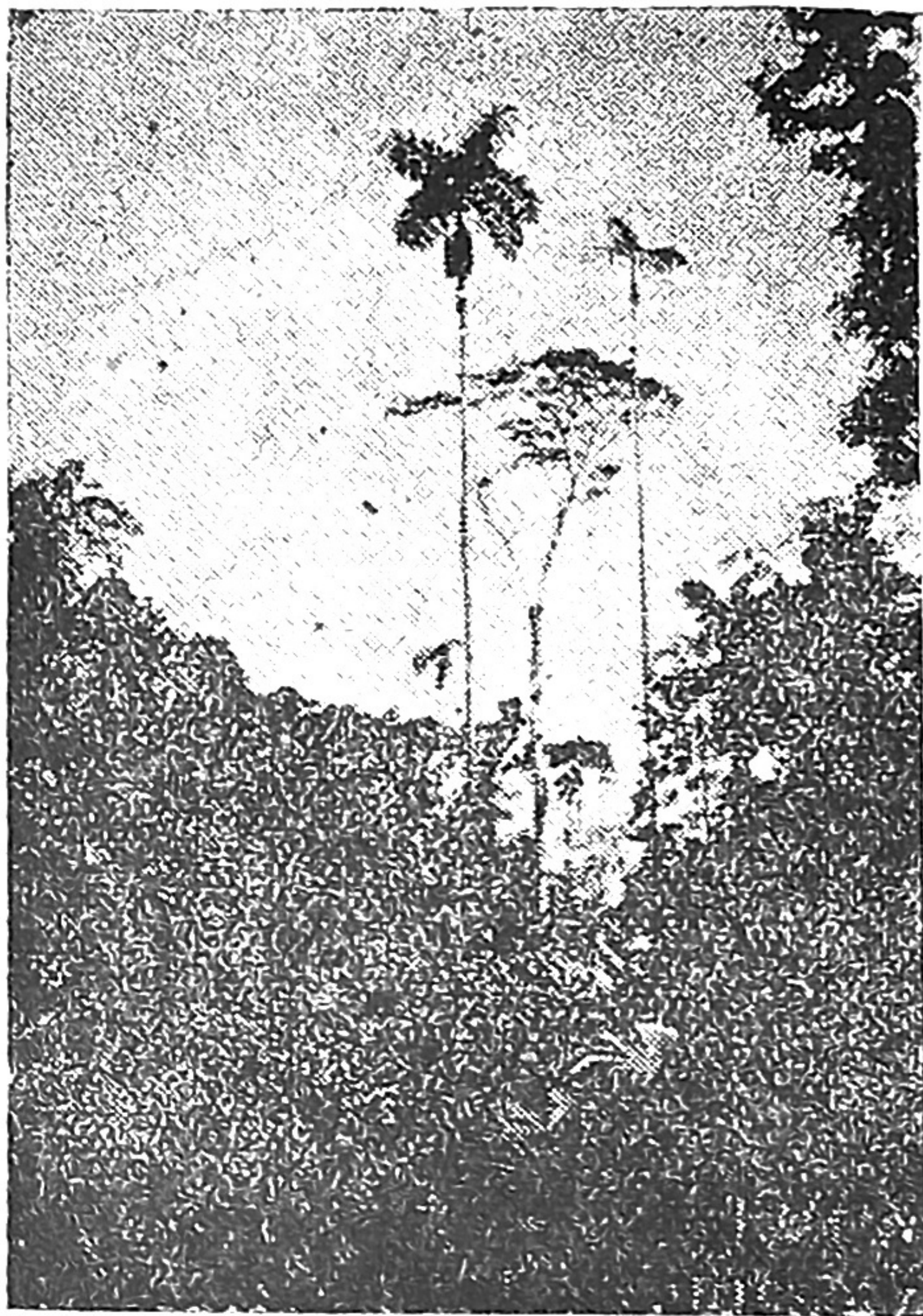
No fué extraño en nuestro viaje, presenciar la caída de algunos mulos de carga, que, detenidos por corpulentos árboles antes de llegar al río, eran recojidos después de esfuerzos fatigosos y prolongadas demoras.

Por todos estos inconvenientes las jornadas que hacíamos eran cortas (5 a 8 leguas) con el largo descanso del medio día, destinado al ligero almuerzo, dispuesto por nosotros mismos, en el rústico fogón de dos pequeños troncos clavados en el suelo y sobre cuyas bifurcaciones atravesábamos un delgado palo del que pendía la ollita de barro, con la consabida *lagua* de harina de trigo

y charque. Una vez listo el almuerzo, los viajeros rodeaban al ranchero de turno, llevando cada uno su plato y su cuchara para retirarse al pié de un árbol, a saborear en silencio tan frugal bocado.

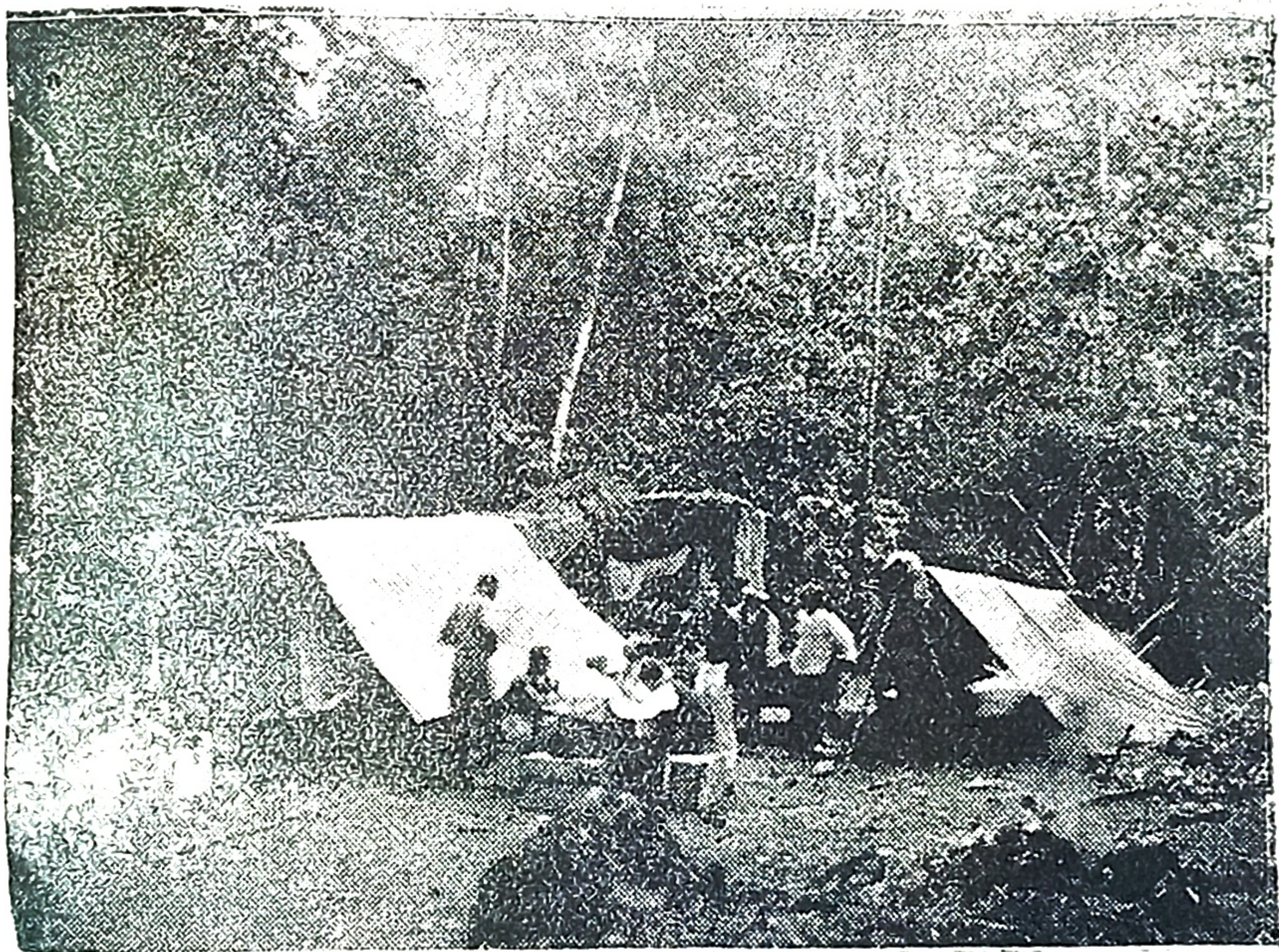
El día 10, después de una noche toledana pasada en *Cristal-mayo*, a causa de la estrechez del claro de bosque en el que acampamos la tarde del día anterior, dejamos la parte poblada de los Yungas, para internarnos por la selva desierta y cada vez más fangosa, hasta el río de *San Antonio*, a cuya margen izquierda llegamos al anochecer, rendidos de fatiga.

Las inmensas playas del río, nos ofrecían cómodos sitios para armar los catrecitos de madera y el mosquitero pendiente de dos palos clavados en la arena, a la cabecera y los piés del ligero lecho. Los mosquitos (*maringuines* o *cínifes*) que hasta entonces no se nos presentaron en gran número, aparecieron a nuestra llegada formando transparentes y sombrías nubes, que giraban en torno nuestro, produciendo un ruido fastidioso y monótono al posarse en nosotros. Desesperados por sus picaduras, lanzábamos sobre ellos maldiciones horribles, agitando las manos a la altura de la cara. Era imposible co-



Palmeras gigantes (Asaí)

mer! La cama era el único asilo contra ataque tan sanguinario y cruel. La olla quedó abandonada en medio del campamento, rodeada por los platos que algunos de mis compañeros arrojaron con despecho a la arena. Pronto las exclamaciones se hicieron más frecuentes e iracundas: — los inexpertos que se habían acostado precipitadamente, fueron acometidos en su propio asilo. Desde mi



Un campamento

lecho yo percibía en silencio, ruido de sábanas que se agitaban violentamente y crujido de catres que amenazaban destrozarse con los bruscos movimientos del desgraciado expedicionario, que vociferaba o suplicaba siempre en vano! Alguna carcajada impía provocaba una amenaza o una maldición; pero ¿quién podría asegurar que no es lo ridículo de la desgracia ajena, la causa más frecuente de nuestra risa?

El arriero que llegó a poco tiempo, solicitó el fusil de uno de mis compañeros y disparó un tiro, seña convenida para anunciar a los salvajes de la región, la presencia de viajeros que necesitaban pasar a la otra banda en sus canoas, o guiados por ellos a bestia, si lo permitía el caudal del río.

La detonación, repercutida largo tiempo, turbó el silencio de la selva, y a los cinco minutos, un rumor de hojas secas y ramajes doblados nos indicó la presencia del *yuracaré*, que avanzó con desembarazo hacia nosotros.

Al través de mi mosquitero de percalá transparente, ví destacarse junto a la hoguera la figura del salvaje, que expresaba a los arrieros la posibilidad de pasar los



Yuracarés que prestan el servicio de guías y vadeadores

vados del río a lomo de bestia, comprometiéndose a guiarlos en la mañana del siguiente día. Llevaba por único traje el *tipoy*, túnica suelta y pesada fabricada de fibrosas cortezas de árbol, que cubría su pecho y espaldas, de-

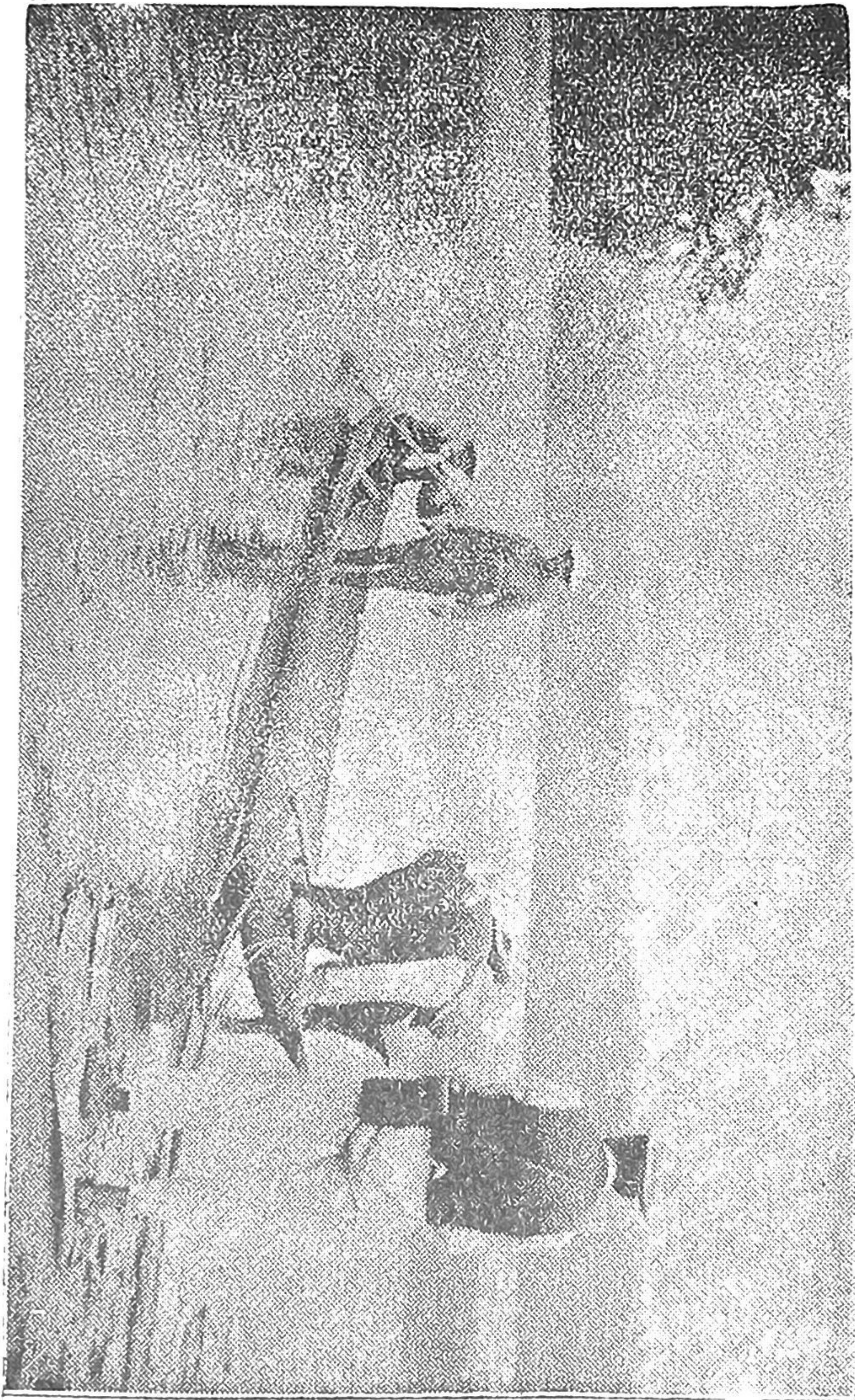
jando desnudos sus brazos y piernas, movidos constantemente para evitar las picaduras de los insectos. Su expresión castellana se reducía a un determinado número de nombres y participios de verbo, que le eran menester para pedir *tabaco* y *quinina*, o informar respecto del estado del río.

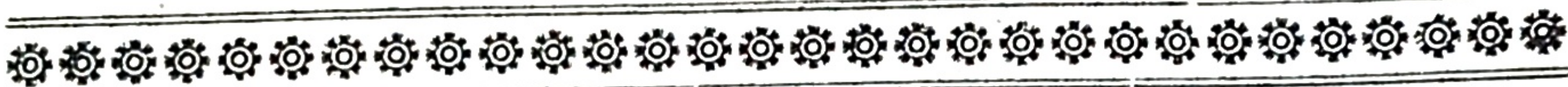
Sin inconveniente alguno, pasamos el día 11 los dos brazos del río San Antonio, cuyas ondas cristalinas nos permitían ver el álveo pedregoso y uniforme en esa parte. Una vez en la banda opuesta, despedimos al *yuracaré*, que ignorante del valor de las monedas, seguía pidiéndolas a todos, para que nuestra largueza juzgase del servicio prestado. Volvió a cruzar el río rápidamente y se internó en la selva, agitando la mano en señal de despedida.

El Puerto de Santa Rosa del Chapare, no estaba lejos ya. A medio día llegamos a él; reuniéndonos con los compañeros, que desde días antes preparaban la prosecución del viaje por los ríos del oriente y el norte.

Al cerrar el presente capítulo, creo necesario advertir al lector que no debe extrañar la falta de una referencia al temible jaguar, al puma peligroso, al tapir fugitivo y torpe, al caimán, a la boa y a las culebras que tanto abundan en las selvas amazónicas y que sólo desde lejos o en circunstancias de poca inquietud pudimos observar. El número de la expedición y su ruidoso tránsito, los ahuyentó siempre de nosotros.

Un gran remanso del Chapare





CAPITULO X

De Santa Rosa del Chapare a Trinidad

Santa Rosa — puerto situado a la margen derecha del río *San Mateo*, formado por los de *San Antonio* y *Yungas* y a 4 kilómetros de su confluencia con el *Coni*, de donde empieza el *Chapare* — se encuentra a los 420 metros sobre el nivel del mar, contando con algunas casas diseminadas en un campo cuya extensión no alcanza a dos kilómetros cuadrados. Una pequeña plazoleta, de la que parten algunas sendas, hacia las habitaciones próximas, es el almacén común, de las mercaderías y productos de intercambio procedentes de Cochabamba y Trinidad.

Con nuestra llegada, el personal de la Delegación estaba completo. El Piquete, declarado “en campaña” y uniformado con traje de lona blanco, gorra del mismo material y color, y bota amarilla de suela adelgazada, se ejercitaba diariamente en el manejo de las nuevas armas (carabinas “Manlincher” modelo antiguo), turbando con el toque argentino de sus cornetas el silencio del tranquilo caserio, acostumbrado sólo a escuchar el redoble monótono del tamborín que le anunciaba el arribo de u



na embarcación procedente de Trinidad, o el cencerro de las recuas que descendían de la cordillera azulada y apenas perceptible desde allí.



Cabañas yuracarés

Baluart, con su nuevo uniforme, había asumido una actitud grave, siendo el más temido y respetado por los soldados, que se estremecían al oír su voz estentórea, revolviendo la cara hacia los sitios en los que la repercusión vibraba todavía.

Pérez González, el mismo conmigo y con otros compañeros, había adquirido un carácter despótico a la cabeza de su Piquete, convencido de que él soldado, león para el enemigo, debía ser un cordero para el jefe.

Preciso fué permanecer en el Puerto hasta el día 15, esperando a los *yuracarés* (*) que, prevenidos ya por

(*) "Esta voz que es quechua, está mal escrita y pronunciada: debe decirse *Yurac-carí* (hombre blanco)

"Los yuracarés se juzgan corresponder a los de la raza caucásica a quienes llaman *parientes*, y algunos tienen pretensiones de superioridad: dicen que los yuracarés son los únicos hombres, siendo los demás *piojos de hombres*, u *hombres-piojos*. No

el contratista Santiago Mentith, debían acudir desde sus lejanos retiros a prestar su servicio a la Delegación con sus canoas. Así fué que a las 4 de la tarde, el Piquete emprendió el viaje por tierra hasta la confluencia del *Coni* con el *San Mateo*, pues impedía la navegación el poco caudal de agua de este último, en aquella época; y al amanecer del siguiente día, el personal civil llegaba a di-



Una piragua yuracaré

cha confluencia, empezando de inmediato la distribución de carga en las pequeñas embarcaciones que, en número de siete, balanceaban entrechocando, amarradas a la orilla del *Chapare*. La poca capacidad de las canoas, hi-

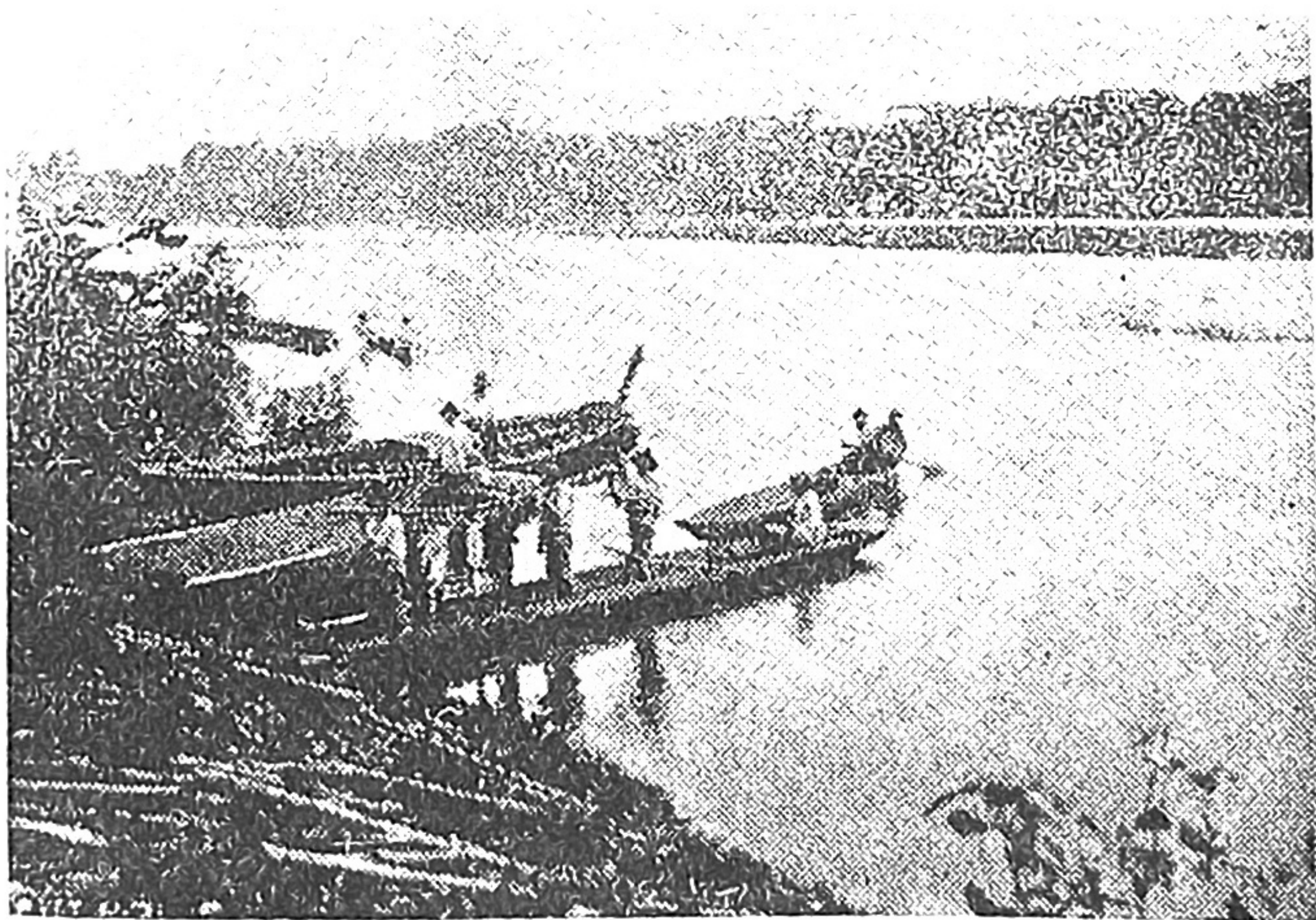
carece de disculpa esta orgullosa vanidad; son ellos de bellas proporciones, muy bien conformados y poseen un entendimiento activo y perspicaz y despejado. Díganlo los misioneros, a quienes han dado, tratándose de la verdad de nuestra religión, contestaciones y objetado argumentos tales que no los inventan peores, ni más sutiles, nuestros impíos ilustrados.

“¿No será esta raza, a lo menos de parte de varones, originalmente europea, arrastrada por algún accidente a las hermosas y amenas vegas que hoy habita, donde se hubiese barbarizado con el aislamiento, y que de esta circunstancia se derive la presunción de superioridad?” (*Dalence*. — “*Estadística de Bolivia*”)

zo que, para trasladar parte del resto de provisiones, se dispusiese de un *batelón* particular que casualmente debía partir el mismo día.

La *piragua* de los *yuracarés*, más grande y pesada que las que se usan en los otros ríos del Departamento del Beni, mide de diez a doce metros de largo por uno y medio de ancho, toscamente labrada de un solo tronco, y cavada a fuego. Generalmente, cinco salvajes la tripulan, sentados sobre palos que se atraviesan de babor a estribor, permaneciendo el piloto de pie sobre la pequeña plataforma en que remata la popa. Puede admitir hasta 200 @ de carga (23 qq. mtrs.)

El *batelón*, que es la embarcación más usada en el Oriente, con cuádruple capacidad que la anterior, mide



Canoas cavadas a fuego esperando el embarque de pasajeros

siete a ocho metros de proa a popa, por dos y medio de ancho y uno de profundidad generalmente. Está construido de tablas superpuestas gradualmente sobre un

tronco cavado y abierto por sólidos refuerzos, que constituye la quilla. Del gran timón o *leme*, arranca el mango de madera formando un ángulo optuso al alcance del piloto que va de pie sobre la popa, fuera del camarote, pues éste ocupa la tercera parte trasera y su techo se compone de varas arqueadas y cubiertas por hojas de palma (*palla*), con un piso de tablas, al nivel de los bordes de la embarcación, dejando descubierto el resto, donde a merced del sol y la intemperie, se colocan los doce remeros.

Calafatear las embarcaciones, acomodar los bultos cuidando de equilibrar el peso, distribuir todo el personal entre ellas, y dividir el número de los *yuracarés* para componer las tripulaciones, eligiendo a los mas diestros para pilotos, fué labor de todo el día y la mañana del siguiente, embarcándonos, por fin, a horas 12, en medio del general bullicio, al toque de las cornetas y los disparos de revólver que, en señal de despedida, dirigíamos a la confusa línea formada en el Oeste por las lejanas montañas, tras de las cuales dejábamos el hogar querido!..... (*)

Se alzaron los remos para hender a la vez la superficie argentada del *Chapare*. Las pequeñas embarcaciones, como gaviotas juguetonas se deslizaron una a una, dejando la playa arenosa, sembrada de los palos clavados que nos sirvieron para armar los toldos de campaña y

(*) A pocos kilómetros de Santa Rosa, aguas abajo y en la orilla izquierda del Chapare, existe hoy a cargo de un regimiento de zapadores, la colonia militar que, con el nombre de Todos Santos, fué fundada en octubre de 1920, con el propósito de estimular la población de esas zonas y de favorecer el comercio interdepartamental de Cochabamba y el Beni. Este centro urbano cuenta actualmente con 500 habitantes. Varios de los primeros colonos son ya propietarios del suelo que han cultivado. Un camino de automóviles a Cochabamba, con 180 km. de extensión, se encuentra en actual trabajo, partiendo de los dos extremos. Desgraciadamente, parece que el sitio elegido no es suficientemente alto para tenerlo a salvo de las inundaciones en años excepcionales.

los mosquiteros; y los fogones rústicos de los que, como recuerdo efímero nuestro, se elevaba la gasa blanquecina de las espirales de humo.

Los árboles de las márgenes, enhiestos y silenciosos, nos veían pasar ante ellos, con las primeras inquietudes de la navegación de los ríos, que desgarrando las selvas, van dócilmente a devolver a los mares las aguas que se evaporan y se elevan a los cielos para bañar la tierra.

Pérez González y yo, ocupábamos una canoa, acompañados de seis soldados y el corneta de órdenes del Piquete, fuera de la tripulación compuesta de cuatro remeros y el piloto que permanecía imperturbable a popa, con un *tipoy* pintarrajeado de rojo y amarillo, y teniendo en las manos firmemente, a guiza de timón, un gran remo afianzado a uno u otro costado, según lo precisase la dirección de la canoa en las bruscas curvas que describe el río.

Escalonadas, y una a una, seguían a la nuestra, las otras embarcaciones, ocupando el último lugar, el pesado batelón, en el que venían Aranibar, Jordán, Valdivia y algunos jóvenes del personal de adscritos.

La jornada de ese día, fué rica de emociones que se experimenta cuando se navega por primera vez en uno de los ríos del Oriente, contemplando la selva cortada caprichosamente por el río y ostentando al acaso en las márgenes, la variada vegetación que atesora. ¡Cuántas palmeras se alzaban dominando la irregular línea de árboles diversos que inclinan sus trémulas ramas a merced de la corriente; y cuántos helechos (*acrogenias vasculares*) de diversos géneros (*polypodium*, *adiantum*, *pteris*, etc.), mecían sus ramas horizontales, en la parte rocosa de la orilla! Nuestra conversación se redujo sólo a comentar los sitios de la selva que ofrecían a nuestros ojos algún conjunto raro, presentando ya los tupi

dos cortinajes de las trepadoras que balanceaban en las seculares ramas; ya las interminables galerías agrestes, de troncos de árboles corpulentos; ya un pequeño claro que las frondas y malezas abrían para dar paso al arroyo, tributario tranquilo y humilde del río que serpeaba majestuoso y argentado

La tarde del 18, la corneta, desde la embarcación ocupada por el Delegado, dió la orden de ¡alto! y ante una humilde casucha, situada a la margen derecha y denominada *Sietecopeno*, fueron atracando, una a una, todas las canoas, para pasar la noche, mientras algunos de los tripulantes *yuracarés*, se dirigían a las habitaciones que se encuentran en el interior del bosque con objeto de proveerse de algunos víveres o de estrechar la mano de sus allegados.



Tipo de mujer salvaje

Trascribir mi diario, que lo tengo a la vista estropeado por el constante manejo y los torrenciales aguaceros de la montaña, sería cansar la atención de los lectores, (si algunos tiene este libro, escrito sin otra pretensión que la de marcar en él un recuerdo... un recuerdo sólo.....)

Separadas del pesado batelón y de la canoa del De-

legado, llegaron nuestras embarcaciones el día 19 a *Asunta-lago*, propiedad del contratista Santiago Mentith, quien, después de brindarnos su pequeña habitación, dispuso algunos víveres para esperar al resto del personal. Un fuerte aguacero despertó a los que, sin poder guarecerse en la morada, ocuparon la playa del río y algunos parajes del bosque. El desorden que causó semejante suceso, duró hasta la madrugada del día siguiente, en la que llegó el Delegado, anunciándonos que, como nosotros, ignoraba la suerte del batelón; pero, incorporado éste en la tarde después de dos días de ausencia, narráronnos los compañeros que en él venían, los sufrimientos causados por el hambre, y por los constantes tropiezos de la embarcación, que amenazaba naufragar, chocando constantemente en las palizadas del río.



Batelón prisionero en una palizada

El día 21 salimos muy temprano, navegando, como en los días pasados, en sucesiva hilera y sofocados por el sol tropical que nos convidaba al sueño. El crepúsculo

vespertino nos sorprendió en la confluencia del Chapare con el *Chimoré* de donde empieza el *Mamorecillo* (15.º 45' Lt. S.), acampando en la inmensa playa intermedia que forman.

La incierta claridad de la alborada del día 22 no había disipado aún las sombras y la niebla, cuando los remos que impulsaban nuestras toscas canoas, sonaban ya contra los bordes de ellas, acompasadamente, haciéndonos descubrir en el reducido circuito dominado por nuestra mirada soñolienta, grupos de árboles y riberas abruptas que se presentaban para sumirse en la vaguedad, desapareciendo luego.

Asomó por fin el sol. Los expedicionarios, que descubrían en las próximas embarcaciones a los compañeros, entablaron animada conversación, gastando bromas referentes al peligro de la navegación o a los incidentes de la noche pasada. El trino de los pájaros animaba con extraña vida la silenciosa selva, y algunas parabas o papagayos de cola larga (*psittacus*) cruzaban el aire, lanzando alegres notas que semejaban carcajadas o algarabía de gente trasnochada. El caimán (*aligator*, Cuvier) se despertaba de su sueño, para sumergirse luego, azotando con la cola las mansas ondas de la orilla; y el bufeo (*) (*delfinus*, e *innia boliviensis* según D'Orbigny) juguetón y esquivo, asomaba a la superficie, arrojando chorros de agua por el conducto de su espiráculo, para zambullirse luego, apareciendo a largas distancias con volteretas uniformes.

Habíamos navegado cinco millas próximamente, desde la confluencia de los dos ríos que forman el *Ma-*

(*) Mamífero cetáceo de la hoya amazónica:— es de cuerpo pisciforme, cabeza combada, hocico estrecho y largo, armado de dientes grandes y corvos, pellejo liso, careciendo de miembros posteriores, reemplazados solo por la cola.

morecillo, cuando un grito salvaje, seguido por exclamaciones de satisfacción indescriptible de los tripulantes *yuracarés*, causó en nosotros una impresión extraña. Todas las embarcaciones viraron de pronto hacia un punto determinado del río, y los aborígenes que nos conducían dejaron los remos y empuñaron sus grandes flechas, afianzando las saetas o dardos en el tenso cordel. Temible habría sido su actitud, si la nobleza que caracteriza a su raza y la superioridad numérica nuestra, no nos hubiesen inspirado confianza ciega. Poseídos todos nosotros de la curiosidad más viva, dejamos a los *yuracarés* sin objetar su acción, dispuestos a presenciar algún incidente raro. Pronto nos detuvimos en un recodo del río, en el que las ondas tranquilas casi siempre en su curso, se presentaban ahora agitados violentamente, produciendo salpicaduras copiosas y desordenado movimiento que sacudía las canoas a capricho. Disparáronse muchas flechas; cruzaron las embarcaciones en direcciones opuestas, y aparecieron en la superficie tranquilizada del río, hermosos peces en cuyas escamas plateadas se reflejaban los rayos del sol con extraños cambiantes de luz.



Salvaje armado de sus flechas

La pesca del bagre, la corbina, el dorado, el sábalo, la boga etc., es tan abundante en esos ríos, que, huyendo todos estos seres de algún peligro que les amenaza o encontrándose con bancos semejantes, turban la tran-

quilidad del río, revolviendo sus ondas en desordenada marejada.



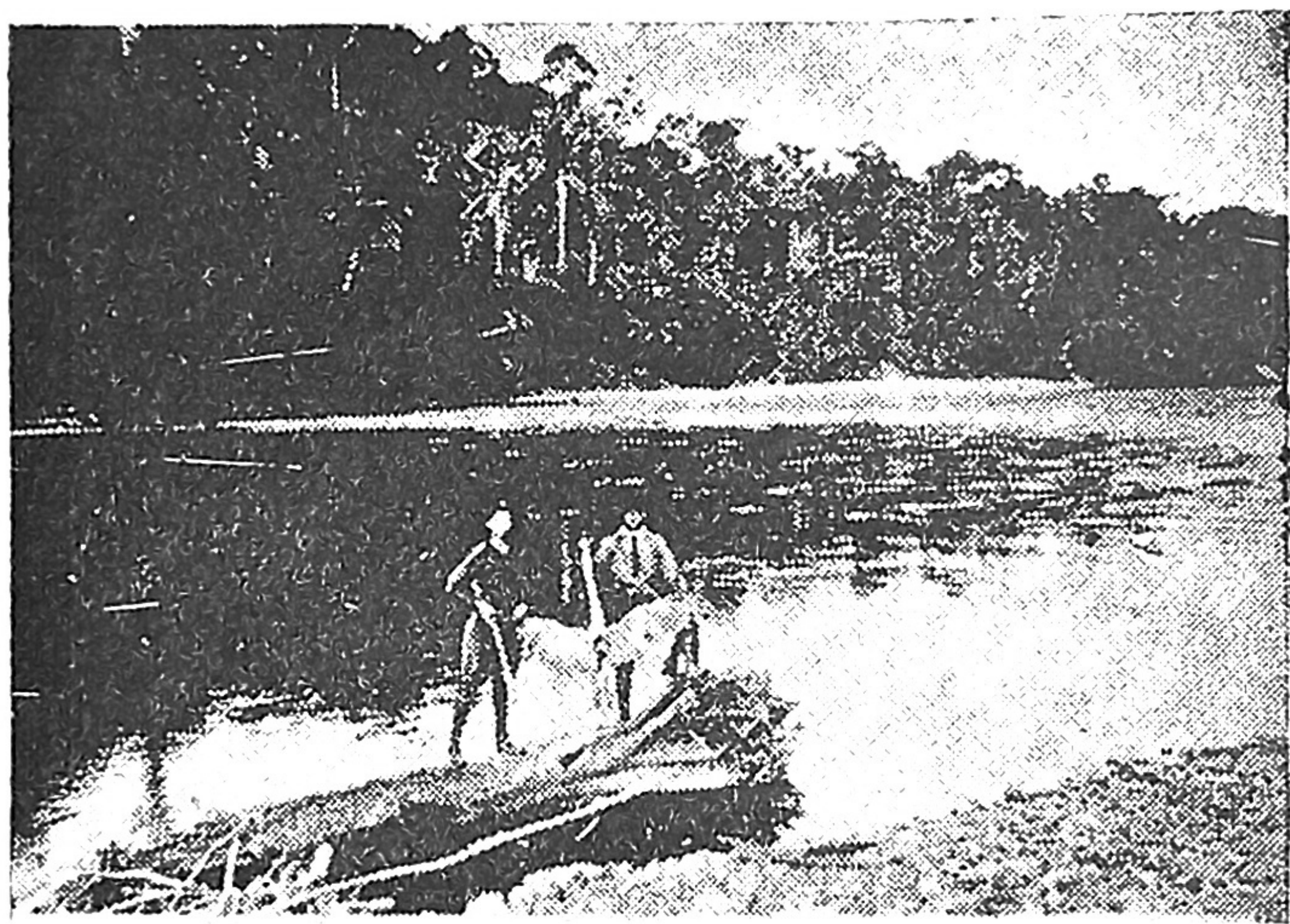
Una pesca abundante

Al toque de ¡izquierda y alto! atracaron las embarcaciones a horas 10 del día, frente a la desembocadura del *Guapay, Río Grande o Sara*, situada a los 15.° 20' de Lt. S. y 66.° 15' de Lg. O. de París. El caudal de este río, en esa estación, es poco más o menos el mismo que el del *Mamorecillo*; pero, dada la extensión que recorre, en su inmensa vuelta alrededor del departamento de Cochabamba y recibiendo el contingente de la región que surcan sus afluentes en los de Potosí, Chuquisaca y Santa Cruz, es mayor en la estación de lluvias.

Ya navegando desde allí en el *Mamoré*, que mide 16 pies de profundidad, término medio, seguimos el viaje después de almorzar, dejando atrás al pesado batelón, que, a causa de su mucho calado, no podía deslizarse, como nuestras canoas, rápidamente.

Al anochecer, acampamos en una extensa playa, si-

tuada al frente de la barraca de un señor Bejarano, esperando con impaciencia durante las dos primeras horas de la noche, al batelón que se retardara hasta entonces. Una luz débil, que apareció a la distancia, nos anunció que aquella embarcación se encontraba próxima; pero, a los pocos minutos, dos detonaciones de revólver, nos indicaban el peligro de naufragio que corría al alejarse del *chaco* en el que se había detenido. Un confuso bullicio en el que se distinguía la voz de auxilio! alarmó a nues-



La caza de la garza

tro campamento, acudiendo muchos individuos a las canoas, para descargarlas rápidamente y dirigirse en ellas al lugar del siniestro. La embarcación había tropezado en la bifurcación de un tronco que asomaba a flor de agua, y, balanceando en ella largo tiempo, a impulsos de la corriente, amenazaba inclinarse violentamente para sepultar a todos. La distancia que nos separaba era considerable, para acudir oportunamente en su socorro; pero el acaso salvó al batelón, que resbalando poco a po-

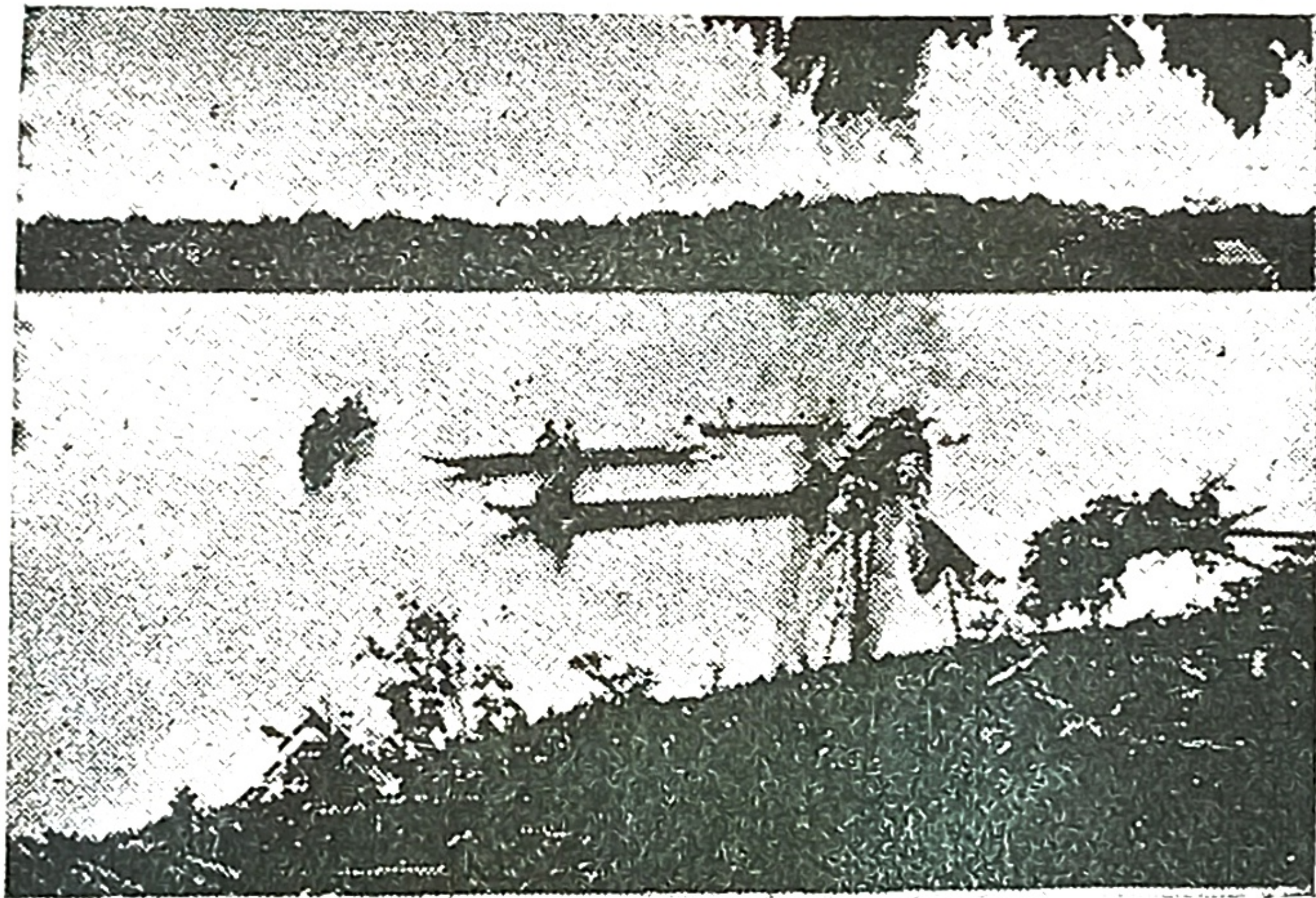
co, en las oscilaciones que le imprimiera la corriente, pudo seguir su marcha recibiendo una considerable carga de agua, sobre la de pasajeros y mercaderías que conducía.

Torno-largo, caserío importante por su posición intermedia entre Trinidad, los puertos de Santa Rosa y Cuatro Ojos (Santa Cruz) y algunos pueblos de la Provincia de Mojos, está situado a la margen derecha del *Mamoré*, a poca distancia del lugar del peligro que llevamos narrado. A él arribamos en la tarde, para detenernos al día siguiente 24, agasajados por sus pobladores y completando el contingente de víveres, preciso para llegar a Trinidad. Sus gentes sencillas, procedentes del Departamento de Santa Cruz, hacen allí una vida patriarcal y tranquila, conservando las costumbres de aquella hermosa tierra, a las que destinamos algunas páginas más adelante.

A las 5 de la tarde del día 24, estrechamos la mano de los hospitalarios amigos de Torno-largo, para acampar con la tropa y parte del Personal Civil, en un *chaco* abandonado, situado a dos millas de distancia, cerca de *Limoquige*, que se encuentra más próximo, sobre la orilla izquierda del río, y donde fué alojado el Delegado con algunos empleados para reunirse con nosotros al amanecer del 25, y seguir el viaje sin novedad durante el día; pero sorprendidos por la noche, y habiéndose desviado dos embarcaciones, siguiendo el curso de un canal o brazo del río, tuvimos que desembarcar en una playa desigual y húmeda, disputándonos el campo para caber todos en ella.

Aun era de noche cuando dejamos ese lugar, para hacer la jornada siguiente, hasta la propiedad de *San Antonio*, donde acampamos, presas de una inquietud violenta al pie de un árbol que amenazaba caer sobre noso-

tros al más ligero soplo de viento. A medio día habíamos pasado por la boca del *Sécure*, río navegable hasta los contrafuertes de la Cordillera, y que se origina en la sierra de Mosetenes, con el nombre de *Moletto* y luego *Icho*, y recibe en su curso las aguas del *Ilibolo*, *Samusete*, *Janiuta*, *Suniuta* y *Chapiriri*, por la derecha, y las del *San José* por la izquierda. El *Sécure*, está llamado a ser una de las vías más importantes de comunicación del Departamento de Cochabamba. Actualmente está habitado por algunas tribus formadas por los indios de Trinidad, sublevados el año 1887 a órdenes de Santos Noco, jefe único al que obedecen con fanatismo.

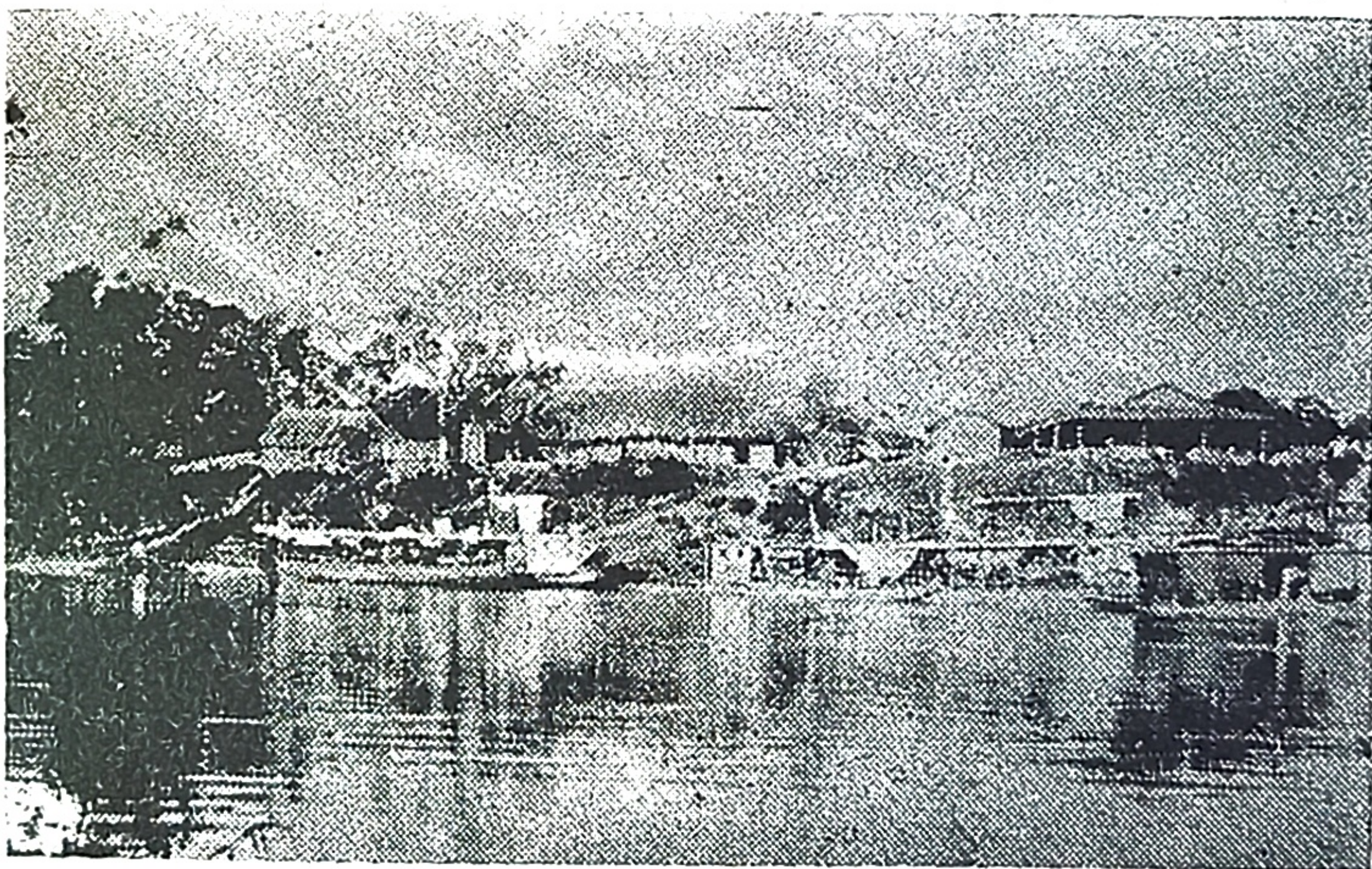


En la boca del *Sécure*

Al toque de *diana*, dejamos nuestros lechos, para doblar los catrecitos de campaña y acomodarlos en las respectivas canoas, prosiguiendo la navegación, que iba siendo muy cansada e incómoda. La presencia de la lancha a vapor "*Guapay*", que avanzaba hacia nosotros revolviendo con su rueda las turbias aguas del río y coronada por el negro penacho de humo que iba a perderse

en los senos del bosque de la orilla, nos llenó de entusiasmo. Era la primera vez que veíamos desde la partida una embarcación de ese género. La enseña tricolor flameaba batida por la brisa del *Mamoré*, resaltando sus vivos colores en el fondo oscuro de las selvas. Un ¡hurra! nuestro saludo a la "Guapay" que pasó rápida, para perderse luego en la vuelta próxima del río. A las dos horas llegamos al *Recreo*, propiedad del señor Nemesio Monasterios, quien nos esperaba con una res, amarrada dos días antes (*) y algunas botellas de cerveza que bebimos con avidez. El resto del día, fué destinado al lavado de la ropa del Piquete, que se encontraba sucia, a causa del prolongado viaje.

El 28, a horas 3 p. m. llegamos a la boca del río *Ibare*, siguiendo su curso hasta acampar a las 6, en una



El Trapiche o Puerto Ballivián

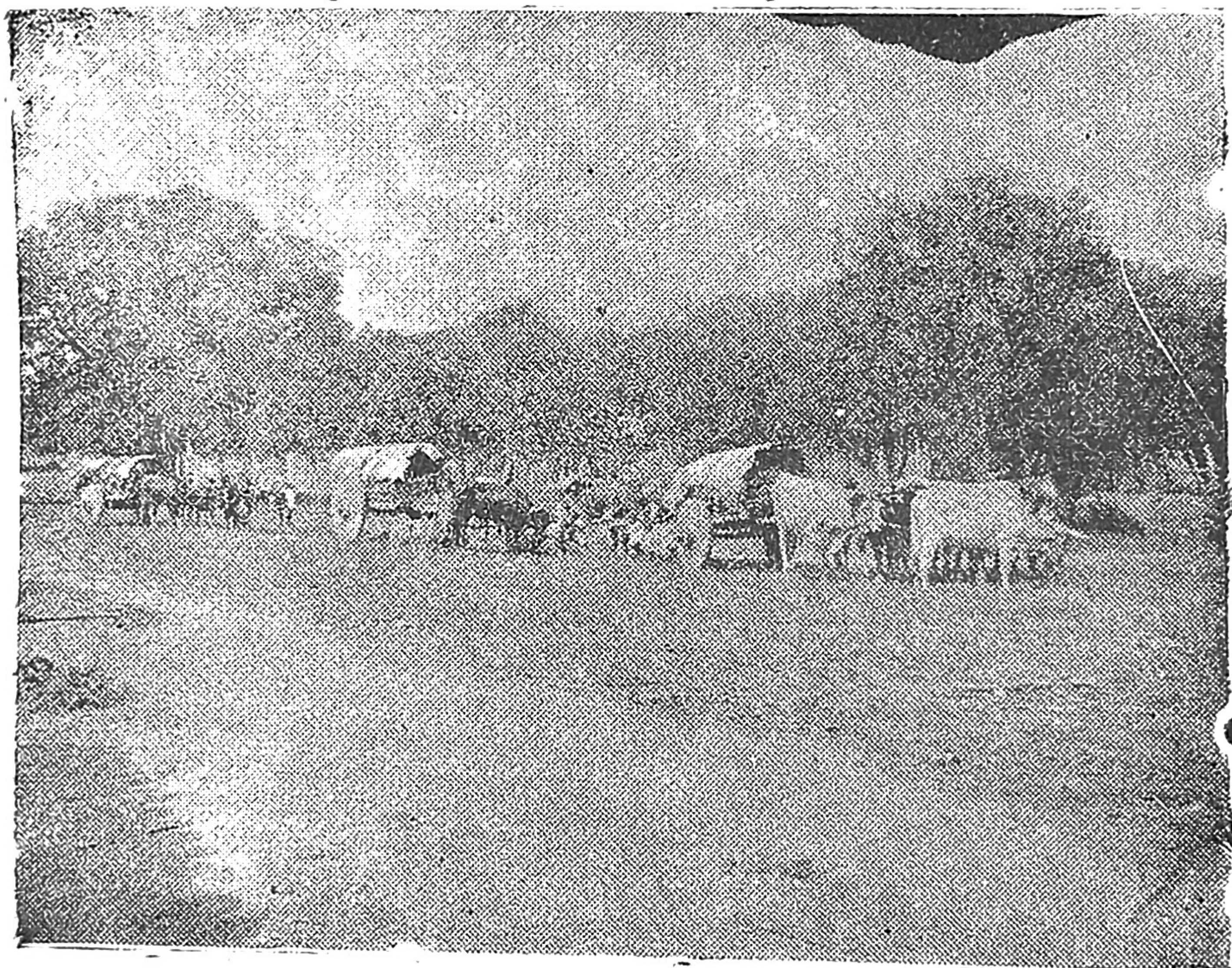
pequeña playa, donde nos fué imposible dormir, por la estrechez y los fangos del sitio, arribando al día siguien-

(*) En el Oriente y Noroeste existe la costumbre de hacer ayunar a las reses, desde dos días antes, para que la carne pierda el mal sabor que le dá la alimentación de algunas yerbas del bosque.

te al Trapiche (hoy Puerto Ballivián), a la hora de almuerzo, no sin haber dejado parte del personal muy atrás.

El Trapiche es un caserío pobre, situado a la margen derecha del *Ibare* a dos leguas de Trinidad, sin otra importancia, a más de su posición en el río, que la de tener la aduanilla en él establecida, desde que la aduana fué trasladada a Villa Bella.

Casi todos los vecinos de la capital, que pudieron conseguir una cabalgadura, salieron a nuestro encuentro, para anunciarnos que la población esperaba con impaciencia a la Delegación Extraordinaria.



Vehículos usados en Mojos

Después de algunas horas de descanso, durante las cuales nuestros buenos amigos habían podido disponer

caballos o carretas arrastradas por bueyes para trasladarnos, nos dirigimos con numeroso acompañamiento a la ciudad, salvando las dos leguas que nos separaban de ella, en hora y media. El Piquete que se dirigió a pie, llegó rendido de fatiga y cubierto de lodo a las inmediaciones donde lo esperábamos para hacer la "entrada oficial" a petición de los vecinos; pero desgraciadamente la noche cubrió de sombras las pampas de Mojos y la ciudad desapareció en la oscuridad antes de que pudiéramos verla.

Muchos faroles aparecieron a alumbrarnos el camino, y las luces de Bengala, los fuegos pirotécnicos los cohetes, etc., dieron un aspecto fantástico a la ciudad, contribuyendo a la iluminación los insectos fosforescentes que cruzaban la atmósfera en todas direcciones. Tantas luces me alucinaron al fin, y confieso que en ese momento creí entrar en una bella e inmensa capital...

Los 25 días de viaje entre Cochabamba y Trinidad (desde el 4 al 29 de junio) pueden reducirse hoy a *dos horas y media*, gracias al servicio de aeroplanos que se ha establecido últimamente entre ambas capitales.



CAPITULO XI

Trinidad y sus gentes. — Los llanos de Mojos.

Una gran retreta, luego un baile, luego el ballicio de toda la noche, exagerados, tal vez, por mi imaginación durante el sueño, habían causado en mí el vehemente deseo de conocer la población al rayar el alba. Procuré al levantarme disimular los desperfectos causados por el viaje en mi vestido, ya que el equipaje no podría llegar hasta el día siguiente, y tomando una caña que encontré al azar en mi alojamiento, me calé el sombrero hasta las cejas y salí a la calle.

No quise aventurar juicio alguno, antes de verlo todo y examinar sus últimos detalles. La desilusión es penosa siempre, y el corazón la rechaza en los primeros momentos, ante el recuerdo vivo del sentimiento pasado.

Llegué a la plaza. Desde ella dominé por las calles cortas los llanos que rodean la población, y me volví a casa, cabizbajo y sejijunto.....

Tengo a la vista la copia de una carta que escribí entonces a un amigo. Algunos acápites de ella, podrán dar mejor idea que la que en vano trataría yo de expresar aguzando la memoria.

“Difícil es — decía — pintar a lo vivo el lamentable estado del Beni y especialmente de su abandonada Capital que semeja el inmenso esqueleto de un pueblo, antes importante. Los edificios se desploman por sí, formando claros irregulares en las manzanas que ocupan, y afectando, por lo mismo, algunas de las calles, ángulos y plazoletas caprichosas, en las que el pasto seco de las pampas de Mojos cubre las cavidades que causan los pantanos en la época de aguas.

“El aspecto de sus calles anchas y cortas es tristísimo, con sus espaciosos y uniformes corredores que cubren las aceras siempre escuetas, quedando desierto el centro desigual y fangoso de la vía, para ser ocupado alguna vez por la pesada carreta de ruedas inmensas y toscas, tirada perezosamente por cuatro bueyes, al monótono grito del conductor que la sigue a pie, con la vara larga que le sirve de aguijón. Todas las casas son de un solo piso, excepción hecha de la que posee el Delegado y la casa de gobierno a la que más le valiera no tener ninguno. En las esquinas está obstaculizado el tránsito de las carretas, en bien del de los pobladores, que reclama en tiempo de aguas anchos troncos clavados a cierta altura y distancia unos de otros, para cruzar por ellos el centro de la vía, preservándose de la humedad del suelo. Todas las casas se reducen a cubrir la extensión que poseen junto a la calle, dejando en el interior inmensas cuadras, cubiertas de malezas, entre las que aparecen algunos árboles frutales, como resto de la prosperidad de otro tiempo. La mal llamada plaza, es sólo un gran canchón rodeado de las habitaciones menos pobres del pueblo, con un pozo artesiano del que se provee de agua el vecindario, cuando la del cielo no ha llenado los grandes depósitos que existen en los patios. El transeúnte que se

aventura a cruzarla de noche, corre el riesgo de entregarse a las astas del ganado vacuno que pasta en ella, o de enlodarse en los pútridos charcos que la ocupan, al par que los laguitos artificiales los parques de las grandes poblaciones.



Una calle de Trinidad

“No hablaré de los edificios fiscales que casi ya no existen. El palacio prefectural amenaza sepultar a los empleados, que constantemente emigran de una oficina ruínosa para ocupar alguna habitación respetada aún por la atracción del Globo. La casa de gobierno, situada en la acera meridional de la plaza, sólo puede ofrecer a la vista las paredes correspondientes a una mitad de su frontis, habiendo la otra, confundido sus ruinas con una parte de las del vecino templo.

“Para dar una idea del ruinoso aspecto de esta capital, básteme hacer notar que, de las diez o doce manzanas con que cuenta la población actual, ninguna se halla completa.

“Las calles desiertas y pantanosas, son casi intransitables. No existen otras que las cuatro que, partiendo de la plaza, rematan a los cien o ciento cincuenta metros en los pastales de la llanura, donde todavía se alzan algunas cruces colocadas por los Jesuitas en las esquinas de la población, como indicios de que ésta llegaba hasta allí.

“La industria fabril está desapareciendo poco a poco. Sólo queda la del tejido de hamacas, con la tradición de que en otros venturosos tiempos existían, variadas y prósperas, las que implantaron los Jesuitas.

“Una de las causas de esta decadencia y sin disputa la principal, fué la sublevación de la clase indígena, que es la obrera, el año 1887, habiéndose remontado hasta hoy día a las márgenes del *Sécure*, donde en la actualidad vive, distribuída en tribus dependientes de la autoridad de un indio llamado Santos Noco.

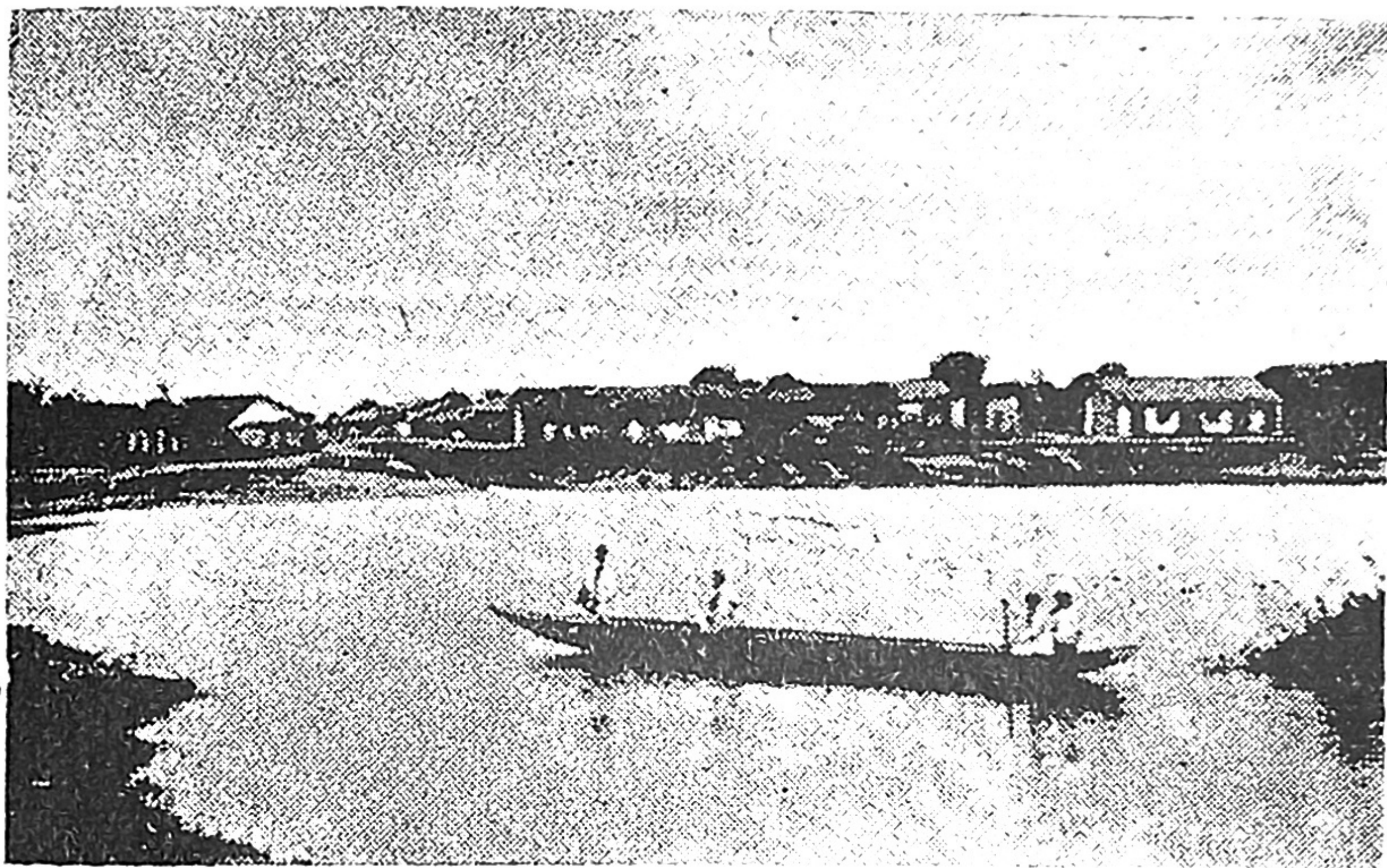
“Los trabajos de gomá en el *Bajo Beni*, han acabado de despoblar estas regiones, y la falta de brazos amenaza destruir lo poco que hizo la civilización en ellas.

“Los pobladores de Trinidad hacen una vida musulmana, y la desconfianza que tienen respecto de los gobiernos de la Nación, no podrán disipar sólo las promesas con que se trata de aletargar las aspiraciones justas que abrigaron. Es necesario que las miradas del resto de la República se fijen con atención en este Departamento, y que la legislatura de este año trate de atenuar por lo menos los males que le aquejan.”

El censo practicado en abril de 1901 dió la cifra de 2.555 habitantes, alcanzando el año 1893, a 2.004; pero debemos advertir que la mayor parte de los pobladores

se compone de gente de tránsito o indígenas que moran en las proximidades de la ciudad. (*)

Los pobladores de Trinidad, sencillos y alegres, viven modestamente en sus casas desmanteladas, donde sólo se encuentra lo absolutamente indispensable. Su ca-



El Arroyo de Trinidad en la época de aguas

rácter melancólico a la vez que flemático, inspira al forastero un interés grande por conocer más de cerca sus costumbres e ideas, que se descubren en un principio análogas a las musulmanas y diferenciando de éstas, cuando se las ha estudiado con calma.

Me acuerdo mucho que con la curiosidad que en mí despertaron los trinitarios en los primeros días de mi permanencia en aquella población, me resolví a visitar a algunas familias, no sin consultar antes a varios de los

(*) Trinidad tiene actualmente una población de cerca de 6,000 habitantes. Cuenta con servicio moderno de aguas potables, luz eléctrica, comunicación radiotelegráfica, etc, habiendo aumentado notablemente su comercio, gracias al ferrocarril Madera-Mamoré.

amigos que encontrara, los detalles que en la *manifestación social*, me procurasen la simpatía de las gentes, al presentarme por vez primera muy de acuerdo con sus apreciaciones y satisfecho de conocer la región, ya que me era indispensable evitar referencia alguna al pueblo.

Una de mis primeras visitas, fué a la casa de la señora X... donde me recibieron muy amablemente. La habitación, situada sobre la misma calle, no contaba con otros muebles que algunos baúles, pocas sillas, dos mesitas cubiertas de flores artificiales debajo de dos espejos, y multitud de oleografías y retratos colocados con todo orden en la pared. A corta distancia de la puerta de entrada y casi impidiendo el paso, se encontraba la hamaca, pendiente de una viga del techo y de un clavo fuertemente remachado en el muro.

La señora, sentada en uno de los baúles, torcía cigarrillos, teniendo sobre las faldas una pequeña batea de madera, en la que se veía un montón de tabaco picado y algunos cuadernillos de papel de arroz, junto a los cuales iba acomodando ordenadamente los cigarrillos dispuestos, separándolos en porciones iguales. En la hamaca que oscilaba débilmente, dormitaba con la cabellera suelta y teniendo fuera de ella los pies que con el balanceo rozaban el suelo, una hermosa muchacha, que al oír llamar a su puerta, se incorporó indolentemente, sin manifestar sorpresa alguna, y me invitó a pasar, dirigiéndose luego a la señora, para anunciarme con esta frase:

—*Máma*, un caballero.

—Pase Ud.; ésta es su casa, — dijo la señora, levantándose al mismo tiempo que su hija, para recoger la hamaca, por debajo de la cual me dirigí hacia un asiento, después de anunciar mi nombre y el objeto de mi visita que no era otro que agradecer la salutación que se sirvieron enviarme a mi arribo a la ciudad.

Mientras la joven, que me ofreciera una taza de café, iba por ella a la habitación próxima, la señora X, torcía cuidadosamente un cigarrillo para brindármelo, encendiendo rápidamente un fosforito e instándome a ocupar la hamaca "donde estaría más cómodo, yo que tan cansado había de encontrarme después del penoso viaje". Con tanta sencillez y naturalidad se expresaba la dueña de casa, que, aunque me parecía demasiado descortez aceptar tal licencia en la primera visita, no pude negarme a tomar asiento en la hamaca procurando estar en ella inmóvil y recto como en uno de los sillones de un gran salón.

Apareció la joven con la taza de café, y dejándola en mis manos tomó asiento a mi lado, y me dijo:

—Yo misma la he preparado. No sé si a Ud. le gusta muy dulce, y, creyendo adivinarlo, la dispuse como yo acostumbro.

—Gracias, señorita; el café por lo mismo me sabe más exquisito.

—En cuanto al cigarrillo — interrumpió la señora — creo que será de su agrado, tanto más, cuanto que hoy día, es imposible encontrar tabaco, a causa de que la clase baja ha abandonado el pueblo, en la creencia de que la Delegación Extraordinaria, haría un reclutamiento o leva, para llevar tropas al Acré. He ahí por qué está la ciudad más triste y desierta que de costumbre. Los indios mojos desconfían mucho de los *carayanas* (hombres blancos) y especialmente de los *collas* (*).

—Lástima es que, por esta causa — dijo la joven — las fiestas populares que hemos dispuesto para recibir a

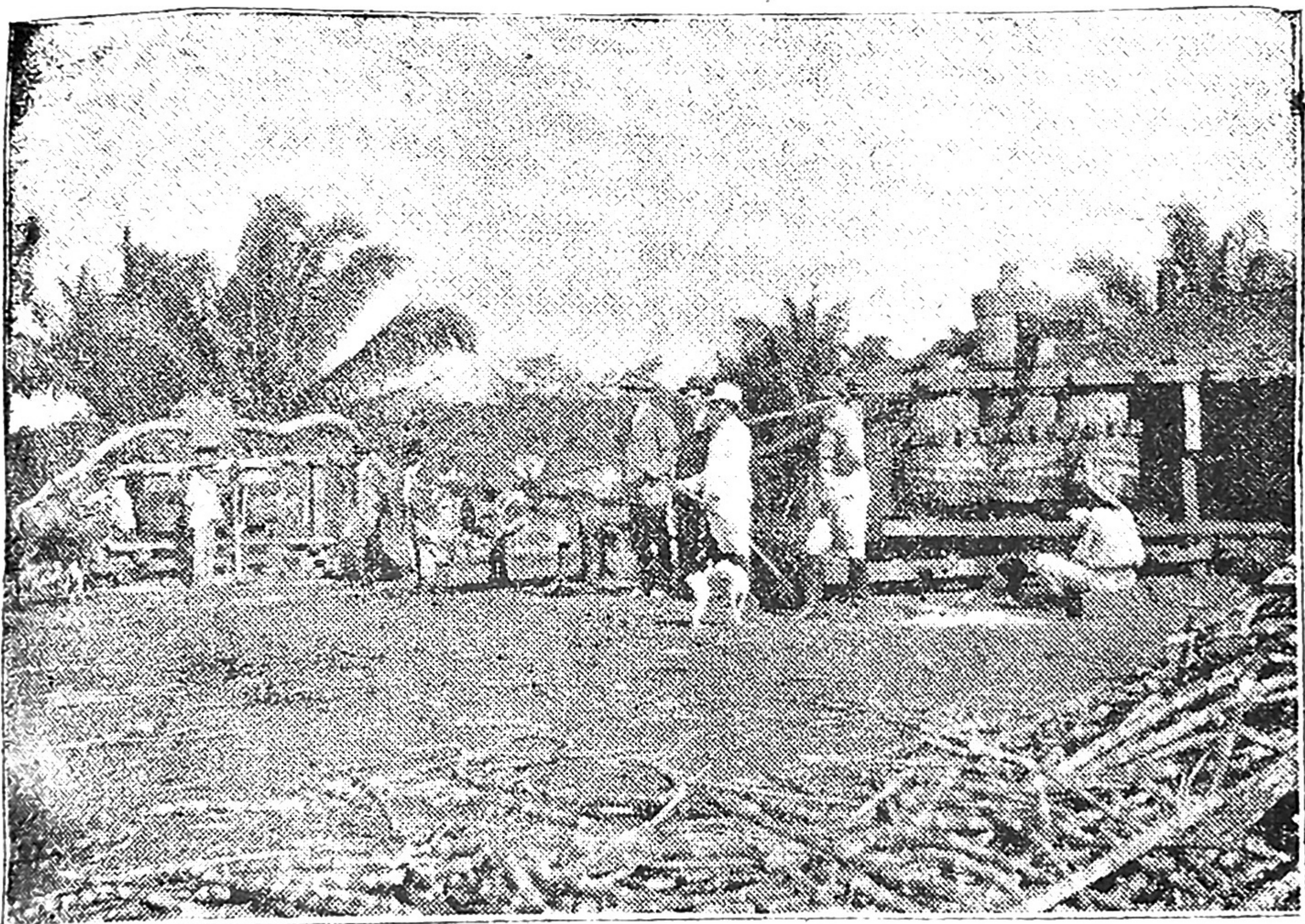
(*) Esta palabra arranca su origen probablemente de *Coyasuyo* o zona de las minas, que era una de las divisiones del *Tahuantín-suyo* de los Incas. *Coya* en quechua significa "mina"; otros sostienen que también equivale al adjetivo "frio"; y no falta alguno que cree que *colla* se deriva de *collado*, lo cual es menos probable.

la Delegación, resulten poco animadas; pero creo que la función dramática, el bazar y el baile, serán muy bonitos. ¿Sabe Ud. bailar?

—Poco, señorita.

—Yo bailo muy bien la polka. Me la enseñó mi *cor-tejo* (pretendiente); pero, *taita* (el padre) que se encuentra hoy en el *Beni*, decía que el baile era muy peligroso para las muchachas, por lo mismo que en él había encontrado algunos motivos para hacer rabiar a *máma*.

—No es por eso, hija mía — repuso la señora en-



Un trapiche o molino de caña de azúcar

fadada —; es porque al día siguiente de un baile, el cuerpo se pone muy *plequecó*, (flojo, débil, decaído.)

—*Máma*, Ud. dice esto, porque ya no es joven. ¿No juzga Ud. del mismo modo, señor?

Vacilé mucho para contestar, y preferí sonreír con expresión indefinida. ¡Tenía tal gracia y sencillez la muchacha, y tanto respeto me inspiraba la señora, que era mejor dar otro rumbo a la conversación, la cual siguió animada mucho tiempo, hasta que, volviendo a ofrecer mis servicios, me despedí de mis nuevas amistades prometiendo visitarlas con frecuencia.

Al siguiente día, menudearon los obsequios; leche, cigarrillos, chicha de maíz, algún venado cazado en el bosque, guarapo de alguno de los trapiches establecidos en el campo, y cuanto aquellas buenas gentes podían ofrecer al “pobre viajero que iba a morir en el *Beni*.”

Las fiestas populares, a las que se refería mi simpática amiga, se redujeron a una misa solemne, a la que asistimos los empleados principales de la Delegación, condenados a tener en la mano una cera que ardía con grandes llamaradas, obligándonos a extender el brazo, como lo hacía con exageración y demostraciones de mal humor el ingeniero Valdivia, que se quemó los bigotes y lanzó una interjección netamente española, con gran escándalo de un juez y un abogado, entre los que se encontraba. La procesión, bastante concurrida, remató junto al templo, a cuyas puertas se presentaron cinco niñas que representaban a las repúblicas libertadas por Bolívar, dando gracias y deseando feliz viaje al Delegado del Gobierno. De ella se desprendió el grupo de bailarines indios a completar la diversión en casa del Delegado, donde nos encontrábamos todos, acompañados de los vecinos principales del pueblo. El espectáculo que el baile de los indios ofrecía en el salón, era de lo más interesante. Los *macheteros* — así se llamaban — estaban vestidos de *tipoyes* multicolores, medias largas, zapatos de altos tacones, y lle-

vaban sobre la cabeza, como cimera colosal, grandes plumajes azules y rojos, en forma de abanico, que se agitaba a uno y otro lado, al compás monótono de un bombo, seguido por el ruido de los cascabeles que eran sacudidos en los saltos y venias sobre los tobillos de los bailarines y en tupidas sartas. El drama representado en honor de la Delegación, debido al señor Roca, era una viva referencia a las luchas de los aborígenes de Mojos contra el dominio español, manifestando en sus escenas la historia de una raza, víctima de los atropellos del fuerte, pero altiva en la adversidad.



El baile de los "macheteros" en Trinidad

La obra dramática a que nos referimos, nos hizo meditar sobre la situación actual de Mojos, que en otro tiempo, como república *sui generis*, dependiera de los Jesuitas, poseyendo industrias y comercio que hoy ya no existen. (*) Los antiguos pobladores de Mojos han de-

(*) "Geografía e Historia de Mojos" por el R. P. Eder, publicada en la lengua latina en Budapest (Hungría). Obras de los RR. PP. Morban, Altamirano, etc.

saparecido casi totalmente. Allá, donde se alzaban, aunque fanáticas las aldeas y los pueblos, no queda sinó el recuerdo de una prosperidad pasada, que conserva la decrepita generación, reducida por la explotación de la goma en el Beni, la cual demanda brazos que son necesarios para mantener siquiera estacionario el progreso de otro tiempo. Los jesuitas, expulsados en agosto de 1767, formaron hasta entonces en esa región, un pueblo laborioso y sumiso, que sabía explotar en pequeña escala, por lo menos, cuanto brinda la fertilidad de esa zona.

Según datos existentes en el Archivo Nacional de Estadística y Propaganda, el Departamento del Beni



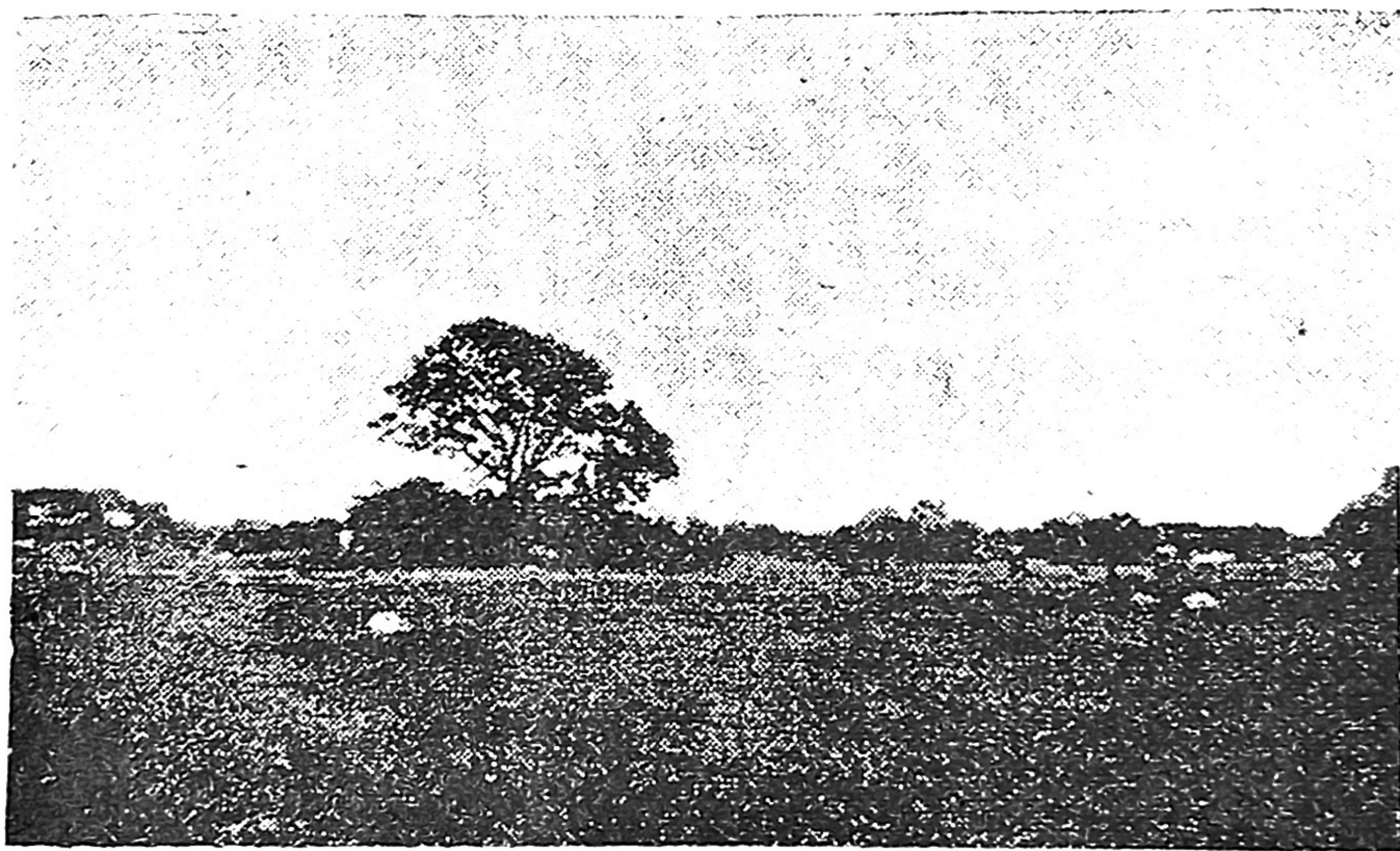
El ganado en Mojos

contaba en 1832, con 124,290 bueyes, 25.429 caballos y un número reducido de mulos. (*) Hoy es difícil calcular la cifra a que ascienden los primeros, abandonados en las pampas, habiéndose confundido en la vida salvaje los

(*) Matías Carrasco. — "Relaciones Geográficas de Mojos".

correspondientes a diversas haciendas; mientras los segundos han desaparecido a consecuencia de la epizootia que se ha presentado en la región desde hace cerca de treinta años, a tal punto, que los importados de la Argentina anualmente, sucumben a los pocos meses.

Por las tardes, gustaba yo de salir del pueblo, dirigiéndome hacia el Norte, para dominar desde una altura relativa, la puesta del sol, bellísima en esas uniformes llanuras, que se diltan a 230 metros sobre el nivel del mar y donde crecen los árboles solitarios, que como el *alcor-*



Aspecto de las llanuras de Mojos

noque (especie de encina porosa que dá el corcho) y el *tajibo*, corpulentos y frondosos, se destacan sobre la línea del horizonte, con sus copas amarillas, rosadas, rojas o moradas, según la época. El sol oscila largo tiempo como inmensa brasa de fuego que amenaza quemar los pajonales, que se suceden cubriendo de fúnebre amarillo ceniciento las pampas. Los vapores y emanaciones ténues de los llanos, hacen el efecto de la humareda diáfana que

precede a los incendios. ¡Qué hermosos celajes surcan el cielo azul, afectando pinceladas caprichosas, que, para graduar un color rojizo, corrieron sobre una inmensa paleta de zafir!....

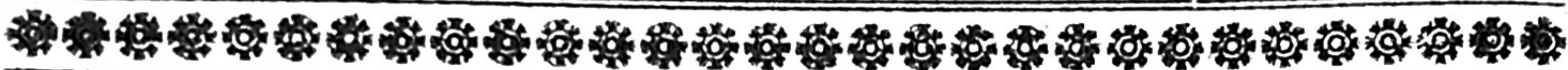
¡Cuánta meditación! ¡cuántas conjeturas me causaba el aspecto monótono de la pampa casi desierta, que sólo ostenta la vegetación de las riberas de los ríos que la surcan serpeando mansamente para buscar el declive insensible de los llanos!

Se sucedían en mi imaginación las opiniones de D'Orbigny, Church, Keller y otros que recorrieron esas regiones, y me figuraba trasportado a la época en la que el campo que dominaban mis ojos, estaba cubierto por el mar interior o lago, encerrado por los Andes hacia el poniente, las sierras de Chiquitos, que se alzan a 1,400 y 2,000 pies sobre el nivel del mar, hacia el este; y teniendo como débiles represas, el actual *divortia aquarum* del Plata y el Amazonas en el sud, y una cadena de montañas bajas, cuyos restos subterráneos son las rompientes de los ríos del norte, y en la que se confundían las sierras de Mattogroso, con los últimos contrafuertes de la cordillera de Vilcanota. ¡Qué hermoso mar sería aquel que se desbordó por sobre las bajas montañas del Norte, formando las actuales cachuelas del *Mamoré* y el *Yata*, el *Beni* y el *Madre de Dios*, el *Madera*, el *Abuná* y el *Purús*, cuando la suspensión del lecho por aglomeración y nivelación sedimentaria llegó a esas alturas, llevando un nuevo contingente nivelador al gran mar que también formaba el Amazonas, hasta abrirse un paso al Océano, por la garganta de Óvidos, como el mar del Plata, por el Rosario! (*)

(*) Véase el "*Antiguo Mar de la Pampa y el Lago de Mojos*" por el Coronel George E. Church, Presidente de la Sección Geográfica de la Asociación Británica.

¡Qué forma geográfica, tan distinta de la actual tenía la América del Sud, cuando el Brasil formaba una gran península entre aquellos dilatados lagos y golfos, extendiéndose como tempestuoso mar mediterráneo el alto lago de la planicie andina, allá... entre ventisqueros y nieblas!

¡Cuántas dislocaciones causadas por el fuego central del planeta, ha venido a reparar la acción niveladora de las aguas!.....



CAPITULO XII

*El Piquete Santa Cruz. — Navegando el Mamoré. —
El Itenes. — Las Cachuelas.*

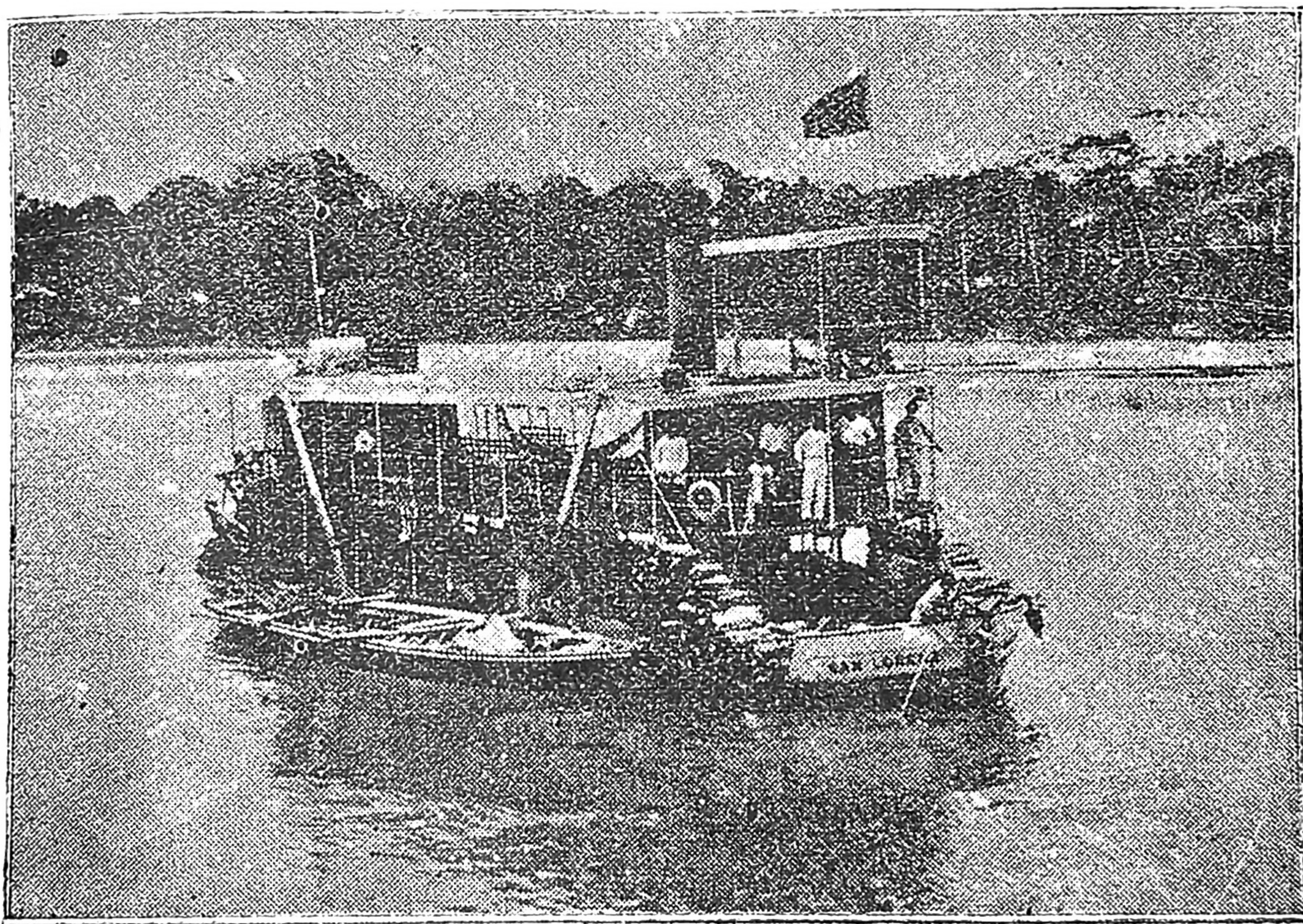
Un oficio del Ministerio de Colonización anunciaba al Delegado Extraordinario que, al mismo tiempo que salíamos de Cochabamba, debían partir, como contingente necesario para la pacificación del Acre, 50 hombres de la ciudad de Santa Cruz, y otros tantos del Escuadrón Abaroa destacados de antemano a Apolo (Departamento de La Paz), para reunirse con nosotros, en Trinidad los primeros, y los segundos en Riberalta.

El día 23 de julio, arribó al Trapiche el Piquete "Santa Cruz", recibiendo la orden de permanecer allí hasta el día de nuestra partida, mientras el nuevo Prefecto del Departamento, señor Miguel Mancilla, que condujo dicha fuerza hasta ese puerto, pasaba a Trinidad a posesionarse de su elevado cargo.

A mas de ser indispensable a la Delegación Extraordinaria la incorporación de este contingente militar, la falta de embarcaciones prolongó nuestra permanencia en la capital del Beni, hasta el día 29 de julio, dedicándose durante este tiempo el señor Delegado a cumplir su co-

metido referente a la administración del Departamento, con la facultad de proveer los puestos de empleados vacantes, dar posesión al Juez Superior de ese Distrito, inspeccionar las oficinas fiscales, etc.

El día 28, partió el Piquete "Cochabamba" al vecino puerto, donde se encontraba ya la fuerza de la que hemos hecho mención; y en la tarde del siguiente, llegábamos a él los empleados civiles, para proceder de inmediato a la distribución de víveres y equipajes en la Lancha Inambary y en dos grandes batelones que ésta debía remolcar.



Una de las lanchas que navegan el Mamoré y sus afluentes

A horas 2 y media p. m. del 30 de julio, llegábamos nuevamente al *Mamoré*, habiendo dejado el *Ibare*, cuyos principales afluentes son el *Macovi*, el *Ibarecito*, el *Yoi-*

va, el *Arroyo de Caimanes* y el *Tico*; y al caer la tarde, pasamos por la boca del *Tijamuchi* cuyos tributarios son el *Senero*, *Itaresore*, *Ichiniva*, *Cavito* y *Caverení*.

¡Qué airosa surcaba la "Inambary", agitando nuestra enseña tricolor, las majestuosas corrientes del Mamoré retorcidas desordenadamente por la poderosa rueda que las rechazaba con violencia, para alejarse de ellas, dejando una prolongada estela en el centro del río! Amarrados firmemente a babor y estribor, cortaban, con su ancha quilla la superficie líquida, los batelones ocupados por los dos Piquetes. El personal civil, en la cubierta de la lancha, formaba pequeños grupos y se entregaba a la meditación, contemplando las riberas del Mamoré, silenciosas y tranquilas siempre.

El Piquete "Santa Cruz" constaba de 48 soldados a órdenes del Mayor Benjamín Ascui, el Capitán Nicanor B. Pérez y los Tenientes Franco, Jordán y Gallardo. Seis mujeres, procedentes de aquel Departamento, no habían vacilado en acompañar a esa fuerza hasta el temible *Acre*, siguiendo la noble enseñanza del Nazareno:—morir por amor.... al hombre.....

Benjamín Ascui, frisaba entonces en los 28 años de edad. Bajo de estatura, pero bien formado, tiene una fisonomía alegre y expresiva en extremo, con sus ojos verdes, su frente espaciosa, su nariz fila, sus labios gruesos y su barba y bigote overos y descuidados. Es un joven inteligente y escritor satírico, dedicado desde niño a la publicación de periódicos de caricaturas.



Benjamín Ascui

La oficialidad, entusiasta y patriota, como lo veremos en el curso de la narración de la campaña, contaba con jóvenes distinguidos de la sociedad cruceña, notándose entre los soldados, muchachos alucinados por la guerra y por la sed de aventuras en la selva.

Nuestro viaje por el *Mamoré* no tuvo inconveniente alguno. Las tres embarcaciones ligadas, se deslizaban rápidamente por la superficie tranquila, con el bullicio de los alegres expedicionarios, que a cada nueva curva del río, contemplaban hermosos paisajes, asomando alguna vez en la ribera un claro de bosque en el que se alzaba una pobre habitación, ante la que se detenía la lancha para proveerse de combustible o comprar una res que era beneficiada inmediatamente. Al anochecer elegíamos casi siempre un lugar poblado, optando a falta de éste, por una ancha playa donde acampábamos, cuidando de armar rápidamente los catres y mosquiteros, molestados siempre por los *mosquitos* nocturnos. El *tábano* y el pequeño *marigüí* nos acompañaban durante el día, nutriéndose con nuestra sangre y dejando en nuestras manos y cara las diminutas huellas de sus picaduras.

El 31, a medio día, pasamos por el pueblo abandonado de San Pedro, a cuyos pobladores se dá el nombre de *canichanas*, en razón de estar situada en la región, esa tribu de los aborígenes. Al caer la tarde llegamos a la boca del *Apere*, cuyos afluentes son los riachuelos de *Bocerona* y el *Río Grande de Mato*.

El 1.º de agosto en la mañana, dejamos el Mamoré, para arribar el *Yacuma*, a cuyas márgenes dejamos la tropa, para seguir por su afluente, el *Rapulo*, hacia el pueblo de Santa Ana, situado a dos kilómetros de la orilla izquierda de este río, y al que llegamos a medio día, entre las manifestaciones de entusiasmo con que recibían a la Delegación sus 800 moradores (*movimas*).

Santa Ana es el pueblo más comercial del Departamento, siendo la capital de la vasta provincia del *Yacuma*, a la que pertenece el importante pueblo de Reyes, situado a poca distancia del río Beni y ligado por la vía fluvial del *Yacuma*, que, en opinión de don Tadeo Haencke, puede sin mucho trabajo, servir de canal de comunicación entre el *Beni* y el *Mamoré*. Debido a esta facilidad



Casa de campo en Santa Ana

relativa de comunicación, pudimos saber en Santa Ana, el paso del Piquete "Abaroa" procedente de Apolo, que, siguiendo por el curso del *Beni*, debía incorporarse a la Delegación Extraordinaria en Riberalta, como lo dijimos al comenzar el presente capítulo. A más de esta noticia, se nos comunicaba, que una carta dirigida de Reyes anunciaba el próximo arribo de 350 hombres procedentes de La Paz con dirección al Acre, cuya situación, según era presumible, debía haberse agravado, durante el tiempo que, alejados del mundo todo, cruzábamos no-

sotros las selvas solitarias. Desde entonces nuestras conjeturas se hicieron más frecuentes. Presas de una incertidumbre matadora, cambiábamos ideas diversas que concluían siempre en el presentimiento de un desastre.

Después de dos días de permanencia en el pueblo, dedicados por el Delegado a mejorar la administración política, reeligiendo al Sub-prefecto y reemplazando en algunos cargos públicos a los empleados, dejamos Santa



Del río a la barraca....

Ana el día 3, para proseguir nuestro viaje por el *Mamoré*, después de incorporarse la tropa al salir del *Yacuma*. Al ponerse el sol llegamos al pueblo de Exaltación situado a 160 metros sobre el nivel del mar, a la margen izquierda del río *Mamoré*, a igual distancia que del río *Rapulo* la anterior población, y como casi todas las de Mojos, donde las inundaciones que cubren una extensión calculada por Church en 35.000 millas cuadradas durante cuatro meses del año, sólo dejan pequeñas alturas de que carecen los planos próximos al cauce de los ríos. Exaltación, hoy en completa ruína, cuenta con 300 vecinos próximamente (*cayuvabas*), y es famosa por su rico tabaco (*).

(*) Exaltación, según el informe de los exploradores Keller (1868), tenía en ese entonces una población de 1,500 habitantes. ¡Cuánto la ha destruido la provisión de brazos para el tráfico por las cachuelas del Madera y el Mamoré!

El día 4, sin novedad alguna pasamos por *Benjamín* a medio día, y en la tarde por *Navidad*, donde acampamos en la noche; y el 5, después de habernos provisto de leña y víveres, llegamos a la desembocadura del río *Matucare* (12 y media p. m.) donde en innumerable cantidad encontramos caimanes, que se sumergían en las orillas a la aproximación de la lancha o permanecían inmóviles en la playa, como troncos arrojados indistintamente por las corrientes. El *Matucare*, desemboca por la margen derecha del *Mamoré*, siendo la vía principal de comunicación del pueblo de San Joaquín y otros de la Provincia del Itenes, (*itonamas*). En este punto existen varios pedrones en el lecho del río, dando a conocer, como lo asegura Keller, la existencia de una *cachuela* que ha desaparecido por la acción corrosiva del desborde.

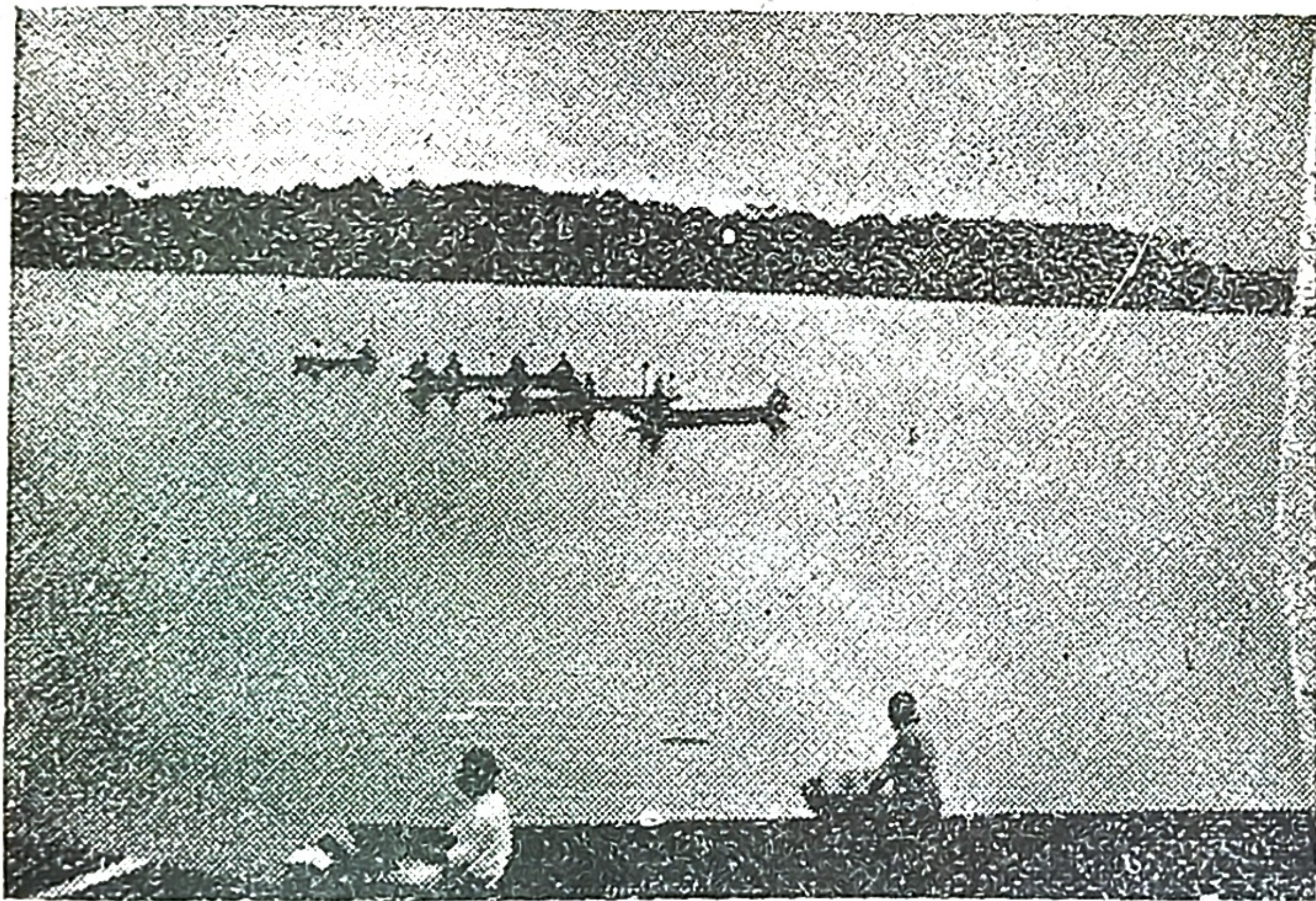
El aspecto de las márgenes, es más poético en lo sucesivo. Varios pedrones de arenisca arcillosa, porosos y de color plomiso, se divisan altos y bordados de pasto en sus cavidades. El río es angosto y profundo en este punto, midiendo 30 metros de sondaje por 200 de anchura, poco más o menos. Las riberas, altas y firmes, libres de la inundación, son apropiadas para algunas poblaciones, que se fundarán en lo porvenir en sitio tan propicio; y el bosque en él es abundante de árboles útiles para la ebanistería y otras artes.

En la tarde llegamos al estrecho *torno de Mayosa*, a cuya margen derecha acampamos, abriendo en ella un gran chaco, en el que encendimos varias hogueras, al son de las cornetas que saludaban el gran día de nuestra adorada Patria, —

6 de Agosto, cuya aurora fué recibida por varias descargas de fusilería y por el himno nacional cantado a coro. Con el frenético entusiasmo que nos animaba, pasamos a las 6 a. m., bulliciosos y alegres por la boca del

arroyo de Mayosa, proveniente de las pampas próximas al lago Rogoaguado, donde moran los *chacovos*, y a las 4 de la tarde, por la del gran río *Itenes* (11.º.54.' Lt. S.) que nos salió al encuentro, presentando un hermoso panorama y confundiendo sus cristalinas corrientes con las turbias del *Mamoré*.

El aspecto de una inmensa bahía nos ofrecía la confluencia en la anchurosa boca del *Itenes* o *Guaporé*, que rechazado en el norte por unas colinas tupidas de vegetación, tributaba sus caudales al *Mamoré*. Las ondas de éste, separadas en largo trayecto iban confundiendo en su seno barroso, las aguas tributarias que, envueltas en rápidos caudales, bullían como globos transparentes en lucha con los turbiones que disgregaban la masa líquida verdusca.



A merced de las corrientes del río Mamoré

La "Inambary", pasó por la misma línea de reunión, dejándonos ver, a uno y otro lado, las aguas del río entremezcladas en confusos remolinos y dirigiendo hacia las lejanas riberas, oleajes que arrugaban sucesivamente la superficie tranquila.

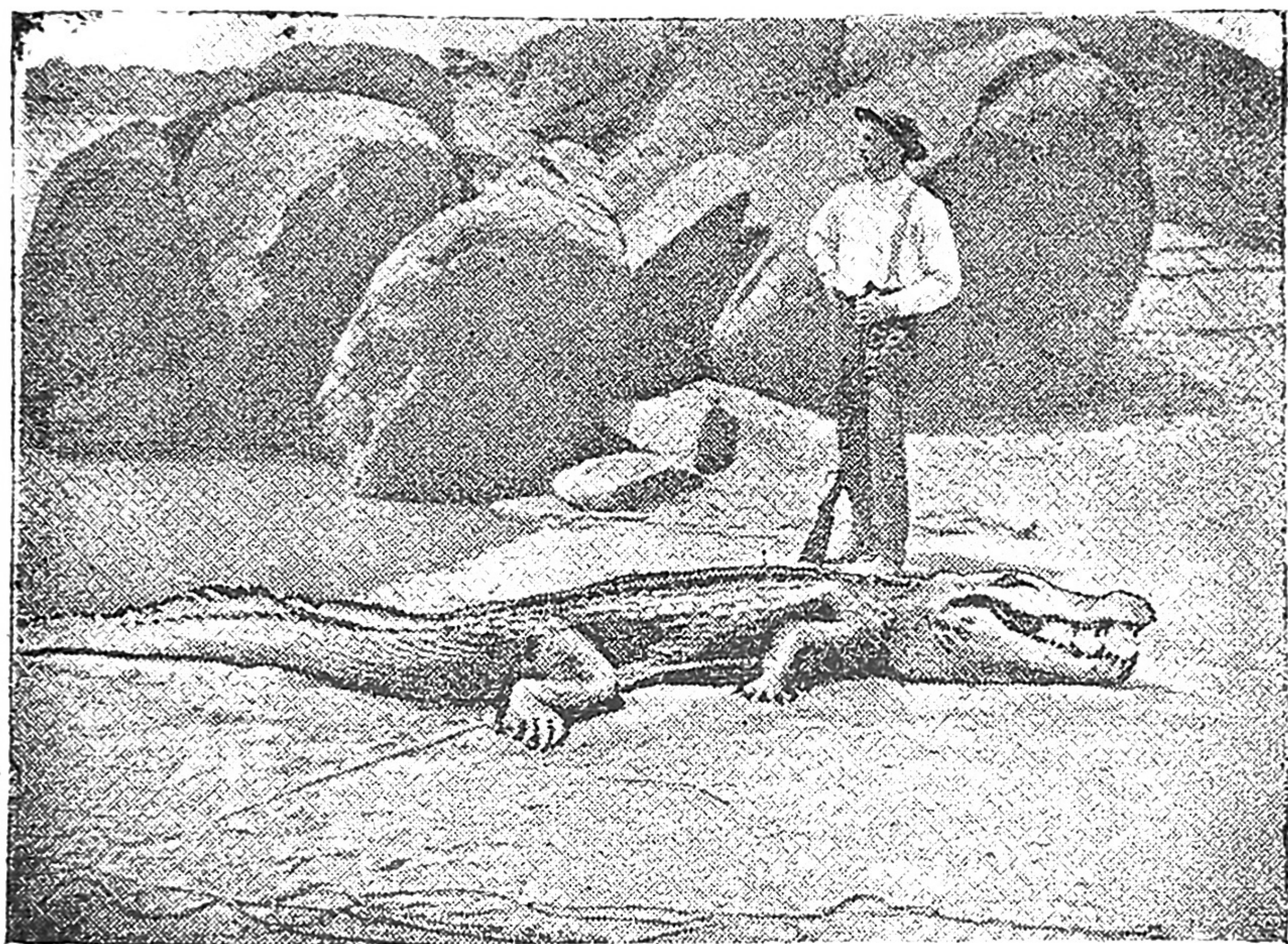
El *Itenes*, casi tan caudaloso como el *Mamoré*, es en una gran extensión el límite de Bolivia con el Brasil, recibiendo del territorio de este último, los afluentes *San Francisco*, *Ploho*, *Carumbiana*, *Moquenes*, *San Simón* y *Cantarios*; y, originados en las provincias bolivianas de Chiquitos y Magdalena, los ríos *Verde*, *Paraguá*, *Baures*, *Río Blanco* e *Itonama* o *Machupo*. La exploración de sus nacientes, próximas a las del río *Paraguay* (*Jaurú*), motivó en 1773, desgraciadamente sin éxito, una tentativa de canalización utilísima, tanto para el comercio del Estado de Mattogrosso, como para los departamentos del Beni y Santa Cruz.

Después de un corto descanso, en la margen derecha del Bajo *Mamoré*, proseguimos el viaje a horas 5 y media, con el propósito de navegar toda la noche; pues, desde la boca del *Itenes*, el caudal del *Mamoré* ofrece seguridad completa.

A las 10 de la noche avistamos la isla de *San Silvestre*, situada en medio del río y midiendo en su mayor extensión 2 kilómetros, pero sin utilidad alguna para el comercio de esas regiones, a causa de estar inundada por las crecientes del río durante la época de aguas.

Al amanecer del día 7, nos encontramos en las *Peñas Coloradas* y, por consiguiente, habiendo adelantado mucho durante la noche, y a horas 8 de la mañana divisamos los islotes *Pacanovas*, poéticamente agrupados cerca a la margen brasileña y destacándose en la superficie bruñida del río, como bancos flotantes cubiertos de plantas acuáticas. Las tres mayores pertenecen a Bolivia y se ostentan coronadas de una vegetación robusta. Desde este punto se columbran ya las dos primeras *cachuelas* (saltos y rompientes que obstruyen la navegación de los ríos).

Guayaramerín, caserío situado en la cabecera de la *cachuela* de este nombre, y donde llegamos a horas 10 del día 7 de agosto, cuenta con unos 20 habitantes, dedicados a la atención del tránsito entre Trinidad, Villa Bella y Riberalta. En él permanecemos hasta el 9, día en el que los Piquetes "Cochabamba" y "Santa Cruz" con el personal de adscritos a órdenes de Pérez González y Ascui, tomaron el camino por tierra que remata en Flo-



Un peligro menos en las "cachuelas"

rida (río Beni), para evitar el peligroso paso de las *cachuelas* y facilitar la marcha. Quedaron con el personal civil, para hacer el viaje fluvial y conducir la carga por Villa Bella, algunos soldados que podían servir como remeros y un reducido número de enfermos, a los que era imposible enviar por tierra (*).

(*) Guayaramerín tiene actualmente 300 habitantes y es asiento de una aduana establecida, con motivo del tráfico iniciado por el ferrocarril Madera-Mamoré en el año 1912.

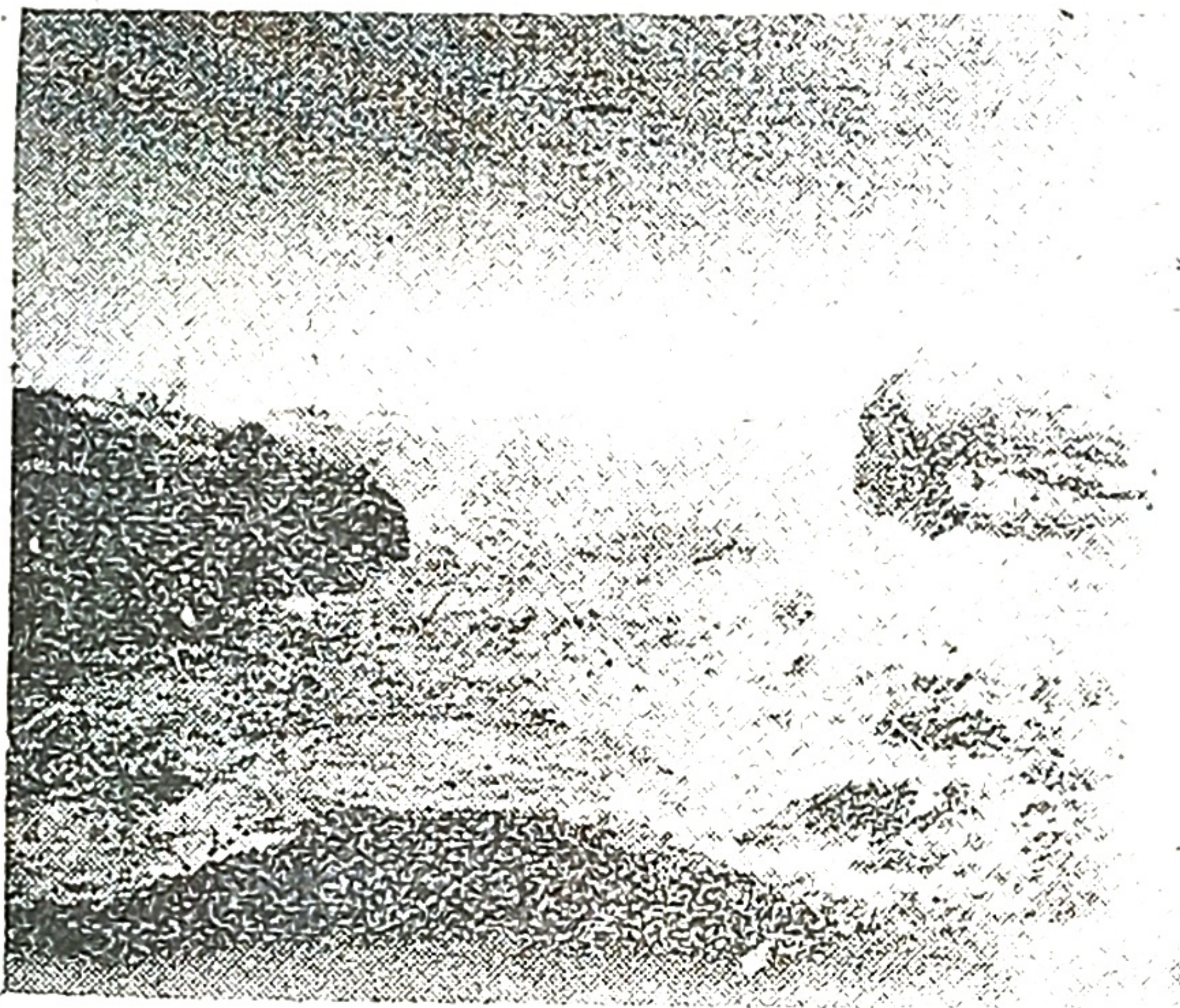
Como una disgresión necesaria, y antes de seguir nuestro viaje por las *cachuelas*, debemos citar siquiera las lanchas a vapor que prestan frecuente servicio en la navegación del Mamoré. Ellas son: La "Inambary" y la "Sucre" de 34 toneladas, la "Guaporé" y la "Siglo XX" de a 57 y 1/2, y la "Guapay" de 11 y 1/2. Los batelones son numerosos, siendo muy raras las canoas que llegan al corregimiento de Guayaramerín.

Despachados los Piquetes, por tierra, y después de estrechar la mano de mi querido amigo Pérez González, que lamentaba no poder ser mi compañero en la travesía de las *cachuelas*, almorzamos ligeramente en compañía del nuevo corregidor, don Manuel Revollo Pol, y a horas 12 m. seguimos el viaje en una pequeña *montería* (batela de 100 @ poco más o menos), con el propósito de alcanzar en la *cachuela* siguiente, al personal que se había dirigido a ella en las primeras horas de la mañana.

El señor Delegado dirigía la pequeña embarcación como piloto, y Aranibar, Jordán, Antonio Velasco y el autor de esta obra, manejaban los remos, en el paso de *Guayaramerín* o *Guayará-miní* (*salto chico* en guaraní), con el encargo de uniformar el movimiento, precipitando el compás en el sitio de mayor peligro. Este debía ser indicado por los espumosos remolinos, que en una extensión de más de 100 metros turban la argentada superficie del río, desbordándolo a capricho en caudalosos raudales que serpean presurosos entre las rocas de su interrumpido álveo.

Guayaramerín, no es una *cachuela* temible. A poca distancia de ella se encuentra *Guayará-guazú* (*salto grande*), a cuya cabecera llegamos a las 2 p. m., reuniéndonos con los batelones que descargaban el equipaje y los

viveres, para trasladar gran parte de ellos por tierra, aligerando las embarcaciones que debían tomar el peligroso canal de la rompiente.



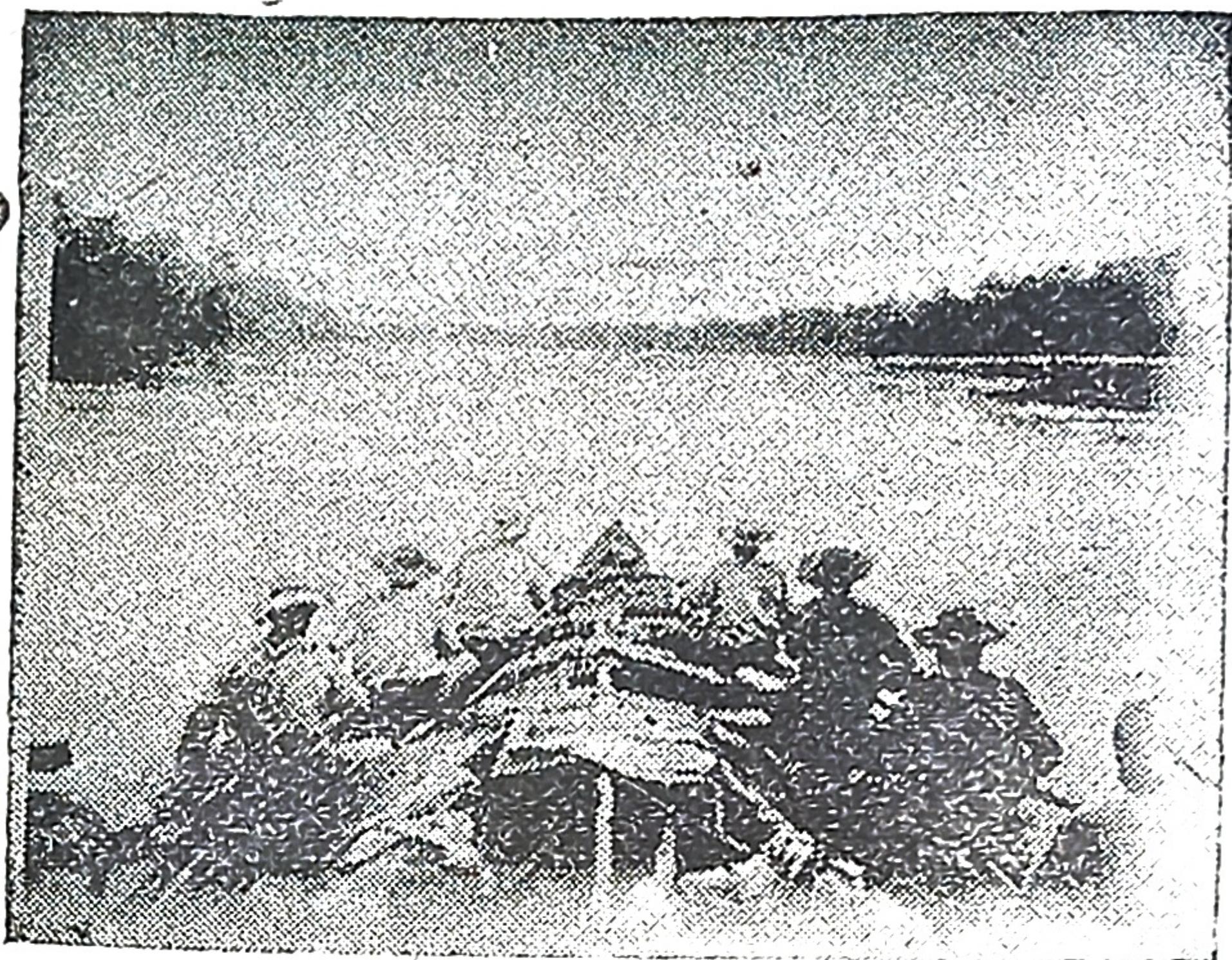
Una "cachuela"

¡Qué espectáculo tan hermoso ofrecía la *cachuela* a nuestra vista! De pie, sobre algunos peñones de la margen derecha, contemplábamos el paso de las embarcaciones. Allá sobre la *cabecera* de la rompiente, el río corría

manso, retratando en su bruñida superficie el cielo azul y las riberas de esmeralda que lo bordean. El sol tropical hiere la masa líquida, quebrando sus rayos de oro en la planicie de plata que rebosa en el anchuroso cauce y sigue serena y dócil, rebotada entre las convexidades de orillas caprichosas y afianzadas por raíces de troncos seculares. Una valla interrumpe la calma del magestuoso río, que despertado de pronto de su apacible sopor, salta el obstáculo, desbordándose en enormes raudales que se retuercen entre las rocas con sordo rumor, y se encrespan desordenados, lanzando al aire salpicaduras de espuma que tornan a caer en el onduloso lomo de la furiosa catarata!

El batelón, dirigido con cautela, toma el raudal más caudaloso, y mientras el piloto zapateando en la popa indica a los remeros el compás al que obedecen para hender

la pavorosa corriente, la ligera embarcación, describiendo bruscas curvas se aventura entre las rocas para salvarlas, peloteada horriblemente por las desordenadas olas que van á azotar las orillas, antes de recobrar el calmado aspecto con que el río baña los llanos tranquilos de las selvas del Oriente!.....



La proa de un batelón en aguas tranquilas

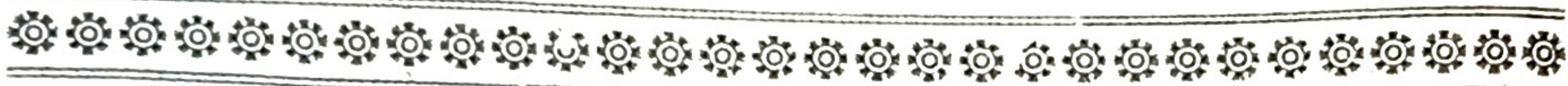
Las *cachuelas* — como lo dice Church — recorren un lecho ferruginoso, de roca conglomerada, denominada *canga*. Esta tiene por base una arenisca arcillosa que se corroe fácilmente con la acción desgastadora de la corriente. La *canga* es socavada gradualmente, y, rompiéndose en trozos, es acarreada por las ondas al fondo del río, disminuyendo así, la altura de las rompientes, que son de rocas graníticas y metamórficas, muchas de ellas.

La *Bananera* (Platanera) a cuyo comienzo acampamos la noche del día 11, es la más temible, dividiéndose en ella el caudaloso *Mamoré* en muchos canales que forman 57 islotes de base granítica debida al inmenso *filete de montaña subterránea* que corta en ese punto el álveo del río (2 millas de ancho). En el islote Paquió, donde esperamos la traslación de la carga por tierra y el paso de las embarcaciones con auxilio de fuertes cables sujetos a la orilla, encontramos una lápida colocada so-

bre el tronco de un árbol aislado y frondoso, consagrada a la memoria de Victor Ballivián, quien naufragó en aquel sitio el 8 de febrero de 1893. En ella se lee el siguiente epitafio debido a nuestro modesto e inspirado vate el señor Rosendo Villalobos:

“El céfiro vago, dormido en las palmas
arrulla entre aromas tu eterno sopor;
y en tanto el recuerdo, despierto en las almas,
cual céfiro vago, dormido en las palmas,
no quiere que duermas; reclama tu amor.
Descansa! te dicen luz y aves y frondas;
despierta! fe, gloria y amor y ambición:
la muerte no quiere que, dócil, respondas,
y arrullan tu sueño luz y aves y frondas
y ahoga en sollozos su voz la oración!”

A horas 2 y media, gracias al señor Pastor Suárez, que había salido a nuestro encuentro desde Villa Bella, seguimos el viaje en una *montería*, acompañando al Delegado, el Secretario señor Jordán Soruco y el que esta obra escribe, para llegar a horas 6 de la tarde al puerto de Villa Bella, después de pasar las peligrosas cachuelas de *Layos* (Lajas) y *Palo Grande*, dejando todo el personal a cargo del doctor Aranibar en la *cachuela Bananera*



CAPITULO XIII.

Villa Bella.--Por el Bajo Beni.--Un incidente desgraciado

Algunos arreboles rojos había dejado en occidente como recuerdo pasajero el sol del día 11 al sumirse en el verdusco océano de los bosques. Nuestra *montería* que cruzaba silenciosa el anchuroso *Mamoré*, viró tranquilamente dirigiendo su rumbo hacia una luz incierta que por momentos aparecía en la margen izquierda. A los pocos minutos saltábamos a tierra los cuatro compañeros, después de asegurar la embarcación por el largo cable de proa en una estaca clavada en la arena, para dirigirnos rápidamente hacia una casa en la que se festejaba el natalicio de la señora Leigue. La sorpresa que causó nuestra aparición en medio de los principales vecinos de Villa Bella, aumentó el entusiasmo, hasta entonces calmado por los ceremoniosos comienzos de la reunión.

Breve y animada fué la mesa a la que pasamos a los pocos momentos, dejándola precipitadamente al escuchar los alegres acordes de la orquesta que nos esperaba en el salón, convidándonos al baile.

A la media noche estrechábamos las manos de nuestros nuevos amigos, para dirigirnos hacia el alojamiento que nos habían preparado.

Rendido de fatiga, y olvidando por ella a los sanguinarios mosquitos, recostéme en mi catre de campaña sin armar el mosquitero.



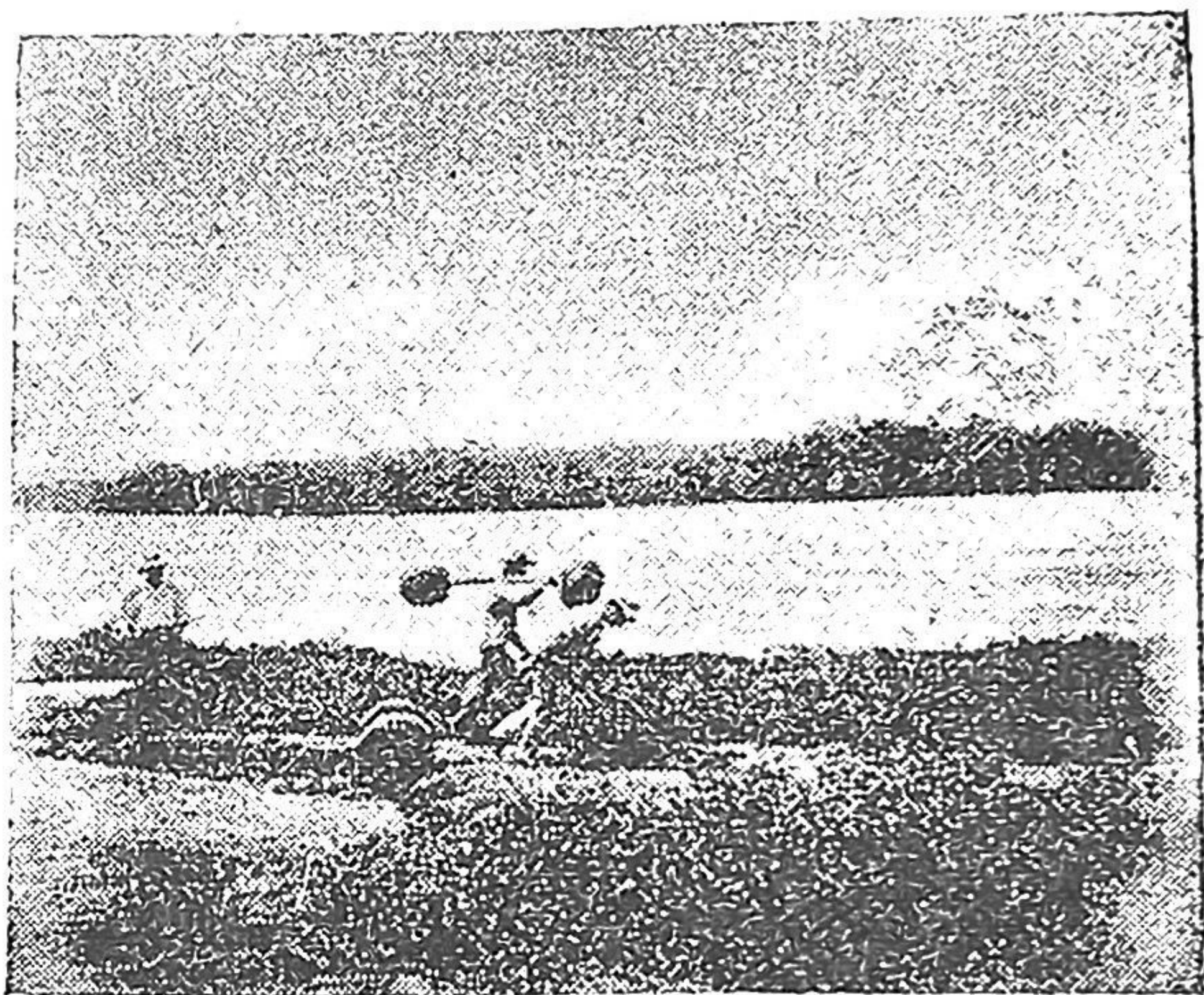
Una "montería"

Mi despertar fué extraño. La habitación que ocupaba me hizo en los primeros momentos la impresión de una gran jaula; pues, a través de los muros contruídos de cañas huecas o *chuchíos* (*Gramínea*, tribu de las *arundíneas*), colocados en hileras y afianzados por delgadas cuerdas que los entrelazaban a cierta altura, noté que podía ver las casas y *canchones* vecinos, en los que se agitaban sus moradores dedicados al aseo de las habitaciones en las primeras horas de la mañana.

Una escuela ocupaba la morada próxima, y asomaban entre las cañas de la pared de este lado los ojos de los curiosos niños, obligándome a quedar en el lecho, hasta que, burlando su espionaje, pude vestirme rápidamente.

¡Qué rara impresión me causó el aspecto de una *población transparente*! ¡Bendije una y mil veces las peligrosas cachuelas que la mantienen aislada de la maledicencia de las beatas que pululan en las ciudades del interior!

Villa Bella cuenta con 800 habitantes próximamente, ocupando la angulada playa que forman el Mamoré y el Beni en su confluencia. (10.° 23' 10 L. S. y 65° 23' 32 O. de G.). Sus calles anchas, que carecen de adoquinado y cortan en perfectos cuadros las pocas manzanas de la población actual, rematan en ambos ríos, que la limitan por oriente y por occidente y se prolongan señaladas por pequeños



Transporte de bolachas de goma elástica por tierra en las "cachuelas"

ños surcos, hacia el desmonte pantanoso del Sud, donde se muestran algunos árboles frutales que ha respetado el hacha o ha plantado recientemente el poblador. Todas las casas son de un solo piso, formadas sus paredes de *chuchíos*, como hemos dicho anteriormente, algunas de ellas con un reboque de barro que puede permitir un ligero entapizado de papel o lienzo que decora las habitaciones de la gente acomodada. Lo techos, de anchos alares, consisten en hojas de palma (*palla*) superpuestas en gran cantidad sobre vigas flexibles y delgadas que describen irregulares cuadros en el plafón de los aposentos.

La Aduana es el edificio más avanzado hacia el vértice del ángulo que forman las dos playas, sin ofrecer a la vista del pasajero, otro distintivo que el escudo de armas de la República que corona el estrecho portal. Los batelones que exportan la goma elástica del Beni y una reducida cantidad de la del Itenes, se detienen en la arenosa orilla para ser inspeccionados por un empleado fiscal, antes de seguir el viaje por el Madera atravesando sus 19 cachuelas (*) que ofrecen un desnivel de 61 metros en 245 kilómetros de extensión, hasta el puerto de San Antonio, del que es reexpedida la goma en buques de gran calado. El tránsito de tripulaciones en Villa Bella, ofrece un espectáculo interesante al viajero, que puede juzgar por los semblantes, la procedencia de los individuos. ¡Es tan triste el aspecto de los que vuelven de San Antonio, después de un viaje de 40 a 50 días, que es imposible confundirlos con los que se dirigen a este punto, exportando la goma desde los lejanos establecimientos de explotación. (**)

El panorama que presenta hacia el norte del puerto el origen del gran río Madera, es interesantísimo, teniendo a derecha e izquierda los dos afluentes que lo forman y que, según cálculos del General Pando, tributan entre ambos 26.229 pies cúbicos de agua por minuto, correspondiendo 13,120 al *Beni*, en las mayores crecientes, y mi-

(*) *Madera, Misericordia, Riberón Ararás, Pedernera, Paredón, Girao, Calderón del Infierno, Teutonia, etc.*

(**) Un ferrocarril parte hoy de Porto Velho, que ha reemplazado a San Antonio, y remata en la banda brasileña de la cachuela Guayaramerín, denominada "Ciudad Espiridión Márquez", después de recorrer 364 kilómetros, siempre por territorio del Brasil. La estación del K. 33, atiende a la aduana boliviana de Manoa en la boca del río Abuná, y Villa Murтинho a la antigua aduana de Villa Bella. Son imponderables los beneficios reportados al comercio por esta magna obra que evita el paso de las numerosas cachuelas del Madera y del Mamoré y el consiguiente tributo de vidas humanas, de exorbitantes fletes y de gabelas de todo género. Su construcción se debió al cumplimiento de una de las obligaciones contraídas por el Brasil en virtud del tratado de Petrópolis que puso fin a la cuestión del Acre. (Véase el Apéndice del presente libro.)

diendo éste un kilómetro de ancho, por novecientos que tiene la boca del *Mamoré*.

Frente a Villa Bella, hacia la margen derecha de este último río, se divisan las pocas habitaciones de la nascente población brasileña *Villa Murтинho*, destacándose al otro lado — orilla izquierda del *Beni* — una pequeña capilla, un caserón y algunas moradas modestísimas de que consta la *Gran Cruz*, propiedad del señor Delegado Extraordinario, don Lucio Pérez Velasco.

El día 14 incorporósenos el personal que había quedado a órdenes del doctor Aranibar en la *Bananera*, y prosiguió el viaje el 18 con rumbo a Riberalta, arribando penosamente en los pesados batelones las corrientes del río *Beni*.

El señor Delegado acompañado de su Secretario y dos empleados que habían quedado en el puerto, partió el 20, quedando yo, por atenciones que reclamaba mi empleo, hasta el 22, para seguir el viaje en un batelón del señor Ignacio Becerra que se dirigía a Riberalta, llevando mercaderías recientemente importadas a Villa Bella.

Penosa es en los primeros días la *arribada* (ir contra la corriente) de un río, después de haber navegado rápidamente otro, aguas abajo. Los mosquitos que no se presentan en el segundo caso, a causa de la veloz traslación, siguen en el primero muy de cerca a los viajeros, girando como negros nubarrones alrededor de la embarcación. No es posible contar con un momento de descanso dentro del rústico camarote, en el que, agazapado el pasajero, sacude fatigosamente un abanico de plumas de cuervo (*puputa*) para alejar la plaga que lo hostiga. El sol ardiente del medio día y la atmósfera pesada y húmeda abisman en el mutismo y la inacción al navegante,

que desde el interior del camarote contempla indolentemente el paisaje fijando los ojos a momentos en las espaldas cobrizas de los tripulantes que se sumergen en el agua para volver a empuñar el remo, mientras el batelón avanza pesadamente cortando los turbiones que rechazan su débil impulso.

Después de almorzar en la barraca *Porvenir*, próxima al puerto de Villa Bella, navegamos todo el día, hasta acampar en las primeras horas de la noche en *Gran Portento*, propiedad del señor Antonio Chávez, para seguir al día siguiente hasta la cachuela *Esperanza*, en cuyas proximidades atracó nuestro batelón a las 12 m., sacudido con violencia por el oleaje debido a la rompiente.

La *Esperanza* es intransitable, siendo por lo mismo más hermosa y temible que las del *Mamoré* que permiten, no sin gran peligro, el paso de las embarcaciones por sus caprichosos canales. Tiene un declive de 20 pies en 1,000 de longitud, desatándose con estruendo por sobre su granítico álveo, en el que asoman cubiertos de espuma algunos riscos angulosos y negros, como salpicaduras de lodo sobre una túnica blanca extendida en un matorral.

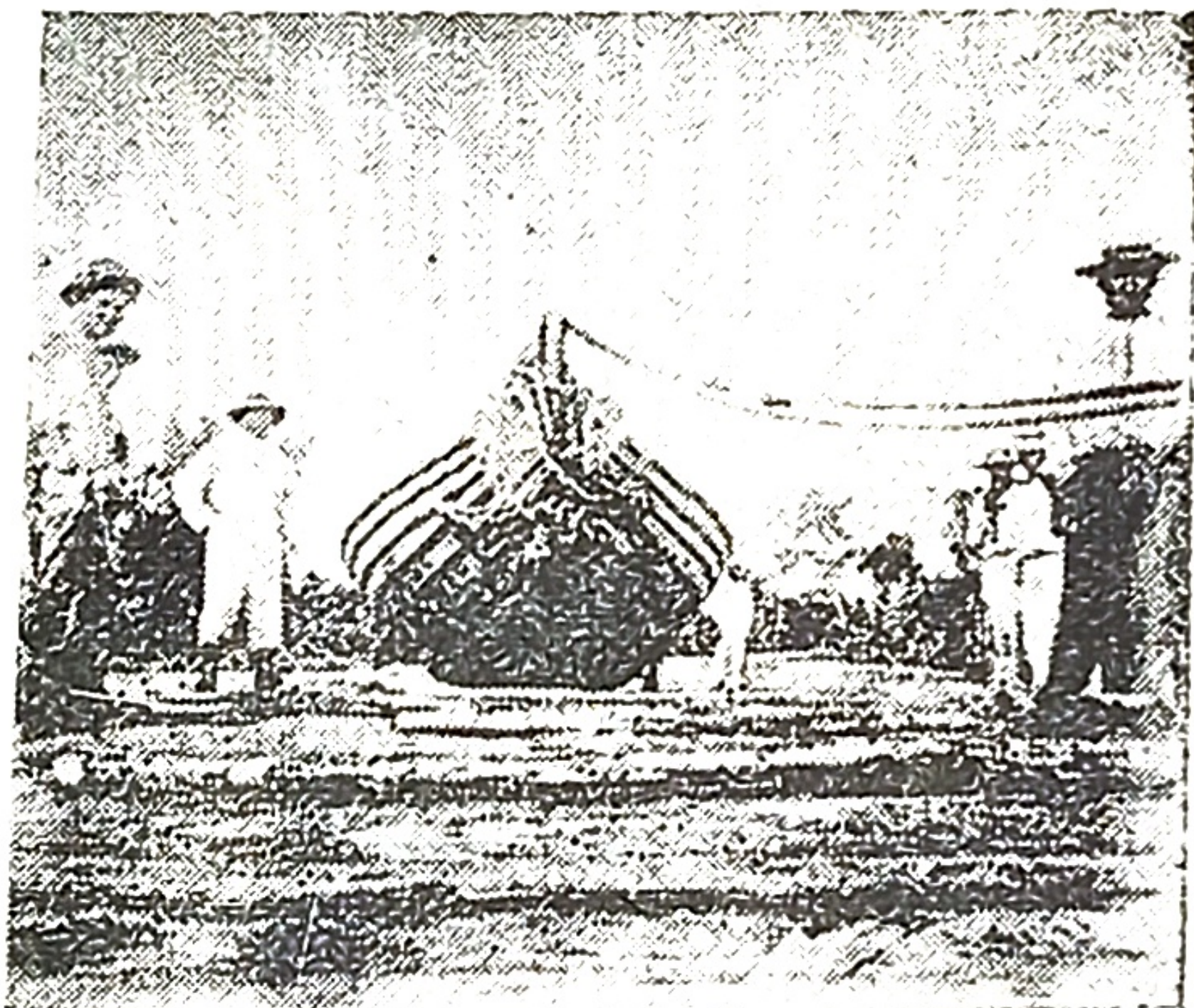
Encima de la rocosa margen derecha se destaca el gran barracón del señor Nicolás Suárez, con algunas moradas que se alzan en hilera sobre una vía proyectada, distinguiéndose en la prominencia más cercana a la cachuela, un mausoleo de mármol consagrado a la memoria de la compañera del rico propietario.

El resto del día y los dos siguientes fueron dedicados a la descarga del batelón, para trasladarlo arrastrado por sobre las rocas de la orilla, con ayuda de numerosos trabajadores, previo abono de cincuenta bolivianos al administrador del establecimiento.

El establecimiento de Suárez Hnos. en la "Cachuela Esperanza"



A las 3 p. m. del 26, dejamos la *cachuela*, en compañía de otro batelón en el que viajaban con igual destino el señor Pastor Suárez, al que ya hemos presentado antes de llegar a Villa Bella, y el señor Federico Melgar.



Paso de un batelón por tierra en las "cachuelas"

La fiebre, cuyos primeros síntomas me habían debilitado desde mi permanencia en el puerto de Villa Bella, hacía rápidos progresos en mi organismo, causándome un malestar moral del que en vano procuraba distraerme, conversando con mis compañeros, o paseando la mirada incierta ante la sucesión monótona de las orillas. Presentimientos absurdos y recelos sin causa razonable, anonadaban mi voluntad que permanecía inerte al constante reclamo de una energía ficticia!.....

De esos días data la siguiente canción que es tan conocida en el oriente y el noroeste de la República:

En las playas desiertas del Beni,
un viajero de pálida faz,
al mecerse en su hamaca pensaba
en su amor y su tierra natal;
y mirando las ondas del río
donde duerme el temible caimán
y espumosas se ven las cachuelas
con sus tumbos sepulcros cavar,

ante el negro horizonte decía:
—Tal vez, niña, no vuelva jamás!—;
y el rumor misterioso del bosque
contestaba:— ¡Ya no volverás!...

Sumergido en honda tristeza navegué el Bajo Beni, acampando la primera noche en las cabeceras de la *Esperanza*, para continuar al siguiente día hasta *Perseverancia*, después de haber vencido durante la mañana el peligroso paso de *Correnteza*, en el que el río toma un impulso colosal, debido a los primeros declives de su álveo al entrar en las mencionadas *cabeceras* de la *cachuela*.

Perseverancia, propiedad del señor Montero, es una hermosa barraca, situada a la margen izquierda del Be-



Una barraca importante

ni, frente a una isla. El edificio principal se divisa a una altura de 15 metros sobre el nivel del río, y domina una gran extensión de la llanura líquida con un fondo de bos-

que secular. Existen sólo en la parte desmontada que circunda las construcciones, algunos almendros gigantes (*amygdalus dulcis*, que en los climas tropicales adquieren un desarrollo superior), y otros árboles útiles.

Según los informes que nos dieron, de este punto arranca un camino que por medio de las estradas gome-
ras que se explotan, remata en el río *Negro* o *Abunacito*, no siendo difícil ligarlo a los senderos del *Abuná* y el *Iquiry* para comunicar entre sí los resguardos aduaneros que precisan esos ríos sobre la frontera.

La buena suerte nuestra, nos brindó la oportunidad de trasbordar el día 29 a la *Lancha "Sernamby"* que atracó la víspera para proveerse de leña. Su Comandante señor Terrazas, nos recibió amablemente, y a las 8 de la mañana zarpamos de la barraca en la que habíamos permanecido los dos días anteriores. A horas 3 p. m., pasamos frente a *Santa Cruz*, perteneciente a los señores Aponte Hermanos, sobre la margen izquierda, y, después de una hora, por *Etapá*, en la orilla derecha, llegando con el crepúsculo a la barraca *Florida* que se alza a 30 metros de altura, siendo el importante sitio en el que remata el camino de Guayaramerín cruzando el río *Yata* (14 leguas), que había seguido la fuerza militar, para continuar a Riberalta navegando el Beni, después de algunos días de permanencia.

Al cabo de tres horas de navegación pasamos el día 30 por la boca del río Orton (10.° 50' 15" L. S. y 66.° 1' 30" O. de G.), para desembarcar en el barracón del mismo nombre situado a 2 millas más arriba, sobre una ribera alta y despejada.

Este establecimiento, que es uno de los más importantes y ricos del río *Beni*, cuenta con un hermoso edificio ocupado por la administración, y con varias construcciones alineadas sobre la orilla, donde se extiende una

avenida de árboles corpulentos. La parte desmontada es extensísima y parten de ella multitud de senderos hacia los centros de explotación de goma que corresponden a "*The Orton (Bolivia) Rubber C.º Ltd.*" en el ángulo formado por los dos ríos.

Mi sorpresa fué grande al encontrar en el barracón al ingeniero García de Valdivia, que había quedado en él, esperando los batelones que debían volver de Riberalta para tomar la vía del *Orton*, en la traslación de los víveres destinados al *Acre*.

Con el propósito de pedir nuevas instrucciones del Delegado, o aburrido con la separación, Valdivia resolvió embarcarse conmigo en la *Lancha Tahuamanu* el 1.º de setiembre, hacia Riberalta, a donde llegamos en la tarde, después de cuatro horas de navegación rápida.

Esperándome en la playa estaba mi cariñoso compañero de viaje Pérez González, al que después de estrechar en mis brazos, dejé acompañado del Ingeniero, para buscar al Delegado y darle cuenta de mi cometido en la aduana de Villa Bella.

Alejáronse ambos cojidos del brazo, a empinar una copa en la cantina próxima, y desaparecieron doblando alegremente una esquina y dejándome oír aún las carcajadas y chanzonetas que interrumpían su entusiasta conversación.

Mi entrevista con el Delegado y algunos de mis amigos, se prolongó hasta las 9 de la noche, hora en la que, rendido de cansancio, me dirigí hacia el alojamiento que me habían destinado. Una detonación de revólver llamó mi atención a los pocos pasos, y presa de un presentimiento doloroso cambié de rumbo, encaminándome al sitio del que me pareció proceder el estampido. A la luz de los fósforos que encendieron algunos transeúntes, descubrí un cadáver junto a un charco de sangre, en el centro de

la vía; y, atraído por los gritos de algunos vecinos, pude ver la silueta de un hombre que con la cabeza descubierta y el brazo levantado, se internaba presuroso en la selva para perderse en ella disparando su revólver repetidamente contra sus perseguidores.

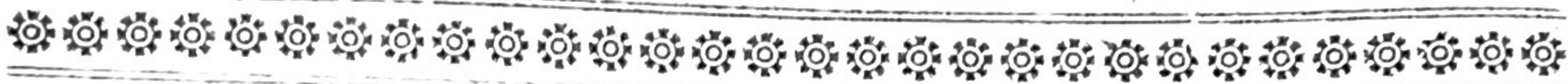
La multitud había rodeado el cadáver mientras los soldados de los Piquetes que se encontraban fuera del cuartel, corrían por el bosque en desordenados grupos, produciendo a lo lejos, un ruido de ramas que se rompían en todas direcciones.

En la faz lívida y ensangrentada de la víctima reconocí las facciones enérgicas de Pérez González, y una lágrima que silenciosa brotó de mis ojos, cayó amarga sobre mis labios!

A consecuencia de una discusión acalorada y de ofensas mutuas, había perdido la vida mi caro compañero. Nada he vuelto a saber del ingeniero García de Valdivia. Unos españoles, compatriotas suyos, me aseguraron que fué a dar a la República del Paraguay, llevado de un injusto rencor.



1.—D. H. Salazar. 2.—A. Velasco. 3.—J. C. Achá. 4.—J. Aguirre Achá. 5.—Comandante Pérez González. 6.—Mayor Schuhkraft. 7.—C. Aguirre. 8.—Teniente J. M. González. 9.— Benjamín Velasco. 10.— Roberto Velasco. 11.—W. Baluarte.



CAPITULO XIV

Riberalta. —El Piquete “Ábaroa”.— Del Madre de Dios al Orton.

Riberalta, la capital del Territorio de Colonias, que pasó a serlo de la Provincia Vaca Díez por ley de la Convención Nacional en diciembre de 1900, ocupa, como su nombre lo indica, la alta ribera del río Beni contra la cual estrellan sus poderosas corrientes el *Madre de Dios*, presentando en su boca, frente al pueblo, una isla risueña y baja, encapotada por la selva. (10.° 59' 45" Lt. S. y 66.° 05' 26" O. de G.)

Una hilera de casas uniformes domina desde la elevada orilla la hermosa perspectiva de la confluencia, ocupando con sus anchos corredores la acera de una extensa avenida, donde se alzan en orden algunos arbustos rodeados por rústicos cercos de madera. Parten de esta vía principal, con dirección de norte a sud, algunas calles rectas que rematan en el anchuroso desmonte tras de la población, cortándolas perpendicularmente las vías paralelas a la orilla.

Sus construcciones son análogas a las de Villa Bella, y, como ésta, no cuenta aún la población con plaza alguna. Pocas de sus manzanas están completas, permaneciendo sólo trazados varios de los sitios que se destina a las nuevas habitaciones.

Riberalta, contaba en 1882 con dos o tres casas que se establecieron en la selva virgen; pues hasta el año 1880, sólo era conocida la parte alta del río *Beni*, desde donde se exportaba la goma elástica por la vía del *Yacuma* (véase el capítulo XII), y la parte baja hasta las proximidades de la *cachuela Esperanza*.

El doctor Edwin R. Heath, que exploró en ese año toda la extensión intermedia que se suponía intransitable, abrió una nueva vía al comercio de esas regiones, atrayendo hacia la sección hasta entonces desconocida, numerosos industriales que hoy explotan sus productos, habiéndose internado muchos de ellos al *Madre de Dios*, al *Orton* y luego al *Acre*.

Tiene Riberalta más de 1,200 almas, y es, por su situación, el principal centro del Noroeste. Su clima es sano y según cálculos del General Pando, se encuentra a 159 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura anual media de 24.° C. (*)

A partir del día de su llegada, el Delegado Extraordinario habíase dedicado a las disposiciones necesarias para continuar el viaje desde una barraca del *Madre de Dios* hacia Mercedes, en el *Orton*, mientras los víveres y parte del armamento, fueran trasportados al mismo punto, na-

(*) Riberalta cuenta al presente con 4.000 habitantes. Está provista de un astillero en que se arman o componen las embarcaciones fluviales cuyo número ha aumentado considerablemente desde el año 1900, no obstante la prolongada crisis de la industria gomera. Un hidroavión que fué armado recientemente en el citado arsenal, acaba de comprobar las ventajas de este medio de comunicación cuya mayor bondad consiste en el inmediato y sencillo acuatizaje, ya que se sigue el rumbo de los ríos con el objeto de disminuir los riesgos de la navegación aérea.

vegando este último río en los dos batelones. Así fué que a los seis días de mi llegada, partió el personal que debía seguir el viaje por el *Orton*, y se hallaba lista la expedición, engrosada por el contingente militar de Apolo, que se encontraba esperando a la Delegación en Riberalta desde veinte días antes.

El Piquete "Abaroa" constaba de 48 soldados a órdenes del Comandante Pedro Salazar, el Capitán Estrada y los Tenientes Antequera, Monasterios y Alaiza. Había hecho un viaje rápido y feliz por el río *Beni*, y con un entusiasmo frenético, se preparaba a continuar el viaje, para conquistar un laurel más, sobre los que obtuviera en los combates de la revolución última.

Pedro Salazar frisaba entonces en los 45 años, y, dotado de una constitución fuerte y una energía notable desde joven, tiene una "hoja de servicios" honrosa, embellecida con su actuación en la Campaña del Acre. Es de mediana estatura, cargado de hombros y bien musculado. Su frente surcada por algunas arrugas, es elevada; sus ojos claros y vivos de un color verdusco indefinible; su nariz ligeramente chata; su boca grande y su bigote rubio y lacio. De carácter comunicativo y animado siempre, se hace simpático desde que se le vé. Era querido como un padre por sus soldados, que casi todos jóvenes de 18 a 25 años, obraban como un solo hombre a la primera orden de su jefe.



Pedro Salazar

A consecuencia de la muerte de Pérez González, refundiéronse los Piquetes "Cochabamba" y "Santa Cruz" con el nombre de Columna "Pérez Velasco", a órdenes del Comandante Ascui, y hacían con el "Abaroa" un total de 130 hombres, que era el que llevaba al Acre la Delegación Extraordinaria.

Desde Villa Bella, corría el rumor de que el Ministro de la Guerra había salido de La Paz á la cabeza del Batallón "Independencia" 2.º de línea, por haberse agravado la situación del *Acre*; y en el viaje a Riberalta, el Delegado había recibido un oficio que confirmaba dicha noticia, anunciando la próxima llegada de parte de esa expedición, mientras el grueso de la tropa marchaba desde un punto del *Beni* por el interior de los bosques, para darnos alcance en Mercedes. La noticia que recibíamos en Santa Ana y parte de nuestros temores sobre la situación del *Acre* resultaban fundados.

No era posible dudar ya: de la mayor brevedad de nuestro viaje, dependía tal vez la suerte del noroeste de la patria.

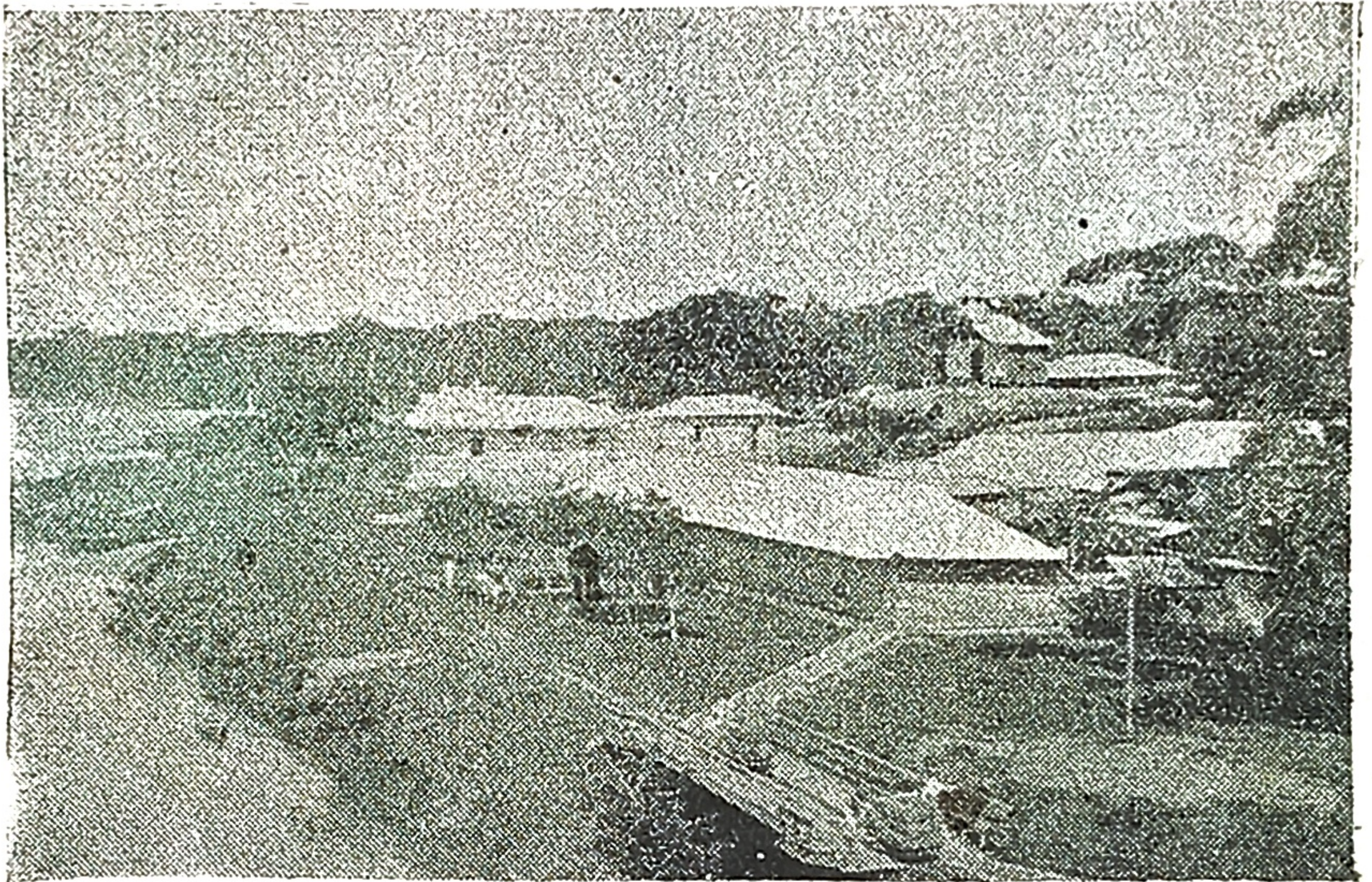
El 13 de setiembre a horas 2 p. m. zarpaba de Riberalta la lancha "Campa" remolcando dos batelones, para entrar en la boca del *Madre de Dios*, agitando enarbolado el pabellón tricolor que la expedición llevaba al Acre. Todo el pueblo, de pié sobre la orilla, nos despedía con sonoros ¡hurras! sacudiendo innumerables pañuelos en el aire!..... A los pocos minutos, la rueda de la "Campa" batía con tenaz impulso las ondas del nuevo río.

Al alejarme del *Beni*, para seguir mi viaje arribando el *Madre de Dios*, debo mencionar siquiera los afluentes de aquél, ya que, tanto mi propósito principal como la extensión de mi libro, no me permiten cansar la atención del lector con disgresiones constantes.

Los nevados de la Cordillera Oriental de los Andes, que contemplé al partir de La Paz, alimentan las quebradas en las que se origina el río *Beni* con el *Chuquibapo* que nace en *Chacaltaya* y, después de cruzar la población, toma el nombre de *Río de La Paz*, recibiendo en su curso los tributos de las quebradas de *Palca*, *Caracato*, *Luribay* y *Araca*, y más allá los del río *Miguilla* y el *Suri*, así como los del *Tamampaya* y el *Río de los Cajones*, con los que toma el nombre de *Bopi*, al que afluye el *Cotacajes*, y a gran distancia más abajo, el caudaloso *Río Kaka* (15° 9' L. S.) que está formado a su vez por el *Mapiri*, el *Caranavi*, el *Tipuani*, el *Challana* y otros. Desde este punto se llama propiamente *Río Beni*, y continúa engrosado por la margen derecha por los ríos *Quiquibey*, *Negro*, *Cazinas*, *Biata*, *Genesguaya* e *Ivon*; y por la margen izquierda por los ríos *Quedeque*, *Apichana*, el caudaloso *Tuiche*, *Enedere*, *Tarene*, *Enapurere*, *Tequeje*, *Undumo*, *Emero*, el muy importante *Madidi* (12.° 33' L. S.) y el *Ethea*. Muchos otros riachos de orden secundario fluyen a él de uno y otro lado; pero los más numerosos descienden del oeste, donde se encuentran las cordilleras y contrafuertes andinos que alimentan este río de cuatro nombres, que debería llamarse simplemente *Río Beni* desde la ciudad de La Paz.

El *Madre de Dios*, en el que entrábamos en ese momento, explorado por el Padre Nicolás Armentia, y después con éxito espléndido por el General Pando en 1893, se origina en la Cordillera de Vilcanota y recibe entre otras, las aguas del *Manu* y las del *Chandless* por la izquierda, y las del *Inambary*, *Tambopata*, *Heath* y *Sena* por la derecha. Es una inmensa vía fluvial de más de 500 kilómetros, sin contar sus poderosos afluentes, interrumpida sólo en cierta época del año por las *cachuelas Camacho* y *Vásquez*, próximas a desaparecer por el trabajo

corrosivo de la corriente. El porvenir de la región que baña es halagüeño, prometiendo ser en día no lejano las



Barraca "El Carmen" en el Madre de Dios

vegas del *Inambari* el asiento más rico de las poblaciones del Noroeste. (*)

Las embarcaciones que actualmente prestan reducido servicio en las hoyas del *Beni* y del *Madre de Dios* son las lanchas "Campa" "Luis Ernesto", "Sernamby", "Roca", "Braillard" antigua y la nueva, "Esperanza" y "Tahuamanu" de 34 a 58 toneladas; la última de hélice y las demás de rueda.

Después de esta somera referencia, prosigo la narración de mi viaje.

(*) A consecuencia del arbitraje pactado con el Perú, el laudo del Presidente de la República Argentina, en 1909, privó a Bolivia de la posesión de la mayor parte de la hoya del Madre de Dios. El límite internacional sigue hoy, el curso del río Heath y continúa desde la boca de él hasta el arroyo Yaverija en el Acre. (Véase el mapa del Apéndice.)

A las cuatro horas de navegación desde Riberalta, nos detuvimos a pasar la noche en la barraca *Valparaíso*, situada a la margen izquierda del *Madre de Dios*, para continuar al día siguiente, 14 de septiembre, efemérides boliviana, cortando las corrientes turbias del anchuroso río que, de menor fondo que el *Mamoré* o el *Beni*, describe inmensas curvas dejando en las convexidades de las orillas, grandes playas en cuya arena juegan los rayos del sol tropical con extraños cambiantes.

Eran las 7 p. m. cuando atracó la "Campa" en una playa extensa y uniforme de la margen izquierda, y, prevenidos los soldados por los conocedores de la región, lanzáronse a buscar en la arena, removiéndola en todas direcciones, los huevos de *tortuga* "tracayá" (*Quelonius Emidis*, Cuvier) que en cantidades fabulosas se encuentran en esas playas, constituyendo el alimento más sustancioso y barato.

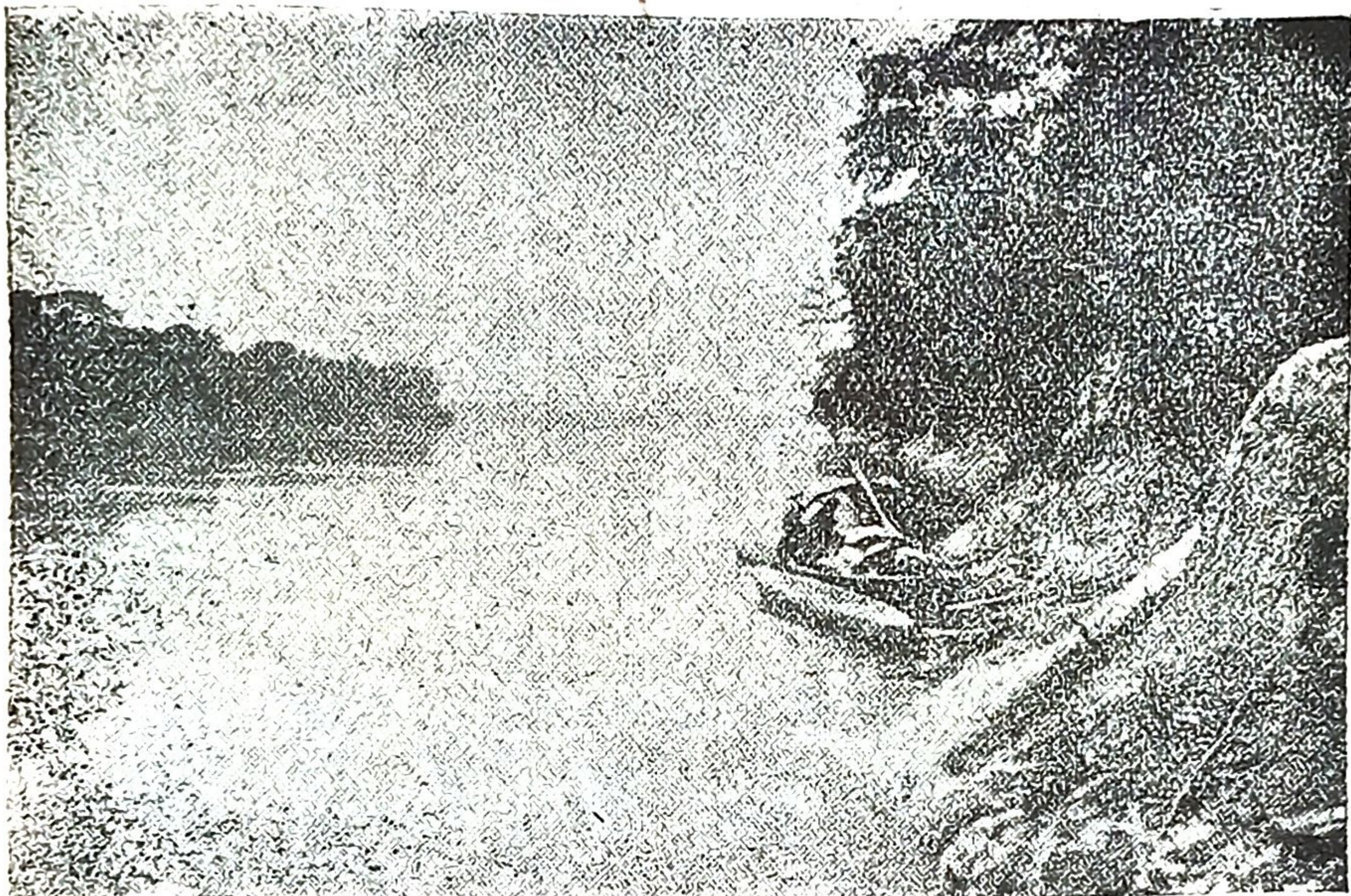
El día 15, habiendo navegado 14 horas sin más inconveniente que la incertidumbre del piloto en las dos primeras de la noche, arribamos a la barraca *Genichiquía* (*río-chico* en el idioma de los naturales) que era el término de nuestro viaje por el *Madre de Dios*, para cruzar desde la banda opuesta las selvas que lo separan del *Orton*. (Véase el mapa de la página 172.)

Genichiquía cuenta con doce casas de palma agrupadas alrededor de una plazoleta reducida que remata por el norte, en la orilla del río.

Nuestra permanencia en esta barraca fué de los tres días siguientes, dedicados a la distribución de víveres y equipaje en pequeñas porciones; pues, no contando con otro medio de transporte que las espaldas de cada uno, era indispensable reducir la carga a la cantidad necesaria para llegar al *Orton*.

Unas bolsas impermeables que habíamos comprado

en Riberalta, encerraban todo nuestro equipaje compuesto únicamente de la hamaca, el mosquitero, varias piezas



Una "pascana" en el Madre de Dios

de ropa interior y algunas conservas que alcanzaban a pesar 30 a 40 libras. Asegurado semejante bulto sobre nuestras espaldas por medio de dos tiras de cuero que formaban cruz sobre el pecho, y empuñando un largo báculo con la mano derecha, mientras la izquierda sobre el hombro respectivo cuidaba de la correa del fusil, abandonamos el 19 la pequeña barraca de Loreto a la que nos trasladáramos días antes desde Genichiquía atravesando el río.

El Piquete "Abaroa" tomó la delantera, internándose por la nueva senda que toda la tropa desde el día anterior abriera en una legua de extensión en busca del

camino de Maravillas a Palestina. (*) En seguida partimos los empleados civiles, quedando atrás, dividido en tres grupos el Piquete "Pérez Velasco", y cerrando la marcha el Delegado, acompañado de varios oficiales y soldados que debían cuidar de los bueyes portadores del resto de provisiones para el viaje.

La senda tortuosa y estrecha se internaba en el bosque interrumpida constantemente por seculares árboles e impenetrables enredaderas que como redes enmarañadas, se asían fuertemente de los ramajes próximos, ofreciendo tenaz resistencia al machete de monte, con el que nos abríamos paso, para seguir el viaje, uno a uno, dando voces a momentos, para orientarnos en aquel imponente laberinto de las selvas.

Al oscurecer, agrupados todos en un *claro*, amarramos las hamacas cubriéndolas con los mosquiteros y encendimos una inmensa hoguera en el centro del pequeño campamento, para descansar de las fatigas del día, después de saborear la frugal cena de costumbre que consistía en el plato de *lagua* de harina de trigo, con un pedazo de *charque*. Unas pocas latas de sardinas, que habíamos recibido al separarnos de los demás grupos, completaron nuestro alimento de ese día.

En vano, apesar del cansancio, tratábamos de conciliar el sueño en la rumorosa selva, meciéndonos acompasadamente en las hamacas para ahuyentar los insectos. A través del mosquitero, y por los pequeños espacios que dejaban las frondas sobre nuestras cabezas, asomaban pedazos de cielo estrellado, penetrando ténues rayos de luna por entre las elevadas copas de los árboles, en tanto que un sordo rumor animaba con misteriosa vi-

(*) Ruta seguida por el Coronel Labrea en 1887.

da los negros senos de la montaña virgen, surcados a momentos por luciérnagas vagorosas. Extraños gritos, interminable vocerío de diversos animales, llegaban confusos a nuestros oídos, mientras el chisporroteo de la hoguera interrumpía la tranquilidad del reducido paraje.

Mi pensamiento se dirigió al hogar, tan lejano entonces! Quizá ante mis ojos, en el insomnio de esa noche, osciló tenazmente una imagen querida.....

El orto, seguido de una alborada hermosísima, despertó a la naturaleza tropical, animándola dulcemente con las brisas del río. Asomó, por fin, el sol, y otra vez en hilera, los diez compañeros, nos pusimos en marcha.

Corta fué la travesía del día 20, a causa de la carencia de víveres. En espera del resto de los expedicionarios acamparon mis compañeros a medio día, mientras volvía yo a solicitar recursos del Jefe del Piquete que se encontraba a poca distancia, a orillas del *Madre de Dios*; pues el camino, en busca de Maravillas, corta el bosque para descubrir nuevamente el río. Pasé la noche en este sitio, turbado mi sueño constantemente por el grito del caimán semejante al gimoteo de las criaturas, y por el sonido que producía en la corriente el desplome continuo de los barrancos gredosos.

El 21, resolví seguir adelante con los compañeros a los que volví a incorporarme, confiados todos en que el Delegado nos daría alcance o nos remitiría víveres ese día; pero, después de tres horas de marcha, agotáronse nuestras fuerzas y nos detuvimos a comentar nuestra situación, ya que las ollas vacías, aunque mudas, nos anunciaban bien claro la inutilidad de su servicio.

El hambre se presentó por primera vez ante nosotros, y la consiguiente debilidad dió mayor vuelo a nuestra imaginación que descubría en torno, ya los peores presentimientos de un fin funesto, ya una esperanza de

auxilio. Tan pronto resolvíamos aguardar a los grupos que debían seguirnos, como optábamos por redoblar la marcha hasta llegar al *Orton*, temiendo que el Delegado y los grupos del Piquete "Pérez Velasco", hubieran retrocedido por algún inconveniente imprevisto.

Privados del único guía que consiguiera la Delegación y que se había adelantado con el Piquete "Abaroa", dudábamos del rumbo seguido, cavilando en varios parajes en los que las bifurcaciones de la senda indicaban diferentes direcciones. La orientación era imposible por las tupidas frondas del bosque, a través de las cuales los rayos del sol no lograban penetrar hasta las umbrías cavidades por las que vagábamos indecisos.

El cansancio nos obligaba a menudo a dejarnos caer sobre los troncos ásperos y nudosos del camino. Gruesas gotas de sudor se desprendían de nuestra frente, para rodar por nuestras sienes calenturientas y agitadas. Un triste silencio reinaba entre nosotros, toda vez que nos reunía el descanso en la fatigosa marcha; y a la voz de ¡adelante! echábamos nuevamente nuestras pesadas cargas sobre los hombros, volviendo a empuñar el largo palo.

La fiebre obligó a Bilbao La Vieja a quedarse en el camino esperando al Delegado; y nosotros, privados de todo recurso para ofrecerle ayuda, dejámosle el resto de nuestras provisiones. Por suerte, llegó a pocos momentos un soldado enviado por el Delegado Extraordinario, trayendo un papel que aun tengo a la vista. Dice así: —

"Pascana de los Apuros, setiembre 21—1900.

"Doctor Aranibar:

"Saludo a Ud. y a los compañeros.

"Estamos estancados con la carga y los equipajes, a una legua del puerto. — Luchamos con millones de dificultades para llevar los equipajes y carga. — Los bue-

yes *chocan* mucho. — Uno se nos escapó ayer y traje la carga en hombros.

“Sigan Uds. como puedan a Mercedes.

“Nos faltan víveres por la mala disposición de reparto hecha por Ascui. — Yo consumo los pocos que traje.

“Le mando un poco de arroz y *charque* y su bolsa de *lagua*. — Sus conservas quedaron en el puerto.

“En este momento envió hasta Genichiquía a traer 2 @ de arroz y 2 de *charque* para tener hasta Mercedes.

“Los mosquitos y tábanos nos abruman. — Hemos caminado una legua en un día. — Tal vez tenga que dejar el archivo y algo del equipaje.

“Paciencia y barajar! Por el amor a la Patria, nos pagarán los sufrimientos con cargos, acusaciones, etc. etc.

Suyo — *Velasco*”.

En la tarde nos detuvo un torrencial aguacero, que nos obligó a recoger hojas de palma y *platanillo* para construir precipitadamente, ligeras chozas, en las que, a gazapados y con al ropa húmeda, esperamos la aurora del siguiente día, para seguir el viaje después de haber cazado un enorme mono *manechi* (*aluata stentor*) que alivió nuestra hambre. La jornada se redujo a cinco o seis leguas recorridas, habiendo pasado en las primeras horas de la mañana por el centro gomero abandonado de *Maravillas* y cruzando después por tres lodazales extensos (*curiches*), sumergidos hasta la cintura, y arrancando los pies del fango con desagradable sonido y merced a esfuerzos fatigosos. Otra tormenta interrumpió nuestra marcha en la tarde, y acampamos en un *claro*, para proseguir el 23, después de secar nuestros vestidos al calor de inmensas fogatas que encendiéramos en la noche.



Pasando un "curiche"

Al medio día, llegamos a *Naveada*, centro gomero en el que pasamos la noche y pudimos proveernos de yuca y plátanos, no sin haberlos buscado largo tiempo por el campo que empezaba a cubrirse nuevamente con el bosque.

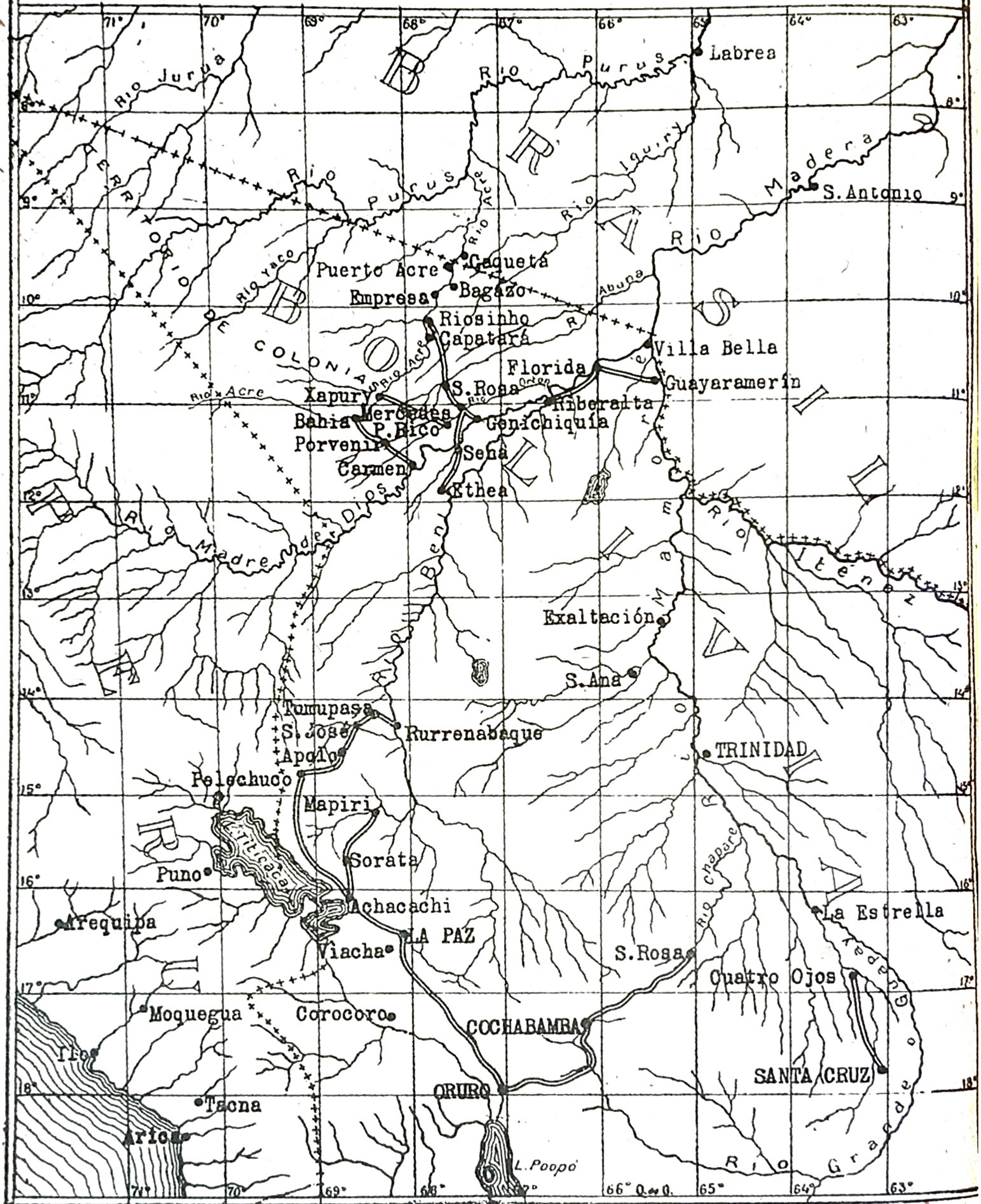
El día 24 arribamos por fin a *Palestina*, barraca situado a la margen derecha del *Orton* y perteneciente a los señores Suárez y Co. con 150 pobladores distribuidos en 15 o 20 casas que forman un pueblecito alegre sobre las barrancas altas que desmorona constantemente el río. Está rodeada de grandes y exuberantes chacos, y su clima es sano.

El 25, apareció el Delegado seguido de la gran caravana que formaban los distintos grupos del Piquete,

atendiendo a los cansados bueyes que trasladaron hasta allí las provisiones y archivo.

Completo el personal, y sabiendo que el Piquete "Abaroa" había pasado sin novedad alguna a Mercedes, nos dirigimos a ese punto al día siguiente, 26, atravesando el río *Orton* para recorrer por la otra banda las cuatro leguas que aun nos separaban de aquella barraca.

RUTAS SEGUIDAS POR LAS DISTINTAS EXPEDICIONES



Las líneas dobles indican los caminos por tierra



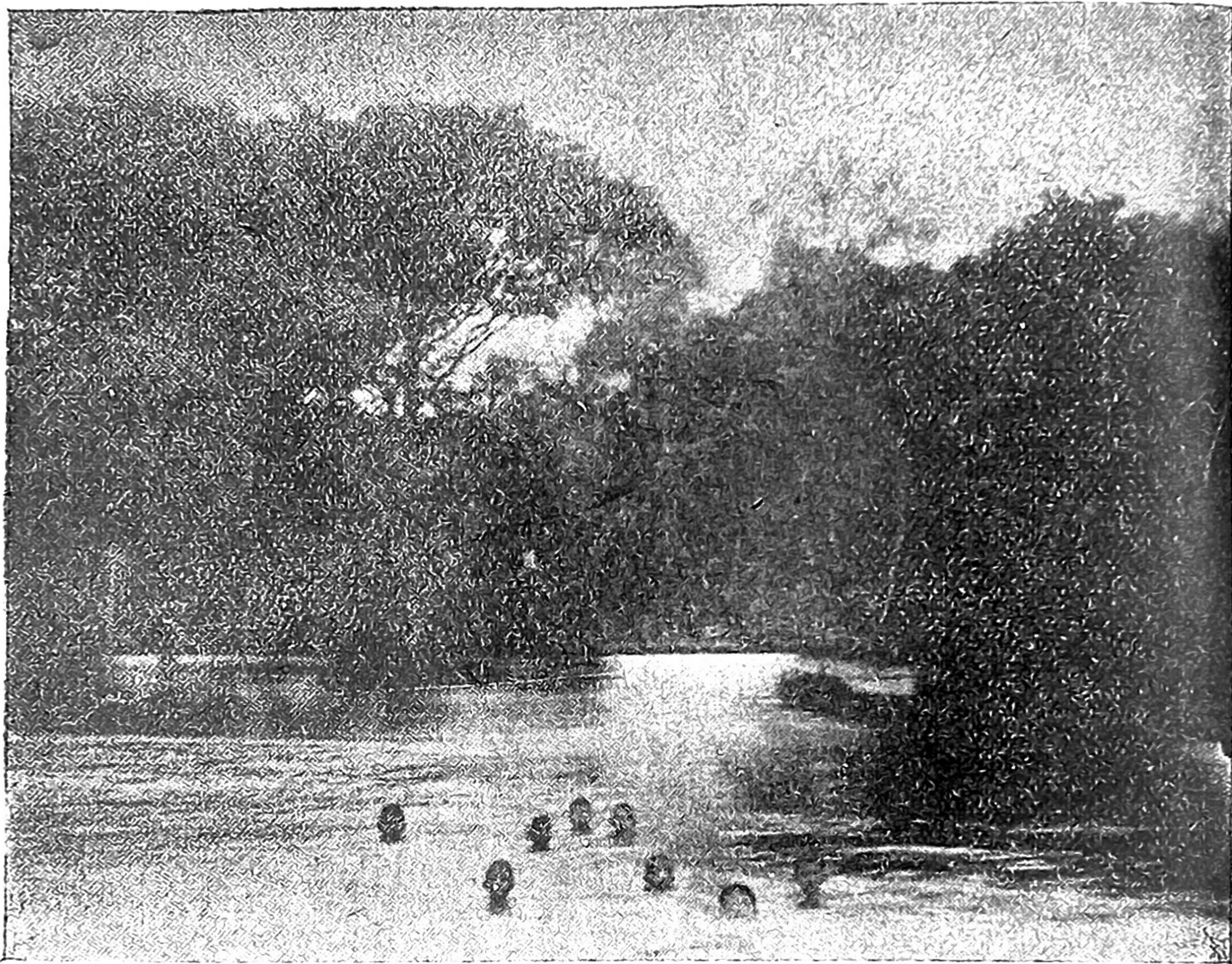
CAPITULO XV

Mercedes. — La Delegación Muñoz. — Ultimas noticias.

El *Orton*, cuya desembocadura en el Beni ya conocemos, corre al norte del *Madre de Dios*, con igual rumbo y está formado a los 11.° 6' L. S. y 67.° 38' 41" O de G. por los ríos *Tahuamani* y *Manuripi*, aproximándose las nacientes del primero de estos dos ríos a las del *Aquiry* o *Acre*, y ofreciendo por lo tanto, en la época de aguas, la vía más fácil de comunicación con aquella zona. La *siphonea elástica* descubierta en abundancia en sus márgenes, atrajo a él y sus dos afluentes, en menos de veinte años, numerosos industriales que han establecido sus barracas con halagadoras perspectivas.

El *Orton*, mide de 40 a 60 metros de anchura, término medio, con una profundidad variable, efecto de las palizadas que detienen en su madre las brascas curvas que describe. Sus aguas son temibles a causa de encontrarse en ellas frecuentemente la *anguila o gimnoto eléctrico* (Malacopterigios ápodos, familia de los Anguiliformes) que paraliza con sus poderosas descargas al navegante

que se aventura a sumergirse, (*) y la raya espinosa (*Trigon hystrix* D'Orb.— Género de peces *Cartilaginosos*, familia de los *Selacianos*, en los mares), dotada de un agudo aguijón óseo sobre el lomo.



Un baño en el río

La barraca Mercedes, ocupa la margen izquierda del *Orton*, a dos días de navegación a remo de la confluencia del *Tahuamanu* con el *Manuripi*, y sobre una barranca baja. Está rodeada de terrenos inundadizos y sólo cuenta con algunas casitas rústicas entre las que se

(*) Hacía pocos días que Raúl Morris, empleado de la Delegación Muñoz, había muerto, víctima de una descarga eléctrica de ese pez, en momentos en que se bañaba con varios compañeros.

abre una plazoleta inconclusa, limitada en su parte meridional por la orilla. Pertenecía en ese entonces al señor Honorio Peña, que poseía con ella, varias *estradas* gomeras (conjunto de 150 árboles comunicados por un sendero para su explotación) llegando hacia el norte hasta las proximidades del *Abuná*.

Su importancia actual es debida al camino que la Delegación Muñoz abrió desde ella, hacía poco tiempo, para dirigirse al *Acre*, dos meses antes de nuestra llegada.

Preciso es que, antes de seguir más adelante, dediquemos el presente capítulo a dicha Delegación, para ilustrar al lector, ya que hemas arribado a Mercedes que fué asiento de ella durante largo tiempo.

El Delegado, doctor Andrés S. Muñoz, a quien presentaremos después al lector, salió de La Paz con el personal civil el 25 de octubre de 1899, habiendo despachado días antes, la fuerza militar compuesta del Piquete "Abaroa 1.º" (50 hombres) y dos Cuadros de Jefes y oficiales destinados a los cuerpos que pudieran organizarse en el noroeste, en vista de la situación. Era Jefe del Piquete el Teniente Coronel Luciano Fernández y comandaban el Teniente Coronel Daniel Gallardo y el Sargento Mayor Justo M. Tapia, el primero y segundo Cuadros respectivamente.

El día 27, arribó a Sorata, donde la dificultad de conseguir acémilas y los preparativos de marcha hacia el Mapiri, detuvieron a la Delegación hasta el 5 de noviembre, día en que prosiguió el viaje, habiendo despachado el 31 de octubre el Piquete y los Cuadros militares, a los que dió alcance el personal/civil en Bellavista y Copacabana, el 9 de noviembre, para dedicarse, en los dos días siguientes a las disposiciones del viaje fluvial.

El 12, a horas 5.50 p. m., zarpó la Delegación compuesta de cerca de 100 individuos, en 17 *calapos* (conjunto de 3 balsas) con más de 2.000@ de peso, llevadas por las torrentosas corrientes del *Mapiri*, en las que los tumbos y rápidos ofrecen serio peligro, y no permiten otra embarcación que las sólidas balsas construídas de un palo del mismo nombre, liviano, poroso y blanco.

A horas 9 a. m. del 17 de noviembre, arribó la Delegación Muñoz al puerto de Rurrenabaque en el río *Beni*. Los diez días de permanencia en este punto fueron dedicados al establecimiento del correo mensual fluvial a Riberalta, por contrato favorable con Hermené Carrier, siendo nombrado Anatolio Pacheco, Administrador de correos y encargado de la Intendencia de la Policía de Seguridad de Rurrenabaque (Beni) y San Buenaventura (La Paz) puertos fronterizos.

El 27, a las 11 a. m. continuó su viaje en 7 batelones, llegando a Riberalta el 14 de diciembre, habiéndose detenido tres días en el trayecto, dedicados al aseo y el descanso y a la atención de algunos enfermos de paludismo.

En ese mismo día asumió el doctor Muñoz la Delegación en los ríos Beni, Madre de Dios y sus afluentes, en virtud del Decreto de 15 de septiembre de 1899.

Desde el 23 de agosto, actuaba como Delegado accidental en Riberalta, el doctor Aurelio Jiménez, debido a un comicio que depuso a Ismael Zuazo, hasta el 12 de diciembre, fecha en que asumió la autoridad el Intendente de la Delegación Muñoz, José Manuel R. Rocha, que se había adelantado para preparar alojamientos.

La Organización del Territorio de Colonias, la inspección de la aduana de Villa Bella que se encontraba casi exhausta y otras labores, ocuparon a la Delegación en los primeros días de su permanencia en Riberalta.

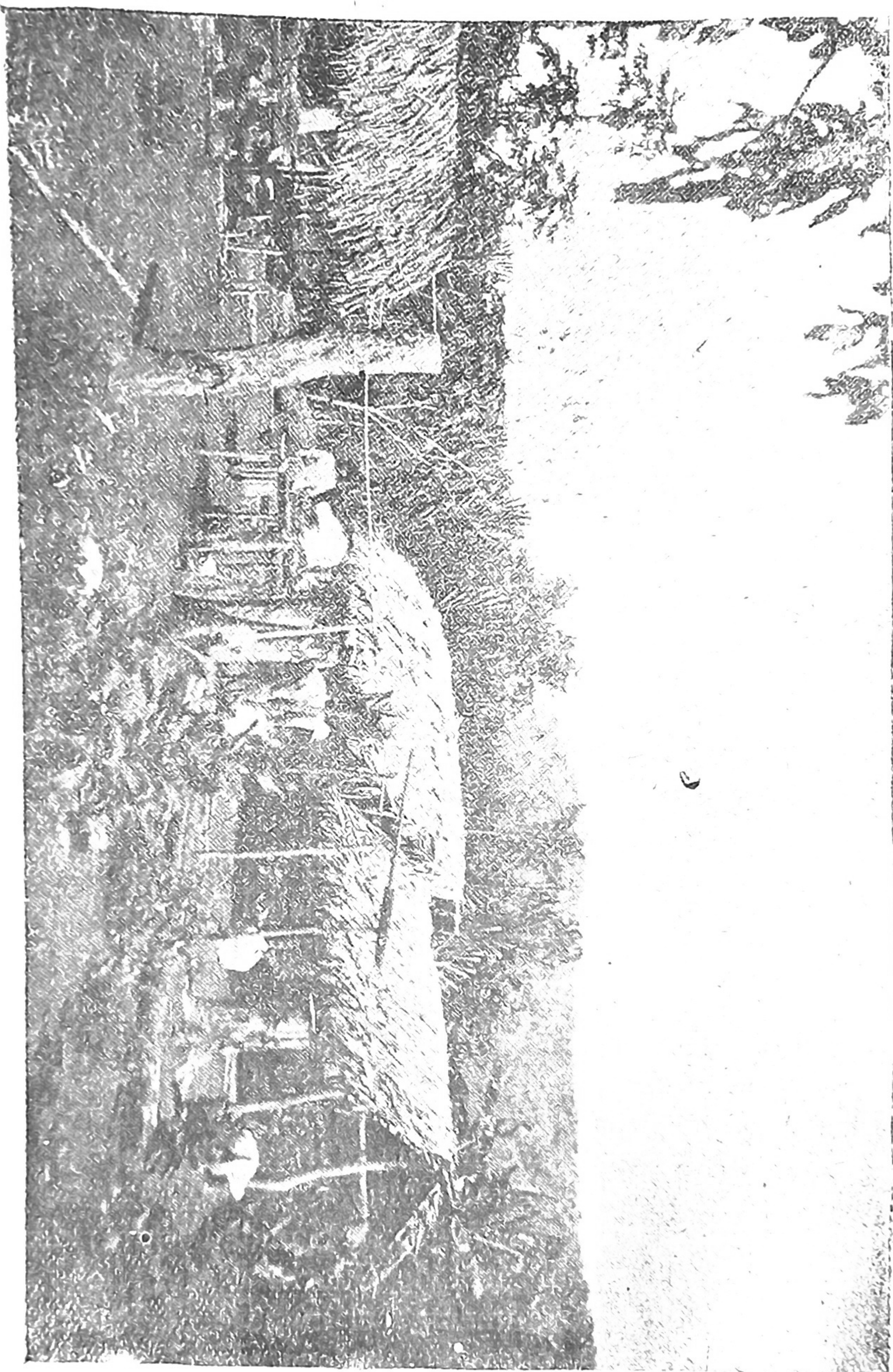
La ignorancia sobre el verdadero estado bélico del *Acre* era absoluta y con objeto de obtener datos ciertos, el Mayor Justo M. Tapia fué comisionado el 25 de diciembre para marchar al *Acre*, por la vía de Porvenir (*Tahuamanu*) y Bahía (*Acre*).

En tanto la Delegación, para seguir el viaje necesitaba esperar al Piquete "Cochabamba" (50 hombres) que, comandado por el Teniente Coronel Enoc Rivas, llegó por la vía del *Mamoré* al Barracón Orton, el 30 de enero de 1900.

A mediados de febrero, se recibieron en Riberalta, noticias alarmantes acerca del movimiento separatista del *Acre*, hasta que el Mayor Tapia, de regreso de su comisión el 21 de febrero, confirmólas, manifestando que la revolución había tomado mayor cuerpo con el Coronel Antonio de Souza Braga a la cabeza, después que hubo depuesto al titulado Presidente Gálvez, según lo hemos visto en el Capítulo II de este libro.

Fué entonces cuando se realizó el combate de Puerto Alonso, en el que fué herido el señor Ladislao Ibarra (12 de enero de 1900) y al que también nos hemos referido ya.

En vista de las fidedignas informaciones de Tapia, el Delegado Muñoz decretó el estado de sitio en los territorios del Noroeste (24 de febrero) y declaró a las fuerzas en servicio de campaña (Orden General de igual fecha); organizó el Estado Mayor (Jefe: Teniente Coronel L. Fernández), Servicio de Sanidad (Jefe: doctor Luis Viaña), y Comisaría de Guerra (Jefe: don José Montes); y decidió aumentar el número de las tropas hasta 300 hombres, pues contaba con ese número de fusiles Mausser, modelo argentino, y para ello, así como para conseguir víveres y dinero, nombró las siguientes *comisiones patrióticas*, fuera de que su acción personal y



Escena típica en un "chaco"

la de la Comisaría de Guerra, se ejercían directamente en Riberalta y sus alrededores, contando — sin violencia alguna, a pesar del estado de sitio — con la colaboración de la mayor parte de las casas comerciales y, particularmente, con la de don Nicolás Suárez, Compañía Orton, Nicanor G. Salvatierra, Brailland y Cía., Velasco y Henicke, etc., etc.

Comisión para el Alto Beni (hasta "Fortaleza") — Doctor Emilio Fernández M. (hecho después Teniente Coronel), don Félix L. Arano (id. id. Sargento Mayor) y Comandante José Victor Sagárnaga.

Comisión para el Bajo Beni y Villa Bella. — Don Abel Reyes Ortiz, Donato Solares, (Administrador de la Aduana) y Gerardo Velasco (Intendente de Villa Bella.)

Comisión para el Madre de Dios y afluentes del Orton. — Ingeniero Enrique F. Cornejo (Jefe de Zapadores, asimilado a la clase de Teniente Coronel) y Comandante Justo M. Tapia (ascendido).

Las tres comisiones se desempeñaron satisfactoriamente y con toda celeridad y patriotismo (marzo y abril).

Con los contingentes reunidos, se reorganizaron así las fuerzas expedicionarias: Piquete "Abaroa" (50 hombres), Jefe accidental Sargento Mayor Manuel A. Sanjinés; Piquete "Cochabamba" (50 id.), Jefe Teniente Coronel Enoc Rivas; Columna "16 de julio" (80 voluntarios del Beni y Villa Bella), Jefe Teniente Coronel Emilio Fernández M.; Columna "10 de abril" (180 voluntarios del Madre de Dios y Orton), Jefe Comandante Justo M. Tapia y Columna "Zapadores" (40 voluntarios de los mismos lugares), Jefe, Teniente Coronel Enrique F. Cornejo.

Resuelto como estaba, hacer el cruce al Acre, partiendo de la Barraca "Gironda" sobre el Tahuamanu, la

3.^a comisión, que organizaba fuerzas en el *Madre de Dios* (Columnas "10 de Abril" y "Zapadores") tenía orden de seguir directamente a ese punto.

El Piquete "Abaroa" y una fracción para la Columna "10 de Abril") al mando del 2.^o Jefe, Sargento Mayor Arano), salió, en la Lancha "Tahuamanu", el 19 de abril. — Fué como jefe superior el Teniente Coronel Gallardo 1er. ayudante del E. M.

La Columna "16 de Julio" salió en la lancha "Roca", el 25 de abril.

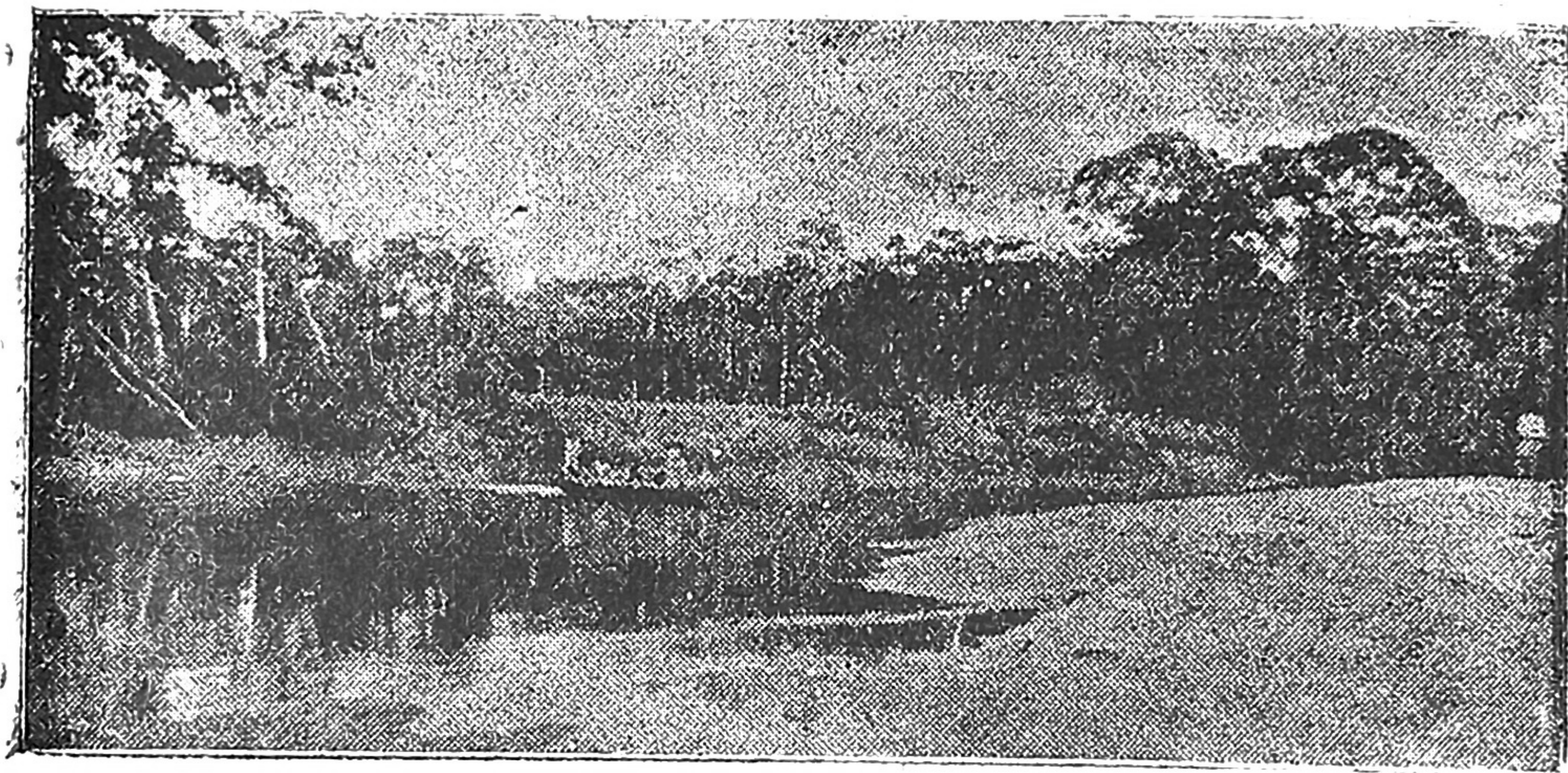
El Delegado, con el personal civil, el Estado Mayor y el Piquete "Cochabamba", salió en la Lancha "Sernamby", el día 1.^o de Mayo y habiendo llegado el 8 a la Barraca Mercedes (río *Orton*), recibió allí favorables informaciones del propietario señor Honorio Peña, que le decidieron a hacer el cruce al *Acre*, por esa vía, y ya no por Gironda; los hechos confirmaron el acierto de esa medida. — Inmediatamente se ordenó que se reconcentrasen en Mercedes, las demás fuerzas, que ya estaban en Gironda; lo cual se efectuó pocos días después.

Antes de salir de Riberalta, el Delegado Muñoz nombró Delegado interino al doctor Rodolfo Arauz, quien tomó posesión del cargo el 26 de Abril y prestó importantes servicios a todas las fuerzas expedicionarias (1.^a, 2.^a y 3.^a expedición).

Una vez en Mercedes, resolvióse la construcción del camino al *Abuná*, en busca de los senderos que para la explotación gomera comunican ese río con el *Acre* y, llevando así a la práctica, la concesión que el Congreso Nacional hiciera al señor Honorio Peña, para el trabajo de la vía de Mercedes a Empresa (*Acre*). El 21 de mayo, con la dirección del Ingeniero, Teniente Coronel Cornejo, dióse comienzo a la apertura del camino con la Columna "Zapadores" y la gente que proporcionaron los indus-

triales Peña, Suárez, Terrazas, Medina, etc., interesados en la obra por la utilidad que ella reportaba a sus propiedades gomeras. El resto de la tropa concurrió también a ella por series de turno.

Al mismo tiempo que ésta, practicóse la construcción de un Hospital y algunas habitaciones para la residencia de la Delegación Muñoz en Mercedes, en tanto que los



Un recodo del Orton en época seca

señores Sarco y Cornejo, comisionados para marchar al *Acre* y estudiar la situación bélica de la región, salían de Mercedes el 1.º de junio acompañados por 8 *prácticos* montaraces. Los informes que a su regreso (25 de julio) dieron estos señores, confirmaron en parte la actitud hostil de los pobladores del *Acre*; pues, habiendo recorrido el río desde Capatará a Humaithá, observaron que en las barracas intermedias de Catuaba y Bagazo o Fortaleza, no estaban dispuestos los pobladores a recibir de buen grado la administración boliviana. Son dignos de la consideración nacional el Secretario de la Delegación, José Sarco, y el Ingeniero Enrique F. Cor-

nejo, por la expedición de que hacemos mérito, bastándonos informar que para volver a Mercedes, perseguidos por los sediciosos, vagaron por los bosques vírgenes, durante 29 días, sin otro alimento que las almendras silvestres.

En julio 17, antes de que regresasen ellos, el Delegado Muñoz había resuelto ya seguir adelante; pues no podía esperar más tiempo; y en ese sentido hacíanse los preparativos necesarios, acopiando víveres y consiguiendo animales.

El 27 de julio, ya en vísperas de marcha, presentóse en el Cuartel General de Mercedes, el brasileño Rogério Guanaguara, asegurando representar al Sindicato que, por convenio hecho en Río Janeiro entre el señor Joaquín Cintra da Silva y el Ministro de Bolivia Salinas Vega, debía encargarse de la administración del *Acre*, percibiendo el 33 o/o del rendimiento aduanero.

Como el Delegado Muñoz, no recibiera aviso alguno a este respecto, Guanaguara fué considerado sospechoso y enviado a la Barraca Palestina, donde permaneció hasta el 8 de agosto, fecha en la que, confirmados sus asertos, fué puesto en libertad, para dirigirse al *Acre* al día siguiente.

En los primeros días de agosto, se habían movilizad ya las tropas, en varios grupos, y el 12 del mismo mes, el Delegado Muñoz, dejaba el Barracón para dirigirse al Acre con 220 hombres de tropa distribuídos en los Piquetes "Abaroa 1.º" y "Cochabamba" y las Columnas "16 de Julio" y "10 de abril" a las que fué refundida la de "Zapadores".

Quedó en Mercedes el señor Honorio Peña, nombrado Intendente ad honorem del *Orton* y el *Abuná*, junto con el Juez de Partido, doctor Cladera, el empleado de Aduana, Monje, y a cargo de la farmacia los jóvenes Via-

ña, a quienes el 26 de septiembre encontró la Delegación Extraordinaria encomendada a don Lucio Pérez Velasco.

Con estos antecedentes vamos a reanudar nuestro relato.

A los pocos días de nuestra llegada a Mercedes, arribaron los dos batelones que conducían los víveres y municiones despachados de Riberalta por la vía fluvial del Orton.

La Delegación Muñoz había agotado los pocos productos del barracón y nuestro alimento se redujo en esos días al *charque* y arroz que sólo por imperiosa necesidad podíamos tomar. Un plátano, una yuca, era el mejor regalo con que comprometía nuestra gratitud el administrador de la barraca Palestina, que nos visitaba a menudo.

Los días que siguieron, fueron de alarma para nosotros, que, esperando a momentos, noticias de la Delegación Muñoz, temíamos el fracaso de ella en el Acre, y lamentábamos la demora del Ministro de la Guerra y el Batallón Independencia, olvidando los obstáculos e inconvenientes constantes que pueden detener una expedición de este género en las selvas.

Por fin el día 7 de octubre llegó del Acre un correo, portador de una carta dirigida por el Delegado Muñoz al señor Peña, y otras particulares para los empleados residentes en el barracón. Los informes que ellas nos dieron fueron los siguientes: — La Delegación Muñoz, con descanso de dos días en el Abuná, arribó a la barraca brasileña de Capatará en el Acre, el 22 de agosto a las 9 a. m., enarbolando el pabellón nacional con gran entusiasmo. El 28 habíase trasladado por tierra a Riosinho, donde encontró aún la bandera revolucionaria y una Junta de Gobierno que se disolvió el 2 de septiembre ante las garantías que diera la Delegación a los pobladores brasi-

leños, asegurando el respeto de la propiedad, prescrito por la Constitución boliviana, etc. — El 9, siguió a Puerto Acre, siempre por tierra, donde arribó el 22 y fueron sus primeras medidas un manifiesto y el Decreto suspendiendo el estado de sitio.



CAPITULO XVI

*El Ministro de la Guerra en Comisión. — El Batallón
Independencia. — En marcha al Acre.*

Las noticias recibidas de la Delegación Muñoz, decidieron al Delegado Extraordinario, a seguir adelante, sin esperar más tiempo al Ministro de la Guerra, del que se decía que había llegado al *Madre de Dios*, ignorándose el rumbo que debía seguir para arribar a Mercedes.

Hechos los últimos preparativos para continuar el viaje, partió el Piquete "Abaroa 2.º", el 6 de octubre, debiendo el grueso de la fuerza seguir al día siguiente; pero en la tarde, con gran sorpresa nuestra, atracó al puerto una montería de la que saltaron a tierra los tres jefes del batallón, anunciándonos la proximidad de éste, que venía conducido personalmente por el Ministro y el Primer Ayudante, y que debía llegar a las pocas horas. Ansiosos esperamos en el resto del día el anunciado arribo de esa tropa, causándonos seria inquietud en la noche su demora.

El día 7, a la hora del meridiano, un sordo bullicio en el bosque nos anunció que por la parte occidental de

la barraca se aproximaba el batallón, apareciendo por fin los primeros soldados en el negro remate de un sendero. El toque argentino de una *diana* saludó a nuestros nuevos compañeros de campaña, que, teniendo a su cabeza al Ministro de la Guerra, formaban en columna para entrar al caserío de Mercedes.

En la tarde, por primera vez en medio de las selvas, oímos una banda militar, cuyas marciales notas repercutían a lo lejos, dominando el confuso e interminable rumor de esas regiones. Mi corazón se dilataba en el pecho y con un movimiento nervioso estremecíase mi cuerpo cuando la emoción embargaba el suspiro en mi garganta! Parecíame esa música la enérgica voz de la Patria que alienta a sus soldados!....

El Ministro de Guerra en Comisión, Coronel doctor Ismael Montes, contaba el año pasado, 1901), 30 años de edad. Es de estatura regular; delgado y esbelto. Su nariz recta, sus ojos negros y expresivos, su boca grande, su frente alta y tersa, su cabello crespo. Sus largos y gruesos bigotes, junto con la contracción de su frente y la dilatación de sus fosas nasales, dan una expresión enérgica a su fisonomía, cuando ordena el cumplimiento de las resoluciones firmes que tiene su carácter examinador y reposado.



Don Ismael Montes en 1900

Abogado notable y periodista valiente en la oposición contra la política conservadora de los cuatro gobiernos pasados, fué en la administra-

ción Campero, muy joven aún, el militar distinguido que defendió los derechos de su patria en la guerra del Pacífico, para volver, después de 20 años, a desenvainar su espada contra el gobierno Alonso, habiéndole cabido el puesto de Jefe de Estado Mayor General en los campos de batalla. Desempeñaba la cartera de Guerra y Colonización cuando, agravada la situación del Acre, dejó tan alto cargo para acudir a esa zona, a la cabeza del Batallón Independencia y como Comandante en Jefe de las fuerzas pacificadoras.

Esta tercera expedición, fué motivada por las alarmantes noticias que el Gobierno de Bolivia recibiera de Río Janeiro, en cuyas Cámaras se debatía calurosamente la cuestión del Acre, sosteniendo el pretendido derecho del Brasil sobre aquellas "zonas que sus hijos habían poblado". Los más intransigentes defensores de la sofística interpretación de los tratados, eran Ruy Barbosa y Serzedello Correa, este último, autor de un opúsculo intitulado "O Acre" que promovió la saña de todo el pueblo brasileño; en tanto que Dionysio Cerqueira y Quintino Bocayuva dejaban oír su elocuente palabra en el Congreso, para combatir el sofisma de los primeros, con la correcta interpretación del tratado.

El Sindicato, del que hemos hecho mérito tantas veces, había fracasado, y nuestro Ministro en Río anunciaba al Gobierno las disposiciones bélicas que se notaban, especialmente en el norte del Brasil, para acudir en defensa de los revolucionarios.

El Gobierno boliviano solicitó entonces del brasileño, el libre paso de un navío armado en guerra, por el Amazonas; pero éste, arguyendo que no debía permitir contra sus propios hijos medida alguna que de él dependiese facilitar, redújose a prometer una neutralidad dudosa. Entonces fué cuando el Gobierno del General Pando, cono-

cedor como el que más de esas regiones que explorara tantas veces, resolvió enviar por tierra el Batallón "Independencia" que, con los contingentes que habían acudido ya de diversos puntos de la República (La Paz, Cochabamba, Santa Cruz, Apolo y el Beni), sabría defender la integridad de la Patria. El Ministro de la Guerra púsose a la cabeza, con abnegado patriotismo, y el 14 de julio de 1900, salía de La Paz, en medio de la consternación del pueblo todo, que escuchaba en las afueras de la ciudad el triste *bolero* de despedida de la banda del Batallón como un último adiós!..

Era Jefe de E. M. de esta expedición, el Coronel Miguel Aguirre, que a pesar de su edad avanzada (65 años), no vaciló en concurrir a tan cruda campaña, aumentando con este hecho, un laurel más a los muchos que tiene adquiridos en la vida guerrera de la Patria.

El Teniente Coronel Pastor Baldivieso, militar instruido y entusiasta, que había servido en el ejército francés de Argelia, y que conocía ya las selvas del Noroeste, era Primer Ayudante, Martín Lanza, de igual graduación, (que no llegó al *Acre*), era Intendente de Guerra, teniendo como Ayudante al Teniente 2.º Eduardo Valle y Villamil, que se retiró en el *Madre de Dios*. El médico alemán, doctor Adolfo Stoecker, erudito y respetable, marchaba como Cirujano; y completaba el E. M. el joven Juan Ruiz en calidad de Secretario del Ministro.

Comandaban el Batallón, el teniente coronel Jorge



Coronel Miguel Aguirre

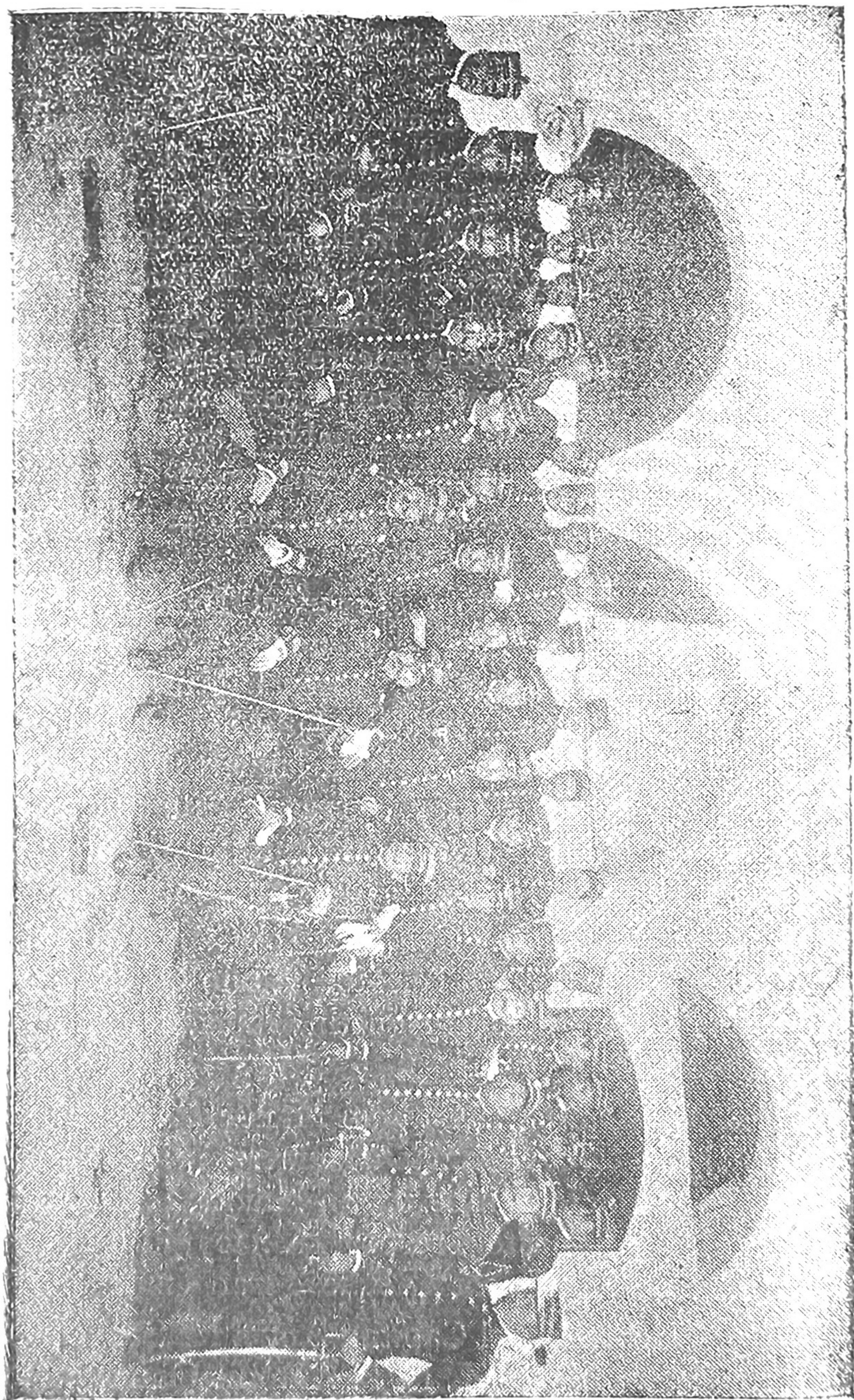
Salinas Vega (muerto) como 1er. Jefe, el de igual graduación Pastor Medinaceli (muerto) y el Comandante Samuel Montes Vidal. El primero educado en Europa, contaba unos 40 años de edad y había concurrido a la guerra del Pacífico, recibiendo una herida en la batalla de Pisagua; el segundo, poco más o menos de igual edad, había actuado también en aquella guerra y dejaba en el interior de la República una herencia sin recibirla aún; y el tercero, muy joven todavía (26 años), había adquirido sus galones uno a uno en los diversos combates de la guerra civil última, y, anteriormente, recorriendo el Noroeste con la Delegación Gutiérrez (1895).

Completaban la *Plana Mayor*, el Teniente 1.º depositario Abel B. Loza, id. id. Ayudante Mayor Manuel Vásquez, id. 2.º Ayudante 2.º José H. Murga (muerto), Subteniente id. portaestandarte Luis Salazar, id. Escribiente de Mayoría Carlos Pereira (muerto), Teniente 1.º Director de Música Néstor Terrazas, Subteniente Oficial de Música Manuel Delgado (muerto), id. id. Lorenzo Zúñiga (muerto), id. id. José Amusquíbar.

Comandaban la 1.ª *Compañía* el Capitán Guillermo A. Velasco, Teniente 1.º Telésforo Pinto Q., id. 2.º Julio Gutiérrez y Subtenientes Agustín Tapia, Nicanor Hurtado y Clemente Torrico.

La 2.ª *Compañía*, el Capitán Manuel Arteaga B., Teniente 1.º Julio Oscar Gamarra (muerto), id. 1.º graduado Julio F. Palacios (muerto), Teniente 2.º Donato Lara, Subteniente Ernesto Crespo (muerto), id. Juan F. Jemio (muerto), id. Nicolás Reque Terán (muerto).

La 3.ª *Compañía*, el Capitán Angel M. Saavedra, Teniente 1.º Primo Matos Z., id. id. Antonio Quiroga (muerto), id. id. Alejandro S. Bustamante (muerto), Teniente 2.º Ricardo Valenzuela (muerto). id. 2.º graduado So-



Jefes y Oficiales del "Independencia" 2^a de Línea

tero Loaiza (muerto), Subteniente Manuel Martínez, id Teodoro Moreno.

La 4.^a *Compañía* el Capitán Máximo Escalera, Teniente 1.^o Moisés Subirana, Teniente 2.^o Juan M. Quiroga (muerto), id. Tomás P. Tapia, id Pablo Jiménez (muerto), id Pedro Gamarra.

La *Tropa*, constaba de 269 soldados, de los que 131 sellaron con su sangre el heroísmo boliviano en la Campaña del Acre! ¡Mécese siempre altivas y orgullosas las palmeras que se alzan sobre sus tumbas!...

El 18 de julio, llegó esta expedición a *Sorata*, de la que salió el 21 para llegar el 28 al *Mapiri* y embarcarse en balsas al siguiente día, hasta el puerto de *Purrenabaque*, al que arribó el 6 de agosto para internarse el 11 al pueblo de Reyes, donde permaneció hasta el 2 de setiembre, embarcándose en batelones el 4 en *Puerto Solinas* y siguiendo el viaje hasta la barraca *Etea* (15 de setiembre) situada sobre la orilla derecha del *Beni*. En este punto permaneció tres días para cruzar los bosques, desde la margen opuesta, mientras el J. de E. M., Coronel Aguirre, seguía conduciendo los víveres con algunos enfermos de paludismo, por la vía fluvial, hacia *Riberalta*, donde debía hacer provisiones para seguir por la vía del *Orton* a *Mercedes*.

El Batallón, teniendo a su cabeza al Ministro, partió de *Etea* el 18 de noviembre, cortando las selvas hacia el *Madre de Dios*, a cuya margen, en la boca de su afluente el río *Sena*, llegó el 23, para permanecer en la barraca del mismo nombre, hasta el 29, día en que, pasando el río en las lanchas "Campa" (que hacía poco había trasladado a la Delegación Extraordinaria) y "Sernamby", siguió por las selvas hasta la barraca *Península* (río *Orton*), donde llegó el 4 de octubre para salir de ella el 6 y llegar, como lo hemos visto, el 7 a *Mercedes*.

Un puente rústico en las selvas



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

El Ministro de la Guerra, a su llegada, hízose reconocer por el Piquete "Pérez Velasco" en su carácter de Comandante en Jefe de las fuerzas pacificadoras, dirigiendo, al terminar el acto, una alocución entusiasta y patriótica, y anunciando la prosecución de la marcha con dicho cuerpo y el "Abaroa", mientras el Batallón, a órdenes de sus jefes, debía quedar descansando en *Mercedes* en espera de futuras disposiciones.

El 8 de octubre dejamos la orilla del *Orton*, para internarnos nuevamente por los bosques, siguiendo un rumbo marcado hacia el norte. El Delegado Extraordinario, junto con los empleados civiles, formaba un grupo aparte a corta distancia del Piquete "Pérez Velasco" que, a órdenes del Ministro y el primer Ayudante Teniente Coronel Baldivieso, marchaba atrás en hilera. El camino construido por la Delegación Muñoz había sufrido algunos deterioros a causa de la humedad del monte, que formaba en los bajíos, pequeños charcos cubiertos de palos alineados, que se separaban al paso de los bueyes, dificultando constantemente la marcha. La alimentación mala, insuficiente, no podía exigir de nuestros organismos agotados, otras jornadas, que las que prudencialmente habíanse marcado en la senda a cada tres leguas, donde encontrábamos pequeños galpones de palma, expuestos a las intemperies de la región. Entre estas *pascanas*, las principales son: el arroyo del *Peixe*, (Pez); el *Curichón*, (pantano grande) sobre el que la Delegación Muñoz había construido un puente rústico de troncos entrelazados, de cerca de 100 mtrs., (es aquí donde se origina el río *Negro* o *Abunacito*). Luego viene la barraca *Derrepente*, propiedad de N. Vidaurre, sobre la orilla izquierda del *Abuná*, a un día de navegación en piragua, más abajo de la formación de este río por el *Caramanu* y el *Tsipá*-

manu, y encontrándose a corta distancia, aguas abajo, la barraca *Santa Rosa*, que pertenece a la casa Suárez y Cía.

A horas 12 m. del día 11, pasamos el *Abuná*, que desemboca entre las cachuelas *Pederneira* y *Ararás* en el *Madera*, y que en este sitio es poco considerable aún (menos de la mitad del *Orton*). Por la noche, junto con el Ministro y su primer Ayudante, que habían dejado en las márgenes del *Abuná* al Piquete "Pérez Velasco", arribó el personal civil de la Delegación Extraordinaria a la *barraquinha* (barraquita) *Rapirrán*, propiedad de colonos brasileños, dando alcance en ella al Piquete "Abaroa 2.^o", que como hemos visto, salió de Mercedes dos días antes que nosotros.

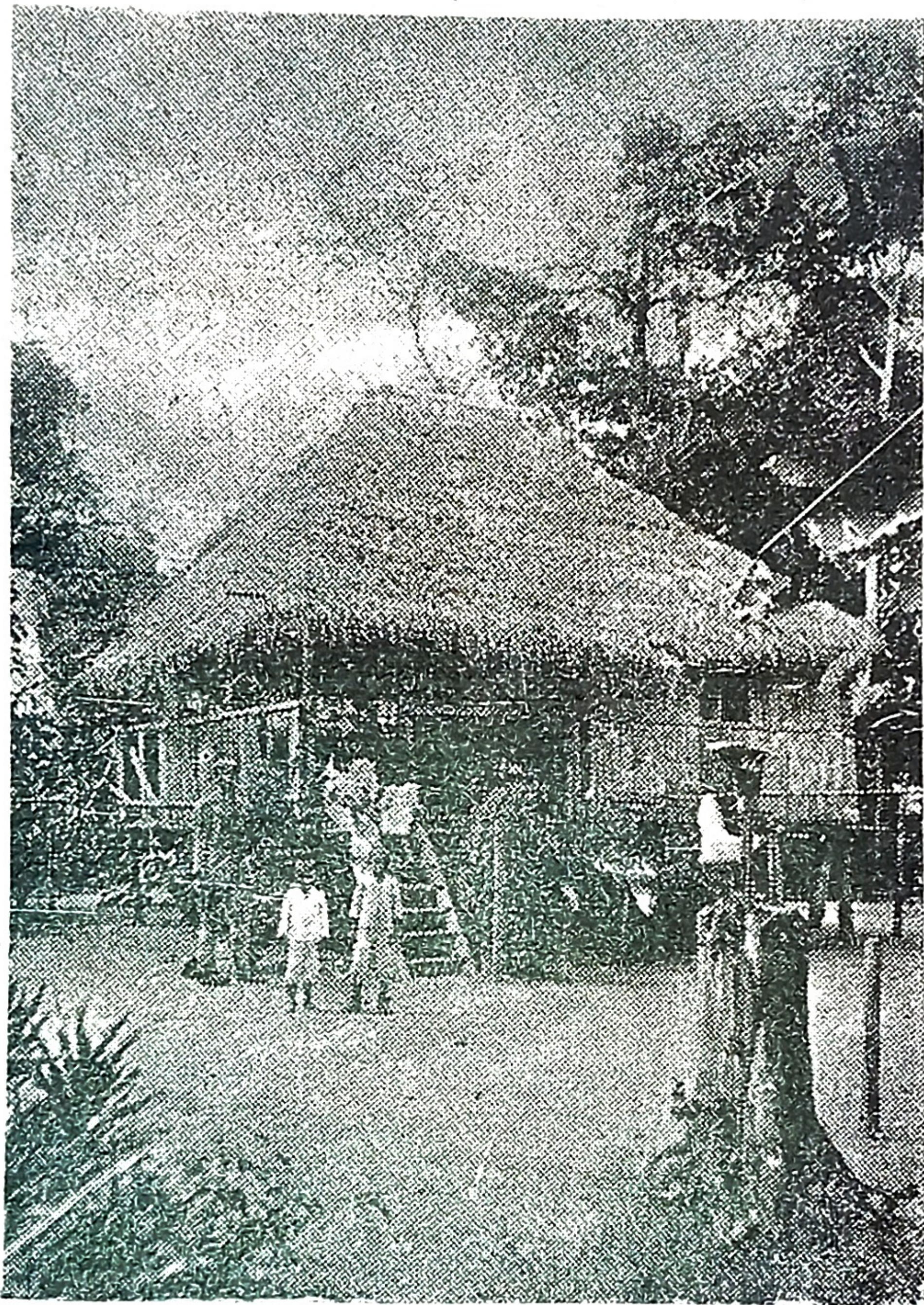


CAPITULO XVII.

*Los pobladores del Acre.—La explotación de la goma.—
El río Aquiry o Acre.—Un personaje extraño.*

Rapirrán, primera barraca que se encuentra pasando el *Abuná*, es un centro gomero en el que habita una familia brasileña, pobre y aislada. El estilo de construcción de esa humilde morada, como el de casi todas las del *Acre*, difiere del de las habitaciones del *Beni*; pues la abundancia de lluvias de la región (200 centímetros anuales), exige que el piso de las casas se alce a cierto nivel, donde no puedan llegar las continuas inundaciones, y manteniéndose así, libres de la humedad, poderosa causa de las enfermedades endémicas de la zona. Así es que, a un metro de altura, por lo menos, se destacan las habitaciones, sobre troncos que sostienen, a guisa de pilares, la rústica construcción de palmas y caña-huecas. Una escalera de cinco o seis peldaños, da acceso al estrecho corredor que dejan entre sí las dos únicas piezas de que consta la morada, y la hamaca de larga flecadura, que generalmente lo ocupa, invita al sueño en las calurosas horas del medio día. El aspecto de estas extrañas construcciones sugiere, con mucha semejanza, el concepto de la época lacustre del hombre primitivo.

El brasileño que ocupaba la *barranquinha*, contaba cerca de 30 años, mostrando en su fisonomía los caracteres de la raza morisca, que se notan en el sud de la Penín-



Una "barranquinha" del Acre

sula Ibérica, marcados notablemente por la influencia del clima tropical del Estado del Ceará, del que era oriundo. Sobre su tez cobriza y pálida, resaltaba notablemente el negro de ébano de sus pobladas cejas y delgados bigotes, al mismo tiempo que sus grandes ojos brillaban inquietos en el marco de unas ojeras pronunciadas y sombrías. Era su estatura mediana. Su flacura excesiva denuncia-

ba las fiebres constantes que consumen el organismo en las seculares selvas donde se explota la goma elástica. Su vestido constaba de una blusa azul que le servía además de su camisa; unos pantalones (*calsas*) de casinete apretados en los muslos y ligeramente anchos en las piernas; un sombrero de paja o algodón, siempre de anchas y tiesas alas, y, finalmente, dejando ver el pie desnudo los curiosos *tamancos* o chinelas de altos tacones sujetos solamente en los dedos, que jugueteando con ellas, las golpean contra la planta, habitualmente.

Una mujer de igual tipo y tan delgada como el otro habitante, era la compañera, y vestía un sencillo pero aseado traje de percal ordinario, de color blanco, con vistosas pintas de florecitas azules y rojas. Sus pies, casi desnudos, producían a su paso el desagradable sonido de los *tamancos* que también calzaba.

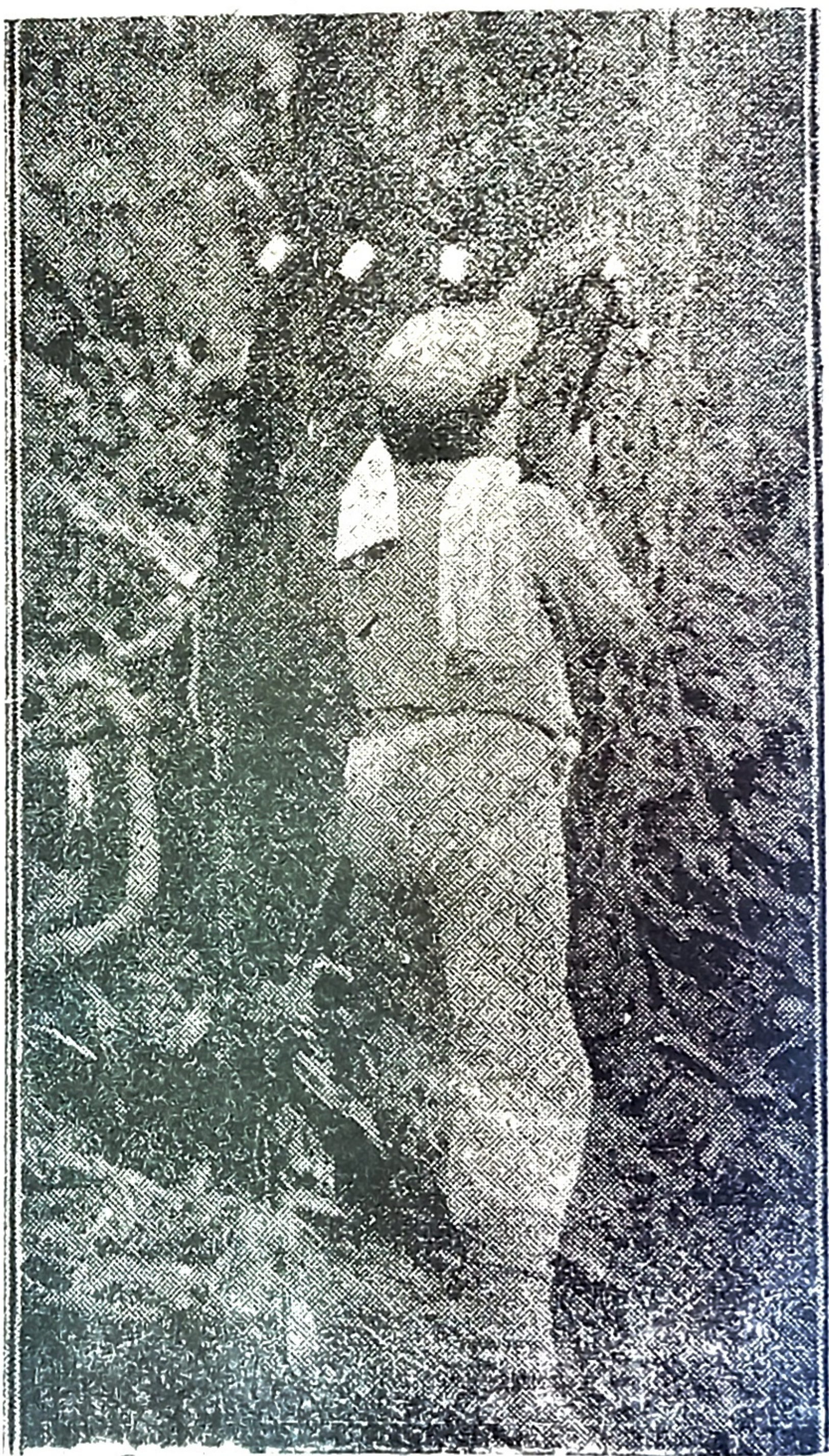
Un negro, de pura sangre africana, acompañaba a la pareja, como socio y amigo del primero, y vestía un traje igual pero muy estropeado, con solo la diferencia de los zapatos de goma elástica que forraban sus pies en cambio de las chinelas.

Al presentar a los propietarios de *Rapirrán*, presentamos con ellos a todos los *fregueses* o trabajadores de goma en el *Acre*, reservándonos dar a conocer al *barraquero* o habilitador, cuando lleguemos a las márgenes del río, donde tiene su asiento.

La explotación de la *goma, siringa, borracha* o *sifonia elástica* (género de las *Euforbiáceas*, familia de las *Heveas* (*)), en el *Acre*, como en el *Beni*, se hace por estradas de a 150 árboles, comunicados por el sendero que describe una circunferencia más o menos ex-

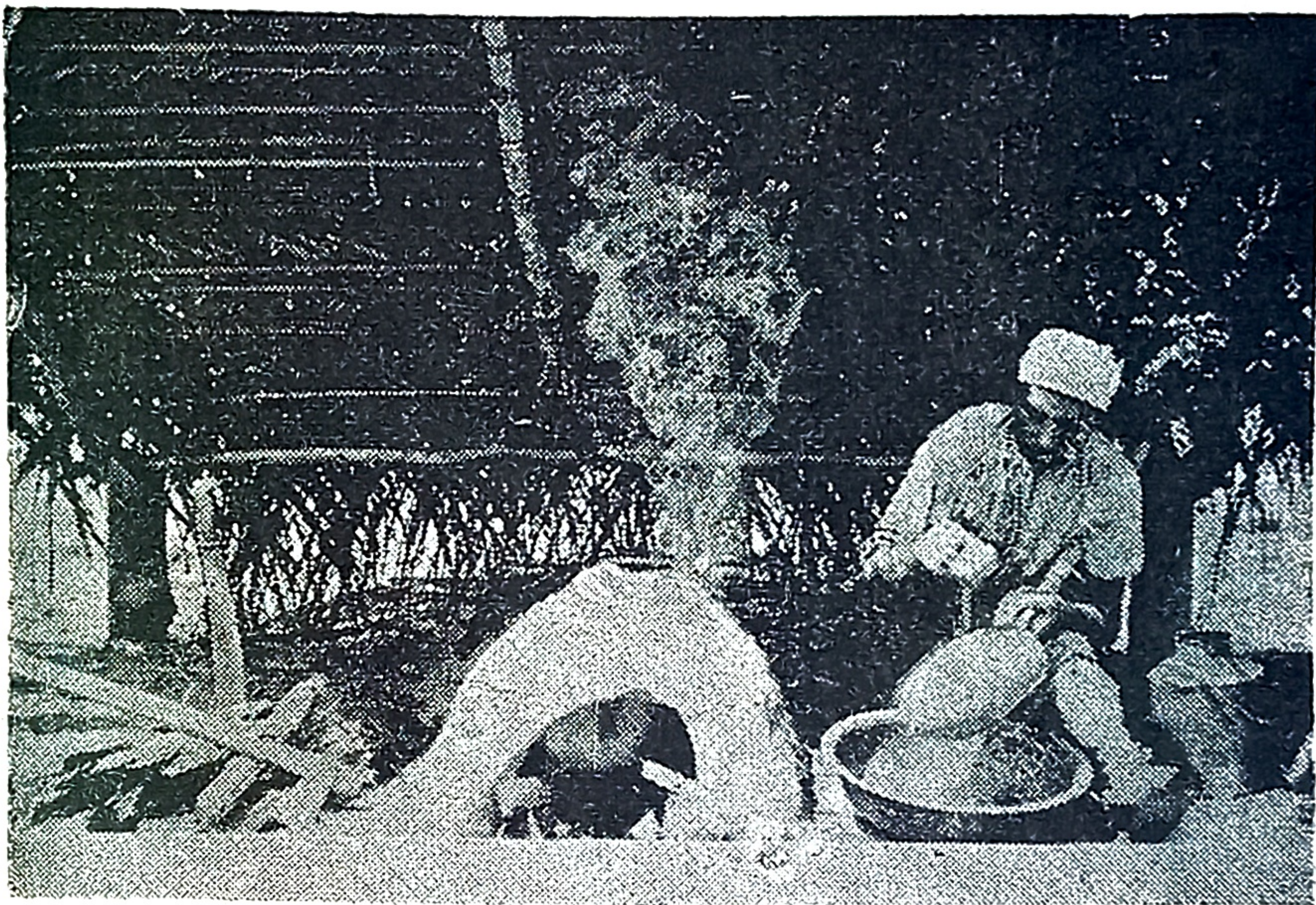
(*) De la palabra *hevé* con que era conocido el árbol entre los salvajes del Brasil.

tensa, según la abundancia con que se presenta en los bosques del Noroeste desde el grado 16 de latitud. El trabajador explota a la vez dos estradas, día por medio en cada una, y, dejando su barraca en la alborada, se dirige armado del *machadinho* (hachita de 5 centímetros de largo por dos de ancho, cuyo mango no pasa de 30 cts.); y provisto de las *tichelas* (depósitos de zinc con una capacidad de un decílitro a lo sumo) empieza a recorrer la estrada, practicando varias incisiones en cada árbol, para extraer de él la leche o *látex*, sujetando en la parte inferior de la herida la *tichela* con cuyo borde filo hien- de la corteza. A medio día vuelve a recorrer el sitio, vaciando en un gran balde el contenido de los pequeños depósitos para fumi- gar el líquido en una hornilla alimen- tada por maderas especiales que pro- ducen la densa hu- mareda escapada de una pequeña chime- nea. Solidificase así el látex alrededor de un palo que gira en la mano del obre-



**Acomodando tichelas en el árbol
de la goma**

ro, hasta afectar la forma de una esfera de cerca de 40 centímetros de diámetro, (*la bolacha*).



Fumigando el látex

Por el procedimiento anterior consíguese la *goma fina*, resultando la *sernamby* del jugo solidificado por el calor natural en el propio tronco, o del que ha podido mezclarse en la hornilla, con tierra, hojas y otras materias que disminuyen su valor.

La explotación se interrumpe en la época de lluvias, reduciéndose ella a seis o siete meses al año, (un *fábrico*), y es entonces que el *frequés* del Acre va a su tierra natal, el *Ceará*, a gozar del producto de su trabajo, cuando su excesiva economía y la buena fé de su habilitador se lo permiten, después del ajuste (diciembre); pero de todos modos, las condiciones del trabajador del *Acre*, son menos malas que en el *Beni*, de donde ningún obrero puede volver a su tierra con beneficio monetario.

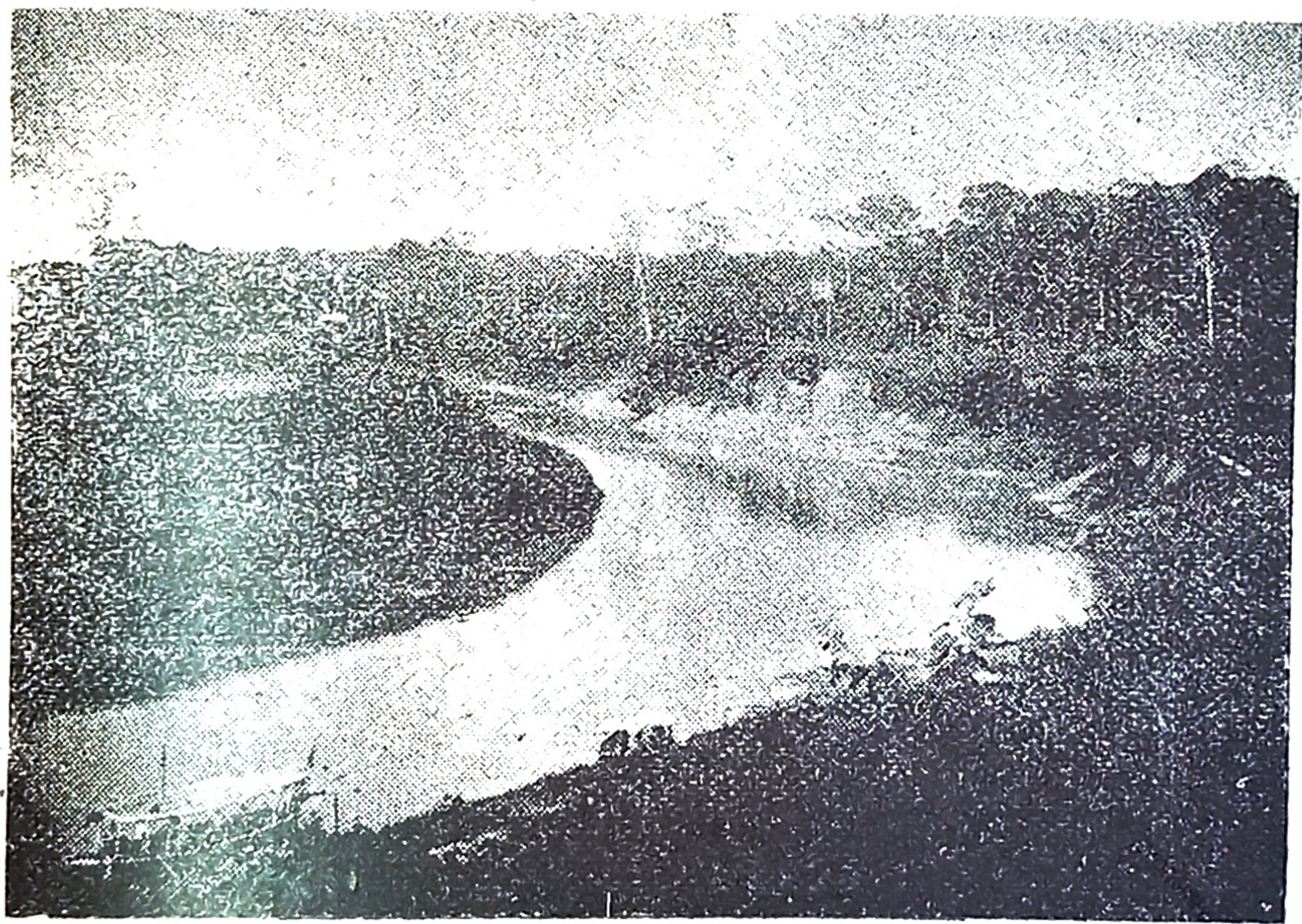
El día 12, dejamos *Rapirrán*, para emprender nuevamente el camino que, a causa del trabajo constante del siringuero, presentaba la selva privada de malezas y menos densa que las desiertas del Beni. Añosos troncos de *sifonia*, mostrábanse a menudo a uno y otro lado, heridos por el *machadinho* y viéndose en algunos la armazón de maderas con que el trabajador pudo alcanzar a la parte superior, con grave perjuicio del árbol, acribillado en su base por la explotación abusiva. Algunas acémilas cargadas de *bolachas* de goma, seguían el mismo rumbo que nosotros hacia la barraca del habilitador o patrón, para entregar el producto y proveerse de víveres en cambio de él.

A medio día pasamos por otra *barraquinha*, perteneciente al brasileño Deodorico, presenciando en ella la agonía de un obrero enfermo de *beri-beri* (de que hablaremos después), con la angustiosa respiración de los últimos y fatigosos momentos de una vida que se apagaba poco a poco. Honda impresión causó en nosotros semejante cuadro, y meditabundos, silenciosos todos, proseguimos la pesada marcha hasta llegar en la tarde a *Gavión*, propiedad de Oliveira y Castro, donde, amablemente recibidos, fuímos invitados a saborear una comida brasileña, en la que el bocado predilecto y componente de los demás platos es la *farinha* (harina de yuca) reemplazando el *pacote* (carne conservada) al *roast beef* de las mesas del interior de la República.

Al siguiente día acampamos en una *barraquinha* del *Iquiry* (afluente del *Ituxy*, que en este punto sólo es un riachuelo), desde donde debíamos seguir los empleados civiles acompañando al Delegado Extraordinario a *Capatará*, mientras el Ministro de la Guerra y su Ayudante, esperaban a los Piquetes "Abaroa" y "Pérez Velasco" para dirigirse a *Empresa*.

A corta distancia del *Iquiry*, está la *barraquinha* "3 de Julho" donde se bifurca el camino hacia los dos puntos que hemos mencionado (*Capatará* y *Empresa*). El sendero que va al segundo, conduce también a *Riosinhe*, que es intermediario y se encuentra, como ellos, a la orilla derecha del Acre.

Después de almorzar mal en la *barraquinha* "3 de Julho", pasamos a *Capatará* el día 14, redoblando la marcha para llegar a ver por fin el río *Acre*, y, por consi-



—¡El Acre!.....

guiente, el término de nuestras fatigosas jornadas por los bosques! Eran las 2 p. m., cuando en las impenetrables frondas empezó a presentarse una claridad hacia el norte, más viva a medida que, avanzando a ella, esperábamos llegar a los pocos momentos a orillas del río. No sé si la idea que habíamos formado del *Acre* fué demasiado exagerada, o el aspecto del río en la época seca

es muy pobre; pero nuestro grito unísono denotó bien claro la desilusión que tuvimos al llegar a sus márgenes.

Antes de entrar en la barraca de *Capatará*, que se encuentra a la orilla y donde nos esperaba el propietario, vamos a describir ligeramente el río.

Como lo hemos visto ya en el Capítulo II, el *Acre* fué descubierto en 1860 por el cearense Manoel Urbano da Encarnacao, que penetró en él por el *Purús*, juzgándolo un canal que podía internarse a los afluentes del *Madera*, salvando así al comercio y la industria de la peligrosa vía de las *cachuelas*. Siguió a éste, en 1865, el geógrafo Chandless, que lo navegó en toda su extensión, informando sobre él a la Sociedad Geográfica de Londres, que lo enviara allí, y al Gobierno de Río Janeiro, que puso a disposición suya una lancha de reducido calado. Pobláronlo, desde 1879, los cearenses, explotando la *sifónia*, que tan rica y abundante se presenta en sus márgenes; y allí, donde apenas se veía alguna choza de los aborígenes, (*pomarys*), álzanse hoy cómodas barracas de madera, coronadas por techos de zinc, y agitan sus turbias corrientes cerca de treinta vapores de 200 a 300 toneladas, que lo surcan durante la época de lluvias, atronando las selvas con el pitear continuo y lanzando al aire sus grandes penachos de humo que se desgarran en las tupidas frondas de la orilla.

El *Acre*, como los dos afluentes del *Orton*, nace en las faldas orientales de la cordillera que corre paralela al *Ucayali* (11° lat. S. y 70° O. de G.) denunciando sus aguas barrosas la existencia de inmensos pantanos que lo originan, y el terreno aluviónico que recorre, con gradiente considerable, en la que su acción niveladora desgasta barrancos y los transporta en sedimento a las playas del *Purús*.

A los 10° 37' 11" lat. S. y 68° 33' 2" O. de G., se

echa en él el río Xapury, (*) y a poca distancia, por la misma banda izquierda, el *Cámara*, caudales con los que se lo encuentra en *Capatará*, para recibir luego el río *Ira-ry*, *Calabria* o *Riosinho*, con su afluente el *Caipora*, (río pobre) a los 10° 2' 44" lat. S. y 67° 51' 26" O. de G. — La línea divisoria con el Brasil lo corta a los 10° 33' 54" lat. S. y 67° 30' 17" O. de G. y recibe, ya en territorio brasileño, las aguas del *Andirá* y luego las del *Antimary*, a los 9° 6' 15" lat. S. y 67° 23' 55" O. de G., todos por la banda izquierda, hasta confluir con el *Purús*, a los 8° 41' 15" lat. S. y 67° 11' 45" O. de G.

Su anchura media es en *Capatará* de 35 metros y su profundidad, en la época de aguas, de seis brazas, reduciéndose su caudal a una décima parte en el tiempo seco. Sus orillas son elevadas, y los barrancos que ellas muestran, se desgastan continuamente, formando farellones desnudos y gredosos.

El *Acre*, incluyendo la sección brasileña, que es mucho menos poblada que la boliviana, tiene unos 16.000 habitantes aunque en opinión de los revolucionarios, se eleva a 25.000. De la cifra anterior, 12.000 corresponden a los explotadores de la goma y el resto, (4.000), a las mujeres y niños.

En el barracón *Capatará* nos esperaba el propietario, Domingo Braga, sobrino del titulado Presidente del Acre, Antonio de Sousa Braga, al que pertenece *Riosinho*. No pasó inadvertida por nosotros la mala impresión y desconfianza que causó en los pobladores del barracón nuestro aspecto exterior, que les manifestaba las penalidades del viaje que habíamos hecho por los bosques.

(*) No está demás para la correcta pronunciación, informar al lector que las palabras terminadas en *y* son agudas, y que *ao* suena como *ou* gutural, *nh* como *ñ*, *lh* como *ll*, *x* como *ch* francesa, y que la *ch* y *j* tienen también pronunciación francesa.

El Delegado Extraordinario fué alojado cómodamente en la casa de dos pisos que ocupaba el dueño, en tanto que los seis empleados civiles que lo acompañábamos, nos dirigimos a una habitación reducida y pobre, para colocar nuestras hamacas entre las innumerables que existían en ella, destinadas a los trabajadores del barraçón.

A invitación del señor Braga, pasamos en la tarde a comer en su compañía y la del Delegado, el Secretario señor Jordán y el que este libro escribe, encontrando alrededor de la mesa, además de los citados, a la esposa del propietario, al administrador del barraçón y a un individuo extraño que había sido colocado junto al Delegado Extraordinario.

Contaba este último unos 28 años de edad; era de pequeña estatura, de fisonomía enérgica,

con ostentación de insolencia la vez que mediaba en la conversación, procurando siempre que ella girase sobre la situación del *Acre*. Era su nariz aguileña y su tez ligeramente cobriza; un delgado bigote cubría en desorden su labio superior, y algunos mechones de su cabello negro caían sobre su frente. Sus ojos garzos, sostenían una mirada firme que se dirigía constantemente a nosotros.

La conversación, que en los primeros momentos se



Un barraquero brasileño con dos "fregueses" negros

redujo a negocios comerciales que se practicaban en el *Acre*, el precio de la goma, la carencia de víveres en ese tiempo, etc., bien pronto versó sobre la política internacional, rematando, al terminar la comida, en los pretendidos derechos del Brasil sobre esa región y el movimiento separatista.

El desconocido tenía palabra fácil y medianas condiciones oratorias, y se expresaba así:

—Vuecencia se engaña al juzgar que la revolución está terminada. Es tal la importancia comercial del *Acre* en el Pará y Manaos, que todas las casas habilitadoras que poseen grandes intereses en esta región, no podrán menos que ayudar a sus habitantes e influir poderosamente ante el Gobierno Federal mismo, exigiendo de él la intervención armada para proteger al comercio brasileño, ya que, por un escrúpulo fútil, se cree precisado a respetar un tratado incorrecto.

—Demostrados ya—repuso el Delegado—están los derechos de Bolivia sobre estas zonas que siempre le pertenecieron, y si por imperdonable error, cedió ella con el tratado de 1867 los inmensos territorios que poseía al sud de la latitud 6° 52' (punto medio del Madera) (*) no por eso ha de abandonar hoy un palmo más de terreno a la codicia de unos cuantos industriales, cuyo derecho ni el Brasil reconoce.

—Permítame Vuecencia que mi opinión, apoyada en la demostración clara que hace el señor Cerzedello Correa, sea contraria.

—De esa misma demostración sofística, resultan más afirmados aún los derechos de mi patria.

(*) Tratados hispano-portugueses de 1750 y 1777.

—No lo creo así. La parte segunda del artículo 2.º del tratado de 1867, determina que la línea de frontera sea una *paralela* tirada desde el marco del *Madera*, y Vucencia comprende perfectamente bien, que ésta no debe ser una *oblicua* hacia el origen del *Javary*, sino que, siguiendo siempre por la latitud 10° 20', debe rematar en el meridiano de dicha naciente, dejando así para el Brasil el gran triángulo que los revolucionarios del *Acre* pretenden.

—Este es, cabalmente, el sofisma de Cerzedello Correa—repuso sonriendo el señor Delegado.

—Esta es la justa interpretación del tratado. Otra cosa es (y me es doloroso confesarlo) que los diplomáticos bolivianos, han sabido sorprender la *buena fé* de nuestra Cancillería. Me refiero al Protocolo Medina-Carvalho, de 1895.

—Juzgo innecesario exponer los derechos de mi país: pero, lamentando ideas erróneas, voy a establecer la verdad de los hechos. El tratado de 1867, no podía quedar por más tiempo sólo escrito, y para llevarlo a la práctica, nuestro Ministro en Río, don Federico Díez de Medina, solicitó la demarcación de la frontera, una vez que la Comisión mixta peruano-brasileña fijara la naciente del *Javary* en 1874, (río *Jaquirana* 7° 1' 17" 5): pero, como el Coronel Thaumaturgo de Azevedo afirmara que los cálculos eran erróneos, el gobierno del Brasil solicitó la nueva demarcación de la naciente del *Javary*. Entonces fué que el señor Cunha Gomes, Sub-jefe de la comisión Thaumaturgo, demostró que la naciente se encontraba más al sud (7° 11' 48" 10) y que el Estado de Amazonas perdía con el Protocolo Medina-Carvalho, 242 leguas cuadradas de territorio. Hoy no es otra la pretensión del Brasil, y creo que los dos gobiernos arreglarán

definitivamente el asunto, procediendo a una nueva demarcación. (*) (Véase el mapa publicado en el Apéndice.)

—De todos modos, los brasileños no podemos dejar de querer al Acre; en él hemos dejado un cadáver debajo de cada árbol de goma, y Vuesencia debe disculpar el calor con que defendiendo la cuestión, por puro patriotismo.

Una sonrisa nuestra recibió las últimas palabras, y terminada la discusión, nos retiramos a nuestros alojamientos.

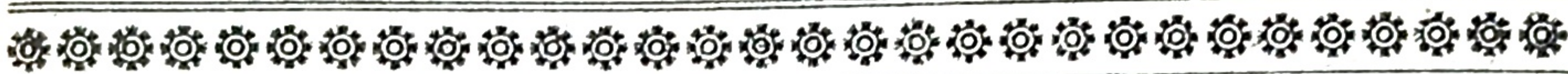
Al amanecer del siguiente día, preguntó el Delegado por el desconocido, respondiéndole un obrero que lo había visto partir en su bote con los primeros albores.

El desconocido era Gentil Tristán Norberto, que encabezó después la revolución del Acre.

(*) La verdadera naciente del *Javary*, según la demarcación definitiva practicada últimamente, está a los 7° 6' 55" 3 Lat. S. y 73° 47' 30" 6 O. de P.

La "bolacha" de goma mide 40 cms. de diámetro





CAPITULO XVIII.

La Revolución de Bagazo o Fortaleza

El día 15 permanecemos en *Capatará*, para continuar el viaje por el río al siguiente, acompañados por el señor Braga, que gobernaba el pequeño bote en el que difícilmente cabíamos todos. Algunos víveres comprados en el barracón, llevábamos a *Empresa*, para los piquetes, en previsión de que el Ministro no hubiese podido conseguirlos allí.

Después de siete horas de navegación, llegamos a la boca del *Riosinho*, habiendo pasado por las barracas *Guarany*, *Nitheroy*, *Benfica*, y *Distracción*, que se encuentran sobre la margen derecha, y *Paraíso* (punto al que llegó el Coronel Pando en su primera exploración, cruzando los bosques desde *Puerto Rico*, en el *Tahuamanu*), *Issa*, *Flor de Ouro* (al que arribó el Coronel Labrea en 1887, partiendo del río *Madre de Dios*) y *Pavao*, sobre la orilla izquierda. Entre esta última barraca y *Riosinho*, se encuentra la *cachuela* de este nombre, visible sólo en tiempo seco. Su existencia es debida, en opinión de los pobladores, a que el río, que formaba en ese sitio

una gran curva, convertida hoy en un pantano próximo a *Riosinho*, abrióse paso más directo, evitándola y aumentando, por consecuencia, su gradiente en el corto espacio del nuevo curso. Veloz pasó nuestro bote por la rompiente, y a los pocos minutos saltábamos a tierra, para alojarnos en la barraca perteneciente al portugués Días, situada entre ambos ríos y teniendo a su frente (margen derecha del *Acre*) el barracón *Riosinho*, propiedad del señor Antonio de Sousa Braga. En este último habíanse construído dos pequeños galpones para cuarteles, y se notaban algunas trincheras de greda y *bolachas* de goma que dominaban el río.

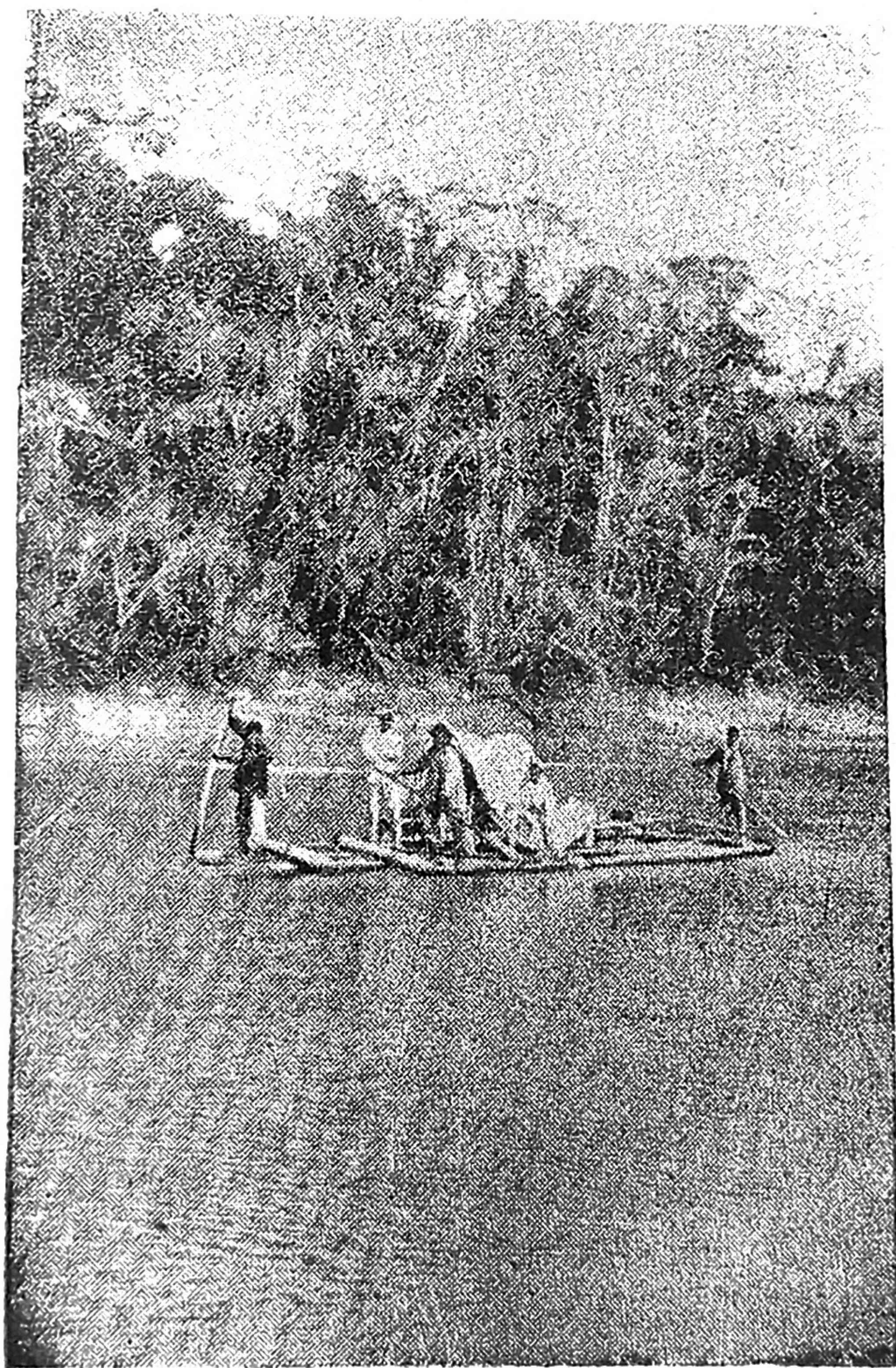
El señor Días, nos hospedó amablemente y se brindó a acompañarnos a Empresa. El siguiente día nos detuvimos en *Riosinho*, habiendo cruzado el río en la mañana, invitados por la señora Francisca viuda de Streim y sus simpáticas hijas a almorzar en su casa, inmediata a la del señor Braga, para seguir el viaje a las dos horas, pasando por *Nova Empresa* (orilla izquierda) y luego por *Amapá*, situado sobre la margen derecha y *Bagé*, sobre la opuesta, a corta distancia más abajo.

A horas 6 y media p. m., llegamos a *Volta de Empresa*, donde se encontraban ya, desde medio día, el Ministro de la Guerra y las fuerzas y empleados que hicieran el viaje por tierra, y de los que nos separáramos en la *barrquinha* del *Iquiry*.

Instalados los piquetes "Abaroa 2.º" y "Pérez Velasco" en las diversas habitaciones que rodean el barracón perteneciente al alsaciano León Hirsch, y alojados por este último el Delegado Extraordinario y el Ministro de la Guerra, resolvióse que las fuerzas militares quedasen de guarnición en ese punto, a órdenes del Teniente Coronel Baldivieso y del Médico de la Delegación Extraordinaria doctor Aranibar, en tanto que los dos jefes superiores se-

guían a los dos días el viaje a *Puerto Acre*, para estudiar con el Delegado Muñoz la situación política de la zona y acordar las medidas que ella reclamase.

El Delegado, en compañía de su hijo y de su Secretario, ocupaba una pequeña embarcación en la que se di-



Una "jangada" o balsa

rigía al *Purús* una señora relacionada de la que nos invitara a almorzar en *Riosinho*; y el Ministro de la Guerra,

con sus dos ordenanzas y el guía Vidaurre, embarcóse en un bote comprado en el barracón.

La falta de otras embarcaciones nos obligó a Schuhkrafft y a mí a construir una balsa rústica llamada *jangada* en la región; y, colocados nuestros equipajes a cierta altura, libres de la humedad, embarcámonos en ella el día 19 de octubre, a merced de la corriente, que constantemente amenazaba destrozar la balsa contra las palizadas y recodos de la orilla.

Tan curioso medio de traslación (tres millas por hora), no podía mantenernos próximos a los botes que ocupaban el Delegado y el Ministro, a quienes perdimos de vista a los pocos minutos de la salida.

Los rayos del sol del medio día quemaban nuestros rostros, y el calor sofocante nos obligaba a menudo a desnudarnos, para sumergirnos en el agua, siguiendo de cerca a la *jangada*, que girando constantemente a merced de los remolinos, pasaba tranquila ante los bosques seculares y ante algunas barracas de la orilla desde las que nos dirigían los pobladores diversas preguntas en lengua portuguesa.

Así, avistamos durante el día las barracas *Empresa*, *Panorama*, y *Santa Ana* (orilla izquierda), *Liberdade* (derecha), *Progreso de Catuaba* y *Bon Futuro* (derecha), *Nova Vista* (izquierda), *Vista Alegre*, *San José* y *Nova Olinda*, (derecha), desembarcando en esta última para pasar la noche, hospedados por un brasileño que nos aseguró que al siguiente día íbamos a ser detenidos en una de las barracas próximas, donde se preparaba una fiesta. Anunciónos él mismo, que el Delegado y el Ministro debían ya a esas horas encontrarse en la invitación.

Ninguna sospecha asomó a nuestros ánimos, y en la madrugada del día 20, dejamos al amable dueño de la barraca para continuar el viaje, pasando después de una

hora por *Baixa Verde* (derecha), y luego por *Apihy* (izquierda), y arribando a *Bagazo* o *Fortaleza* (derecha), a las 9 a. m., intimados a desembarcar por varios hombres armados que ocupaban la cima de los barrancos desnudos, sobre los que se alzan las diversas habitaciones del caserío, relativamente importante en la región.

Despojados de dos carabinas Winchester, que llevábamos para cazar en la navegación, nos condujeron a la casa principal, en cuyo segundo piso encontramos al Delegado y al Ministro, rodeados por algunos brasileños, que conversaban en secreto, divididos en pequeños grupos.

A los pocos momentos, apareció sonriendo amablemente el proclamado Presidente del Acre por la nueva revolución. En él reconocí al personaje de *Capatará*,—a Gentil Tristán Norberto...

La prisión de los dos jefes se había realizado al anochecer del día anterior, a gran distancia de *Bagazo*. Transcribo enseguida la relación que del suceso hace el Ministro en su informe al Gobierno, como Comandante en Jefe de las fuerzas pacificadoras:

“Ni el señor Velasco ni el suscrito (el Ministro), encontraron el menor inconveniente al pasar por *Fortaleza* ni notaron tampoco el más leve indicio que hiciera sospechar la existencia de trabajos subversivos. Probablemente, los agentes del improvisado caudillo, desconfiaron de la acción de éste y no se atrevieron a ejecutar la orden de prisión que había dejado, aunque conviene tenerse en cuenta, que el señor Velasco tampoco había encostado en *Fortaleza*.

“Fué, pues, motivo de sospecha para Gentil Norberto, encontrar al señor Delegado Extraordinario, navegando abajo de *Colibrí*; pero, como iba ya en actitud revolucionaria, mandó atracar su batelón a la canoa de aquél y después de cambiar algunas frases que revelaban lo

ocurrido en *Boa Unión*, lo invitó a saltar a tierra para celebrar una conferencia.

“A muy corta distancia había una casucha deshabitada. Saltaron a tierra y se dirigieron allí. Como era natural, la conferencia no dió otro resultado que la prisión ya acordada, y la protesta enérgica del señor Velasco, a quién, después, se hizo embarcar en el batelón de Gentil Norberto para llevarlo a *Fortaleza*. En cuanto a la canoa que tenía a su servicio, se había dispuesto que continuara bajando hasta *Boa Unión*, donde debía quedar detenido el Secretario de la Delegación don Enrique Jordán Soruco.

“Regresaba, pues, ya preso el Delegado Extraordinario, cuando en una de las vueltas del río aparecieron de improviso la canoa en que bajaba el suscrito y el batelón de Gentil Norberto, que tenía izada en la proa una hermosa bandera. Los remeros de la canoa creyeron reconocer en ella los colores del pabellón boliviano, ilusión que luego se robusteció al ver a bordo al Sr. Velasco. Ambas embarcaciones se aproximaban, cediendo instintivamente, más que a otro impulso, a una como atracción recíproca, e instintivamente también pararon al encontrarse. Gentil tenía en la mano una pistola Mausser, y todo su personal estaba armado con rifles Winchester. Al atracar la canoa junto al batelón, indicó a los remeros que viraran para atrás, mientras José Felipe, bastante borracho, convidaba al suscrito a beber, alargándole una botella que no fué recibida, porque en ese mismo momento viraba la canoa y el Sr. Velasco, contestando a una muda interrogación, decía: Estos señores nos imponen.

“Todo esto y el apartamiento de las embarcaciones, separadas rápidamente por la corriente del río, pasó, quizá, en menos tiempo que el que se emplea en referirlo.

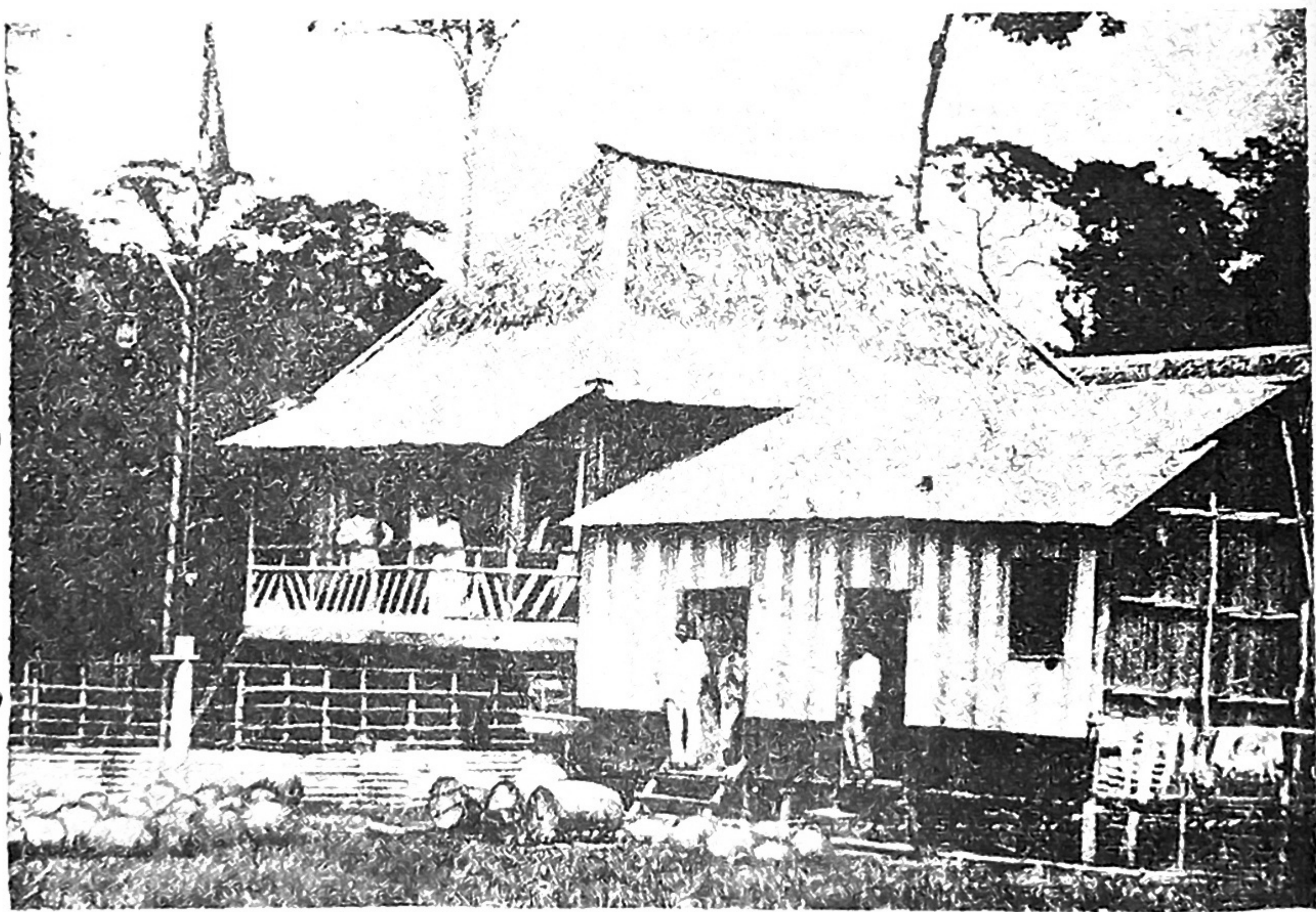
“La canoa y el batelón volvieron a reunirse en la orilla opuesta a la que en que antes estuvieron. Enton-

ces el suscrito ordenó a sus tripulantes que dejaran de remar y se negó a seguir al batelón. Viendo esto, José Felipe y los suyos, amenazaron rifle en mano a dichos tripulantes, intimándoles a navegar río arriba. A la vez Gentil Norberto, apuntando su pistola, decía al que esto escribe, que desistiera de toda resistencia si quería evitar desgracias inútiles. Algo que no sabría explicar cruzó por mi espíritu al considerar tan amarga realidad: Fué miedo o tribulación? No sé; pero era imprescindible ceder y cedimos sin proferir una palabra. Poco después se me interrogó tratando de averiguar mi nombre y la clase de funciones que desempeñaba, a fin, decían, de darme el trato que correspondiera a mi cargo. Me negué a contestar, y aunque lo sospecharon, sólo supieron por mis labios quién era, cuando, en el momento de operar la reacción con los mismos elementos de Gentil Norberto, me dirigí al grupo revolucionario". (Informe del Ministro).

Vigilados de muy cerca todos nosotros, no podíamos internarnos en el bosque y vagábamos entre las moradas de Bagazo, examinando los preparativos de la revolución que hasta entonces contaba sólo con 60 hombres.

Entre los principales jefes, estaba, además de Gentil T. Norberto, Hipólito Moreira, (Ministro de Guerra en la revolución de Gálvez, que era uno de los propietarios de *Bagazo*, y tenía a la sazón cerca de 35 años de edad) hombre que inspiraba confianza en sus manifestaciones sencillas; pero, como lo probó después, juguete de iniciativas de cualquier género, que aceptaba su carácter débil, olvidando compromisos adquiridos y protestas de adhesión. Seguía a éste Silvestre Monteiro, joven de 28 a 30 años, alto, flaco, casi zambo, con ojos grandes y de mirada incierta. Al ver su aspecto, no se podía dudar de que era él uno de tantos individuos que se alucinan a sí propios, forjándose hazañas de las que es incapaz un es-

píritu cobarde. Pero el tipo más interesante entre todos, era José Felipe da Silva, de más de 50 años de edad, que sobaba constantemente sus largos bigotes canos y afianzaba sobre su frente una gorra militar, asiéndola de la visera. Su voz era cavernosa, se paseaba ante los *fregueses* como un general ante la línea de su ejército, renegando contra todos los barraqueros que no acudían, como él, a afrontarse al *danado* boliviano!... ¡Qué se dijo de cobardes! Era preciso escarmentar al *invasor* y darle pruebas del heroísmo brasileño!...



Una barraca próspera del Acre, teniendo listas para embarcar las "bolachas" de goma

Los demás barraqueros comprometidos por Gentil, no habían concurrido a la cita, y temiendo que acudieran en nuestro auxilio las fuerzas que dejáramos en *Empresa*, o la Delegación Muñoz que se encontraba en *Puerto Acre*, el titulado Presidente mandó disponer su

embarcación para hacer una recorrida por el río y obligar a todos los pobladores a tomar parte en la revolución, una vez presos, como estaban, los dos jefes superiores de las fuerzas pacificadoras.

El Delegado y el Ministro ocupaban una habitación en el extremo norte del caserío, y nosotros fuimos destinados a un miserable galpón del extremo opuesto. Visítábanos con frecuencia algunos trabajadores que, armados de carabinas Winchester, y procurando demostrar siempre un aire marcial y una fisonomía feroz, no causaban en nosotros otra manifestación que una sonrisa mal disimulada.

Ante semejante situación, el Ministro de la Guerra resolvió intentar una evasión, acompañado de su ordenanza, para dirigirse por tierra a *Empresa* y atacar *Bagazo* con las fuerzas que dejáramos en ese punto.

Volvió de su excursión Gentil T. Norberto al día siguiente, y con gran sorpresa nuestra, el aspecto amenazador de los revolucionarios convirtiéndose en cumplimientos, al extremo de que en la tarde, un pobre trabajador obsequiónos dos botellas de vino Vermouth.

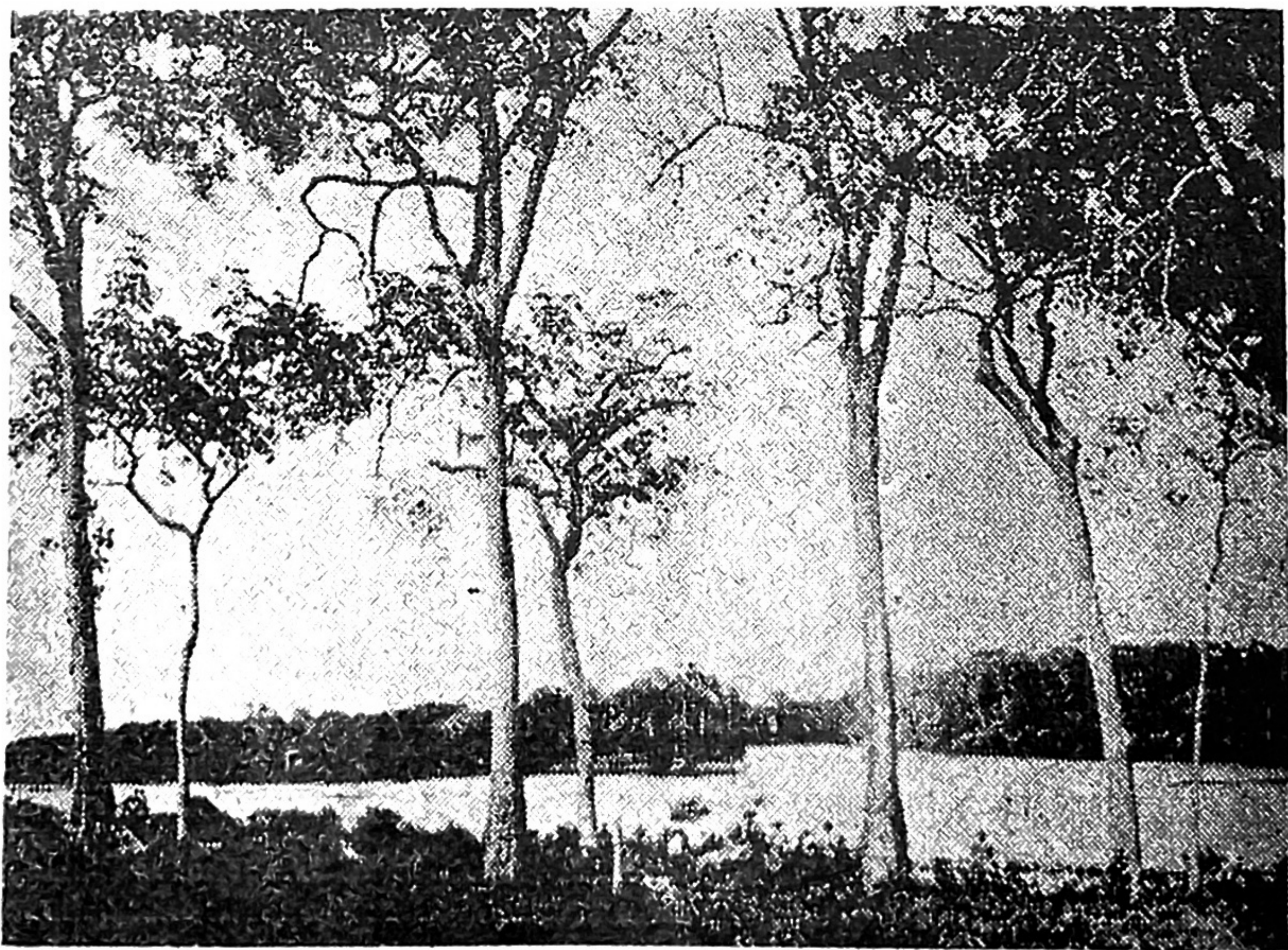
El Delegado y el Ministro, con sagacidad y tino, habían logrado, desde los primeros momentos de su prisión, hablar a algunos de los jefes sobre la inutilidad del movimiento, asegurándoles la consideración del Gobierno de Bolivia, que no deseaba otra cosa que el progreso de esas ricas regiones, al amparo de una administración justiciera. Esta labor, junto con la descepción sufrida por Gentil, provocaron una reacción y, por consiguiente, la ruptura entre unos y otros, a tal punto, que el *feroz* José Felipe vociferó colérico que si él pudiese conseguir 25 soldados bolivianos, nunca se rendiría.

En la tarde, reunidos los jefes de la revolución, se dirigieron a la habitación del Delegado Extraordinario

y del Ministro de la Guerra, para ocupar ordenadamente los asientos colocados de antemano alrededor de una mesa. Gentil T. Norberto rompió el silencio, expresándose poco más o menos así:

—Al dirigirme a V. E., no voy a culpar a ninguno de mis compañeros por la revolución última. Yo acepto toda la responsabilidad del hecho, y si estos señores han abandonado su bandera al ver el brillo de 300 bayonetas bolivianas, no por eso dejaré de pensar como pienso. Al concluir, pongo en manos de V. E. este pliego de condiciones que mis colegas firman al deponer las armas.

(Dichas condiciones eran la amnistía, el respeto de la propiedad, respeto del matrimonio civil, etc.)



Gigantescos árboles de goma elástica

El Delegado Extraordinario ofreció, a nombre del Gobierno, olvidar el movimiento revolucionario, asegurando que las leyes bolivianas amparan los derechos que

los pobladores del *Acre* juzgaban desconocidos por ella. Dió a conocerse luego el Ministro de la Guerra, en su alto cargo de Comandante en Jefe de las fuerzas pacificadoras, concluyendo su alocución con estas palabras:

—Las fuerzas que el Gobierno envía a estas regiones, son vuestra propia garantía. No es su misión despojaros de cuanto poseéis en justicia en estos territorios; ni ensangrentar una región a la que Bolivia procura, más bien, atraer mayor número de inmigrantes. Pero no por esto el Gobierno ha de dejar de castigar enérgicamente cualquier movimiento subversivo que tienda a separar un palmo del territorio nacional para beneficiar a un grupo de aventureros.

Un caluroso aplauso recibió estas últimas palabras. La sinceridad y la energía se imponen; Gentil Tristán Norberto salió de la habitación, y dirigiéndose inmediatamente a su bote, se alejó por el río.

Al amanecer del día 23, salimos de *Bagazo*, despedidos por salvas y vítores de los pobladores; y siguiendo como antes, detrás de los botes del Ministro y el Delegado en nuestra *jangada*, pasamos a los pocos minutos por *Cajueiro* (derecha) después de una hora por *Colibrí* (izquierda), y a la 1 p. m. arribamos a *Boa Uniao*, habiendo dejado media hora antes *San Leopoldo*, ambas barracas situadas sobre la orilla izquierda. En *Boa Uniao*, propiedad de José Felipe, flameaba nuestra bandera, reemplazando a la revolucionaria que se había colocado días antes para efectuar la prisión de los dos jefes superiores. José Felipe no se cansaba de blasfemar durante el almuerzo, condenando las imprudencias de los brasileños, que en una *brincadeira* (diversión) adquieren sólo el coraje, debido a la *cachasa* (aguardiente de caña). El prometía no volver a tomar parte en ningún otro movimiento, y como prueba de ello, dictó con voz

estentórea un amenazante cartelón que hizo fijar en el palo de la bandera, contra cualquier individuo que, al llegar a su barraca, le propusiese siquiera conspirar contra la administración boliviana.

A las 2 p. m., nos separamos de José Felipe, dejando en ese punto nuestra *jangada*, para ocupar los nuevos botes del Ministro y el Delegado, y a la media hora pasábamos por *Uniao* (derecha), para llegar al anochecer a *Humaitá* (derecha), donde fuimos muy bien recibidos por la señora Fortunata, esposa del señor Antonio Leite Barbosa, que tantos servicios tiene prestados al país desde la ocupación Paravicini, habiéndose distinguido siempre por su fidelidad a Bolivia.

La señora Fortunata de Leite Barbosa, contaba unos 45 años de edad, obesa y de pequeña estatura. Es de nacionalidad paraguaya, y su carácter enérgico supo siempre hacerla respetar por los brasileños del *Acre*, entre los que es muy aborrecida. Ella, al saber la prisión del Delegado y el Ministro, por el guía y el soldado que habían logrado fugar en momentos de la captura para dirigirse hasta Puerto *Acre* a dar parte de lo ocurrido al Delegado Muñoz, ofrecióles una embarcación bien tripulada, mientras se disponía a defenderse de cualquier ataque de los revolucionarios, a la cabeza de su gente.

Proseguimos la navegación el día 24, pasando a los pocos momentos por *Curupaithy*, perteneciente también a la señora Barbosa, y luego por *Gloria* y *Extremo de Gloria*, situadas, como la barraca anterior, sobre la margen izquierda. Más abajo, y sobre la opuesta, se encuentran *Boa Sorte* y *Bon Destino*, ésta última, residencia del Cónsul interino del Brasil Joaquín Domínguez Carneiro (Ministro de Hacienda en la revolución de Gálvez); la bandera brasileña flameaba entre los matorrales del barracón, permaneciendo el edificio casi oculto.

A medio día, un toque de corneta nos anunciaba la presencia de una fuerza militar, y descubrimos luego, sobre la banda izquierda, nuestra enseña tricolor enarbolada en algunos batelones atracados a la orilla mientras formados con todo orden, 100 hombres de la Delegación Muñoz, (Piquetes "Abaroa 1.º" y "Cochabamba"), coronaban los barrancos de *Floresta*, a donde habían llegado, para esperar en ella el resto de las fuerzas y dirigirse todos a sofocar la revolución de *Bagazo*.

Nos recibieron los vítores, las dianas y otras manifestaciones de entusiasmo; y diversas preguntas y noticias sonaron confusas, mientras abrazábamos uno a uno a nuestros valientes compatriotas que acudieran al *Acre* antes que nosotros.

Nuestra presencia les anunciaba que no era necesaria ya la marcha a *Bagazo*, y después de almorzar en *Floresta*, zarpamos todos, pasando a la media hora por *San Gerónimo* (derecha), para llegar después a Puerto *Acre*, donde se disponía el Delegado Muñoz a salir en nuestro auxilio con el resto de la fuerza y la que despachara en la mañana.

La pacificación del *Acre* parecía nuevamente asegurada.



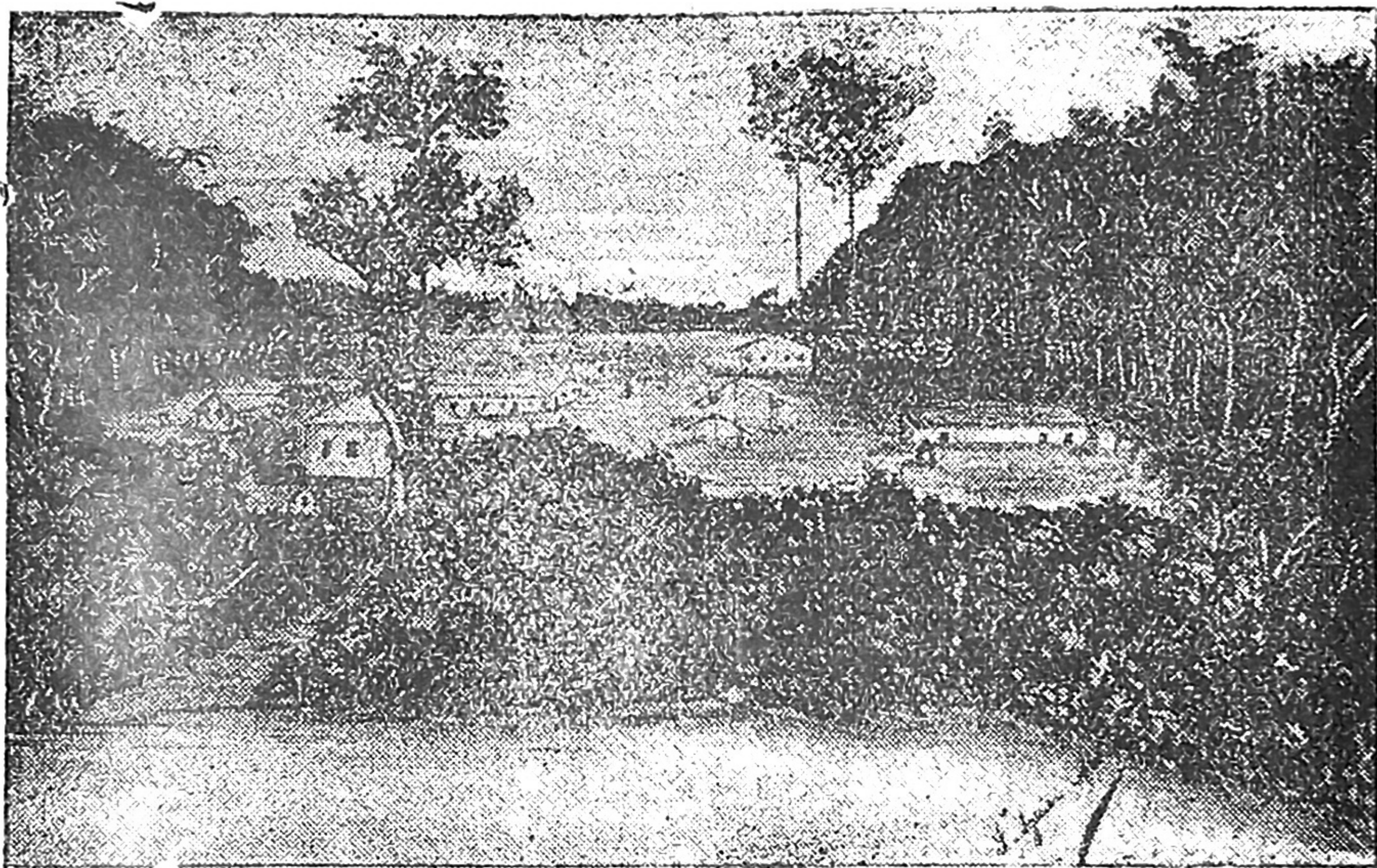
CAPITULO XIX

Puerto Acre. — El Delegado Muñoz y la Guarnición

Puerto Acre — antes puerto Alonso — fué fundado sobre la margen izquierda del río, el 3 de enero de 1899, por el doctor José Paravicini, Ministro Plenipotenciario de Bolivia en el Brasil y Delegado del Gobierno para ocupar esos territorios, instalando la primera aduana boliviana en el Noroeste, en tanto que por tierra avanzaban desde el interior de la República al mismo punto, el Delegado doctor Juan Francisco Velarde a la cabeza del Personal Civil, y el Sargento Mayor Gamarra con 50 soldados por el Alto Tahuamanu y el Alto Acre.

La revolución del 14 de julio del mismo año, encabezada por el español Luis Gálvez Rodríguez de Arias, arrojó del Puerto a los pocos enfermos que aún lo guarnecían, y para alucinar al pueblo mostrándole un porvenir ficticio, colocáronse sobre los pocos edificios de palma algunos cartelones con los nombres de plazas (*Largo 14 de Julho, etc.*), y calles (*Rua Ceará, Brasil, etc.*),

y reduciéndose únicamente la mejora del caserío a la construcción del llamado *Palacio de Gobierno*, que ocupaba entonces el Delegado Muñoz.



Puerto Acre en 1900. — Dibujo del natural hecho desde la margen opuesta, por el autor de este libro

Puerto Acre, está edificado sobre el plano inclinado que forma un barranco de 33 metros sobre el nivel del río en su mayor bajante, con una gradiente media de 20 por ciento. El terreno es gredoso con partículas de *canga* (arenisca arcillosa) la que acusa la formación reciente y variable de las orillas del Acre.

Las lluvias abren en dicho plano inclinado, profundos zanjones por los que se filtran las aguas de la montaña que cubre la altura, formando varios manantiales de agua impura a causa de la putrefacción de hojas y raíces en su curso subterráneo que no permite la purificación al soplo del aire libre. Las crecientes del río, que suben

hasta los 12 metros sobre el nivel más bajo, desgastan continuamente los barrancos *desmontados*, amenazando destruir las edificaciones próximas a la orilla, y reformando constantemente la curva que forma el río al rodear la pequeña prominencia por el noreste.

Al desembarcar en el puerto, nuestra desilusión fué completa. Subimos difícilmente por los barrancos, hasta llegar a la diminuta garita, tras de la cual y a mayor altura, obedeciendo a la inclinación del plano, se encontraba la Aduana, convertida en almacén de provisiones de la Delegación Muñoz. Doblando el ángulo meridional de este último edificio, se descubría una plazoleta inconclusa rodeada apenas (contando por el extremo sud en la orilla del barranco) por la Capitanía de Puerto, el Cuartel del "Cochabamba", el del "Abaroa 1.º", la Comisaría de Guerra, y la Jefatura de E. M., — cuatro miserables edificaciones que forman un ángulo recto, teniendo frente a su vértice la Aduana ya mencionada. Cruzada esta plazoleta, nos dirigimos al Palacio de Gálvez que se alzaba al extremo oeste del caserío, dominando desde mayor altura las demás construcciones rústicas que no pasaban de diez habitaciones diseminadas, mostrándose aislado hacia el norte, el cuartel de la "Columna del Noroeste".

El llamado Palacio de Gálvez, era una reducida barraca, muy inferior a cualquier otra que se vé en las orillas del Acre, perteneciente a algún rico barraquero. Elevábase su piso a la altura de un metro poco más o menos, al estilo de las construcciones de la región, y sus paredes de troncos de palma divididos longitudinalmente, la habrían expuesto como a las demás habitaciones, al sol y la intemperie, si un lienzo blanqueado y lleno de inscripciones no forrase el interior de sus pequeños compartimentos. Una pequeña escalera daba acceso al edificio

conduciendo al salón que, entapizado por ordinaria tela, ostentaba, rústicamente dibujado en su muro occidental, el escudo de armas de la revolución con la siguiente inscripción a su centro: — "*Patria e Liberdade*", y teniendo la bandera brasileña a su costado izquierdo, mientras que en el derecho se veía la de la revolución con los mismos colores que la anterior, — amarillo y verde — separados diagonalmente, y luciendo una estrella roja próxima al asta de la bandera. Coronaban el escudo, la testa de la Libertad con el gorro frigio, algunos laureles y la fecha de la revolución separatista—"14 de Julho de 1899"— Sobre las seis puertas y ventanas de la habitación leíanse, indicando los territorios y límites del nuevo Estado y obedeciendo a una orientación irregular, los siguientes nombres: — "*Aquiry*", — "*Purús*", — "*Yacu*", — "*Jurua*", — "*Beni*", — "*Gálves*". Un tapete verde, que había servido en otro tiempo para el juego de la ruleta, cubría la única mesa que se veía en el aposento, y una carta geográfica de los E. E. U. U. del Brasil, era el solo cuadro colgado en la pared.

Desde este salón pasábase a una diminuta pieza ocupada entonces por el Delegado Muñoz, y por la puerta inmediata, a un corredor estrecho que conducía a los dos cuartos donde estaban la Secretaría y el Botiquín, y a la cocina ligada al edificio por un puentecillo o corredor rústico.

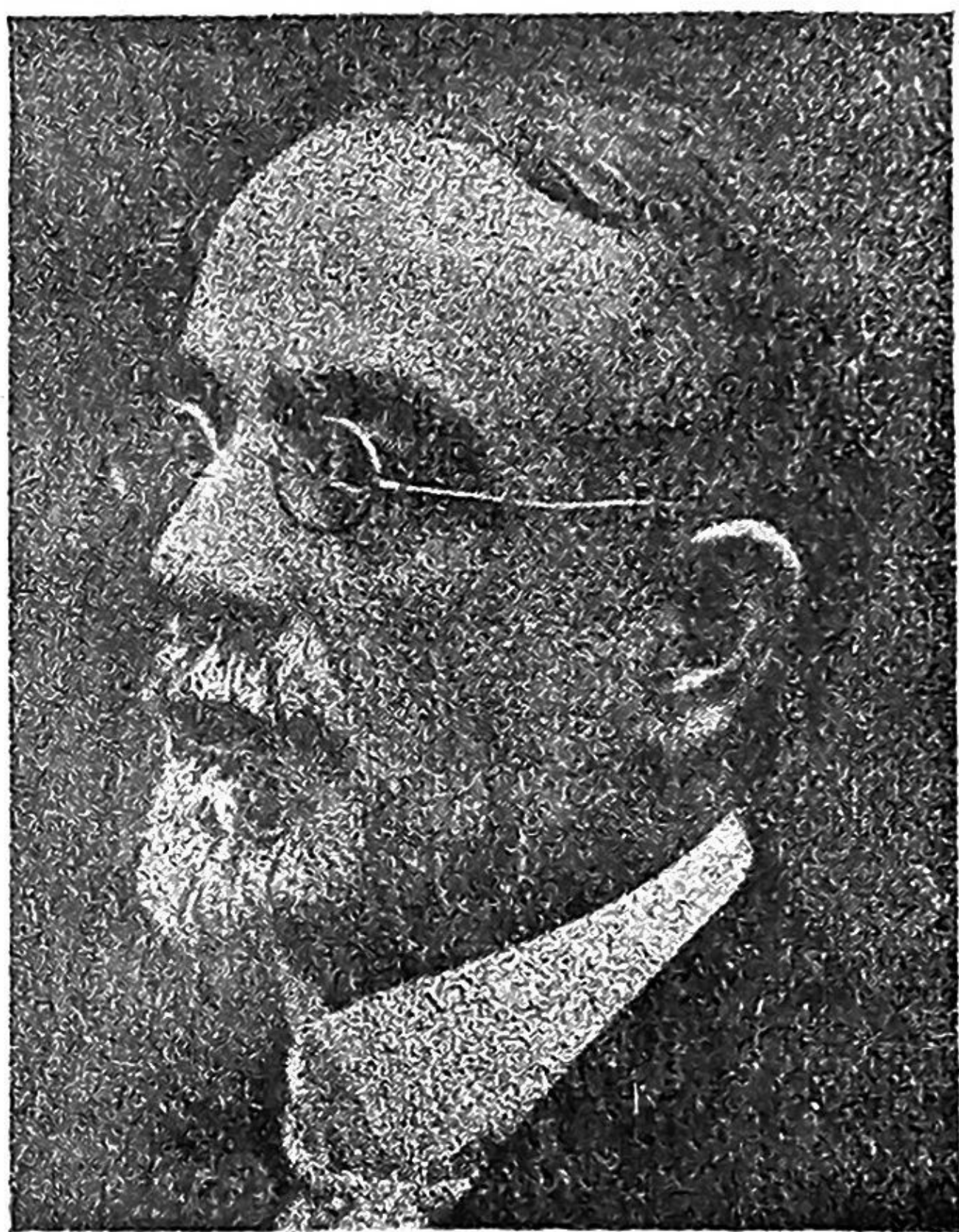
El planalto, que se elevaba a 33 metros sobre el nivel más bajo del río y tras de las edificaciones que sólo ocupaban la barranca, estaba cubierto de bosque, y, únicamente algún sendero penoso y estrecho, conducía a su seno para la consecución de maderas y otros materiales.

Un arroyo pobre, originado tras del Palacio de Gálvez, limitaba el claro de bosque hacia el norte, y otro,

que nacía al otro extremo, se perdía entre las frondas de la selva que cubrían la parte inundadiza del sud.

El río Acre, mide en esta parte 65 metros de ancho y la selva impenetrable encapota la banda opuesta, baja y poco apropiada para edificaciones que destruirían las grandes crecientes. El monte denso no permitía descubrir desde las habitaciones del Puerto más de 300 metros hacia el sud y medio kilómetro hacia el norte.

El Delegado, doctor Andrés S. Muñoz, tenía entonces cerca de 40 años. Su organización privilegiada, con una vida austera, hacía de él un hombre capaz de resistir las más penosas campañas comunicando brío y entereza a todos sus compañeros en el infortunio. Con inflaqueable firmeza había llegado a aquellas regiones, apareciendo en el Acre, por donde jamás lo sospecharon los revolucionarios considerándose seguros entre las murallas de los bos-



Andrés S. Muñoz

ques en los que por las noches sólo se escucha el rugido del *jaguar* y el chasquido de su cola al azotar las ramas como temido soberano de las selvas de América. Muñoz había practicado sus estudios de medicina en la capital del Perú y era hijo del doctor Mariano Donato Muñoz, Ministro del General Melgarejo que suscribió el tratado de 1867, cediendo al Brasil gran parte de aquellas mismas zonas a las que el hijo acudiera después con tanta abnegación y patriotismo. Sus ojos grandes y negros tienen una expresión firme a la vez que dulce; sus cejas son

muy pobladas y se unen dando un sello de energía a su rostro, que en el marco de una barba de ébano, resalta por la blancura de su cutiz; su nariz es recta y corta; su boca grande y sus labios rojos y gruesos. Es de mediana estatura y de buena complexión.

Nos recibió el Secretario de la Delegación doctor José Zarco, que se encontraba muy enfermo; joven débil y delicado que por vez primera había dejado el bufete, para acudir en defensa de la patria, revelando un espíritu superior al desempeñar la comisión que recibiera en compañía del ingeniero Enrique F. Cornejo, como lo hemos visto en el capítulo XV.

El doctor Luis Viaña, Médico de la Delegación, que había hecho sus estudios en Buenos Aires, para conseguir en su país la justa reputación que tiene, y que frisaba en los 35 años, es de pequeña estatura y de constitución delicada.

El señor Miguel García Otero, que por ausencia del señor José Montes, comisionado para comprar víveres en el Pará, se había hecho cargo de la Comisaría de Guerra, mientras se instalase la Aduana, de la que era 1er. Vista, contaba cerca de 45 años y se encontraba todavía muy extenuado a consecuencia de una fiebre del Beni.

Emilio Fernández Molina, Intendente y Capitán del Puerto, vivía en la habitación más avanzada hacia la orilla. De carácter enérgico, de nobles sentimientos patrióticos, había ofrecido sus servicios a la Delegación en Riberalta, distinguiéndose siempre y mereciendo el afecto del doctor Muñoz, que en él veía su mejor colaborador. Fernández Molina, del que volveremos a hablar más adelante, tiene unos 32 años de edad y es natural de Sucre.

El Mayor Félix L. Arano, nacido en Santa Cruz, frisaba en los 35 años. Amigo íntimo del anterior, probó

en el curso de la campaña, como lo veremos, una energía y audacia notables. Arano tenía a su cargo la Tesorería y se ausentaba a menudo del puerto en busca de víveres, acompañado de ocho soldados que tripulaban el batelón en sus largas excursiones por el río.

El Teniente Coronel Luciano Fernández, era J. de E. M., habiéndose distinguido como militar instruido desde muy joven y concurriendo a la campaña de la última guerra civil con innegable valor. Comandaba al mismo tiempo el Piquete "Abaroa 1.º" cuyo jefe anterior, el Comandante Manuel Antonio Sanjinés había solicitado licencia para volver por el Amazonas a la ciudad de La Paz, creyendo terminada la pacificación del Acre.

El Teniente Coronel Enoc Rivas, que había comandado el Piquete "Cochabamba" hasta entonces, solicitó con insistencia su licencia final para volver a su hogar, y fué reemplazado por el Comandante Justo M. Tapia, cuya actuación en la Campaña fué siempre ejemplar y abnegada.

El Teniente Coronel Daniel Gallardo y el Comandante José Victor Sagárnaga, eran jefes de la "Columna del Noroeste" formada por las que anteriormente se llamaban "10 de Abril" y "16 de Julio", con un reducido número a causa de la formación del cuerpo de Policía y de las deserciones de los obreros enganchados en las barracas del Beni.

Las estrechas moradas, no ofrecían comodidad alguna a la guarnición ni al personal de empleados, que, distribuidos en ellas, no podían contar con otro campo que el ocupado por la hamaca o el miserable lecho colocado a cierta altura sobre un catrecito de cañas-huecas y hojas de palma. Los cuarteles presentaban el cuadro más desconsolador, y los soldados extenuados por las fatigas del viaje, permanecían todo el día recostados, balan-

ceándose en sus hamacas, y conversando siempre del hogar y el campanario, sin poder calcular el tiempo que tan alejados de ellos permanecerían en ese extremo de la Patria.

El termómetro marcaba a la sombra en las calurosas horas del medio día 35° a 38° C., y por la tarde un viento norte azotaba los bosques con horrible impulso, terminando de ordinario en un fuerte aguacero que formaba rápidos arroyuelos para bañar los barrancos dificultando el tránsito entre el reducido grupo de las habitaciones del puerto.

Las horas pasaban con una monotonía agobiadora. ¿Qué triste nostalgia se apoderaba del espíritu con una vida tributada al destino en esa forma!...



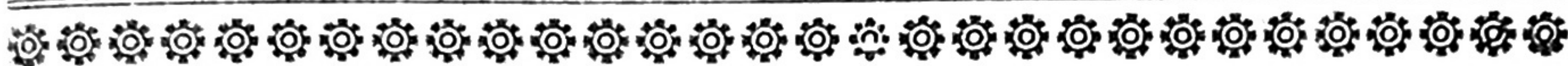
Entre el bosque y el río.....



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS -
UMSS, was made possible through the decisive support of the
Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



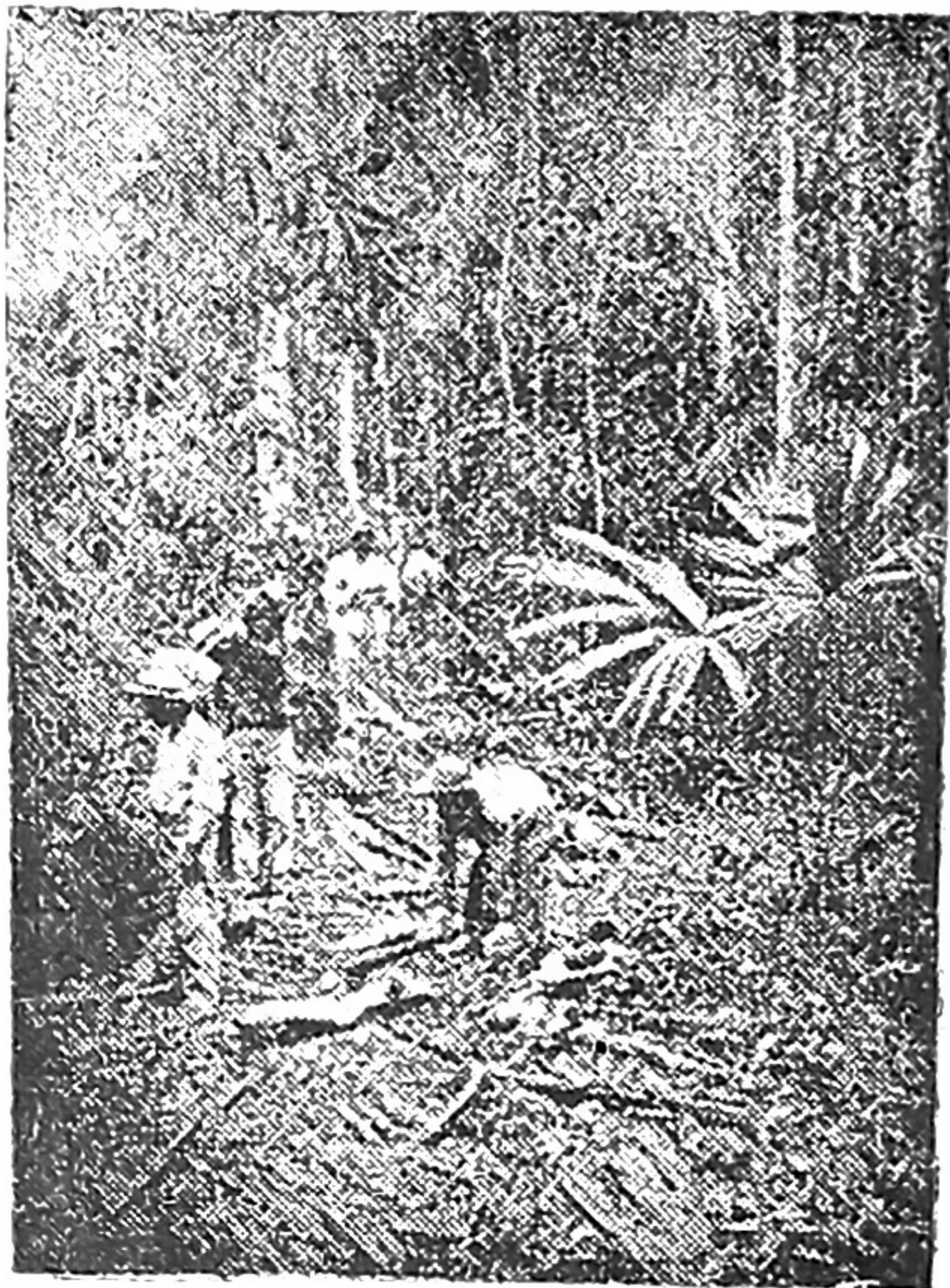
CAPITULO XX

*Días aciagos. — Noticias alarmantes. — A Empresa. —
Captura de Gentil T. Norberto.*

Después de dos días de permanencia en Puerto Acre, el Ministro de la Guerra resolvió volver hasta Mercedes para traer de allí el Batallón "Independencia" cuyo contingente en el Acre era necesario, en vista de los últimos sucesos de Bagazo. El día 25, al despedirse de la guarnición, ascendió a los jefes y oficiales que llegaron hasta esas regiones, y concedió el premio de Bs. 20, a cada soldado. Para cubrir esta erogación, el Delegado Muñoz juzgó necesario trasladarse a *Capatará* a arbitrar fondos que podían facilitarle algunos barraqueros del tránsito, a cuenta de derechos sobre exportación de goma.

El 26 de octubre partieron ambos funcionarios en un bote tripulado por algunos soldados, quedando en el puerto el Delegado Extraordinario, que en los días siguientes se dedicó a los trabajos de mejora reclamados por las malas condiciones de la localidad, que habían causado hasta entonces la pérdida de varios de nuestros abnegados compatriotas. (Ugarte, Zamudio, Velasco, etc.)

Tanto para ventilar la gran barranca ocupada por los edificios del puerto, como para destinar a las nuevas construcciones un sitio más elevado y seco, dióse comienzo al desmonte del planalto, dejando algunos días que el sol tropical secase la vegetación cortada, para encenderla en las siguientes noches formando inmensas fogatas que iluminaban nuestro aislado campamento con fantásticas y vivas llamaradas.



Un desmonte

El entusiasmo de la guarnición, bien pronto abrió un ancho *claro* en la prominencia, y a principios de noviembre elevábanse ya algunos pilares de un cuartel, dominando desde la altura todos los edificios del plano inclinado, y abarcando además, desde ese punto, una extensión considerable del río.

Los rápidos aguaceros de las tardes, se hacían cada día más torrenciales y empezaba a notarse la suspensión del nivel del río. La inundación de los sitios bajos del bosque, formaba en los vecinos parajes pequeños lodazales de los que se desprendían los miasmas de la atmósfera inmóvil y cálida de esas zonas.

El número de enfermos aumentaba día a día, y el toque de *¡silencio!* que despide al soldado al borde del sepulcro, nos despertaba en las mañanas a la cruel realidad de una vida aterradora!

El *beri-beri* (del griego, — *debilidad*), multiplicaba sus víctimas en proporción horrible y presentaba a me-

nudo en los cuarteles, individuos cadavéricos que cruzaban torpemente el campamento con paso vacilante e irregular. Un profundo silencio reinaba en todo el puerto y la melancolía se había apoderado de nuestros ánimos! ¡Qué negro se presentaba el porvenir en ese gran hospital convertido hora a hora en cementerio!...

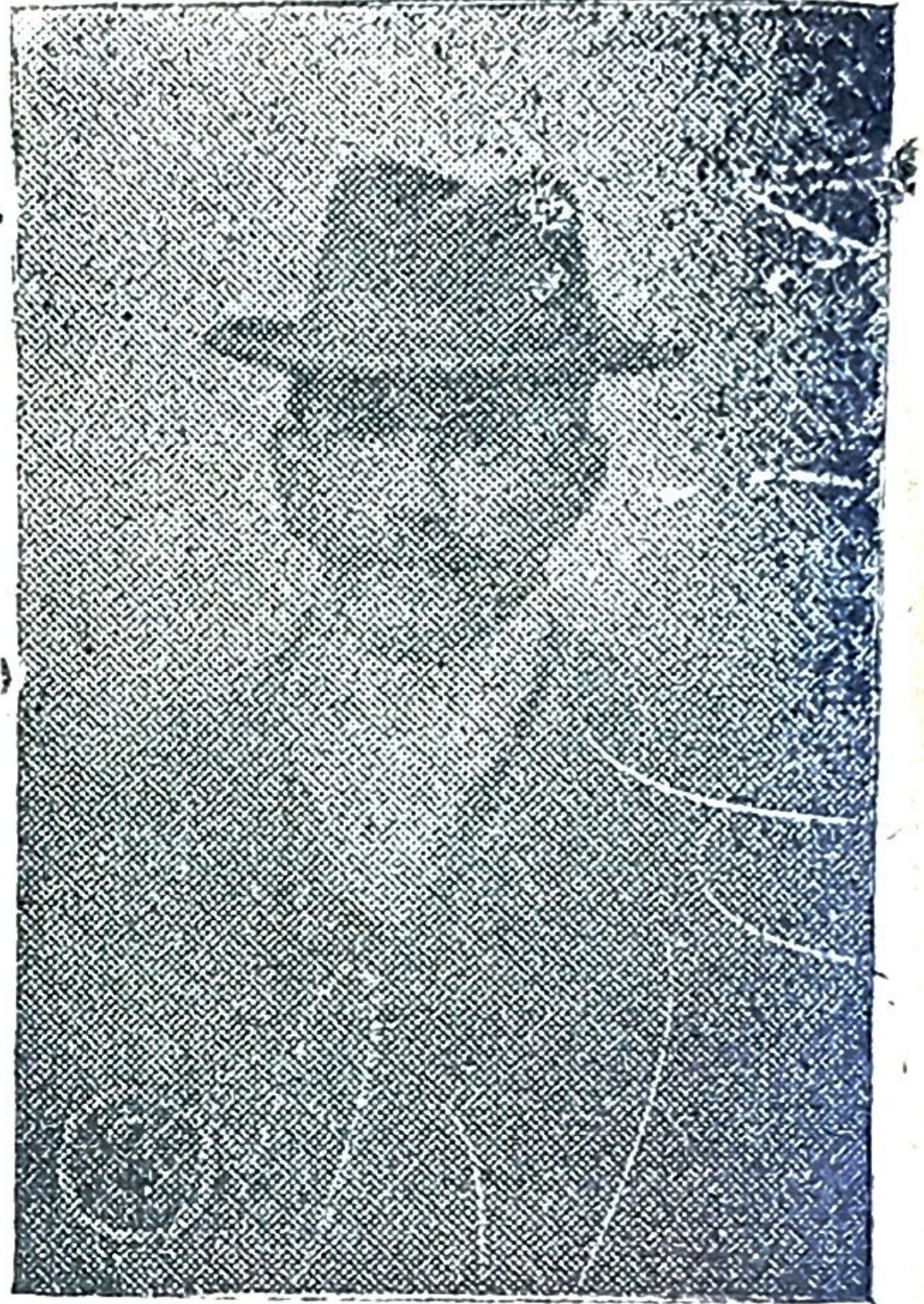
Los síntomas de ese extraño mal, son los siguientes: — entorpecese poco a poco el movimiento de las extremidades, sintiéndose luego los pies pesados e insensibles, a tal punto que el enfermo para convencerse de que es víctima, se atraviesa la pierna con una aguja, sin dolor alguno; los dedos de las manos no pueden cerrarse sin penoso esfuerzo; la hinchazón y parálisis de las extremidades inferiores, avanza hacia el tronco lentamente, dejándose notar después de largo tiempo; y por fin, sitiado el corazón por todos lados, recibe el golpe fatal en plenas facultades mentales del enfermo que se da cuenta constante y fiel de los progresos del mal que lo consume. La duración del *beri-beri* es muy variable: cuéntanse algunos casos del *galopante* que causa la muerte en pocos días, y otros que se han prolongado hasta dos o tres años. Los únicos remedios aconsejados por la experiencia son el inmediato cambio de clima y la buena alimentación.

El paludismo, con mayor o menor gravedad, se presentó casi en toda la guarnición; pero, combatido eficazmente con la quinina, no tuvo el número de víctimas que el mal anterior.

En esos aciagos días, nuestro viaje al agreste panteón del puerto, que se encontraba en la misma orilla, a medio kilómetro hacia el norte, era casi cotidiano, conduciendo a él algunas veces hasta tres cadáveres. Las tablas que pavimentaban la aduana tocaban a su término, a causa de la constante construcción de ataúdes; y el

sarcástico dolor de algunos enfermos, les había inducido hasta a señalar con las iniciales de su nombre una o dos de ellas para su entierro!...

El día 9 de noviembre, murió el valiente Secretario de la Delegación Muñoz, doctor José Zarco. Sus últimas palabras fueron dedicadas a la Patria, y en su angustioso delirio profería las frases históricas de los capitanes célebres. Lo despedimos en su última morada, abierta al pie de una palmera que mece sus anchas ramas dominando el conjunto de la selva!...



José Zarco

Yo concurrí a este triste y sencillo acto, leyendo en representación de mis compañeros el siguiente soneto:

EN EL CEMENTERIO DE PUERTO ACRE

*“Pasajero, vé a decir a
Esparta que hemos muerto
por obedecer sus son-
tas leyes”.*

¡Oh viajero que pasas la frontera,
al cruzar estas vírgenes regiones,
vé a decir a las próximas naciones
que has visto izada aquí nuestra bandera;

que no arriarla jamás, Bolivia entera
ha jurado ante Dios, por sus blasones;

que si han caído en la lid muchos campeones,
se alza sobre sus tumbas la palmera.

Mas, si llegas un día a los umbrales
del hogar que dejaron los que han muerto,
alivia su dolor, calma sus males;

dile que su sepulcro está cubierto
de lauros y que amigos siempre leales
velan su último sueño en este puerto!...

El río, en el que no se presentaron hasta entonces otras embarcaciones que los botes de algunos brasileños vecinos del puerto y que habían logrado amistarse con varios individuos de la Guarnición, aumentó su caudal en los primeros días de noviembre, y el día 6 de ese mes se presentó a nuestra vista la lancha "*Mapinguary*" procedente de Antimary, cuyo comandante, Baldivino Barboza, solicitó pasar hasta las barracas *Bagazo* y *Catua-ba* a donde llevaba víveres.

Con objeto de facilitar el viaje de esa embarcación, en una época en que varía el caudal del río sujetando a emergencias constantes la navegación, no se practicó en la Lancha inspección alguna por la Aduana, resolviéndose más bien enviar a su bordo al empleado Rodrípez, para vigilar el desembarco de las mercaderías en las barracas mencionadas.

En la *Mapinguary*, se dirigía el ingeniero Caldas, según nos dijo, al *Alto Acre*, pero su curiosidad por conocer el puerto y los lugares circunvecinos, no dejó de inspirarnos una desconfianza que fué confirmada por los hechos posteriores.

El día 11, llegó el Delegado Muñoz de regreso de su excursión a *Capatará*, hasta donde había acompañado al Ministro de Guerra, el cual siguió de esa barraca su viaje por tierra a *Mercedes*, para conducir el Batallón "Independencia" al Acre. El doctor Muñoz había encontrado a la *Mapinguary* en Bagazo y, desembarcando en el caserío, vió en él a Gentil T. Norberto acompañado por el Cónsul del Brasil, Joaquín Domínguez Carneiro, y algunos personajes de la revolución sofocada últimamente.

Ante la extrañeza que causara en el Delegado semejante encuentro, el Cónsul le informó que se dirigía con Norberto — ingeniero, natural de Río Grande do Sul — a registrar algunos títulos de propiedad y medidas practicadas en el *Alto Acre* y el *Xapury*.

—Responsabilizo a usted—le dijo el Delegado Muñoz— por cualquier suceso posterior; pues la bandera brasileña que lleva izada esa embarcación, no puede amparar a un revolucionario como su compañero.

Estas noticias, con algunas observaciones del empleado Rodrípez reveladas al doctor Muñoz, no dejaron de infundirnos sospechas el día de la llegada de este último a Puerto Acre. Al siguiente día, 12 de noviembre, apareció la lancha "*Leáo*" en el Puerto, a poco que la *Mapinguary*, de regreso ya, salía de territorio boliviano.

El contratista de la *Leáo*, era el señor Gentil Pereira, candidato a una diputación del Estado de Amazonas, y que había conocido en otro tiempo al Delegado Extraordinario, en la ciudad de Manaos. Con aire de misterio solicitó hablar con las dos autoridades del Puerto, e informóles que se preparaba desde el Acre brasileño una nueva revolución, y que dudaba de los mismos pasajeros de la lancha, cuyos propósitos juzgaba encaminados a preparar el movimiento sedicioso de la región. Decía, además, que los elementos con que contaban los re-

beldes eran poderosos, según se podía juzgar por la lectura de los diarios de Manaos y el Pará, que tenía en su camarote.

Los Delegados Velasco y Muñoz, acordaron entonces trasladar a Puerto Acre las fuerzas que habían quedado en Empresa, en atención a que la Guarnición, ni por su número ni por las condiciones de salud en que se encontraba, podía ofrecer una resistencia poderosa al ataque de un enemigo fuerte. Contratada la lancha "*Leáo*" con este fin, fué comisionado el autor de este libro para dirigirse en ella a *Empresa*, al mismo tiempo que el doctor Viaña, a la cabeza de algunos enfermos que necesitaban cambiar de clima, se embarcaba también en la lancha para quedar en Humaythá.

El día 14 del mes en curso a horas 9 a. m. zarpó, pues, la lancha "*Leáo*". Su contratista, el señor Gentil Pereira, a quien tuve el honor de ser presentado por el señor Vicepresidente como comisionado oficial y compañero de viaje, era el jefe nato de cuantos se encontraban a bordo y que entre pasajeros, empleados y tripulantes, alcanzaban al número de treinta, incluídos en él los soldados enfermos, que al cuidado del médico doctor Viaña, iban al barracón de *Humaythá*. La provisión de leña, que demoró cerca de una hora, no nos permitió llegar ese día a este último punto y tuvimos que pasar la noche a bordo de la pequeña embarcación, con la incomodidad consiguiente al número de pasajeros y al estado lamentable de algunos enfermos de gravedad.

El día 15 seguimos el viaje hasta horas 10 a. m. en que fué imposible pasar más adelante a causa del poco fondo del río en un recodo peligroso. El doctor Viaña y los enfermos de su cargo tuvieron que trasladarse hasta *Humaythá* en dos canoas ligeras, y quedé yo en la lancha en compañía de los extraños pasajeros que duran-

te el día anterior hacían demostraciones hostiles a los enfermos y cambiaron el itinerario de la lancha que estaba escrito en una pizara, fijándolo sólo hasta la barraca *Bagazo*. Llevaban ellos, además, correspondencia escrita y muchos periódicos con anotación de los párrafos concernientes a la revolución del Acre, y que con profusión distribuían en el trayecto.

Durante este mismo día, 15 de noviembre, aniversario de la revolución republicana del Brasil, hubo algunos brindis en los que hicieron mérito de los "trabajos patrióticos que los llevaban a la región" manifestando la seguridad de un éxito próximo.

Todos estos incidentes habrían merecido poca atención de mi parte, si un compañero de viaje que no ignoraba el compromiso del propietario de la lancha con los señores Vicepresidente y Delegado, no me hubiera prevenido que los pasajeros venían del Brasil con el propósito manifiesto de perturbar el Acre y que su primera tentativa tendría lugar en *Bagazo*.

Otro incidente vino a afirmar mis sospechas. A horas 9 de la noche recibieron los mencionados pasajeros un emisario que les traía la noticia de la llegada de la lancha "*Anni*" a Puerto Acre, causando el disgusto que manifestaron con esta frase: "¿cómo la han dejado pasar?" Como se vé, esto daba a entender, bien claro, que allende la frontera, existía un enemigo que en pleno territorio brasileño impedía el ingreso de embarcaciones y recursos a Bolivia.

Casi al mismo tiempo llegó otro emisario, procedente de las barracas de arriba, anunciando a los pasajeros que Gentil Tristán Norberto había sido capturado en *Riosinho* por el Comandante Arano, que en busca de víveres para la guarnición de Puerto Acre navegaba por esos parajes.

El día 16, el caudal del río había aumentado, y la lancha pudo proseguir el viaje. Ya a la vista de *Humaythá*, el señor Pereira, propietario de la lancha contratada, me dijo que no podía dar cumplimiento a su compromiso, porque sabía que los pasajeros que llevaba, lo detendrían en *Bagazo* para servirse de su embarcación en la revolución que debía estallar en ese punto, y siéndole imposible negarse a ello; pues temía perjudicar su candidatura de diputado en el Estado de Amazonas. Como rehusara también detenerse unos instantes en *Humaythá*, proyectando pasar sin encostar en ese puerto, le manifesté la necesidad que tenía de dejar algún obsequio a mis compatriotas enfermos.

Accedió a mis instancias y al llegar a la barraca salté a tierra y ordené que cuatro soldados estuvieran prevenidos en al orilla dispuestos a hacer fuego sobre la lancha si intentaba una evasión, y participé lo ocurrido al Comandante Arano a quien encontré allí, y al médico doctor Viaña, junto con los que interpele al señor Pereira respecto de su falta en el cumplimiento del convenio estipulado con las autoridades. Ante la persistencia de sus temores y su revelación confirmada, ordenamos la detención de la lancha y la vigilancia del personal que llevaba a bordo, después de haber enviado una orden escrita para que el Comandante de la "*Leáo*" intimara a los sindicados la desocupación de ella; pues la bandera brasileña, que flameaba sobre cubierta, no debía amparar a los perturbadores del orden.

El comandante Arano confirmó la captura de Gentil T. Norberto, que había sido efectuada por él, el 12 de noviembre en *Riosinho*; al saber desde *Empresa* que el caudillo de *Bagazo* se dirigía en compañía del Cónsul brasileño a revolucionar el *Xapury* so pretexto de mensura de estradas gomeras y registro de títulos. Al verlo

aparecer por el monte, como no lo conociera, preguntó por él a la propietaria de *Riosinho*, y al saber quien era, avanzó resueltamente y con el revólver en la mano intimó a Gentil a darse preso.

Llevado Norberto a *Empresa* y entregado a la guarnición de ese punto, volvió Arano a subir el río hasta *Benfica*, residencia de Pedro Braga, hijo del ex-Presidente del Acre; y después de enterarse de que el propietario formaba un piquete para dirigirse con Norberto al *Xapury*, atacó con sus diez tripulantes la barraca *Benfica* el día 14, capturando también a ése, después de un tiroteo de diez minutos, del que resultaron dos sediciosos heridos, sin ninguna baja que lamentar en la tripulación con que contaba el Comandante Arano.

Gentil T. Norberto, había quedado en *Empresa*, y Pedro Braga, acompañado de N. Maia, se encontraba en *Humaythá*, conducido por Arano a *Puerto Acre*.

Para manifestar estos sucesos, enviamos aviso al señor Vicepresidente, mientras yo, después de haber recogido la correspondencia oficial, de manos del señor Pereira a quien se le confiara, y conociendo la urgencia de su inmediato transporte a *Empresa* y *Mercedes*, partí por tierra a horas 9 de la noche con rumbo a esos lugares, al encuentro del señor Ministro de la Guerra.

Viajé sin descanso, a pié, toda la noche, y el siguiente día, 17, hasta que, faltándome todo recurso y rendido



Félix L. Arano

de fatiga, pedí hospitalidad en una *barraquinha*, donde supe la ansiedad con que era esperada la lancha "Leáo" por los revolucionarios de *Catuaba* y *Bagazo*, y el reclutamiento que por éstos se practicaba en los centros gomeros para formar tropas.

El día 18 llegué a *Panorama*, barracón situado en la margen izquierda del río, dos horas después de que la lancha "Anni" trasladara las fuerzas de *Empresa* a *Puerto Acre*, frustrando así el plan de los revoltosos.

Con objeto de llenar aún la última parte de mi comisión, me dirigí a *Empresa* al siguiente día, y envié un extraordinario, de nacionalidad boliviana, al encuentro del Ministro de la Guerra, con la comunicación oficial, acompañada de informaciones últimas.

Desgraciadamente, el extraordinario—Martínez—no cumplió su comisión. Dicen que fué un traidor!..

En el barracón de *Empresa* encontré una carta, escrita en quechua, que el Secretario de la Delegación Extraordinaria había dejado para mí. Por ella supe que, al saberse en *Puerto Acre* la prisión de la lancha "Leáo", la Delegación compró la lancha "Anni" para enviarla a órdenes del referido Secretario a traer la guarnición de *Empresa*. (*)

Durante la permanencia de los Piquetes "Pérez Velasco" y "Abaroa 2.º" en este punto, corrieron serios temores de una nueva revolución en *Bagazo* y *Catuaba*, encabezada por Alejandrino da Silva—hombre de triste celebridad en el *Acre*—y el servicio de campaña al que se sujetó la guarnición, fué muy severo.

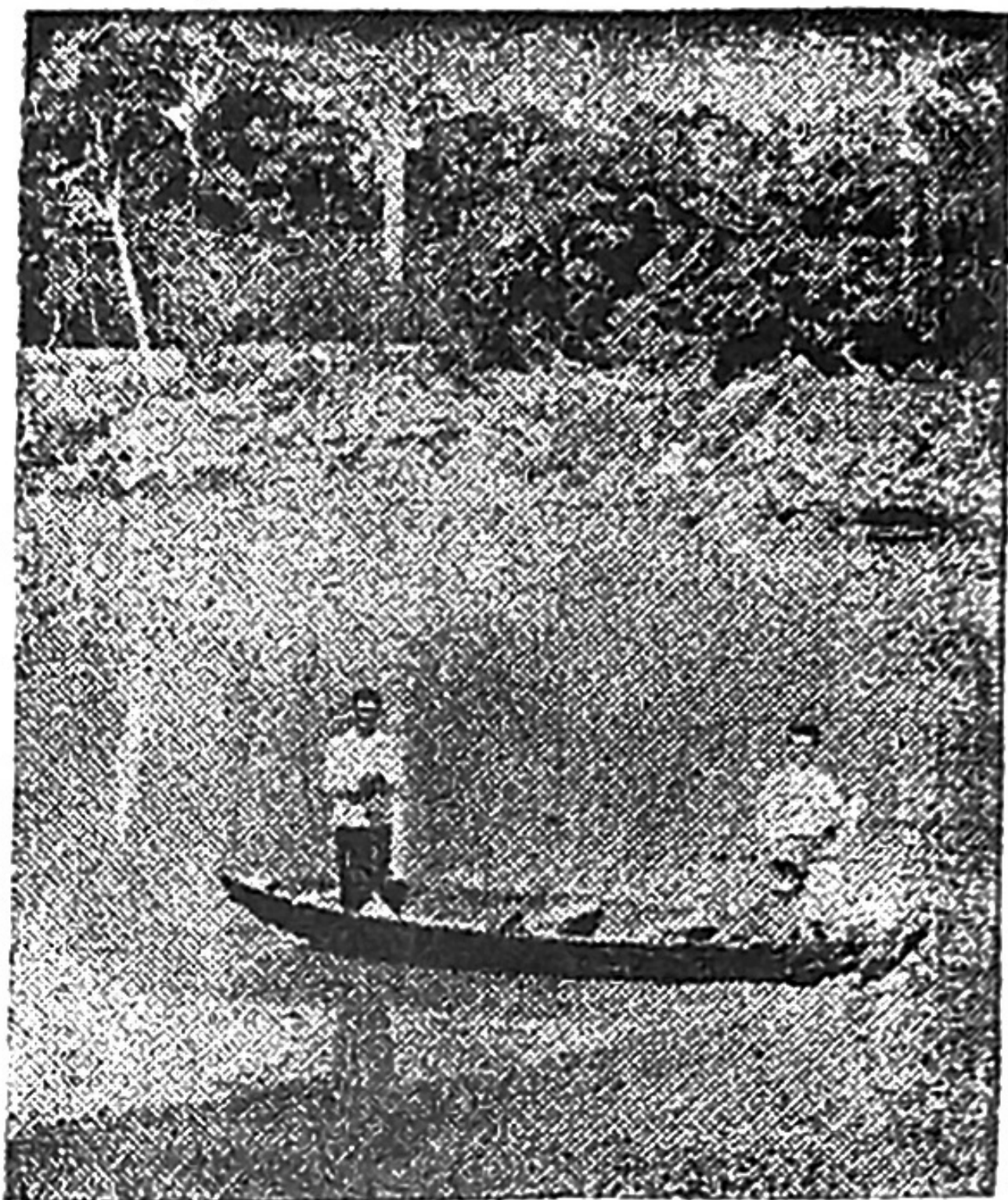
(*) "La "Anni", comprada por la Delegación partió inmediatamente a *Empresa* en busca de refuerzos. Ya antes había marchado con la misma orden el señor José Aguirre Achá, que se esforzó en desempeñar su cometido haciendo denodada travesía a pie por en medio de los bosques". *La Campaña del Acre*, por E. Fernández Molina.)

Alejandrino da Silva, al saber que yo me encontraba en *Empresa*, me dirigió una carta, manifestándome en ella el deseo de hablar conmigo antes de que volviera a *Puerto Acre*. Deferente a esta solicitud, desembarqué en *Liberdade* el día 20, y habiendo escuchado las protestas de adhesión a Bolivia que hacía Alejandrino, recibí de sus manos una carta para el Delegado Muñoz y seguí mi regreso

a *Puerto Acre*, donde llegué el 25, después de siete días de ausencia, no sin visitar en *Boa União* a nuestro amigo José Felipe, que seguía vociferando contra los rebeldes y pidiendo el comando de 25 soldados bolivianos para castigar ejemplarmente las *brincadeiras* y la *cachasa danada*!

Como esta comisión la desempeñé solo, me fué forzoso aprender a mi regreso el pilotaje de la canoa y el manejo del remo al mismo tiempo, y no sin largas y tesoneras tentativas que las corrientes del río burlaban en un principio.

Los pasajeros de la lancha "Leáo" habían sido puestos en libertad.



Un bote en el Acre



CAPITULO XXI.

Papiry, Cajueiro y Volta de Gloria.

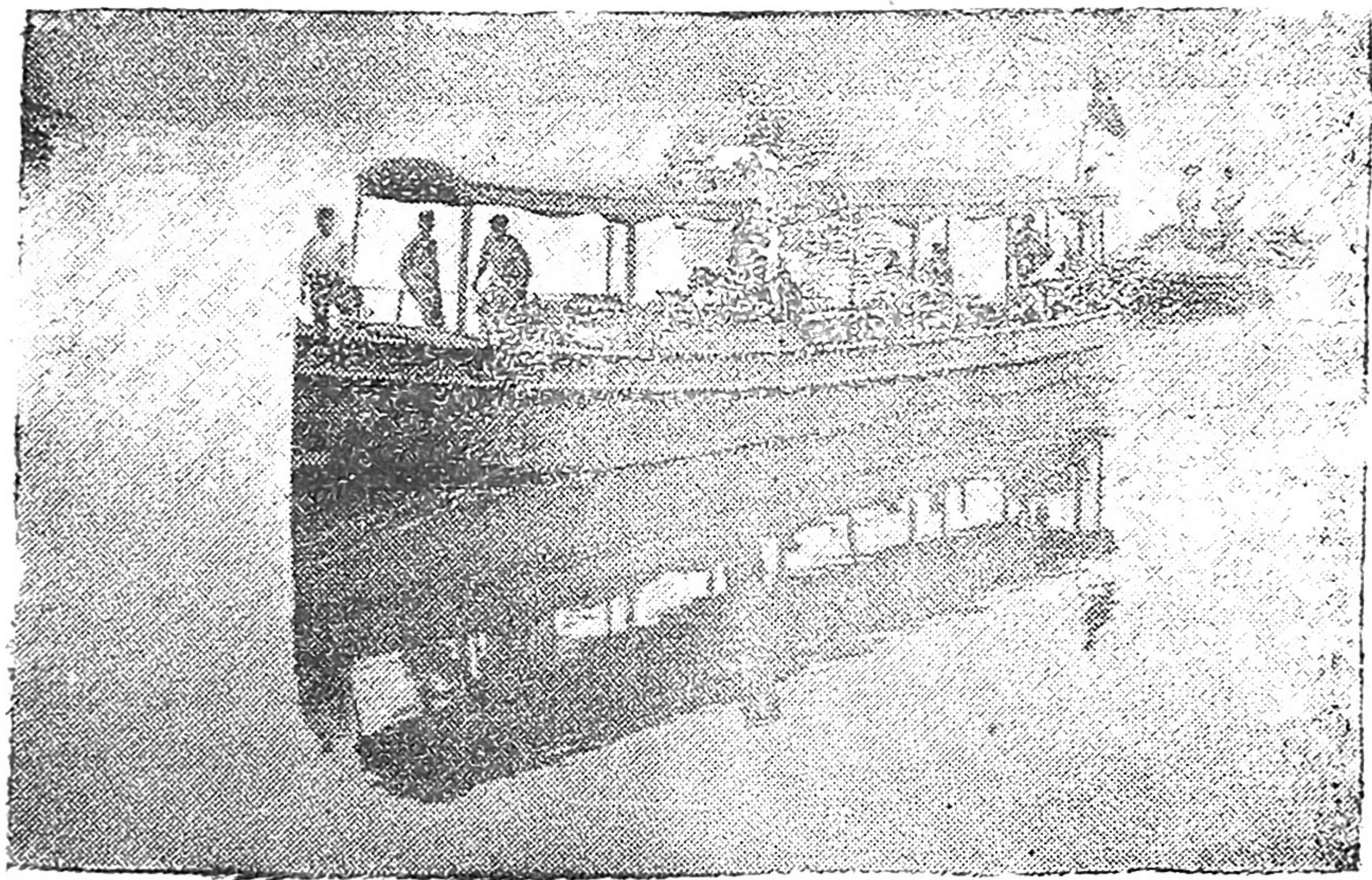
El 19 de noviembre había arribado a *Puerto Acre* la fuerza de *Empresa*, a órdenes del Teniente Coronel Baldivieso, conduciendo preso a Gentil T. Norberto, que fué alojado en una de las habitaciones de la Capitanía de Puerto.

El cónsul interino del Brasil, Joaquín Domínguez Carneiro, visitaba a menudo al detenido, y cada día recibía aquél, provisiones que le traían de obsequio algunos de los obreros vecinos al puerto.

La guarnición aumentó con el nuevo contingente; pero, por lo mismo, la escasez de víveres fué mayor en lo sucesivo, aún teniendo en cuenta las provisiones que la lancha "Anni" había vendido a la Delegación, antes de dirigirse a trasladar las fuerzas de *Empresa*.

El número de enfermos aumentaba día a día, a consecuencia de la mala alimentación y de las crecientes del río que, inundando los bajíos, causaban la putrefacción de las hojas y raíces del bosque al calor de los rayos del sol del medio día.

Con las noticias dadas al Delegado Extraordinario por Gentil Pereira, contratista de la lancha "Leáo", y los informes del brasileño *Chico* (diminutivo de Francisco), que vivía a un kilómetro de *Puerto Acre*, llegó a tenerse la firme convicción del movimiento revolucionario que se preparaba allende la frontera, y que en *Cacquetá* mismo, (barraca situada sobre la línea divisoria), existían algunos revolucionarios en espera de los contingentes que debían acudir de Manaos para atacar la guarnición del puerto.



Una lancha remolcadora

Los jefes capturados y conducidos por Arano, (Pedro Braga y N. Maia), habían sido puestos en libertad a su llegada, en vista de las protestas de adhesión a Bolivia, que hicieran a los Delegados Velasco y Muñoz, y sólo permanecía preso Gentil T. Norberto, cuya actuación en Bagazo y las sospechas últimas que en él recaían, manifestaban bien claras sus intenciones.

Las lanchas “Cerqueira Lima” e “Isabel”, que arribaron el 27 y 29 respectivamente, pasaron a su destino—*Catuaba*— sin dejar en el puerto otros víveres comprados que una reducida cantidad de *farinha* y otra de *pacote*. La carencia de provisiones, en consecuencia, era siempre mayor día a día, y la ausencia de otras embarcaciones que ordinariamente se adelantan cada año a los vapores habilitadores de la región, nos hacía presumir la guerra de recursos desde territorio brasileño.

El día 30 fué puesto en libertad Gentil T. Norberto, “con el deseo de ganar la adhesión del pueblo acreano, más bien por el convencimiento que desarrollando una política inclemente” (*), y en vista de una carta que dirigía el detenido a sus correligionarios de *Bagazo* afirmando que “sólo la administración boliviana podía ofrecer un porvenir lisonjero a la región.”

No sé yo si hasta entonces el proceder audaz de este caudillo—aunque contrario a la causa de mi patria—había producido en mí cierta indulgencia de que es digno el valor; pero sus protestas de paz y respeto, contradichas por su actitud posterior, hicieron brotar de mi alma un sentimiento de compasión amarga a la vez que de desprecio!

Libre Gentil T. Norberto y garantizado por el cónsul del Brasil, se dirigió a la residencia de éste—*Bon Destino*—donde, como lo veremos más adelante, el enemigo hizo uno de sus cuarteles.

A las 4 y media p. m. del mismo día, zarpaba con objeto de conseguir víveres en el *Acre* brasileño o el *Purús*, la lancha “Anni” que desde que fué adquirida por la Delegación, recibió el nombre de “Iris”, tan significativo, porque los principales colores que ostenta el arco

(*) Informe del Delegado Extraordinario.—Humaytá, 2 de enero de 1901.

en el cielo, son los mismos que Bolivia hace flamear en los campos de batalla!

Su comandante y antiguo propietario, el ingeniero alemán Arturo Posnansky, iba a bordo, acompañado del Mayor Eduardo Schuhkrafft, con parte de la tripulación que había quedado al servicio de Bolivia, y seis soldados que dejaran el uniforme en el puerto para pasar la frontera.



Arturo Posnansky

Al amanecer del siguiente día, 1.º de diciembre, despertó a la guarnición toda, el pito de la "Iris", muy conocido, porque producía las siete notas de la escala musical, y a los pocos minutos se la vió avanzar pesadamente por el río, sin dejarnos sospechar, por el momento, ningún inconveniente que hubiese podido causar su intempestivo regreso. Amarrada fuertemente a la orilla, desembarcó de ella el Mayor Schuhkrafft, extrañándose la ausencia del ingeniero Posnansky y algunos soldados y tripulantes de la lancha.

Nuestra incertidumbre no podía durar más tiempo. Agobiado a preguntas el Mayor Schuhkrafft, sólo pudo exclamar:

—¡La lancha está salvada!

Lo ocurrido, según los informes acordes de todos los tripulantes, fué así: Al pasar rápidamente por la inmediata barraca de *Caquetá*, notaron que un bote seguía de cerca a la "Iris" pretendiendo darle alcance y deteniéndose en la barraca próxima con manifiesto propósito de aumentar gente para la persecución. A las 12 de la no-

che, la lancha se vió precisada a encostar en *Papiry*, para comprar combustible y seguir navegando hasta la madrugada; pero, en momentos en que se efectuaba la traslación de leña y se encontraban en tierra el comandante Posnansky y los seis soldados, oyóse una voz que intimaba la entrega de la "Iris" preguntando al mismo tiempo por el maquinista. El soldado Aguilar avanzó resueltamente hacia el extraño personaje asegurándole con acento firme que él manejaba la máquina, y, mientras esta escena se desarrollaba en tierra, uno de los tripulantes cortó la amarra de la lancha, obedeciendo a una orden del Mayor Schuhkrafft que permanecía a bordo. Rompiéronse los fuegos al ver que se alejaba la "Iris" a todo vapor, y los pocos individuos que aún la tripulaban hicieron varias descargas a riesgo de matar a los compañeros que quedaron en tierra; pero hiriendo de gravedad sólo al ingeniero Caldas (el pasajero sospechoso de la *Mapinguary* que habíamos conocido en el puerto y que, como se supo después había sido enviado por el Gobernador de Amazonas, Silverio Neri, para manejar la artillería enemiga). Caldas murió a los pocos días, de resultas de la herida.

Este suceso nos revelaba una realidad amarga: —No debíamos contar ya con recurso alguno que pudiese llegar de territorio brasileño! Nuestra situación, tan difícil hasta entonces se hacía desesperante, y el hambre amenazaba posar sus alas de muerte sobre el aislado y triste campamento!

Fué entonces cuando algunos jefes de la guarnición solicitaron entrevistarse con los Delegados Velasco y Muñoz, para informarles acerca de las pésimas condiciones de salud en que se hallaba la tropa, y resolvióse convocar a los demás jefes para acordar por la noche las medidas que reclamase la situación.

Reunidos todos, el Teniente Coronel Pastor Baldivieso, como J. de E. M., expuso a nombre de los demás, las condiciones en que se hallaba la guarnición, opinando por una retirada hasta encontrar al batallón "Independencia" que a órdenes del Ministro debía encontrarse ya en marcha al Acre. Así, según sus expresiones, lo requería la situación: pues que un sacrificio inútil no se podía exigir del abnegado soldado, mucho más si se tenía en cuenta que, dejando por el momento el Acre, podríamos volver a él con recursos y refuerzos del interior de la República.



Pastor Baldivieso

El Teniente Coronel e Intendente del Puerto, Emilio Fernández Molina, expresó abiertamente sus ideas contrarias a una retirada. Decía que abandonar el puerto en momentos tales, era perder el Noroeste de la República; que él se comprometía a conseguir víveres, a viva fuerza si necesario fuese, en las barracas del Acre boliviano; y terminó con estas palabras:—"Los compañeros que hoy descansan en el cementerio, patearían sus sepulcros!"

El Teniente Coronel Pedro Salazar, contestó a esas frases secamente: — "Es preciso quedarse y yo me quedo!"

Al día siguiente, 2 de diciembre, conferenciaron largo tiempo los dos Delegados, resolviéndose la traslación de los enfermos al barracón de *Humaythá* donde ya se hallaban algunos al cuidado del doctor Viaña, al mismo

tiempo que el Delegado Extraordinario Velasco, enfermo de *beri-beri*, se dirigía al Beni a restablecer su salud por prescripción del médico Aranibar.

Habiéndose hecho una provisión suficiente de combustible desde el día anterior, la "*Iris*" estuvo dispuesta el 3, y zarpó subiendo el Acre y llevando a su bordo al Delegado Extraordinario, su Secretario, algunos empleados, muchos enfermos de *beri-beri* y finalmente el Teniente Coronel Molina y el Comandante Arano que, a la cabeza de 10 hombres y el personal de la tripulación, debían volver trayendo los víveres que se consiguiesen en la región.

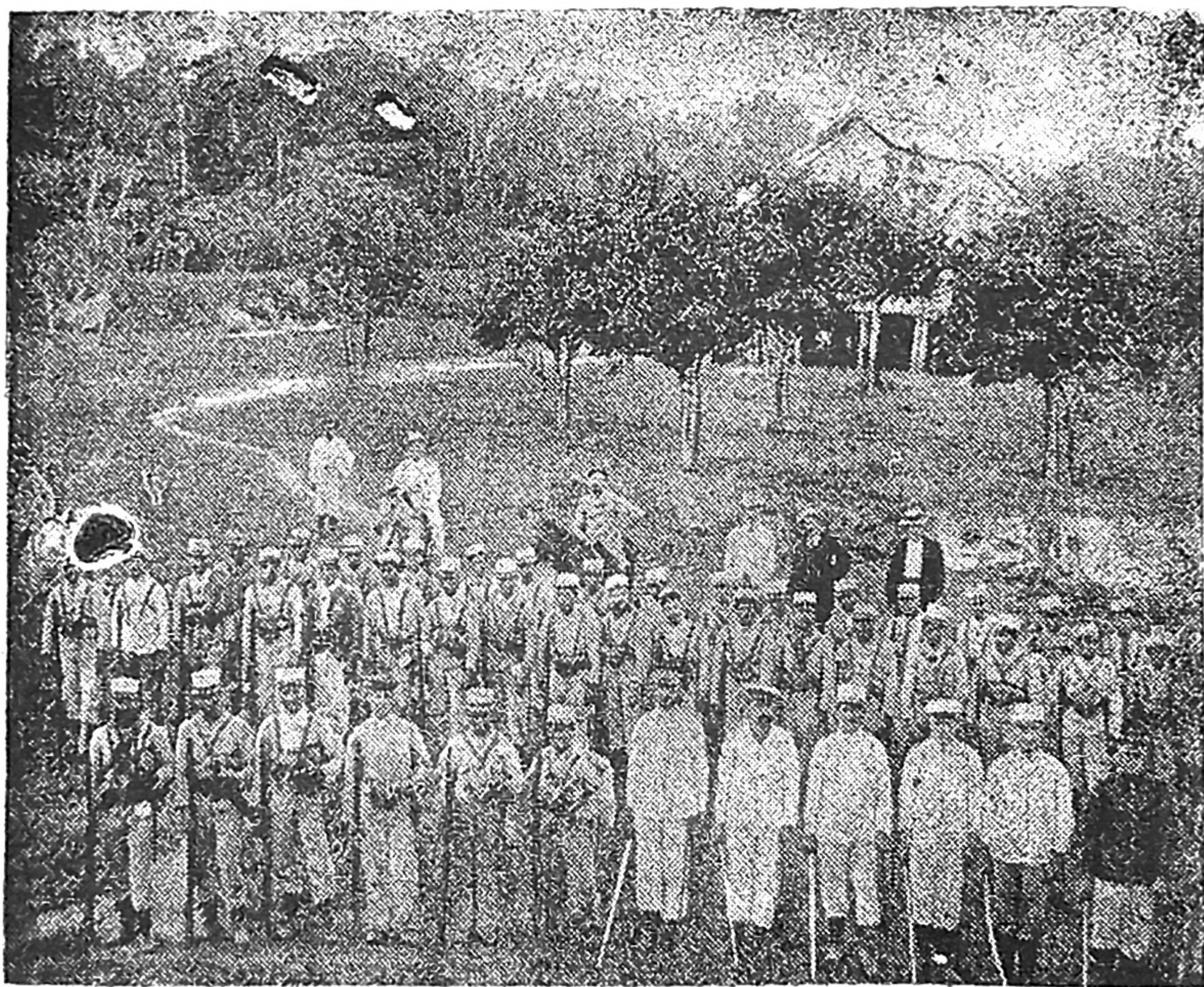
La Intendencia y Capitanía del Puerto, mientras durase la ausencia de Fernández Molina que iba de Comandante de la "*Iris*", quedó a cargo del autor de este libro; y reemplazados los jefes enfermos que se dirigían a medicarse en *Humaythá*, la guarnición se redujo a un total de 180 hombres, más o menos, contándose aún en este número muchos enfermos de poca gravedad.

El día 5 recibimos la noticia de que el Delegado Extraordinario y Primer Vicepresidente de la República que volvía al interior después de dejar a los enfermos en *Humaythá*, se había detenido en *Boa União* al saber que en *Bagazo* estallara una nueva revolución encabezada por Hipólito Moreira, Alejandrino da Silva, Silvestre Monteiro y Francisco Javier; y que, resuelto a atacar el caserío revolucionario, había vuelto a *Humaythá* donde decretó el nuevo *estado de sitio* (5 de diciembre) y, poniéndose a la cabeza de 70 enfermos armados en su mayor parte de carabinas "Winchester", se embarcó nuevamente en la lancha "*Iris*", dirigiéndose a *Bagazo*.

La incertidumbre que causó en nuestros ánimos esta noticia, duró hasta el día 9, en cuya tarde apareció la "*Iris*" al toque de una diana que sonaba a bordo.

El combate se había efectuado, según informe del Delegado Extraordinario, del modo siguiente:

“A las 4 de la tarde del día 5, marchaba la “Iris” en busca del enemigo, navegando toda la noche a la claridad de la luna, habiendo despuntado la aurora del 6 unas cinco millas antes de que llegara a *Colibrí*, barraca donde se sospechaba que hubiese una fuerza revo-



Soldados convalecientes en el Hospital Militar de Humaithá

lucionaria. Reconocido el campo, desembarcó la tropa, con objeto de almorzar y tomar descanso, mientras se disponían los últimos aprestos para continuar la marcha sobre *Bagazo*. A las cuatro de la tarde siguieron navegando una extensión de dos millas y, según el plan que acordó el Delegado, desembarcó un piquete de treinta hombres sobre la orilla derecha del *Acre*, que ocupan Ca-

jueiro y más allá *Bagazo*, los que avanzando por dentro del monte, debían caer sobre *Cajueiro*. (Véase el mapa publicado en el capítulo XXII.—*Riosinho*.) El resto de la tropa permanecía a bordo, con orden de aproximarse lentamente al indicado punto de reunión, y dando tiempo a que llegara el Delegado Extraordinario con el destacamento desprendido; pero, sucedió que los treinta hombres se extraviaron en el monte porque no tenían un práctico, que era imposible conseguir; y como los revolucionarios se hallasen emboscados en *Cajueiro*, rompieron fuegos sobre la "Iris", dejándola seguir un corto trecho, y ésta, bajo una lluvia de balas, retrocedió, pasando por la línea enemiga y contestando el fuego con mayor intensidad, cuando dos veces encalló, en los momentos más difíciles, por el poco fondo del río. Las detonaciones y el frecuente pitear de la lancha orientaron al piquete de tierra, que salió a la orilla, tomando al enemigo por retaguardia; éste se puso en salvo gracias a la densidad del bosque y las sombras de la tarde: era la hora del crepúsculo y no fué posible perseguirlo, porque la tropa se hallaba rendida por la travesía de dos kilómetros efectuada sin senda por el monte."

Las bajas del enemigo alcanzaron a un muerto y cuatro heridos, teniendo que lamentar de nuestra parte la muerte del soldado Juan Lizón, del Piquete "Abaroa" que, según se asegura, fué víctima de nuestras propias balas en la confusión del asalto. Algunas carabinas "Winchester", municiones, *facas* (puñales) y machetes, habían dejado en el campo los vencidos.

Distinguiéronse en esta acción, los Tenientes Coroneles Gallardo y Fernández Molina, el Comandante Arano, los Mayores Claire, Anze y Schuhkrafft, los Capitanes González y Tellería y los Tenientes 2.º Delgadillo y Castillo.

Al siguiente día, el Delegado Extraordinario había enviado a *Bagazo*, con el empleado Rodrípez, una intimación para que el enemigo depusiese las armas en el término de dos horas; pero, la respuesta fué adversa e insolente. El Delegado Extraordinario reunió a todos los jefes, y pidió un informe del maquinista de la lancha sobre el estado del río. La salud de los enfermos se había agravado en el servicio de campaña hecho en la noche, y los sondeos practicados acusaron muy poco fondo para que pudiese navegar la "Iris" sin peligro de encallar constantemente. Entonces se resolvió volver a *Humaythá* y *Puerto Acre*, una vez cerrado también el río por arriba.

Al volver de *Cajueiro* había recibido el señor Velasco una vaga noticia de la llegada del Ministro de la Guerra con el batallón "Independencia" a *Riosinho*, aviso que, transmitido a nosotros, atenuó en parte el pesar que nos causaba la amarga revelación del sitio y de la guerra de recursos de que íbamos a ser víctimas.

El día 11, volvió a embarcarse el Delegado Extraordinario para dirigirse al hospital militar de *Humaythá*, desde donde nos envió en la "Iris" algunas provisiones que pudo conseguir en esa barraca; pero nuestra situación, prolongada así, era desesperante. El caudal del río no aumentaba, y la ausencia de embarcaciones era absoluta. Las lanchas "Isabel" y "Cerqueira Lima" que habían subido al *Acre*, nos hacían temer un ataque a *Humaythá*, donde los enfermos sólo podían ofrecer una resistencia débil.

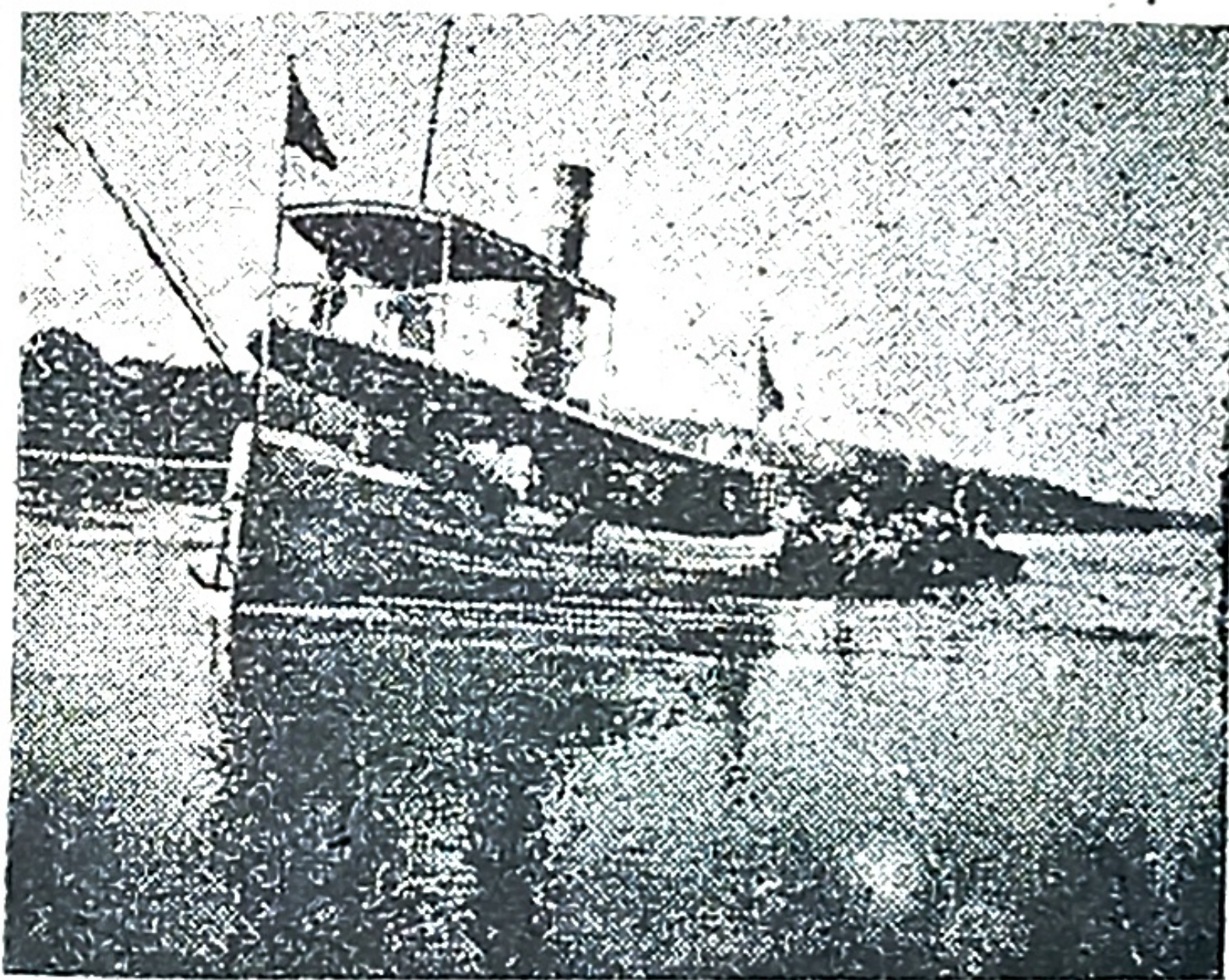
El 17 salió de *Puerto Acre* nuevamente la "Iris" a órdenes del Teniente Coronel Fernández Molina, que se prometía traer los últimos recursos de *Humaythá*, y el 19 a las 4 p. m. apareció en el río al toque de una *diada* ejecutada a su bordo, en medio de entusiastas vítores, que nos hacían presumir alguna noticia favorable.

El Teniente Coronel Fernández Molina no se encontraba a bordo; sólo el Teniente 1.º, Celso Peñaranda Farfán, agitaba la mano gritando con entusiasmo: ¡viva Bolivia! ¡viva el triunfo de Gloria!

Por fin pudimos escuchar algunas palabras a medida que se aproximaba la embarcación al puerto.

La "Iris" había sido tres veces atacada entre las barracas *Estremo de Gloria* y *Bon Destino*, trayecto en el que el río hace bruscas curvas y recodos. (Véase el mapa publicado en el capítulo XXIII.)

El lugar no podía ser más estratégico para atacar a la lancha, salvando cortas distancias por tierra con objeto de aparecer-nuevamente en la orilla y repetir constantemente la tentativa mientras la embarcación describía largas curvas, obedeciendo al caprichoso curso.



La lancha "Iris"

He aquí el parte pasado al J. de E. M., relatando el hecho:

Puerto Acre, Diciembre 19 de 1900.

"Al señor Teniente Coronel, Jefe de Estado Mayor de las fuerzas que guarnecen

Puerto Acre.

"Señor:

"En fecha 17 del que rige y por orden de esa superioridad, salí de este puerto con veinte hombres del Piquete "Abaroa 2.º" custodiando la lancha "Iris" que marchaba a *Humaythá* en busca de víveres. Durante la na-

vegación de subida a dicho lugar no tuvimos novedad alguna. En *Humaythá* permanecemos el día 18 y el 19, después de embarcar algunos víveres, y salimos de regreso a este puerto a horas 9 a. m. Como no sopechábamos encontrar enemigo a nuestro paso, no tuvo inconveniente el Teniente Coronel Emilio Fernández Molina en hacer encostar la lancha en *Samahuma*, *barraquinha* habitada por brasileños; a fin de proveernos de algunos víveres que allí existían. El río en este punto es un tanto estrecho, motivo por el que fué dificultosa la maniobra, ocasionando ésta el choque de la lancha contra los árboles que están en la margen derecha. Como quedó una montería cargada de maíz atracada entre las palizadas, el Teniente Coronel Fernández Molina, en compañía de dos marineros, regresó en otra embarcación a conducir la primera, y a fin de esperar ambas chalupas, se quitó el vapor a la lancha y bajamos arrastrados por la corriente una extensión poco más o menos de un kilómetro, cuando a horas 12 m. fuímos sorprendidos por una emboscada de 50 o más revolucionarios que ocupaban la márgen izquierda, en una extensión de una cuadra; de donde rompieron los fuegos, sin darnos tiempo a recoger al Teniente Coronel Fernández Molina, e hiriendo de gravedad al piloto Hermenegildo Carvajal, Sargento 2.º de la "Columna Noroeste".

"La lancha pasó de largo, sosteniendo el tiroteo.

"Después de este encuentro, seguimos navegando dos *tornos* y volvimos a ser atacados por otra emboscada de igual número de gente, la que pasamos sin novedad sosteniendo un nuevo tiroteo.

"A nuestra aproximación a *Bon Destino*, barraca donde reside el vicecónsul del Brasil, Joaquín Domínguez Carneiro, divisamos movimiento de gente armada que tomaba posiciones tras de las barricadas de madera

y planchas de goma, de donde rompieron fuego sobre nosotros a las voces de: "encoste la lancha!" a las que contestamos con nuestros fuegos, salvando este grave peligro en medio de nutridas descargas que el enemigo dirigía a la lancha, sin duda con objeto de echarla a pique. Hago constar que en esta barraca flameaba la bandera de la revolución.

"No me será por demás, señor Jefe de Estado Mayor, el informar a usted que todo el personal que componía la parte del Piquete "Abaroa 2.º" como el Teniente 2.º José M. Oquendo, se portaron con la serenidad y el valor que distingue al soldado boliviano cuando se trata de defender las fronteras de la patria.—*Celso Peñaranda Farfán*, Teniente 1.º"

En la madrugada del día 20, los gritos entusiastas de la guarnición y los comisarios de policía que aparecieron en mi habitación, me despertaron para hacerme saber, como a Intendente accidental que era entonces, la presencia de un hombre que, casi desnudo, se dejaba arrastrar por la corriente del río, caballero en un largo palo.

Nuestra sorpresa se tradujo en expresiones de admiración y vítores. Un bote partió inmediatamente a recoger al náufrago que, una vez en tierra, recibió los abrazos de todos los habitantes del puerto, que habían salido hasta el mismo desembarcadero.



E. Fernández Molina

Emilio Fernández Molina, abandonado por la "Iris" al iniciarse el primer ataque, y habiendo fugado por el bosque los dos tripulantes que lo acompañaban en la canoa, siguió el resto del día oculto en las tupidas palizadas de la orilla, hasta que, aprovechando la obscuridad de la noche, montó en un palo y pasó silencioso ante las barracas revolucionarias del tránsito, observando el movimiento y pudiendo oír hasta los comentarios que se hacían de los ataques a la lancha "Iris." (*)

(*) El 4 de diciembre de 1909, Emilio Fernández Molina, Senador por Chuquisaca, se batió a pistola con el Senador por Tarija, Adolfo Trigo Achá, habiendo cambiado simultáneamente la primera bala; pero en el segundo disparo, el proyectil del arma de Trigo dió muerte instantánea a Fernández Molina, kiriéndole en el ojo izquierdo. ¡Caprichos del destino!



CAPITULO XXII.

Riosinho.

Hemos adelantado algunos de los acontecimientos de *Puerto Acre* y *Humaythá*, y antes de seguir, vamos a llamar la atención del lector hacia el Ministro, que partió a *Mercedes* el 26 de octubre. Para ello, trascribimos a continuación algunos acápites de su informe:

“No siendo ni posible ni prudente, por motivos de salubridad, por razones estratégicas, por la escasez de víveres y por la falta de alojamientos, concentrar todas las fuerzas en *Puerto Acre*, creí indispensable situarlas de manera que, a la vez de asegurar su subsistencia, pudieran prevenir cualquier emergencia ulterior y concurrir prontamente, en su caso, a debelar todo movimiento que llegara a pronunciarse. Con tal propósito, acordé: 1.º no aumentar ni con un solo hombre la guarnición de *Puerto Acre*; 2.º dejar permanentemente en *Empresa* las tropas que ya antes había situado allí; 3.º regresar a *Mercedes*, en el *Orthon*, para llevar el Batallón “Independencia” al *Acre*, dirigiéndolo a la boca del *Riosinho*. Este mismo cuerpo estaba destinado para subir en el mes de enero de 1901 al *Xapury*.

“Para realizar este último punto, subí en un batelón de los señores Parente Hnos. hasta *Capatará*, de donde me proponía hacer el cruce del bosque a *Mercedes*. Me acompañó en la navegación el Delegado señor Andrés S. Muñoz, que iba también hasta *Capatará* con el objeto de arbitrar fondos para pagar, si era posible, algunos devengados, y cubrir, ante todo, la gratificación concedida en la Orden General a que antes aludí. Al pasar por *Empresa* me comunicó el Teniente Coronel Pastor Baldivieso, jefe de las fuerzas allí estacionadas, que había recibido aviso de prepararse una revolución y un ataque a las tropas de su mando. Dejé las instrucciones necesarias a este Jefe y tomé siete *ordenanzas* por todo personal, para atravesar el bosque. Como explicación del por qué de tantos *ordenanzas*, haré presente: que caminaba sin un sólo ayudante, a causa de hallarse todos los oficiales en la fila, por estar siempre recargado el servicio; que, como siempre, debía atravesar el bosque a pié y necesitaba personal para transportar los víveres más indispensables: que hasta el *Abuná* tenía que atravesar centros antes revolucionarios y era prudente prever cualquier accidente, por remoto que pareciera, máxime cuando en *Empresa* se anunciaba la preparación de un nuevo movimiento, y se sabía que Pedro Braga había subido al *Xapury* con el objeto de organizar gente.

“Al cruzar de *Capatará*, encontré cerca de *Mercedes* al señor Villajoli, gerente de la barraca *Palestina*, en el *Orthon*, quien iba con 40 mozos a *Santa Rosa*, en el *Abuná*, donde, según me dijo, algunos revolucionarios del *Acre* habían cometido ciertas depredaciones. Me pidió y mandé darle los rifles “Winchester” y municiones de los *ordenanzas* que iban conmigo. Ya antes, en el *Rin*, se me entregó también un oficio de don Enrique Cornejo, fechado en *Porvenir*, sobre el *Tahuamani*, cuyo conte-

nido hacía saber que se preparaba un gran movimiento entre *Amelia* y el *Xapury*.

“Mientras el Comandante en Jefe operaba en el *Acre*, se habían ejecutado en *Mercedes* las órdenes que dejó para la preparación del avance del Batallón “Independencia”, así que, al llegar de regreso a esa barraca, encontró listos y domados los bueyes que se mandó comprar en *Concepción*. Sólo faltaba completar unos pocos aparejos y atender el arreglo de ciertos detalles indispensables para la marcha.



Campamento en Mercedes (Río Orthon)

“También se había incorporado en ese campamento el Jefe de Estado Mayor, Coronel Miguel Aguirre, que siguiendo de *Etea* la navegación del *Beni*, bajó hasta *Riberalta* con el objeto de contratar embarcaciones y tripulantes, para subir por el *Orthon* los víveres, dinero, municiones y algunos enfermos que era absolutamente imposible transportar por el bosque.

Todo estuvo completamente organizado para avanzar al *Acre* el 22 de noviembre; pero la agravación repentina de la enfermedad que el Comandante en Jefe padecía de la vista, no permitió emprender la marcha hasta el 25, fecha en que el Batallón "Independencia" volvió a tomar el bosque, para cruzarlo entre *Mercedes* y la boca del *Riosinho*.

"Como anticipadamente se pidieron de *Santa Rosa* dos canoas de cierta capacidad, el paso del *Abuná* por *De Repente* lo hizo el Batallón con relativa facilidad, en poco tiempo.

"Hasta el *Iquiry* la marcha se realizó sin más inconveniente que tres aguaceros torrenciales que hubo que soportarlos caminando, en medio del bosque, y además, la intranquilidad, muy natural, causada por el atraso de las municiones de boca y de guerra; pues hacían siete días que éstas no parecían, a pesar de la lentitud obligada, por esperarlas, con que hasta aquel punto marchó el Batallón. En este orden, es censurable la poca actividad del Estado Mayor, que habiendo quedado en *Mercedes* con el exclusivo objeto de mandar desfilas las cargas de municiones a continuación de las últimas hileras, permitió aquel atraso tan notable. Felizmente, a precaución, se mandó escalonar víveres entre *El Peixe* y el *Abuná* y también el Batallón caminaba llevándolos para cuatro días, en la mochila, lo mismo que setenta tiros por plaza, en la cartuchera.

"Del *Iquiry* no era posible seguir la marcha antes de la incorporación de los bagajes, porque allí se tuvo conocimiento cierto de la nueva revolución operada en *Empresa* y de la ocupación de la boca del *Riosinho* por los revolucionarios; además, porque todo lo que desde ese punto quedara a retaguardia, podía fácilmente ser cortado por el enemigo; pues, según pude verificar en mi primera

entrada al *Acre*, convergen al *Iquiry* las diversas sendas que al interior del bosque parten respectivamente de *Capatará*, *Benfica*, *Misión*, *Riosinho* y *Empresa*.

“Cediendo a la imposición que fluía de tales circunstancias, se ordenó que el Batallón se detenga en el *Iquiry* y que el Teniente 2.º Nicolás Reque Terán—herido más tarde en el combate de *Bagé* y muerto después en *Puerto Acre*—regresé con dos sargentos, hasta encontrar los bagajes, para luego hacer que apresuren la marcha.

“Entretanto, suponiendo que en *Capatará* podía recoger algunos datos acerca del nuevo movimiento, y siendo indispensable conocer la situación real y posiciones que ocupaban los revolucionarios, a fin de acordar lo más conveniente para el ataque y asegurar, en todo caso, la victoria en el primer encuentro con el enemigo; el Comandante en Jefe determinó entrar en *Capatará* y así lo hizo, solicitando la compañía de los señores Cabral y Castro, personas adictas a Bolivia, que se encontraban en el *Iquiry*; pero, antes de partir, dejó órdenes escritas al Teniente Coronel Jorge Salinas Vega, Primer Jefe del Batallón “Independencia” entre las cuales rezaban las siguientes: seguir la marcha con el cuerpo, dirigiéndose a *Misión*, luego que se incorporen los bagajes; hacer una inflexión a la izquierda y atacar *Capatará* con todo el Batallón, siempre que el Comandante en Jefe no estuviera de regreso al día siguiente, cuando más hasta las 6 p. m.

“En *Capatará* supo el Comandante en Jefe que los revolucionarios, encabezados por un triunvirato que lo componían Hipólito Moreira, Edmundo Bastos y el Coronel Alejandrino, consiguieron reunir unos 500 hombres y que fluctuaban entre atacar de sorpresa al Batallón, en medio del bosque, o esperarlo en *Riosinho*, o retirarse a *Empresa*; que las tropas del Teniente Coronel Pastor Baldivieso, que guarnecían este punto, habían bajado a *Puer-*

to *Acre*, donde se decía que otro grupo encabezado por Rodrigo de Carvalho y Gentil T. Norberto, iba a dirigir un ataque empleando pertrechos traídos de *Manaos*; que los habitantes del *Xapury* no simpatizaban con la revolución o que, a lo menos, no se prestarían a bajar para engrosar las filas separatistas. Adquiridos estos datos y otros más que permitían tomar una orientación segura, el Comandante en Jefe húbese recogido a pasar la noche en la habitación que le brindó el señor Domingo Braga; a poco atracó una canoa tripulada por siete hombres: eran agentes de la revolución, que iban con encargo de recoger toda la munición "Winchester" que hubiera en las barracas. Por ellos se tuvo la confirmación de los datos mencionados y también aviso cierto de que en el campo revolucionario había prevalecido la idea de volverse a *Empresa*, punto ya fortificado con algunas excavaciones y parapetos de *bolachas*.

"Sin ser notado por dichos agentes, el Comandante en Jefe púsose en camino al amanecer del siguiente día para incorporarse al Batallón, el cual, cumpliendo las instrucciones antes referidas, había avanzado en esa mañana cinco leguas hacia el lado de *Misión* o *Mesón*, como también le llaman, lugar de tránsito obligado para dirigirse a *Nicteroy*, *Benfica*, *Riosinho* o *Empresa*.

"Como para atacar al enemigo en sus posiciones de *Empresa*, era indispensable batir previamente el bosque a fin de reconocerlo en todo el terreno inmediato a aquellas, operación delicada que requiere cautela y tiempo, se ordenó la ejecución del itinerario fijado en *Mercedes*, esto es, la continuación de la marcha a *Riosinho*, de donde baja otra senda a *Empresa*, tomando a trechos la orilla derecha del *Acre*.

El 6 de diciembre de 1900 la hermosa banda de música del Batallón "Independencia" hacía escuchar en

la boca del *Riosinho* las notas sonoras del Himno Nacional, a la vez que en el firmamento aparecía un arco iris mostrando los colores del pabellón boliviano. En esa misma fecha tenía lugar la acción de *Cajueiro*, cerca de *Bagazo*, en la que nuestras armas dieron sus primeros disparos." (Informe del Ministro.)

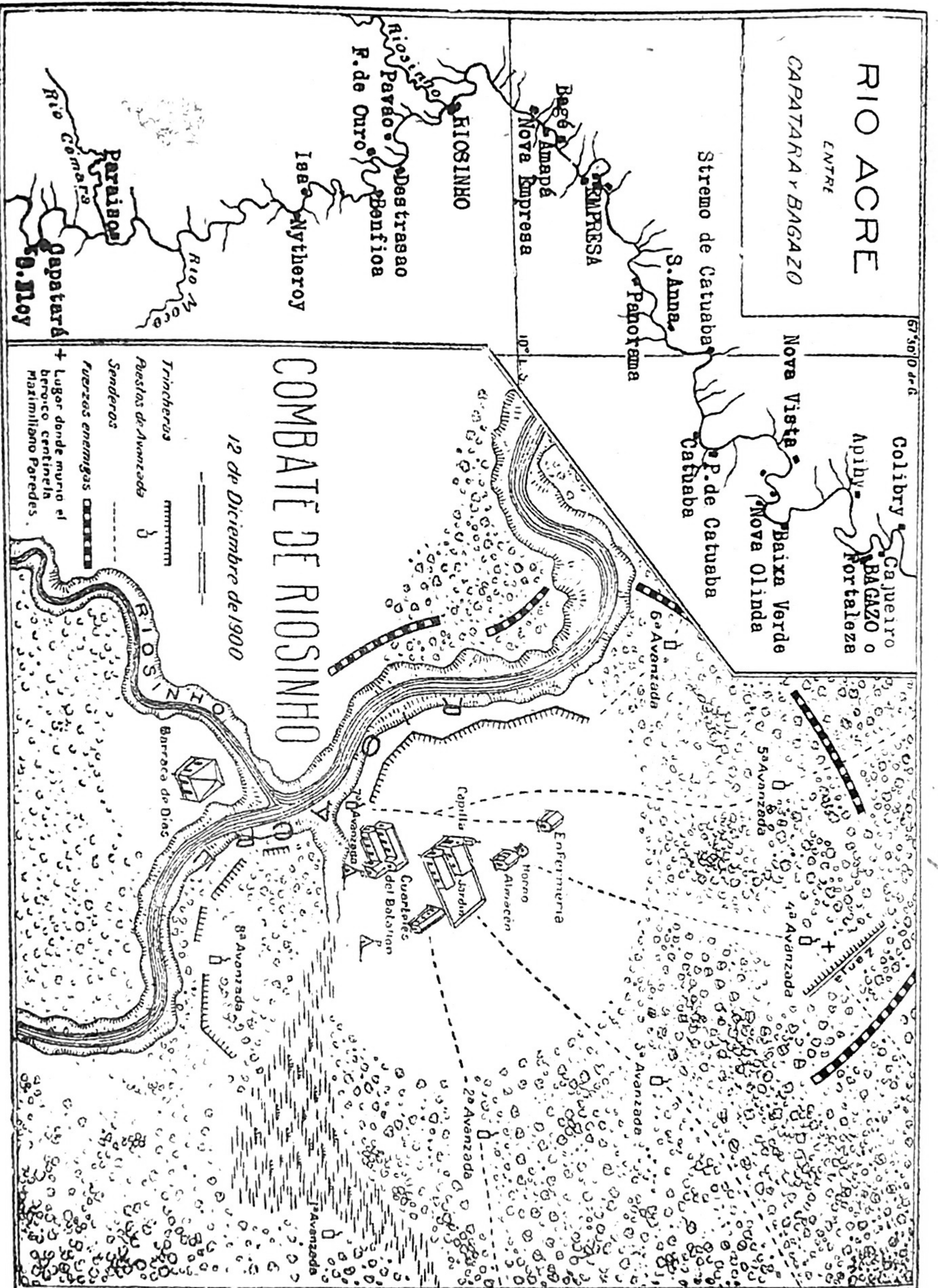
Riosinho había sido abandonado por todos sus pobladores. Las barracas desiertas y silenciosas quedaron abiertas sin que los muebles y provisiones hubiesen sufrido trastorno en el momento de partida de los habitantes. Los relojes, sujetos en las paredes, cuya cuerda alcanzaba a varios días, y los almanaques de escritorio exfoliados, acusaban la fecha en la que fuera abandonado el caserío.

El Batallón, distribuido en las diversas habitaciones del barracón acampó en él, procediendo de inmediato el Ministro de la Guerra a estudiar los lugares circunvecinos, después de colocar en los puestos avanzados algunos destacamentos en previsión de un ataque.

Un amigo de Bolivia—creemos que fué el portugués Dias, que tiene su barraca en la margen opuesta—apareció en la orilla al día siguiente, para anunciar al Ministro un ataque próximo; y desapareció luego en su bote subiendo el *Riosinho*.

La vigilancia del campamento aumentó desde entonces y el batallón, posesionado del campo, fué distribuido en ocho puntos, abarcando toda la circunsferencia del desmonte y situados en la orilla del río y el remate del bosque que abraza el caserío.

El río seguía indiferente arrastrando sus turbias ondas hacia el *Purús*. Ni un solo bote apareció en su tranquila superficie, en los días que siguieron, y la silenciosa selva remataba gigantesca en todas direcciones, guardando los secretos del enemigo oculto. ¡Qué calma tan triste



es la del bosque, para un ejército aislado y a merced de los propios esfuerzos! ¡La naturaleza permanece muda, para dejar que las ideas del soldado midan distancias y depositen su esperanza resignada en manos del Destino!..

En tanto, desde que la guarnición de *Empresa* había dejado este punto para reforzar *Puerto Acre*, el enemigo de *Bagazo* y *Catuaba*, con los recursos y municiones que le trajeran las lanchas, o con los que por tierra pasaron, sin poderlo impedir nosotros, redobló su actividad para reunir 500 hombres poco más o menos; y habiendo librado una pequeña fracción suya el combate de *Cajueiro*, hizo de *Empresa* su cuartel general, sin descuidar el caserío de *Bagazo*, en previsión de un nuevo avance de los enfermos del hospital militar de *Humaythá*. Pusiéronse a la cabeza de las fuerzas revolucionarias, Hipólito Moreira, a quien hemos conocido en la sublevación de *Bagazo*, Alejandrino da Silva, que tantas protestas de adhesión a Bolivia hiciera en mi visita, Silvestre Monteiro, ya presentado también en *Bagazo*, João F. Kasus, Francisco Sotero y Eduardo Bastos, que se titulaba militar brasileño, concurrente a la guerra del Paraguay.

Con el "Independencia" había entrado al *Acre* el joven Rodolfo Siles que, por inexperiencia, se adelantó a las avanzadas, cayendo en manos del enemigo que vigilaba muy de cerca la marcha del batallón. Llevado a *Empresa*, alojado durante algunos días en casa de Alejandrino da Silva y conducido después por un hermano de Hipólito Moreira, fué asesinado cobardemente en el bosque por haber sostenido hasta el último instante—según consta de declaraciones posteriores—los ideales patrióticos que lo animaran a marchar al *Acre*. Sólo un momento más de vida solicitó de los asesinos, para escribir esta carta, que llegó a mis manos antes de ser remitida a su destino por correo:

“Empresa, diciembre 5 de 1900.

“Señora Remedios v. de Siles.—Sucre.

“Querida mamita:

“Esta es la última que te dirige el hijo que más te quiere, porque dentro de un momento seré fusilado por los acrenses; pues he caído prisionero.

“Tal vez hubiera salvado mi vida, pero mi deber de buen ciudadano me manda perecer. Del cielo, a donde espero ir, velaré por ustedes, ya que en la tierra mis fuerzas han sido vanas y desgraciadas.

“Recomienda a todos mis hermanos se acuerden en sus oraciones de mí. A mi abuelita y a mis paisanos, que honren mi memoria, porque la merecerá.

“Hasta la otra vida!..



Rodolfo Siles

Rodolfo Siles.” ()*

También el señor Honorio Peña, intendente del *Orton* y el *Abuná*—a quien hemos conocido en *Mercedes*—fué asesinado al ser conducido a *Empresa* junto con sus seis peones, por un piquete revolucionario. Lo llevaban al *Acre* algunos asuntos referentes a la concesión de la apertura de un camino, y conducía en varias acémilas

(*) Rodolfo Siles era hermano mayor del actual Presidente de la República, don Hernando Siles.

una cantidad de dinero y alguna parte de los equipajes y municiones del "Independencia".

Los dos hechos anteriores prueban el proceder salvaje de los pobladores brasileños del *Acre* durante la campaña, mientras el ejército nacional demostró en esas regiones, que no olvida ni aún en las febricitantes escenas de la guerra, la noción del derecho y la justicia con el respeto debido al indefenso!

Después de un estudio prolijo de los sitios circunvecinos y de la apertura de zanjias situadas en la orilla del río o dentro del bosque, a diez metros del *claro* que ocupa el caserío, ligadas por un sendero estratégico que ponía en comunicación los *puestos avanzados*, a cubierto de las miradas del enemigo, ya atacase un punto u otro o todos a la vez, establecióse en el campamento un servicio penoso, revelándose constantemente las *guardias* y escuchándose en las noches el prolongado ¡alerta! de los centinelas perdidos...

Dichos *puestos avanzados* que —según la expresión del Ministro, "eran puntos interpuestos de la línea misma de combate, o de otro modo, según la voz táctica, constituían el jalonamiento necesario para situar las unidades llamadas a desplegar en primer término sobre la línea que iba a defenderse"—eran seis sobre el arco que formaba el remate del bosque, existiendo además varias excavaciones en la orilla del río, en previsión de un ataque desde la margen opuesta. La defensa de los puestos de la orilla estaba encomendada al J. de E. M., Coronel Miguel Aguirre, el 1.º y 2.º del remate del bosque (sud) al Teniente Coronel Jorge Salinas Vega, 3.º y 4.º (este) al Teniente Coronel Pastor Medinacelli y el 5.º y 6.º (norte) al de igual graduación Samuel Montes Vidal.

El 12 de diciembre, a horas 6 a. m. se encontraba el batallón pasando lista en la barraca principal del case-

rio, cuando un disparo de fusil seguido por otros y luego por descargas nutridas, anunció la presencia del enemigo en el este, por donde desemboca la senda que conduce al campamento desde *Empresa*, el *Iquiry*, *Benfica*, *Nitheroy* y *Capatará*.

Distribuido el batallón con todo orden en sus posiciones, recrudeció el combate hacia esa parte, prolongándose luego la línea de acción por el Norte y envolviendo después el enemigo desde la orilla opuesta los zanjones abiertos sobre la barranca del río. Los tres ataques casi parciales, indicaban: o que el enemigo, abandonando la senda, se dirigía al río describiendo una semicircunferencia para atacar desde ese punto y pasar luego a la margen opuesta, o que las tres divisiones (como se supo después) no rompieron el fuego al mismo tiempo sobre el campamento, por demora de los unos o precipitación de la fracción del este que fué sorprendida por el heroico centinela Maximiliano Paredes, que, al notar la presencia de los revolucionarios, hizo fuego dando la voz de ¡alarma! y avanzando resueltamente contra ellos hasta comprar con su vida una gloria mas para la Patria! (*)



Un soldado del Batallón
"Independencia"

(*) *Orden General*.—Cuartel General en *Riosinho*, diciembre 13 de 1900.—El Ministro de la Guerra en comisión y Comandante en Jefe de las Fuerzas Pacificadoras del Acre, Coronel don Ismael Montes, teniendo en cuenta el heroico comportamiento del soldado de la 2.^a Compañía del batallón "Independencia" Maximiliano Paredes, que murió valientemente en el hecho de armas de ayer defendiendo su puesto de *centinela de avanzada*: Dispone:—Artículo único: el nombre del soldado Maximiliano Paredes, subsistirá en las listas de su compañía, y cuando sea llamado, contestará el sargento de semana: *murió heroicamente en su puesto en Riosinho el 12 de diciembre de 1900*.—Comuníquese. El Jefe de E. M., M. Aguirre.

El autor de este libro ha contribuido también a conservar el recuerdo del *centinela de Riosinho*, con un monólogo en verso, cuya representación es frecuente en los teatros de toda la República.

El combate se prolongó dos horas, con ciertas intermitencias que acusaban el descanso del enemigo para cargar sus carabinas "Winchester" de 15 o 18 tiros, y volver a atacar con vigor la línea del batallón que permanecía serena, con la orden de hacer fuego solamente sobre blanco seguro. Las nubes de pólvora que asomaban en la tupidez del bosque eran el solo indicio de la presencia de los atacadores y, por lo mismo, los disparos de los defensores de Riosinho, eran dirigidos a ellas calculando la estatura de un hombre. Hubo un instante en que los combatientes se aproximaron hasta mediar entre ellos únicamente 20 metros de distancia : pero la selva impenetrable obliga al soldado a permanecer en su puesto para no perder la potencia común de la línea, que es imposible mantener en parajes donde se desorientan hasta los pacíficos viajeros que siguen un camino.

Alejrandrino da Silva y Silvestre Monteiro habían comandado las fuerzas que atacaron por el este y norte respectivamente, e Hipólito Moreira y Eduardos Bastos, desembarcando con su tropa a poca distancia, río abajo, ocuparon la margen del río opuesta al campamento, llegando después de una hora de iniciado el combate, a causa de la demora de las embarcaciones, en las que acudía su contingente, y lo tupido del bosque; según posteriormente el primero de estos dos caudillos, informó en el Pará al que estas páginas escribe.

Como no fué atacada la parte sud del campamento, una de las compañías del batallón no entró en combate y sólo se gastaron 3,000 tiros, mientras el enemigo había hecho más de 20,000 según se pudo juzgar por los tubos vacíos dejados en el bosque.

El número de las fuerzas enemigas pasaba de 400, casi doble que el del batallón, y sus bajas alcanzaron a 12 entre muertos y heridos, mientras las del campamento

fueron las siguientes: — muertos el Teniente 2.º Ernesto Crespo, el Sargento 2.º Prudencio Gutiérrez, los soldados Maximiliano Paredes y Rosendo Chávez y el doctor Justiniano Cladera, perteneciente a la Delegación Muñoz, que había acompañado al batallón desde Mercedes, y herido el soldado Francisco Mordagón, que murió más tarde.

Recogidos los cadáveres, se les dió sepultura en el bosque, sin olvidar los que dejara el enemigo sobre la orilla opuesta y que con las fuertes crecientes del río fueron desenterrados y conducidos por la corriente hasta el territorio brasileño donde los revolucionarios que bloqueaban el Acre boliviano, juzgaron que habían sido arrojados por nuestras fuerzas para escarmiento de los sediciosos. No fué así, — la guerra que hizo Bolivia fué siempre humanitaria.



CAPITULO XXIII

Combate de Puerto Acre. — Ruptura del bloqueo

Dejemos por el momento al Batallón Independencia" en *Riosinho*, disponiéndose a tomar la ofensiva contra los revolucionarios de *Empresa*, y volvamos a Puerto Acre que se encontraba amenazado desde territorio brasileño por las fuerzas de *Caquetá* y *Esperanza* procedentes de Manaos y las que en *Volta de Gloria* y *Bon Destino* atacaran a la lancha y nos cortaran la comunicación con el Hospital Militar de *Humaythá*, del mismo modo que los de *Bagazo* y *Empresa* separaban dicho Hospital del campamento de *Riosinho*.

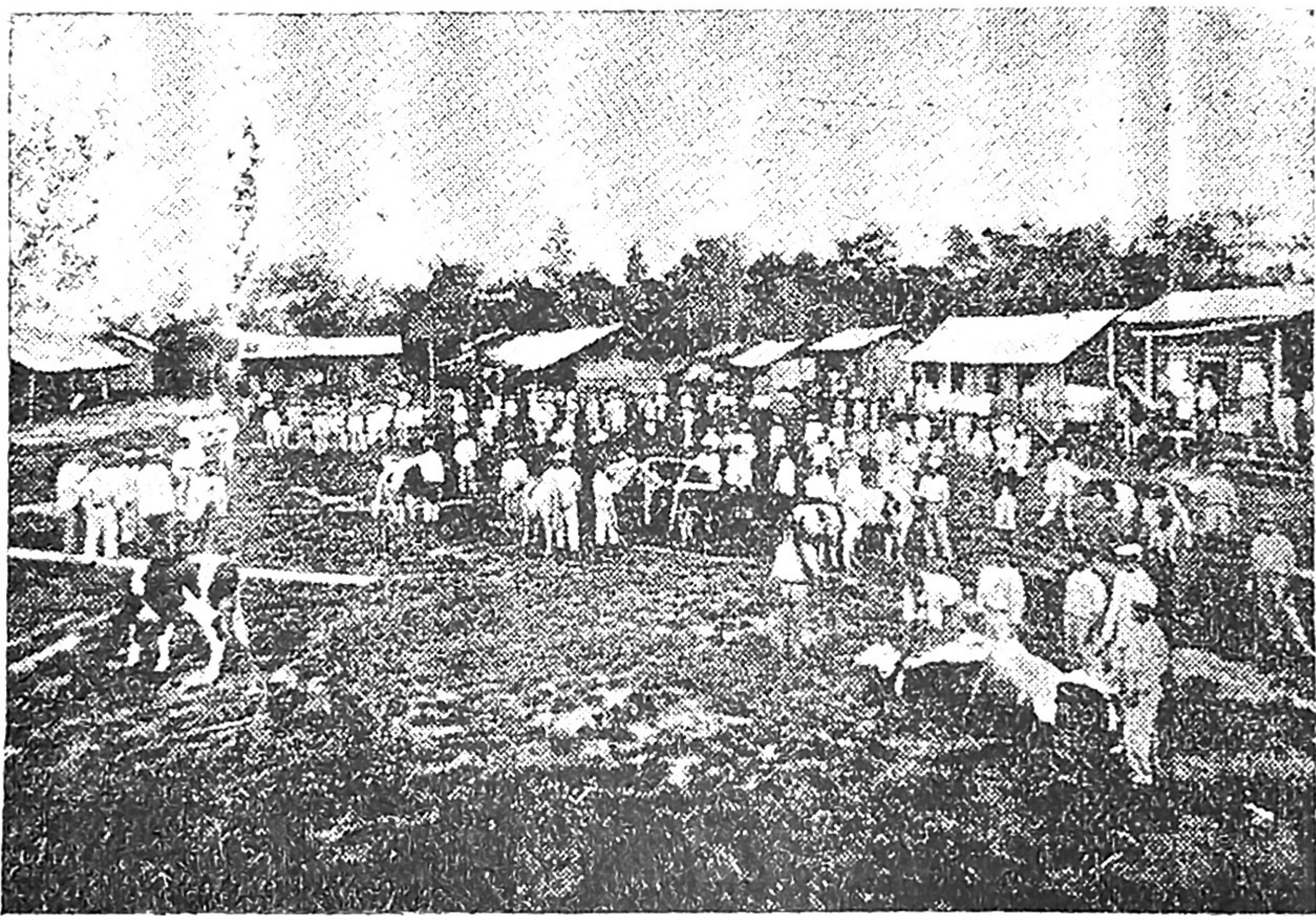
La carencia de víveres y las enfermedades como consecuencia de la debilidad, se agravaban día a día en el Puerto. Estaba cortada toda comunicación con las barracas inmediatas, y la guarnición esperaba de un momento a otro el ataque de los revolucionarios de *Caquetá* que iniciaron el bolqueo, o la muerte por el hambre!

No podía continuar por mas tiempo esa situación; pues teníamos el convencimiento de que los brasileños pobladores del Acre, sufrían también como nosotros las

consecuencias de la guerra. El comercio todo se perjudicaba con la prolongación de semejante estado de cosas.

Las noticias de nuestros soldados que, habiendo caído prisioneros en *Papiry* pudieron huir para incorporarse a la guarnición del puerto, cruzando el bosque durante dos días (*), confirmaron los informes que nos daba *Chico*, el vecino más próximo al campamento, y nos anunciaron que el Ingeniero Arturo Posnansky, siendo apresado en *Antimary*, había fugado al Purús.

En *Caquetá* y *Esperanza*, aguardaban los revolucionarios el contingente de hombres y armas de Manaos



Campamento en el plano alto de Puerto Acre

y se aseguraba que un vapor armado en guerra — el *Solimoes* — se encontraba en la boca del Acre, esperando

(*) Palomequi llegó el 3, habiendo pasado el río a nado y Pabón, Arandía y Rodríguez se incorporaron el 8. Las privaciones que habían sufrido y el mal trato de los brasileños, los extenuaron notablemente.

las crecientes que le permitieran introducirse en él. Supimos después que otra embarcación — el vapor "*Labrea*" — que traía víveres y diversos artículos para las expediciones bolivianas, había sido asaltada en el Acre brasileño, por las fuerzas que se organizaban para atacar el puerto.

Los jefes revolucionarios que se preparaban a invadir el Acre boliviano, eran Rodrigo de Carbalho, hombre de cierta influencia en las ciudades del Pará y Manaos, que hacía pública propaganda, habiendo dado algunas conferencias en la Cámara de Comercio de la primera, para solicitar el apoyo de toda la Amazonia y el concurso de los patriotas brasileños; nuestro conocido Gentil Tristán Norberto, que, acompañado del cónsul brasileño, se había dirigido de *Bon Destino* a *Caquetá* por el camino terrestre que liga ambas barracas; y Orlando López, Capitán de artillería, de prestigio en Río Janeiro. Estos tres jefes formaban la Junta Revolucionaria, colaborados por el titulado Coronel, Manuel Felicio Maciel, temible bandido que había hecho del Acre durante mucho tiempo un feudo alejado tanto del gobierno de Manaos como de la administración boliviana. Dijéronnos que este último no estaba de acuerdo con el Triunvirato; pues sus ambiciones ilimitadas, le hacían ver la presidencia dictatorial del nuevo Estado.

Con harto dolor e indignación llegamos a saber también que los Subtenientes Belilla (español) y Zamora, que abandonaron su puesto de honor el día 15, habían llevado al enemigo informes de nuestra situación difícil y de los trabajos de fortificación del puerto. Mas tarde el segundo moría en el Hospital del Pará, avergonzado durante su enfermedad, de recibir aún la caritativa ayuda de algunos bolivianos.

El 19, se consultó la opinión de los jefes respecto de la idea de atacar a los revolucionarios de *Bon Destino*; pero, la opinión general fué no descuidar ni un momento el puerto, amenazado desde la frontera, y el 22, explorada la orilla opuesta, se encontró huellas de los sediciosos que se habían trasladado de *Bon Destino* a incorporarse a las fuerzas de *Caquetá*. Ese mismo día se oyeron dos disparos de fusil y el pito de una lancha que el 23 volvió a escucharse, al mismo tiempo que sonaban en el río, muy próximas al campamento, tres detonaciones que nos pusieron sobre las armas.

Nuestro amigo *Chico* se había despedido días antes, llevando a su esposa y su niño a *Caquetá*, expresándonos al separarse, la seguridad que tenía de un ataque.

Por fin llegó el día 24.

Cinco días habían transcurrido, sin que al aislado campamento de Puerto Acre, llegase una noticia de los cuerpos militares de *Riosinho* y *Humaythá*, comandados por el Ministro de la Guerra Coronel Montes y el Vice-Presidente de la República señor Velasco, que separados por la distancia y el movimiento bélico de la región, obraban independientemente, sin poder ofrecerse mútuo auxilio.

El sol tropical del Noroeste nos encontraba siempre ansiosos y anhelantes, para dejarnos en la tarde con una esperanza menos en el alma enervada por el abandono y la desgracia. El río tranquilo, seguía indiferente su curso, sin que el ruido del remo turbara su silencio, para anunciarnos la presencia de una pequeña embarcación siquiera; y los pocos víveres con que contaba la Delegación Muñoz en los ruinosos almacenes del Puerto, disminuían en horribles proporciones, presentando ante los ojos febricitantes del enfermo, la imagen aterradora del hambre.

Aislados como en un peñón, en medio del océano de las selvas, nuestra situación era insostenible y el fin más desastroso se aproximaba día a día.

Después del ligero almuerzo, que aminoraba los estragos del hambre en los organismos casi agotados, la reducida guarnición de Puerto Acre se entregó al descanso del medio día, diseminada en las pocas barracas de la población y en los claros del bosque que la circunda.

Un silencio profundo reinaba en el campamento, y las mal llamadas callejuelas, permanecían escuetas y calcinadas por los rayos del sol tropical que pasaba el meridiano.

A la 1 p. m., el extraño toque de un clarín, desde la banda opuesta, turbó el reposo del soldado, que incorporándose en la hamaca, trataba de indagar la causa; y antes de que pudiera volver de su sorpresa, la detonación de un cañón seguida por una descarga de fusilería, anunció la presencia del enemigo emboscado. El cuerpo de guardia respondió inmediatamente a los fuegos, mientras la tropa y todo el personal de la Delegación, acudían a las armas, cruzando en desorden el claro del bosque donde se alza Puerto Acre.

Repuesta de su sorpresa, la guarnición se situó rápidamente en sus posiciones, dominando desde ellas los puntos accesibles y atenta a las órdenes que la corneta le diera.

Ocupaban los flancos, situados en la orilla del río, los piquetes "Abaroa 1.º" y "Cochabamba" con los pocos hombres con que aun contaban la antigua "Columna del Noroeste" y la "Policía", en tanto que el "Abaroa 2.º", listo para acudir a cualquier punto, se posesionó de una zanja abierta debajo del edificio de la Delegación.

El Piquete "Pérez Velasco" dominaba toda la línea sobre el planalto del puerto, cuidando además la retaguardia, en previsión de un ataque por tierra

Puerto Acre contaba en aquel día con 217 habitantes, a saber; 79 soldados sanos y 73 enfermos, 48 jefes, oficiales y empleados civiles, 14 mujeres y 3 negociantes.

La línea del enemigo, que ocupaba la orilla opuesta del bosque, afectando la forma de una media luna, se componía — según datos suministrados por él mismo, después de la campaña — de más de 300 hombres aptos, de entre los que 150 próximamente procedían de la Guarnición de Manaos o habían sido enganchados allí entre los inmigrantes españoles e italianos. Contaba con un cañón de calibre menor y sistema moderno, una ametralladora, fusiles Comblay y carabinas Manlicher y Winchester, mientras los defensores del Puerto disponían de fusiles Mausser modelo argentino, con muy poca dotación.

El combate duró una hora y tres cuartos, con intervalos que nos daban a entender la retirada del enemigo, o un nuevo plan de ataque que combinaba.

En esos momentos el sonido del pito nos anunció la presencia de una lancha revolucionaria, dejándonos esperar un desembarque de fuerzas en la banda que ocupa el puerto.

Nuestros soldados, ante el poco efecto que hacían los fuegos del enemigo, agitaban sus armas en el aire, lanzando burlas y canciones en lengua portuguesa, o produciendo con palmotadas la tonada monótona con que el pueblo reclama la apertura del telón en nuestros teatros. La prensa de Manaos decía que la ofensa de la que más

RIO ACRE

ENTRE

HUMAITHA Y PAPIRY

Papiry

Natal

Nova Axioma

Novo Incento

Nova Granada

Imperatriz

Macapá

Panfurados

Boa Vista

9°30'LS

Esperanza

Caquetá

PUERTO ACRE

S. Jerónimo

Floresta

Bom Destino

Boa Sorte

Estremo de Gloria

Gloria

Curupaity

Humaitá

--- Línea de frontera ---

Madera - Javary

COMBATE DE PUERTO ACRE

Diciembre de 1900

Trincheros bolivianos

Fuerzas enemigas

Panteón

Cañón

Perforadora

- 1 Delegacion
- 2 Aduana
- 3 Cuarteles
- 4 Capitanía de Puerto
- 5 Cuartel "Pérez Velasco"
- 6 Columna "Noroeste"

se quejó el enemigo después de su derrota, fué la palabra *macaco* (mono) con que fué recibido por el *danado* soldado boliviano (*)

Las bajas del enemigo alcanzaron a quince muertos y seis heridos, en tanto que en nuestro campamento sólo tuvimos que lamentar la pérdida del valiente Mayor Emilio Calderón, y la herida del tripulante de la Lancha "Iris" Francisco Villanueva.

Los héroes de aquella jornada fueron el Delegado doctor Muñoz, que recorriendo las filas alentaba al soldado; el Teniente Coronel Pastor Baldivieso, J. de E. M.; el Teniente Coronel Pedro Salazar, que a la cabeza de su piquete decidió el triunfo avanzando con audacia contra el enemigo y dirigiendo varias descargas uniformes; el doctor Aranibar en su doble papel de médico y soldado; el Teniente Coronel Fernández Molina; los comandantes Arano, Sagárnaga y Ascui; y los intrépidos Tenientes Peñarrieta y Franco, que, a ofrecimiento del primero, pasaron a la orilla del río donde abandonara el enemigo su artillería, 82 bombas, muchos fusiles y carabinas con munición cuantiosa y algunos víveres.

Tan espléndido triunfo nos hacía esperar alguna noticia del Brasil y el arribo de los vapores; pues el caudal del río había aumentado notablemente en los últimos días. Considerábamos, además, que el comercio no podía su-

(*) Un viajero que se encontraba en *Caquetá*, a bordo de uno de los vapores mercantes, refirió lo siguiente:—"Según oí a cierto Comandante, que asistió al combate, las tropas bolivianas en Puerto Acre recibieron a los asaltantes con bromas y silbidos, mostrando desde sus posiciones la culata del arma para que sobre ella hicieran puntería los asaltantes. Esta prueba de sangre fría, indiferencia y superioridad tan manifiestamente puesta en práctica en momentos de combate, enfrió completamente el entusiasmo del ejército acreano, que comenzó a ver en aquel procedimiento del adversario, el anuncio de una derrota inminente. En efecto, después de dos horas de reñido fuego de una y otra parte, y en el que los revolucionarios gastaron 30.000 tiros y los bolivianos sólo 1,500, notaron los patriotas que el enemigo intentaba cortarles la retirada, lo que siendo observado por el Comandante general, se dió por éste el grito de: ¡sálvese quien pueda!..." (*El Acre*, Florián Zambrana).

frir más perjuicios, y que si el vencido disponía aún de suficiente fuerza, repetiría el ataque muy en breve, combinándolo por tierra y agua y procurando sorprender nuestra retaguardia viniendo por el bosque desde *Esperanza* que se encuentra sobre la misma orilla.

Los pocos víveres que el enemigo había dejado en el campo, no alcanzaron sinó para una frugal comida, y practicado el inventario de los que aún quedaban en el almacén, vióse que sólo podían durar hasta el día 30 sujetando, como desde días antes, a media ración a todos los habitantes del Puerto.

El 26, oímos repetido pitar de vapores, y en previsión de una nueva sorpresa, partió la "Iris" a la *barraquinha* inmediata, y volvió a los pocos minutos trayendo cuatro trabajadores que en ella había encontrado. El pánico se apoderó de los capturados al encontrarse ante el Delegado y los Jefes, que con objeto de adquirir noticias, amenazaban castigarlos; pero, ante la inocencia o timidez que revelaban sus respuestas, y no contando con alimento alguno que darles, fueron puestos en libertad al siguiente día.

El 28, volvió a zarpar la "Iris" con rumbo a *Floresta*, a órdenes del Teniente Coronel Fernández Molina y llevando a su bordo un piquete suficiente para defenderla en caso de ser atacada, y a las dos horas volvía trayendo algunas cabras y varios puercos que mató la tropa con la precipitación del desembarco en la barraca. El temor de un ataque en semejante situación, obligó al jefe a llamar repetidas veces a los soldados que vagaban entre las habitaciones de *Floresta*, buscando víveres y haciendo fuego sobre los animales que fugaban al bosque.

Este pequeño contingente no hacía más que prolongar por uno o dos días, nuestra situación, y, reunidos nue-

vamente los jefes de los diversos piquetes, no pudo llegarse a ningún acuerdo, a pesar de largas y razonadas exposiciones. Era humanamente imposible permanecer mas tiempo. El hambre se aproximaba mas día a día, y ante el momento fatal de haberse agotado el último recurso, se presentaba después un cuadro aterrador y negro!

Se había pensado en la capitulación, y, a pesar de todo, aún se dejaron escuchar voces alentadoras y patrióticas que aconsejaban agotar el último recurso de los últimos momentos!... ¡Cuán grande es la esperanza! (*)

En tal estado, el servicio de campaña que se practicaba durante la noche, era penosísimo. Los *centinelas perdidos*, turbaban el silencio de las selvas con fúnebre y prolongado *alerteo*. Copiosos aguaceros empapaban su traje, y al amanecer del siguiente día se recogían pálidos y cadavéricos a ocupar el lecho miserable que condujeran hasta allí en las espaldas.

La noche del 28 fué aún más triste! El continuo pitar de los vapores en *Caquetá* y el ruido que percibían los centinelas en el bosque, alarmaron a toda la guarnición

(*) El General Pastor Baldivieso, en un libro de memorias que ha publicado últimamente (1925) refiere la conmovedora escena que sigue:

"El 28 en la tarde, habíamos agotado la última onza de harina de yuca. Aquel día el doctor Muñoz lo pasó cerrado. No se le vió como de costumbre.

"A las 8 de la noche me llamó a su habitación. ¿Para qué?... Allá va la relación exacta de la conferencia que tuve con él.

"Lo encontré sentado junto a su mesa de trabajo, con dos paquetes cerrados. Apenas lo saludé, se puso de pie, y con la serenidad más grande me dijo textualmente lo siguiente:

"—Mañana no tendremos nada para dar de comer a nuestra tropa; apenas hay en el almacén un saco de café podrido. Hemos cumplido el deber hasta el fin, y mañana la pasaremos como se pueda; pero, pasado mañana 30, a las 5 de la mañana, mandará usted este oficio al campamento de *Caquetá*. En él pido para ustedes una honrosa capitulación que harto la merecen. Nuestra situación la conoce usted tanto como yo, y *no tiene remedio*, a menos que la Providencia venga en nuestro auxilio.

"—¿Y usted?—le interrumpí.

"—El Delegado del Gobierno de Bolivia no ha de sobrevivir a la catástrofe.—Y alcanzándome el otro paquete, agregó:—Estos son documentos que llevan mis disposiciones y que confío a su lealtad; sé que ellos han de llegar a poder de mi familia. Usted se encargará, además, de conducir nuestros pobres soldados.

"El lector se ha de dar cuenta cabal de cómo terminó esta entrevista. ¡Cuando los hombres lloran!..."

que, colocada en las fortificaciones llenas de lodo y hojas pútridas, pasó toda la noche con el fusil preparado y la mirada fija en el oscuro bosque. A cada instante partían comisiones y volvían siempre confirmando la presencia de gente en las proximidades del cementerio y la retaguardia del campamento.

Durante el día había partido también una comisión compuesta del Comandante Arano, el Capitán Pionnier y dos soldados, con objeto de explorar el camino de *Caquetá* a *Bon Destino*, por el que el enemigo internaba víveres y municiones a las barracas de arriba.

Eran las 4 a. m. del 29, cuando el pitar de vapores sonaba más repetido y perceptible, acusando su considerable número y su aproximación gradual a *Puerto Acre*. La guarnición toda, alerta en sus posiciones, se preparó a la defensa. Un silencio sepulcral reinaba en el campamento que parecía abandonado. Los primeros albores de la mañana empezaban a dibujar las siluetas de los árboles, y la bruma que cubría el río se desgarraba lentamente para envolver la vegetación de las orillas.

Los centinelas avanzados suspendieron el *alerteo*, y el Teniente Coronel Salazar, que desde días antes reemplazara al J. de E. M. que se encontraba enfermo, esperaba al enemigo, de pie sobre un barranco, para dar la orden de *alarma!* al corneta que permanecía a su lado.

A los pocos instantes apareció la proa de un vapor, llenando todo el río, y avanzando hacia el puerto, se dejó oír a su bordo el grito de *¡viva Bolivia!* Tras de éste presentáronse otros, y bien pronto una población flotante ocultó a nuestra vista las turbias aguas del *Acre*.

En el silencioso campamento no se movió ni una hoja; pero, al descubrir los pañuelos blancos que se agita-

ban en los navíos y al reconocer a bordo del primero a un compatriota nuestro (Luis Donato Moreira), el toque de *diana*, repetido por todas las cornetas, animó a la guarnición a levantarse sobre las fortificaciones coronando los barrancos gredosos de *Puerto Acre*.

Los vapores, aproximándose a la orilla, echaron anclas uno a uno: "Xapury" (195 toneladas), "Río Affuá" (312), "Río Aquiry" (278), "Amazonense" (221), "Baturite" (202), "Santo Antonio" (181), "Ajuricaba" (121), "Prompto" (187), Río Juthay" (181), "Cearense" (280) "Amazonas" (202) y "Uraria" (81). Luego saltaron a tierra varios individuos, y a poco el puerto, risueño y bullicioso, se presentaba a nuestros ojos, haciéndonos pensar si éramos víctimas de un hermoso sueño, o si la situación anterior fué sólo una horrible pesadilla!...

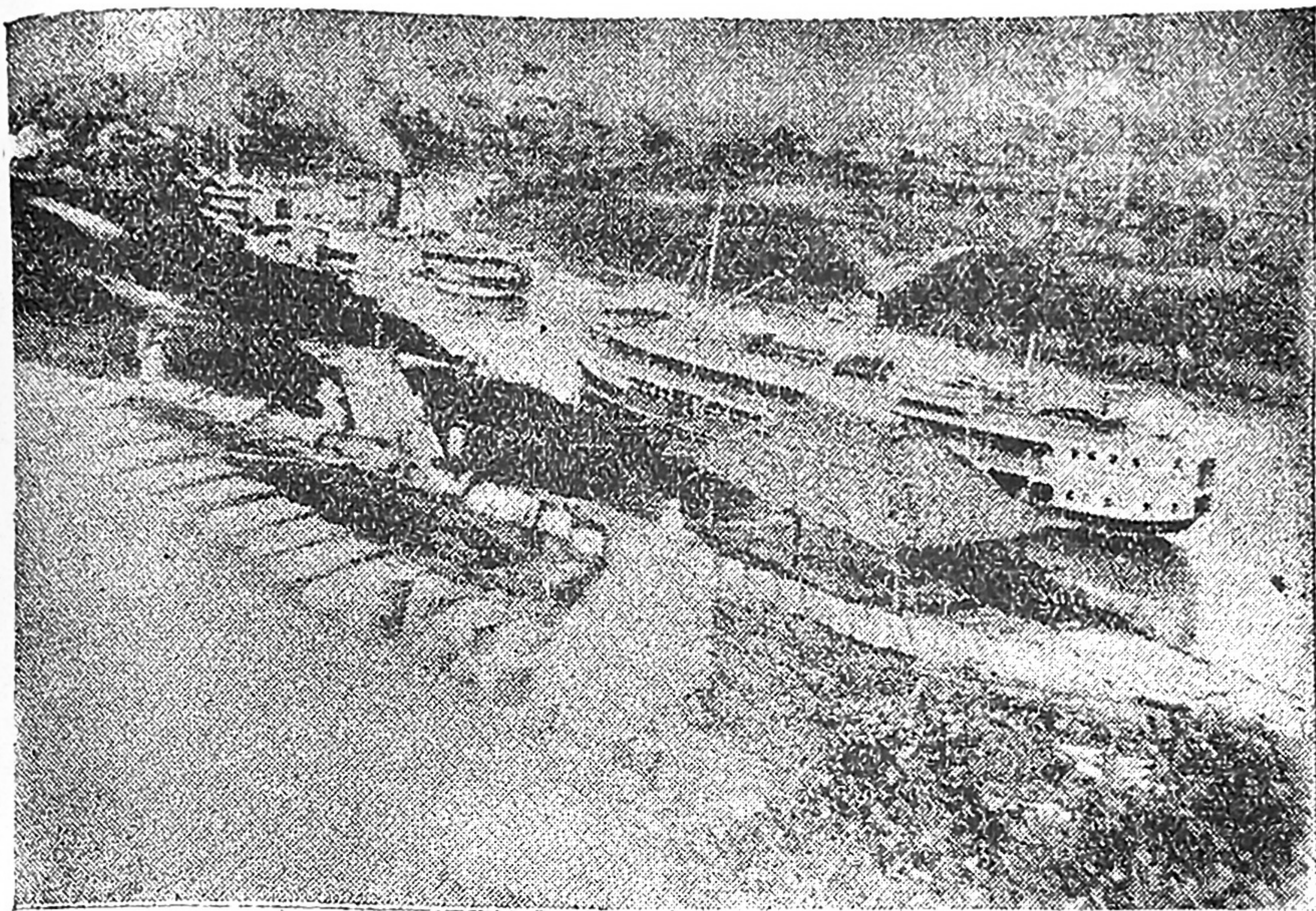


Luis D. Moreira

La ruptura del bloqueo se había efectuado así:

Derrotado el enemigo en *Puerto Acre*, llegó disperso a Caquetá, donde los vapores detenidos, al saber el suceso, comprendieron que las fuerzas bolivianas no abandonarían el *Acre* mientras contasen con un solo hombre. Por otra parte, el resultado adverso del ataque, provocó entre los jefes la discordia consiguiente a la culpabilidad que se atribuyen unos a otros en casos semejantes, y Orlando López, tercer miembro de la Junta Revolucionaria, separóse de Carvalho y Norberto, que aún pretendían continuar el bloqueo y atacar nuevamente el puerto, reuni-

dos con los revolucionarios de *Empresa*,—Alejandrino da Silva, Hipólito Moreira, etc.



Ruptura del bloqueo

Entonces apareció el titulado Coronel Manuel Felicio Maciel, a la cabeza de su gente, (40 hombres poco más o menos), y sabiendo el fracaso de sus rivales, quiso proclamarse Dictador y empezó a ejercitar actos abusivos con los derrotados y los vapores que permanecían detenidos. El Comandante del vapor "Aquiry" Antonio de Melho Cardozo, que recibió una brutal injuria a bordo de su nave, provocó la protesta de los demás que, haciendo común la ofensa, armaron a todos los tripulantes y comandados por Cardozo, se dirigieron en el "Aquiry" al día siguiente a la barraca *Esperanza*, donde echaron a pique la lancha de Maciel ("Entre Ríos"), y libraron con-

tra las fuerzas de éste una escaramuza de la que resultó muerto el 2.º Comandante del vapor que atacaba, y la más salvaje matanza de la gente de Manuel Felicio y algunos habitantes indefensos de la barraca. Maciel pudo huir por el bosque, después de haber cruzado a nado el río.

A raíz de este suceso, llegó el vapor "Affuá", que llevaba algunos víveres para la guarnición de *Puerto Acre*, y cuyo Comandante, Alvaro Rodríguez, decidió a los demás a romper el bloqueo en vista de los grandes perjuicios que su prolongación ocasionaba al comercio. Rodrigo de Carvalho y Gentil T. Norberto no pudieron impedirlo, y en rimbombástico decreto, "*accedieron*" a suspender el bloqueo, culpando al Comandante Alvaro Rodríguez de cualquier resultado adverso a la revolución del *Acre*.

Los vapores pasaron la frontera, para arribar, como lo hemos visto, al puerto, donde las garantías que les ofreciera la administración boliviana, afirmaron en el comercio la idea de la conveniencia de la terminación de la guerra separatista.

¡Nunca estuvo más bello el triste puerto del *Acre*, alumbrado por los focos eléctricos de los doce vapores y animado por el bullicio de tanta gente reunida en medio de las desiertas selvas!

Las grandes cantidades de carga que conducían los navíos y el número de pasajeros que se dirigían a las diversas barracas, nos daban a entender la riqueza e importancia de la región y nos halagaba la idea de que tantos sacrificios no serían estériles en lo porvenir.

La guarnición de *Puerto Acre* estaba salvada; pero, ¿qué había sido del hospital militar de *Humaythá* y del lejano campamento de *Riosinho*?...



CAPITULO XXIV.

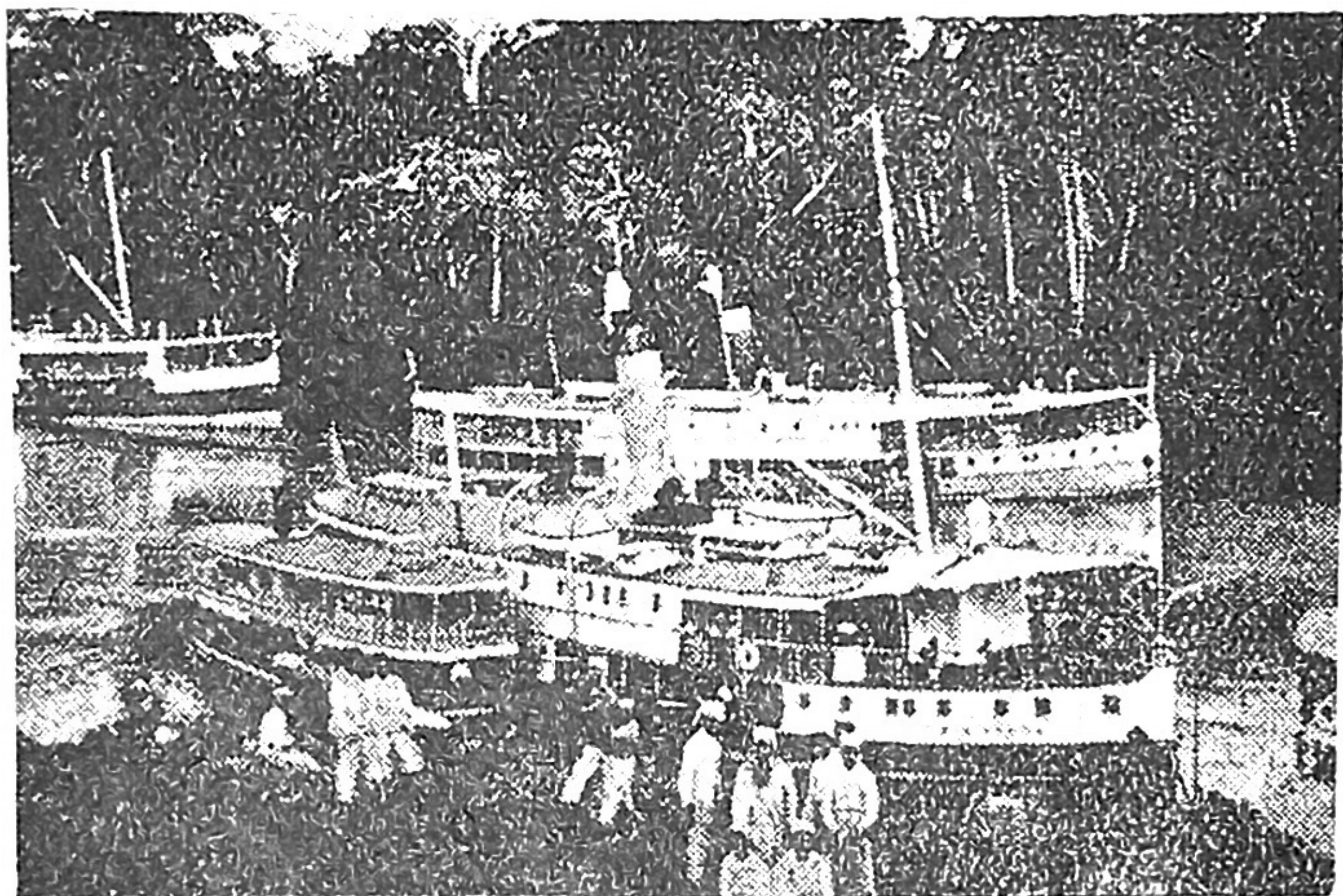
Combate de Bagé.—La pacificación.

Desde el 11 de diciembre, en que el Delegado Extraordinario había fijado definitivamente su residencia en *Humaythá* a la cabeza del hospital militar, se dió comienzo a las ligeras fortificaciones que reclamaba la barraca, en previsión de un ataque de los revolucionarios de *Bagazo*, cuya respuesta insolente después del asalto de *Cajueiro*, acusaba su fuerza superior.

La remisión de algunos víveres en la lancha "Iris" a *Puerto Acre*, había también dejado el hospital reducido a una alimentación insuficiente, y, mucho más, si se tiene en cuenta el estado de los 110 enfermos que en él se medicinaban, sin perjuicio de prestar un penoso servicio de campaña.

Roto el bloqueo, y después de dos días de permanencia en *Puerto Acre*, los vapores arribaron a *Humaythá* el día 31 de diciembre, anunciando al Delegado Extraordinario el triunfo del 24 y los acontecimientos que se desarrollaron inmediatamente después, allende la frontera.

Pero la revolución no estaba terminada. Los revolucionarios de *Empresa*, que habían reunido todos los contingentes de *Bagazo*, *Catuaba* y las demás barracas situadas entre *Humaythá* y *Riosinho*, no estaban dispuestos a deponer las armas, sin empeñar un combate decisivo con las fuerzas del Ministro de la Guerra. Por otra parte, Carbalho y Norberto se encontraban aún en *Caquetá* y *Esperanza* a la cabeza de la mayor parte de la fuerza vencida, esperando un resultado de la revolución de *Empresa*.



Vapores anclados frente a Puerto Acre

Desde el triunfo del 12 de diciembre, el Ministro de la Guerra y Comandante en Jefe de las fuerzas pacificadoras, se había dedicado a mejorar las fortificaciones de *Riosinho*, estudiando al mismo tiempo la región, para tomar la ofensiva. El servicio de campaña fué crudo desde entonces. Aislado también el campamento de *Riosinho*, no llegó a él un solo aviso de cuanto ocurría en *Humaytá* y Puerto Acre, y la falta de víveres era mayor cada día.

Al amanecer del día 24, los revolucionarios habían rodeado el campamento con todas las fuerzas de que disponían (500 hombres aproximadamente): y resueltos a atacar al mismo tiempo y por todas partes al batallón, ocuparon con mucho orden la orilla del río opuesta al campamento, los dos flancos y la retaguardia: pero en estos momentos, el *corneta*, cumpliendo como de ordinario las órdenes de cuartel, dió el toque de *prevención de diana*, notando inmediatamente en el bosque el movimiento y bullicio con que huía el enemigo creyéndose sorprendido y frustrada la sorpresa que intentaba.

La incertidumbre y el abandono en medio del desierto, no podía prolongarse por más tiempo, y el Ministro de la Guerra resolvió avanzar sobre *Empresa* para decidir la suerte de las armas bolivianas.

Formado el batallón en el claro del bosque, se dispuso que la banda de música, armada de carabinas "Winchester" y a órdenes del J. de E. M. Coronel Miguel Aguirre, quedase de guarnición en *Riosinho*. En momento tan solemne, el Ministro se dirigió a la tropa, y parodiando las célebres palabras de Bonaparte, antes de la batalla de las Pirámides, exclamó con voz firme:

—“¡Desde el fondo de estos bosques, la Patria nos contempla! ¡Derecha y en marcha!”

Un bote conducía por el río hasta *Amapá* los víveres calculados para dos días, mientras el batallón llevaba en la mochila los necesarios para el día que debía tardar hasta llegar a ese punto por tierra (*), conduciendo además en una acémila otra cantidad en previsión de prolongarse el viaje o caer en manos del enemigo los que iban por la vía fluvial.

(*) Véase el mapa de la página 264.



La senda, estrecha y tortuosa, se encontraba casi intransitable por los pantanos y los inmensos charcos de agua detenida que habían formado en el bosque los torrenciales aguaceros de diciembre. La marcha, por lo mismo, era lenta y penosa, teniendo que cruzar la tropa grandes distancias con el agua hasta la cintura, al mismo tiempo que la lluvia de ese día caía copiosa sobre sus espaldas.

En la tarde llegó el batallón a *Amapá*, donde la avanzada cambió algunos tiros con la del enemigo, que iba

examinando la marcha a poca distancia. Colocados los *puestos de guardia* en los alrededores de la barraca, el situado sobre la orilla del río, mandó detenerse a un bote que bajaba con rumbo al cuartel revolucionario de *Empresa*; pero, como la orden no fuera obedecida por los tres individuos que la tripulaban, el centinela hizo fuego sobre ellos hiriendo a uno en el hombro. Echáronse al agua los tres trabajadores y auxiliados por algunos aborígenes de *Tumupasa* que había llevado el batallón como auxiliares, llegaron a la orilla, donde sollozando tímidamente cayeron de rodillas a los pies del Ministro, imploraron perdón y confesaron después que, procedentes de *Nova Empresa*, iban a dar aviso de la marcha del batallón a los revolucionarios. Dijeron, además, que sus compatriotas amenazaban de muerte a los brasileños que permanecían neutrales y que les fué forzoso obrar de esa manera.

Puestos en libertad los trabajadores, el batallón siguió la marcha sobre *Empresa*, con las precauciones necesarias en el bosque, donde, como lo hemos dicho tantas veces, no se puede viajar sino en hilera, separándose a menudo unos de otros, a causa de los accidentes de la senda, obstaculizada siempre por charcos de agua y ramas y enredaderas que impiden el paso. La *avanzada* marchaba a cierta distancia que permitiera al grueso de la fuerza, escuchar la voz de alarma para alistarse al combate; y, en previsión de una emboscada envolvente, había discurrido el Ministro un movimiento por el cual las hileras derecha e izquierda diesen el frente a los flancos respectivos, echándose en el bosque para atender a la vez todos los puntos y precisar así al enemigo a ofenderse con sus propios fuegos, por encima del batallón que podía dominar las parcialidades de la línea atacante.

“La táctica—dice el informe del Ministro—que no

tuvo en cuenta ni aquel terreno ni aquella situación, no daba en sus formaciones ordinarias los medios para vencer los inconvenientes enumerados. Entonces fué preciso idear un orden simultáneo de marcha y de combate que, consultando ambas situaciones, hiciera de las dos una misma. *A priori* esto puede parecer una paradoja y por ende un absurdo militar; sin embargo, a tal punto era ese orden indispensable, que el táctico más inhábil y también el más experto habrían concebido lo mismo, aleccionados por la observación del bosque y sus condiciones: observación que de un modo general es la esencial base de todo movimiento en la guerra."

En momentos en que el batallón dejaba la barraca de *Amapá*, se escucharon los tiros cambiados entre la avanzada y el enemigo emboscado que esperaba el desfile. El grueso de la tropa apresuró entonces la marcha para dar alcance a la avanzada, que obedeciendo las órdenes que recibiera, se había detenido en la senda; pero la distancia intermedia había sido también ocupada por los revolucionarios que ocultos en el bosque ofendían al batallón por ambos flancos, obligándolo a batirse a medida que marchaba.

Así, luchando siempre a intervalos, siguió su viaje el batallón, hasta descubrir el río sobre cuya margen opuesta se encuentra el caserío de *Bagé* (pág. 264) donde había hecho el enemigo fortificaciones pasajeras de *bolachas* de goma. Una lluvia de balas recibió a la fuerza cuando salía a la orilla, y bien pronto, por todas partes se vió envuelta por el enemigo. Entonces la vanguardia salvando el espacio descubierto frente a *Bagé*, se internó por la senda nuevamente al bosque, y como se tenía dispuesto, agazapose para batirse, obligando al enemigo a cruzar sus fuegos por encima.

El combate duró cerca de una hora y el número de

bajas del batallón—aunque parecería increíble si no se tuviese en cuenta la precipitación y atolondramiento con que siempre se batieron los sediciosos — sólo fué de dos: el Teniente 2.º Nicolás Reque Terán, herido, que murió después en Puerto Acre, y el Cabo 1.º Filiberto Cordeiro, herido también.

Esta nueva victoria, sin ser decisiva, confirmaba en el enemigo la convicción de nuestra fuerza militar y de la cohesión en que nos mantenía el aislamiento—aunque parezca contradictoria la frase.

Cesó el fuego nutrido que convergía en el batallón, de todas direcciones, y sólo algunos disparos, desde el flanco izquierdo (*barraquinha* San José), dieron a entender a los victoriosos la retirada de los revolucionarios hacia *Riosinho*, que, defendido por la banda de música y cuarenta y tres enfermos de gravedad, no podía ofrecer tal vez resistencia capaz a un ataque. Entonces el Ministro juzgó oportuno acudir en auxilio del cuartel general, previendo el asalto, que bien podría dejar al grueso del batallón en la dura necesidad de sacrificarse en medio de la selva en busca de un sitio de recursos, o seguir desesperadamente a ocupar las trincheras de *Empresa*, dejando el bosque sembrado de cadáveres. Era necesario mantener la posesión de *Riosinho* — punto céntrico de la región más importante del Acre — y no por sujetar a emergencias extremadas una guerra tan llena de sacrificios, ni alentado por una victoria en el bosque (siempre parcial), iba el batallón a sucumbir estérilmente en el altar del heroísmo!

Tornó la fuerza a recorrer el camino y después de un corto descanso en *Amapá*, siguió a *Riosinho* conduciendo en andas a los dos heridos, no sin ser inquietado por algunos disparos que desde dentro del bosque dirigía el enemigo que había quedado oculto en posesión de senderos abiertos de antemano, previendo el avance del batallón. La mar-

cha fué pesada, y las primeras sombras de la noche sorprendieron al batallón en medio de la selva. ¡Cuánta resignación y patriotismo alentaban al soldado, que — si victorioso y entusiasta — volvía al campamento con el hambre y la fatiga de una campaña interminable!...

Pero ¿qué vale la abnegación? ¿qué el anhelo ante lo imposible? Ir siempre en pos de una finalidad que huye, es perder gradualmente las energías del espíritu, mientras la influencia del clima tropical agota el organismo y deja burladas todas las incitaciones del carácter. ¡Qué horrible vértigo se apodera del alma en ese infortunio que es superior a la resistencia física!... ¡Qué gloria la del soldado que ha sabido sobreponerse al humano decaimiento, ya que el enemigo, sólo pudo oponerle la valla de una naturaleza secular, hostil y huraña!...

A las 12 de la noche, empezó a desfilar en el desmonte de *Riosinho* la fuerza victoriosa de *Bagé*. El Ministro que, como siempre, marchaba a la cabeza, se dió a conocer a la guarnición que había quedado, y el batallón todo, agotados casi por entero los víveres, descansó de una campaña tan cruenta, que bien podría caracterizarse con esta frase: —*cincuenta horas de tiroteo, fatigas y hambre*.

En tanto, la guarnición, tranquila en *Riosinho* y dedicada a distraer la atención de los que pudiesen espiar el campamento, dejaba oír sus marciales notas, en medio de las silenciosas selvas; pero en momentos en que en la avanzada del norte se había percibido el tiroteo de *Amajá*, el corneta Salvatierra, de 10 años de edad, arrebató el fusil de uno de los enfermos, para internarse en el bosque, según decía, a defender al batallón...

Desde aquel día la permanencia en *Riosinho* fué más penosa y agobiadora. La debilidad del soldado se hacía más notable y grave; y, agotada la fuerza física, tanto tiempo explotada por la situación difícil como por el

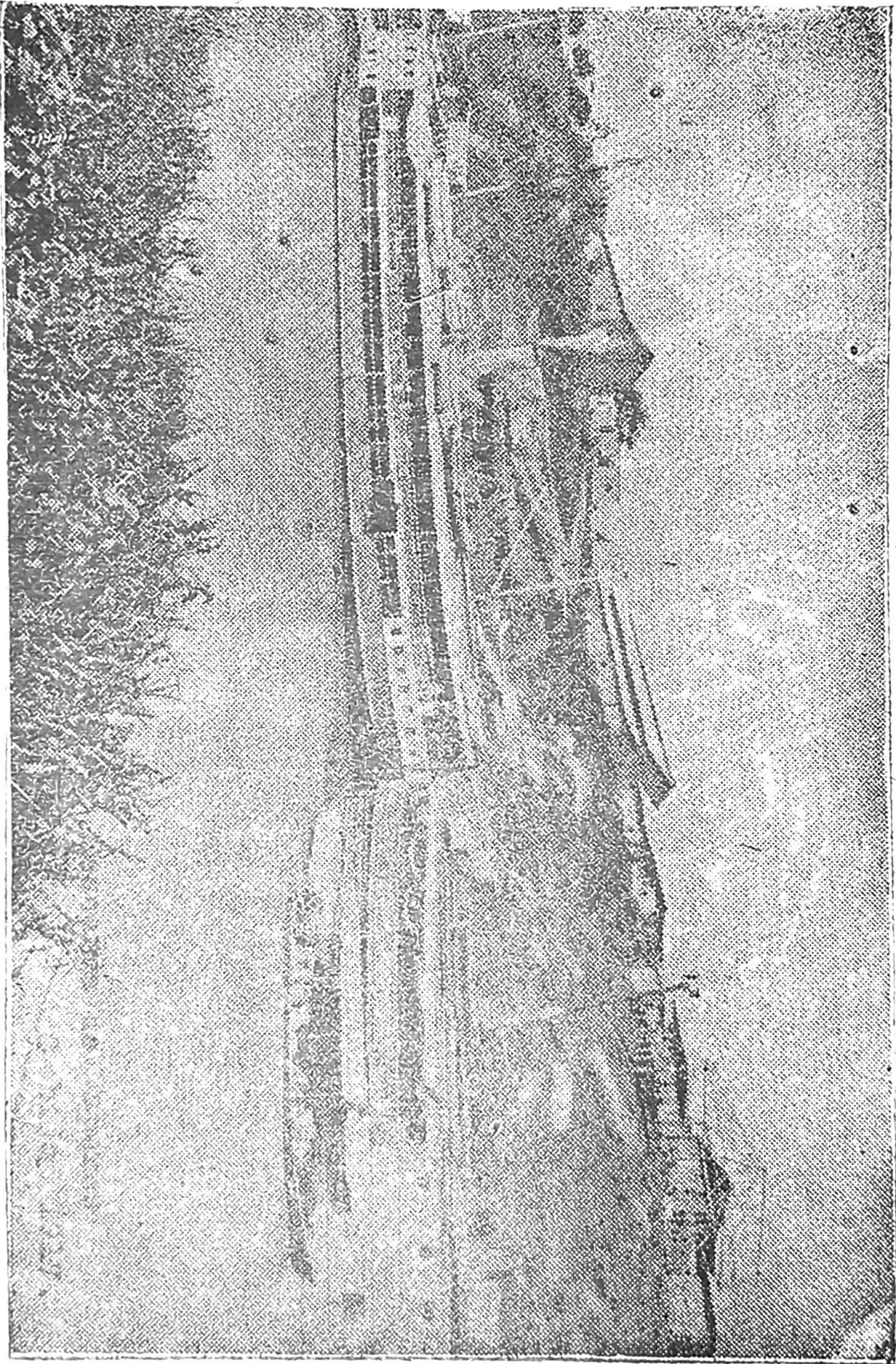
clima de la región, apoderóse de los organismos la *panofobia*, que es una enfermedad nerviosa consiguiente a las penurias y la sobreexcitación constante. Sólo los que han recorrido las selvas del noroeste, más alejados cada día de la esperanza, podrán explicar el decaimiento que desasosiega a los hombres en semejante condición!...

La retirada al Orton habría sido una solución para proveerse de víveres y esperar refuerzos, preparando una nueva campaña en la época en que el Acre pudiese contar ya con los recursos que los navíos habilitadores internan a las barracas productoras de goma; pero, tan difícil situación pudo cambiar el 4 de enero, día en el cual, con gran alarma del batallón, se percibió durante la mañana el continuo pitar de los vapores, que, a consecuencia de los grandes recodos que forma el río, se dejaba escuchar en distintas direcciones, dando a entender a la guarnición un nuevo ataque de los sediciosos, cuyas trompetas de caza, producen un sonido análogo.

A horas 2 p. m. pudo tenerse en el campamento la convicción de la presencia de vapores en el río, dudándose de su actitud, pues se ignoraban del todo los sucesos de *Puerto Acre* y *Humaythá*, y se temía el fin funesto de ambas guarniciones. Intimidado el primer vapor ("Río Affuá") a detenerse a cierta distancia de la orilla, anunció la actitud pacífica en que venía, los sucesos anteriores, a la ruptura del bloqueo y la disposición en que se encontraban los revolucionarios de *Empresa* para depòner las armas y reconocer la soberanía de Bolivia, si las autoridades bolivianas amnistiaban a todos los comprometidos en la revolución separatista.

Con el asentimiento del Ministro que empenó su palabra oficial, volvió el "Río Affuá" a *Empresa*, donde los jefes revolucionarios suscribieron un documento, por el

Río Acre. — Vapores frente a una barraca importante



que deponían las armas, reconociendo la soberanía de Bolivia. (*)

La pacificación del Acre estaba terminada.

Los vapores empezaron a exportar la goma, y los jefes revolucionarios, disgustados con los trabajadores, a los que habían ofrecido perdonar sus deudas siempre que tomasen las armas contra la administración boliviana, se vieron en una situación difícil que los obligó a alejarse del Acre. Alejandrino da Silva fué capturado en *Humaythá*, por los asesinatos del joven Rodolfo Siles y el señor Honorio Peña.

El 28 de enero llegó a Puerto Acre a bordo del vapor "*Antonio Lemus*" el cónsul titular del Brasil, Eduardo Octaviano, que había sido reemplazado por Carneiro cuya actitud hipócrita ya hemos conocido; y después de un día de permanencia, pasó a *Humaythá* y *Riosinho*, donde, como en Puerto Acre, solicitó del Delegado Extraordinario y del Ministro de la Guerra, el permiso de conducir en su navío a los jefes revolucionarios amnistiados, que aun quedaban en el Acre. Da Silva fué puesto en libertad a poco tiempo, probada como fué su ninguna participación en los delitos de que se le acusaba; Gentil T. Norberto escribió desde *Esperanza* una carta al Delegado Muñoz, anunciando que se iba al Amazonas decepcionado de sus correligionarios y dejando constancia de su invariable actitud; y los demás, se alejaron uno a uno, para discutir después entre sí, culpándose mutuamente

(*) "Exmos. Senhores Membros da Commissão nomeada para negociar a paz com o Governo da Bolivia.

Comprometemos—nos perante voz a depor as armas e dar por finda a revolução do Acre reconhecendo a soberania da Bolivia na região acreana acima da linha Cunha Gomez.

Podeis levar esta nossa deliberação ao conhecimento do cidadão Ministro da Guerra da Bolivia que se acha actualmente no lugar *Riosinho*.

(Firmado)—Alejandrino da Silva.—Eduardo Bastos.—Francisco Sotero.—Hipólito Moreira.—João Francisco Kasus "

del fracaso del "Estado independiente del Acre". — su *vellocino de oro!*...

Una vez reunidos en Puerto Acre los tres jefes superiores de la expedición pacificadora, resolvieron el regreso de los enfermos y el pedido de una nueva fuerza que reemplazase a la que actuó hasta entonces con tanto patriotismo y resignación.

Refundidos los piquetes de Puerto Acre e incorporados en ella los individuos que habían recobrado su salud en el Hospital Militar de *Humaythá*, organizóse la Columna de Guarnición "Defensores del Acre" (200 hombres) a órdenes del Teniente Coronel Pedro Salazar, mientras el de igual graduación Pastor Baldivieso, se dirigía a *Riosinho*, destinado a comandar el "Independencia" en reemplazo del 2.º Jefe, Pastor Medinacelli (que falleció en *Liberdade*, al salir de la región), y a volver con el batallón a La Paz por la vía terrestre.

El Ministro de la Guerra, cuyo propósito firme era permanecer en el Acre, fué precisado a abandonarlo por prescripción médica, en atención a su salud tan quebrantada que amenazaba concluir; el Delegado Extraordinario, por análogas razones y habiendo terminado su labor administrativa, resolvió volver al interior; y el Delegado doctor Muñoz con la Guarnición indicada, quedaba en el Acre esperando a quien debía reemplazarlo, una vez pacificada la región.

Yō debía regresar por la vía del Amazonas, acompañando al Vicepresidente de la República y Delegado Extraordinario, señor Velasco. (*)

(*) Con la concurrencia a la campaña del Acre, el autor de este libro mereció sucesivamente los ascensos a Comandante y a Teniente Coronel, según consta del expediente organizado ante el Ministerio de la Guerra y en el que intervinieron el Delegado Muñoz el Coronel Ascuí y otros jefes de la expedición pacificadora; pues, sin perjuicio de las funciones civiles de Inspector de Aduanas y Oficinas Fiscales, desempeñó también, durante la beligerancia, cargos y comisiones militares, además de haber



CAPITULO XXV

*El Amazonas. — Sus afluentes. — Su libre navegación.
Manaos y el Pará.*

Hemos expuesto los hechos. La campaña del Acre no necesita otro comentario que el resultante del conocimiento de la zona y de la consideración de las distancias.

El 1.º de marzo de 1901, nos embarcamos en el vapor "*Prompto*" cuatro empleados civiles acompañando al Delegado Extraordinario, mientras el Ministro de la Guerra, que había partido horas antes en el "*Ajuricaba*", emprendía también el viaje hacia el Amazonas.

Nuestros compañeros, de pié sobre los barrancos desnudos de Puerto Acre, agitaban los pañuelos en señal de despedida. El placer que causaba en nuestros espíritus el regreso tan ansiado, se interrumpió un momento al recordar las escenas desarrolladas en ese secular prosce-

concurrido al combate de Puerto Acre. Los grados de Teniente 2.º, Teniente 1.º, Capitán y Sargento Mayor, los había obtenido ya en la guerra civil de 1898-1899, como Ayudante de Campo del General Pando en la campaña que terminó con la batalla del Crucero de Paria.



nio! Confieso yo que el adiós que dirigía, era algo parecido a la exclamación que causa la caída del telón después de una tragedia!... ¡Tanto habíamos sufrido!

Navegamos toda la noche, y al amanecer del siguiente día llegábamos a la boca del Acre, para surcar las aguas del Purús durante diez días, habiendo pasado el 8 frente a la ciudad de Labrea, situada a una milla más abajo de la boca del *Ituxy*.

Las nacientes del *Purús* se encuentran próximas a la frontera Perú-boliviana (11° L. S.) y después de enriquecer su caudal con el de varios tributarios, es cortado por la línea geodésica Madera-Javary a los $8^{\circ} 57' 27''$ L. S. y $69^{\circ} 7' 31''$ O. de G., recibiendo las aguas del *Yacu* por el que nuestra línea fronteriza pasa a los $9^{\circ} 8' 13''$ y $68^{\circ} 38' 56''$, y confluyendo luego con el *Acre* a los $8^{\circ} 41' 15''$ y $67^{\circ} 18' 45''$ para recibir después por la banda izquierda al *Pauynim*, el *Mamoria-mirin* y el *Tapruá*, y por la derecha el *Ituxy* originado en Bolivia.

A tres días de navegación de la boca del *Acre*, tiene una cachuela poco considerable, y visible sólo en tiempo seco, en que los vapores que llegan a ella quincenalmente, no pueden pasarla.

El *Purús* es rico de peces, quelonios y aves, y hace su principal riqueza la pesca del *pirarucú*, que bien podríamos llamar el bacalao de agua dulce, tan abundante en sus aguas. La goma elástica y el caucho, se han agotado en sus márgenes.

El día 9 de marzo ostentaba una tarde tranquila, con un cielo encendido por el sol, que parecía quemar con sus rojos resplandores las copas de los árboles del bosque.

El ruido de la máquina del vapor "*Prompto*" y la animada conversación de los pasajeros interrumpían la calma con que el caudaloso *Purús* arrastra sus corrientes por el lecho anchuroso que le abren las márgenes verdes

y silenciosas. Mis ojos vagaban por el horizonte monótono y siempre bello, posándose a cada instante en las nubes, que afectando formas caprichosas, recreaban mi imaginación y estimulaban los recuerdos de la campaña.

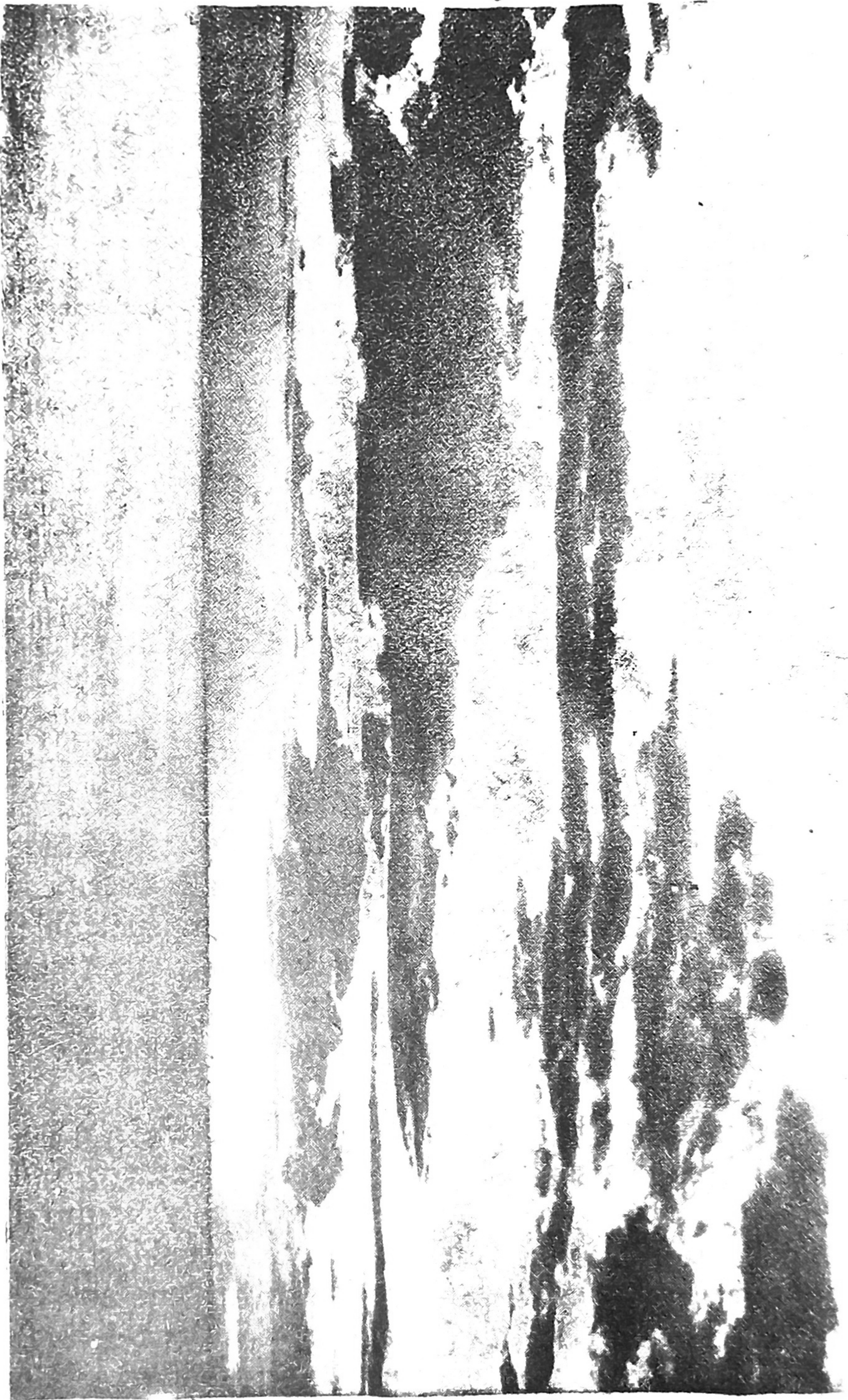
La luna, que apareció en el oriente, reemplazó al sol e inundó con sus rayos de plata el panorama tropical que nos rodeaba.

El río, más ancho y majestuoso a medida que descendíamos por él, reflejaba en su bruñida superficie el apacible cielo con sus astros. Las márgenes lejanas no eran ya más que una línea negrusca que separaba a la vista la inmensa masa líquida, del firmamento infinito.

Aquel río imponente fluyendo en sus senos de 12 brazas de profundidad por 3 kilómetros de anchura, y sobre cuyo dorso palpitaba el vapor revolviendo sus ondas amarillentas, no era diez días antes, en la boca del *Acre*, más que una vía fluvial, estrecha y pobre, que formando bruscas curvas resbalaba en un álveo de 150 metros. Día a día sus tributarios se confundían en él, y al despuntar el alba, desde las hamacas oscilantes observaban nuestros ojos, más lejanas las playas y más caudalosas las corrientes. Los innumerables lagos que sus impenetrables selvas encierran, le envían por poéticos *paranás* (canales), negras ondas cubiertas de hojas secas, y los turbios *igapés* (arroyos), arrastrando grandes troncos. le confían sus aguas mansamente.

Aquella noche mis compañeros de viaje esperaban impacientes descubrir hacia el norte el famoso *Solimoes* o *Alto Amazonas*, del que el *Purús* no es sino un tributario pobre!... La línea del horizonte descubierta, nos reveló que entrábamos en él, y alguna luz que aparecía en la inmensa superficie de las aguas, nos anunciaba la presencia de un vapor. Pronto en los grandes remolinos que forman en su confluencia uno y otro río, produjo la hé-

Una puesta de sol en el Amazonas



lice de nuestro vapor un sordo ruido, rizando las ondas luchadoras.

¡Cuántos recuerdos históricos acudieron a mi mente en esos instantes! No pude menos que comparar entonces la expedición de Pizarro con la que había hecho el ejército pacificador del Acre, que en menor tiempo y a pesar de contar con el conocimiento y civilización de la zona, dejó, en proporción, mayor número de cadáveres en las selvas.

Descubierta la boca del *Amazonas*, por Vicente Yáñez Pinzon en 1500, permanecía el gran río ignorado del mundo, hasta que en 1540, Gonzalo Pizarro organizó en Quito una expedición compuesta de 350 españoles y 4,000 indios, con los que trasmontando los Andes llegó a uno de los afluentes del *Amazonas* (probablemente el *Napo*), y ante la imposibilidad de conducir sus enfermos para seguir el viaje, construyó una embarcación ligera puesta a órdenes de Francisco de Orellana, caballero de Trujillo. Como la nave, impelida por la corriente, no pudo volver contra ella en auxilio de Pizarro, éste tuvo que emprender su penoso regreso hasta Quito, donde llegó después de más de dos años de ausencia, habiendo perecido de hambre y fatiga 270 españoles y más de la mitad de los indios auxiliares. El aspecto de Pizarro y sus compañeros acusaba las penalidades de la expedición que se considera hoy mismo la más desastrosa que registra la historia.

En tanto Orellana, lanzándose audaz por el gran río, llegó al Atlántico (1541) y luego a España. El nombre de *Amazonas*, es debido a que su descubridor aseguró haber encontrado en sus márgenes una nación de mujeres guerreras análoga a la del Thermodon de la mitología griega. Ni el nombre de Pizarro ni el de Orellana, quedaron en él; ni mucho menos España lo poseyó después.

El *Amazonas* nace en el lago *Lauri*, provincia de Junín (Perú), a los 10° 30' latitud austral y a 5,560 metros sobre el nivel del mar. Tiene en ciertas partes un ancho mayor de 100 kilómetros y después de 7,000 km. de travesía desemboca en el Atlántico, abarcando más de un grado geográfico sobre la línea ecuatorial y rechazando las aguas salobres del mar en una extensión de 200 kilómetros. Llámase primero *Tunguragua*, después *Marañón*, luego *Solimoes* y desde su confluencia con el *Negro*, *Amazonas*.

Es navegable a vapor hasta *Yurimaguas* en el Perú, en una extensión de 5,044 km. de los que 3,169 corresponden a la línea brasileña hasta la aduana mixta de *Tabatinga* en la boca del *Javary*.

Los principales afluentes de este "río-mar" son por la izquierda: — el *Morona*, el *Pastaza*, el *Tigre* y el *Napo* que nacen en el Ecuador; el *Ica*, el *Japurá* y el *Negro* (sobre cuya margen izquierda se encuentra *Manaos* y cuyo notable afluente el *Casiquiari* lo pone en comunicación con el caudaloso *Orinoco*) que se originan en Colombia; y el *Trombetas* en el mismo territorio brasileño; y por la derecha: el *Huallaga*, el *Ucayali* y el *Javary*, en el Perú, sirviendo este último de frontera con el Brasil; el *Jundiatuba* y el *Juthay*, de corto curso, en territorio brasileño; el *Juruá*, el *Purús* y el *Madera* (que se echa a 375 leguas del Pará y 27 de *Manaos* tributando un volumen de agua de 6,870 metros cúbicos y abarcando su valle una extensión de 16,000 leguas cuadradas), nacen en Bolivia; y el *Tapajós* y el *Xingú* en el Estado de *Matto-grosso*. El canal de *Breves* lo pone en comunicación con el *Tocantins* (al que se ha llamado "meridiano líquido" en razón de su dirección marcada de sud a norte), separando del Continente la isla de *Marajó*, formada por la desembocadura de ambos ríos y por la del *Guajará*.—

afluente del segundo, sobre cuya orilla derecha se encuentra la ciudad de Belén o el Pará.

El *Amazonas*, que continuaba cerrado al comercio extranjero, sólo fué abierto y franqueada su navegación por el Brasil en 1867 hasta Tabatinga en la frontera peruana y hasta los puertos de Santarem, Manaos y Borba (después hasta San Antonio), en sus afluentes *Tapajós*, *Negro* y *Madera* y en el río *Tocantins* hasta Cametá.

Ya en 1851 el Perú, había suscrito un tratado con los E. E. U. U., en virtud del cual, gozando esta última república de ventajas iguales a las de la nación más favorecida en aguas peruanas, envió una comisión científica a explorar el *Amazonas*, causando la protesta del Brasil; y en 1852, las repúblicas de Bolivia y el Ecuador franqueaban al comercio de todas las naciones del globo, las aguas de sus ríos, ofreciendo Bolivia un premio a la primera embarcación a vapor que surcara sus aguas.

La abusiva restricción del libre tránsito del *Amazonas*, es perjudicial al comercio de los estados del Continente que participan de las aguas de la gran hoya, y Bolivia como una de las más perjudicadas, debería exigir del Brasil la libre navegación del *Purús* y el *Juruá* que nacen y corren en su territorio.

Es doctrina corriente en derecho internacional, que el pueblo al que pertenecen las dos márgenes de un río desde su nacimiento hasta su boca, es señor absoluto de sus aguas; “pero —observa un escritor— esta regla tiene que someterse a modificaciones cuando se trata de grandes vías fluviales que, como en América, forman verdaderos mares y afectan los intereses comerciales y marítimos del mundo entero”.

Ejemplos:— el *Mississipi* abierto en 1795 por España (que poseía la Luciana) por el derecho de tránsito libre invocado por los E. E. U. U.; el *San Lorenzo* en 1854 por Inglaterra a la misma nación; el *Rhin* en 1815; el *Escalda* en 1814; el *Mosa*, el *Mosela* y el *Neckar* en 1815; el *Elba* en 1861; el *Pó* desde 1845 a 1866; el *Danubio* en 1856; el *Niger* y el *Congo* en 1884; el *Plata*, el *Paraná* y el *Paraguay* en 1853; el *Uruguay* en 1857, etc.

La prohibición del libre tránsito por el *Amazonas*, obligó en 1862 al vapor peruano "Morona" a desobedecer las leyes del Brasil y forzar la entrada dirigiéndose a las aguas de su país; pero, encallado en los escollos próximos a Manaos, que han recibido su nombre, fué capturado por la fuerza naval brasileña.

La colonización del Noroeste de Bolivia, no debe partir, como creen algunos, del interior de la República. Ocupado ese inmenso territorio por la vía del *Amazonas*, necesariamente han de permanecer aislados algún tiempo los primeros centros de población boliviana, establecidos sobre nuestra frontera que corta más de siete ríos importantes de las hoyas del *Madera*, *Purús* y *Juruá*, donde se debe instalar de inmediato las Aduanas y Resguardos destinados a duplicar las rentas fiscales del país. Estas poblaciones llegarán poco a poco a entrelazarse para comunicarse luego con el interior por las vías terrestres que sólo el trabajo colonizador puede mantener en toda época expeditas. Por lo mismo, la primera labor de Bolivia debe encaminarse a exigir del Brasil la libre navegación de todos esos ríos, para brindar el rico seno del Noroeste al inmigrante extranjero.

Todas estas reflexiones, nos ocupaban al entrar en el *Alto Amazonas* o *Solimoes*, y al amanecer del siguiente día, llegábamos a la confluencia de éste con el río Ne-

gro, avistando la ciudad de Manaos que se había manifestado tan contraria a nuestra causa durante la revolución del Acre, favoreciendo el movimiento.

La capital del Estado de Amazonas (Antigua Capitania del Río Negro elevada a la categoría de provincia el 1.º de enero de 1852) tiene 30,000 habitantes próximamente y está situada sobre la margen izquierda del río *Negro* a pocas millas de la hermosa confluencia de éste con el *Solimoes*.

~~1892~~ Para dar una idea del progreso de Manaos, bástenos decir que sólo de treinta años a esta parte, se ha trocado en hermoso puerto, de miserable caserío que era y al que llegaban de tarde en tarde los batelones del *Madera* y alguna embarcación de vela. Ya en el año 1897, entraron al puerto 911 vapores y salieron de él 892 y la Aduana produjo 8,000,000 \$000 (Bs. 4,000.000 próximamente) cuando veinte años antes no tenía un rendimiento mayor de 100,000\$000 (Bs. 50,000).

La inmensa red fluvial con que cuenta el Estado de Amazonas, por la que el comercio penetra hasta las fronteras de las naciones limítrofes, hace casi innecesaria la construcción de ferrocarriles en territorio tan vasto y cubierto de seculares bosques. La inmigración, atraída por las riquezas de la zona, aumenta día a día, y en los grandes tributarios del "río-mar", desarrollan rápidamente centros importantes de población, como *Itacotiara*, *Parintins*, *Humaythá* (del *Madera*), *Manicoré*, *Labrea* y *Teffé*. La instrucción primaria cuenta con 154 escuelas distribuídas en todo el Estado.

Manaos tiene un aspecto bellísimo ante los ojos del viajero que sale de los lejanos senos de la gran hoya, y sus edificios alegres y modernos, el conjunto de los na-

víos anclados que la rodean, el sordo bullicio de su comercio activo, el pitar de sus máquinas a vapor, el incesante repiqueteo de las campanillas de los tranvías eléctricos que recorren sus calles, todo, todo, contrasta con el salvaje aspecto de los verdes horizontes que rodean al vapor que se aproxima al puerto, y en las noches, alumbrada la ciudad por innumerables focos de luz eléctrica, ya rosada, ya diamantina, ya azulada o amarillenta, se retrata imponente en las negras aguas del río!

La mala impresión que causaron en Manaos los sucesos del Acre, se manifestó muy clara el día de nuestra llegada, y bien pronto la prensa trató de provocar un movimiento popular, asegurando que el Ministro y el Delegado Extraordinario llevaban a bordo los cañones tomados en Puerto Acre. El Intendente visitó los vapores, no encontrando en ellos tales armas, y pasando a las otras naves ancladas en el puerto, volvió a tierra en su bote con algunos obsequios que había recibido del comercio, consistentes en gallinas, tortugas, etc.

En la noche desembarcamos, y después de recorrer rápidamente la población, volvimos a bordo.

Al día siguiente, a horas 6 p. m., partimos de Manaos con rumbo al Pará en el vapor "San Salvador"

La línea de navegación más importante entre Manaos y el Pará es la del "*Lloyd Brasileiro*," a la que pertenecía el "San Salvador" y que hace la travesía de la costa hasta Río Janeiro. Sigue la de la "*Compañía del Amazonas*", que cuenta con más de cien vapores que transitan entre el Pará, Manaos, Iquitos y los ríos Madera, Solimoes, Javary, Juruá, Tocantins, Purús, etc. La "*Red Cross*", la "*Both Line*" y la "*Ligure Brasileira*" efectúan el servicio a los puertos de Europa.

La travesía del Amazonas es interesantísima. A cada instante aparecen islas esmaltadas que dividen asimétricamente las corrientes del río, formando multitud de canales que serpean apartándose del cauce principal, ya para recibir separadamente el caudal de pequeños tributarios, ya buscando la boca de grandes ríos que forman inmensos deltas al echar sus caudales en el "río mar". Por lo mismo, la gran masa del Amazonas no se puede apreciar hasta llegar a Óvidos, único punto en el que se reúnen las corrientes, abriéndose paso hacia el Atlántico, entre ligeras cadenas de oteros sobre uno de los cuales (margen izquierda) se encuentra la ciudad de aquel nombre y la fortaleza que domina el estrecho con algunos cañones de sistema antiguo.

El día 12, dejamos el Amazonas para entrar en el canal de *Breves* que lo pone en comunicación con el *Topcantins*. La travesía es muy hermosa a causa de la proximidad de las márgenes entre las que pasa el vapor revolviendo las ondas que encrespadas salpican las ramas de la orilla y quedan mucho tiempo agitadas antes de recobrar su aspecto apacible. Una línea formada por raíces secas y enredaderas, en el tronco de los árboles, a cierta altura del nivel del canal, acusa ya la influencia de la marea en esos parajes. Algunas *barraquinhas* pobres aparecen a menudo a la vista, y los niños que salen de ellas a ver pasar el vapor, acuden presurosos a recoger la canoa, para volverla a lanzar al agua y embarcarse, gozando con las brascas sacudidas de las ondas que deja el navío que se aleja.

El 13, entramos en la boca del *Guajará*, y a las 10 a. m. el "San Salvador" echaba anclas en el animado puerto de Belén o el Pará. A poco aparecieron dos lanchas de las que trasbordaron varios individuos en los que reconocimos al señor Ballivián, Satchel, Zambrana

y el resto del personal de la Comisión boliviana que iba a fijar la naciente del *Javary*.

El Pará, tiene una población de 200.000 habitantes y su mayor extensión desde el *Asilo de Alienados* hasta el *Arsenal de Marina* es de seis kilómetros próximamente.

Sus principales plazas son: la de la *Independencia* que se encuentra próxima al río y en la que se alza el monumento consagrado al *General Curijáo*; la de la *República*, en cuyo centro está la estatua del mismo nombre y cuya acera sud ocupa el hermoso *Theatro da Paz*; la del *Visconde de Río Branco*; las de *Baptista Campos*, *San José*, etc.

La Estrada de Nazareth, que parte de la plaza de la República y corre de este a oeste, prolongada por la de la *Independencia* y la de *Braganca*, es el más hermoso paseo de Belén. Todos los edificios que sobre ella se alzan, lucen bellos jardines y casas alegres de estilo moderno.

Entre los principales edificios se distinguen el ya citado *Theatro*, el *Palacio do Governo*, el *Banco do Pará*, el de la *Garantía de Amazonia*, el de la *União Paraense* y el famoso *Edificio de la Bolsa*, en construcción.

El movimiento comercial del Pará es asombroso. Sus calles siempre concurridas y bulliciosas, están transitadas por innumerables coches de alquiler y tranvías que en interminables hileras se dirigen hacia los alejados barrios.

A medio día cae siempre un fuerte aguacero que refresca su calurosa atmósfera, y el tránsito interrumpido un momento, vuelve a animar la ciudad hasta la noche en la que las distracciones propias del clima, como el carroussel, las montañas rusas, etc., atraen a todos los habitantes.

La renta del Estado alcanza a 20.000.000\$000, (Bs. 10,000.000) y la goma elástica exportada en 1897 llegó a 15,489.989 kilos.

Después de catorce días de permanencia en esta ciudad, nos embarcamos en el vapor "*Belém*" de la Compañía Portuguesa, para salir por la boca del río *Tocantins* o *Pará* al Océano Atlántico. Estrechamos la mano de nuestros compatriotas que debían dirigirse pocos días después, a fijar la naciente del *Javary* y por consiguiente la definitiva línea de frontera del Noroeste de la República.

La fiebre que con intermitencias había puesto dos veces en peligro mi vida, tanto en *Puerto Acre* como en mi corta estadía en el *Pará*, comenzó a ceder con las primeras brisas del mar.



CAPITULO XXVI

Mi regreso.

Cuántos días aciagos, de amarga incertidumbre, terminaban para mí al ver el Océano, que en sus luchas gigantes, se encrespan al soplo de los vientos que lo embañan y se retuerce inquieto al sentir azotados sus lomos por tempestades horribles! Vivir es luchar! Las esperanzas más hermosas brotan después de los dolores que dejan ávido de placer el corazón del hombre! La sed de afecto se aviva vehementemente en el desierto de la nostalgia!

Mi Patria — la depositaria de todos mis recuerdos y esperanzas—volvía a abrir sus senos andinos tan amenos, después de ostentar su salvaje belleza amazónica.

La hélice del vapor “*Belém*” retorció aún las ondas del río Pará que — aliadas de las del Amazonas — rechaza cerca de 50 leguas las del Océano. Pronto el color verde plumizo de las aguas trocóse en el verde oscuro del mar de poco fondo, y luego el azul infinito coloró la superficie líquida, contrastando con la celeste bóveda tachonada de nubes blanquecinas.

El mar! Qué ancho, qué sublime campo le brindan a un espíritu cansado, los brazos abiertos de su horizonte! Por doquier se muestra el cielo rodeando con igualdad al mundo, y los ojos del viajero recreados por las olas agitadas, se alejan poco a poco, para contemplar la línea que recorta el infinito espacio!...

El 1.º de abril desembarcamos en *Fortaleza*, capital del Estado del *Ceará*, donde amablemente recibidos por el Gobernador, escuchamos sus expresiones de agradecimiento por la sagacidad con que las autoridades bolivianas habían sabido tratar a los colonos del Acre, casi todos procedentes de aquel Estado.

Fortaleza tiene cerca de 30,000 habitantes, contando 1.200.000 próximamente todo el Estado. Su clima sano le ha valido la fama de ser el "hospital del norte del Brasil"; pero las sequías que se presentan en la región cada década de años, causan la emigración de sus hijos que han poblado gran parte de la Amazonia. Son sus calles rectas y sus casas de dos pisos en el centro de la ciudad, y de uno solo, con hermosos jardines, en los alrededores. Su mercado es muy interesante por los diversos artículos hechos de cuerno, que allí se expenden.

Recife, capital de *Pernambuco*, donde arribamos el día 4 del mismo mes, es uno de los puertos principales del Brasil y su industria es la del azúcar que en cantidades fabulosas se exportan al viejo mundo. A los hermosos canales que lo dividen en distintas direcciones, debe el nombre de "Venecia del Brasil". Cuenta con más de 200,000 habitantes y el estilo de sus edificios, distinto de un barrio a otro, obedece a haber pertenecido primero a Holanda, luego a Inglaterra y después al Portugal. A corta distancia hacia el norte se encuentra la vieja y casi abandonada ciudad de *Olinda*.

Después de cinco días de permanencia en *Recife*, seguimos el viaje en el vapor "*Nile*" de la "Mala Real" y arribamos el día 12 a *Bahía*, puerto de tanta importancia como el anterior. La ciudad está dividida naturalmente en dos secciones distintas: la baja situada a la orilla del mar, y la alta, sobre el plano que se eleva bruscamente a cierta distancia, ligadas una y otra por los numerosos ascensores que continuamente transportan a la multitud.

Después de dos días de navegación llegamos el 14 a *Río de Janeiro*. ¡Qué hermoso espectáculo el de su bahía! Colosales rocas como el *Páo de Açúcar* se elevan aisladas sobre la tranquila superficie del mar azul, dominando las blancas líneas que forman los edificios de la capital y *Nictheroy* al otro lado. Más allá, detrás de la ciudad, se alza el *Corcovado*, semejando un pastor que con la cabeza inclinada dormita sentado sobre el césped a la orilla de un estanque.

Advertidos de nuestra llegada los innumerables repórteres de los diarios de la capital nos rodearon bien pronto en la *rua Ouvidor*, abrumándonos a preguntas respecto de la Campaña del Acre y observándonos con curiosidad y manifestaciones de asombro. A medio día el Cuerpo de Bomberos ofreció al Delegado Extraordinario un simulacro de incendio que no dejó de alarmar a la población.

Al amanecer del 15 partimos de Río Janeiro, y después de un fuerte temporal en el golfo de Santa Catharina, llegamos el día 20 a *Montevideo*, la hermosa capital del Uruguay, de triste recuerdo para mí, por haber muerto en ella, doce años antes, el autor de mis días. La noche del 21 cruzamos el gran río de la Plata y en la madrugada del siguiente desembarcamos en la moderna ciu-

dad del mismo nombre. El aspecto de *La Plata* es muy hermoso con sus calles rectas que cortan las esquinas en ángulos de 45 grados, presentando siempre uniforme perspectiva. Su museo es el mejor de los que tiene Sud América.

A medio día arribamos a *Buenos Aires*, la gran metrópoli del Continente. Contaba entonces con 900,000 habitantes próximamente. La prensa toda nos recibió muy bien y las manifestaciones de que fué objeto el personal boliviano, arraigaron aún mas el sentimiento de cariño que profesamos a la nación amiga.

El 1.º de mayo llegamos en el tren que nos brindara el Ministerio de Fomento, a la ciudad de *Mendoza*, cuyas autoridades nos recibieron en la estación, al grito de ¡viva Bolivia! y al son marcial de dos bandas de música.

Al amanecer del 2 trasmontamos los Andes y en la noche llegamos a *Valparaíso*.

El aspecto de las poblaciones de Chile es triste y poco interesante para el viajero procedente del Atlántico.

El 5 proseguimos el viaje, haciendo escala en los puertos de *Coquimbo* el día 8, *Carrizal* el 9, *Caldera* y *Chañaral* el 10, *Taltal* el 11, y arribando a *Antofagasta* el día 12.

No trataré de describir la impresión que causa la vista del puerto de Antofagasta en el alma de todos los bolivianos. ¡El recuerdo y la esperanza están todavía allí!... (*)

El 17 volvimos a ver *Oruro* y en la tarde del 5 de junio de 1901, después de dirigirme a *Cochabamba* a saludar a mi familia, volví a detenerme solitario en el Al-

(*) El tratado de paz y amistad firmado en Santiago el 20 de octubre de 1904, ha consumado la pérdida del Litoral.

to, para contemplar *La Paz*. Volvía después de catorce meses. Mis dos compañeros de viaje, Pérez González y Baluarte, habían muerto!...

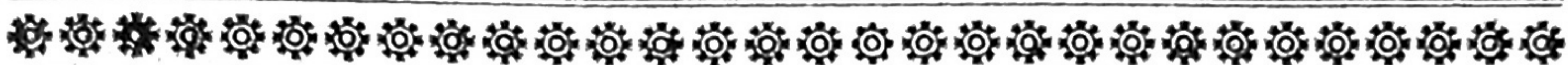
.....

Han regresado por diferentes vías las fracciones del ejército pacificador. De 700 hombres que fueron, viven sólo 300 y aún se escucha en las mañanas la marcha fúnebre con que despedimos al compañero de campaña al borde del sepulcro!..

¡Que la Patria no los olvide nunca!

La Paz, marzo de 1902.





A P É N D I C E

*Las expediciones posteriores.—El diferendo internacional.
La pérdida del Noroeste*

De nada sirvió tanto sacrificio.

Nuevas maquinaciones del Brasil, promovieron nuevos conatos de subversión, y éstos, como una repetición obligada de los acontecimientos ya descritos, motivaron el sucesivo concurso de expediciones militares, hasta que, finalmente, un doloroso epílogo cerró la cuestión internacional a expensas de Bolivia, como resultado de la influencia simultánea y combinada de los siguientes factores:

1.º El alejamiento geográfico de la zona, que imposibilitó la posesión real y el ejercicio efectivo de la soberanía boliviana, desde los momentos en que comenzó la inmigración cearense, como un accidente de la riqueza forestal.

2.º La diferencia de origen nacional, de idioma, de costumbres e intereses de la población ocupante.

3.º La ambición del Brasil, velada en un principio y descubierta luego, como una nueva prueba del progra

ma de expansión que siguen los herederos de los dominios portugueses.

4.º La desigual potencia de los países contendientes.

5.º El recurso postrero de que Bolivia se valió, al organizar un sindicato angloamericano, que debía encargarse de la administración aduanera de aquel territorio, y que, como una amenaza de extraña intromisión, despertó desde un principio la antipatía de todo el Continente Meridional, con las sugerencias que el Brasil basaba en un falso y convencional espíritu de iberoamericanismo, hasta el momento en que, adquiriendo los derechos del mismo sindicato, no vaciló en ocupar de hecho el terreno del Estado consanguíneo, y echó a un lado los deberes de cooperación, así como la comunidad de intereses de la América Latina.

Pero no adelantemos los sucesos, y, de pronto, reanudemos simplemente la relación de las campañas militares en forma sumaria.

Cuando el doctor Andrés S. Muñoz volvió al interior de la República, cupo al Teniente Coronel Pedro Salazar desempeñar el cargo de Delegado Accidental en el Noroeste; pues el titular, don Carlos Torrico, pudo residir en Puerto Acre sólo muy pocos días.

Salazar fué reemplazado el 17 de septiembre de 1901 por el Teniente Coronel Manuel Canseco, quien llegó a su destino por la ruta del río Beni y, en su calidad de jefe militar de la nueva guarnición, ejerció interinamente las funciones civiles de la Delegación Nacio-



Manuel Canseco,
Delegado Militar en el N. O.

nal, hasta el 3 de abril de 1902, en que el Delegado titular, don Lino Romero, se constituyó en el Acre, por la vía del Atlántico y el Amazonas. (*)

El puerto contaba en esos días con algunas mejoras:— eran ya considerables el ensanche del desmonte y el aumento de la edificación; una lancha traída de Europa por Posnansky y bautizada con el nombre de “Muñoz”, facilitaba la comunicación fluvial; y la pequeña imprenta en que se fundó el periódico “El Acre” bajo la dirección del señor Manuel Aponte, comenzaba a propagar los ideales de progreso, garantías y cooperación regional que el gobierno de la República se empeñaba en fomentar en el Noroeste, para despertar la confianza de los colonos brasileños e incorporarlos espiritualmente en la marcha armónica de toda la nación.

Por su parte, el Delegado Romero, continuando aquella serie de progresos, juzgó que era ya oportuno ocuparse de la consolidación de la propiedad privada, y fijó el plazo de seis meses para la presentación y registro de los títulos de posesión de las estradas gomeras; porque tal medida previsorá redundaba en beneficio de los mismos pobladores del Acre. Casi simultáneamente con estos actos de administración, había restablecido el arancel de aduanas boliviano, para el cobro de los derechos de importación y exportación, haciendo notar la favorable diferencia que existía entre éstos y los exorbitantes impuestos cobrados por el Brasil al comercio.

Desgraciadamente, con motivo de una discordia producida entre los empleados de la Delegación Accidental del Teniente Coronel Canseco, y los de la Titular del se-

(*) El detalle del personal civil y de las fuerzas que tomaron parte en esta y en las posteriores expediciones, se encuentra en el importante libro “Resumen de las Campañas del Acre” por el Coronel Benjamín Ascui. Existe también un libro del señor Manuel Aponte respecto de la Delegación Romero.

ñor Romero, estos últimos acusaron a aquellos de peculado, en tanto que los de Canseco, en represalia de la ofensa, comenzaron a atribuir los nuevos conatos de sublevación de los colonos brasileños, a las medidas administrativas de que hemos hecho mérito y que, a nuestro juicio, eran de simple y legítimo ejercicio de la soberanía.

¡Resabios que caracterizan todos los actos de nuestra vida colectiva en el interior!...

La verdadera causa de la nueva sublevación fué otra; pues la máquina revolucionaria movida desde Manaos, por el Gobernador del Estado de Amazonas, don Silverio Neri, conforme a las instrucciones reservadamente trasmitidas

de Río de Janeiro, sólo esperaba el instante oportuno para ponerse otra vez en movimiento... Porque el territorio que defendía Bolivia era muy rico (*), y porque pronto, si no se lo evitaba, se dejaría sentir el nuevo y considerable concurso de esta nación en todo el estuario

del Amazonas, mediante los siete ríos navegables que afluyen de su región septentrional al través de la línea de frontera Madera—Javary (Juruá, Tarauacá, Embira, Purús, Yaco, Acre e Ituxy), amenazando pesar decisivamente en contra de la hegemonía brasileña y del exclu-



Silverio Neri,
Gobernador del Estado de
Amazonas

(*) Un año y medio después (el 29 de diciembre de 1903) el Barón de Río Branco en la "Exposición de Motivos" con que sometió a la aprobación del Congreso del Brasil el tratado de Petrópolis, decía textualmente: — "Por el presente tratado el Brasil incorpora a su patrimonio un territorio más extenso que el de cualquiera de los Estados del Ceará, Río Grande do Norte, Parahiba, Pernambuco, Alagoas, Sergipe, Espirito Santo, Río de Janeiro y Santa Catharina; territorio que produce renta anual superior a la de más de la mitad de los veinte Estados de nuestra Unión".

sivismo gradual y metódico que comenzó a establecerse ya desde la intrusión del Portugal en el gran río de Yáñez Pinzon y Orellana (*). Y así se llevó a cabo la repulsión paulatina de los pueblos de habla castellana; y así se consumó la expansión brasileña a expensas de Bolivia en 1867, clausurándola tras de las rompientes del Madera (**); y así se produjeron y se producirán todavía otras usurpaciones sobre los lotes del patrimonio español, aprovechando las querellas y disensiones de los incautos herederos.

Y perdonada esta digresión, continuemos.

El agente más importante del nuevo artificio político, resultó ser Plácido de Castro, que se decía ingeniero procedente de Río Grande do Sul, contratado para el levantamiento de planos y delimitación de las pertenencias gomeras del Acre, y que, en tal carácter, fingiendo admirablemente el papel de ejecutor sumiso de las disposiciones administrativas de la Delegación Romero, estuvo en Puerto Acre algunos días del mes de junio de 1902,

(*) El Barón de Rio Branco, en el documento citado, decía también: —“Entre éstas (ventajas de orden moral y político) basta apuntar la que se traduce en la mejora substancial que experimentan las condiciones de nuestro imperio sobre el sistema fluvial amazónico, exactamente en el punto en que el derecho de los ribereños podía tornárenos molesto”.

(**) El Ministro de Negocios Extranjeros del Brasil, General D. Dionisio de Castro Cerqueira, decía ante la Cámara de Diputados en la sesión del 19 de septiembre de 1900: — “El Brasil en este tratado con Bolivia (27 de marzo de 1867), consiguió hacer retroceder la línea desde el punto medio del Madera hasta su origen, esto es de la latitud Sur 6° 52' a la 10° 20' y no fué más al Sur porque sólo hasta la boca del Beni a los 10° 20' de latitud Sur llegaron las pretensiones de los portugueses. Fué siempre pretensión de los portugueses hacer retroceder la línea hacia las cachuelas del Madera, para la boca del Beni para el origen del Madera, cuando no sólo el tratado de 1750 como el de 1777 decían claramente que era del medio del Madera que ella debía partir. El Brasil no podía querer ir más al Sur, porque allí nunca llegaron las pretensiones más exageradas de los comisarios del Portugal. Y nuestros valientes antepasados sabían lo que pretendían y nunca pretendieron poco. ¿Saben cuánto ganó el Brasil con el tratado de 1867, consiguiendo esa línea de la boca del Beni, a la cabecera del Javary? Ganó más de cien mil kilómetros cuadrados de territorio, sobre las estipulaciones de los tratados de 1750 y 1777. El Brasil obtuvo de Bolivia todo lo que propuso y pidió”.

(El Barón de Río Branco, en su “Exposición de Motivos” de fecha 29 de diciembre de 1903, calcula esa extensión — pretendida también por el Perú a consecuencia de su litigio de fronteras con Bolivia — en 251, 330 kilómetros cuadrados, que es efectivamente el área exacta del triángulo formado por la latitud 6° 52', el curso del Madera y la oblicua Madera-Javary).

pudiendo en su corta residencia informarse del número de la guarnición boliviana, de sus elementos de resistencia y defensa, y de la abnegada y perseverante vía crucis que tenían que seguir las tropas de relevo desde el interior de la República, para proveer periódicamente la guarnición de aquel territorio.

Castro era un hombre simpático y comunicativo, y no le costó mucho trabajo explotar a su agrado la ingenuidad de algunos oficiales.

A fines de ese mes (junio), los propietarios bolivianos del Alto Acre, previendo la revolución y deseando adelantarse a los sucesos inevitables, habían organizado un piquete que, a órdenes de Federico Román, ocupó la boca del Xapury (véase el mapa de la página 172); pero que, en virtud de una determinación del Delegado Romero, fué disuelto, juzgándosele innecesario, en medio de la tranquilidad cuya alteración no se creía todavía inminente.



Plácido de Castro,
Jefe de la última revolución

Por desgracia, la actitud precaucional de los barraqueros bolivianos quedó justificada con el estallido de la revolución en el río Xapury el 7 de agosto, apareciendo como jefes del movimiento, Plácido de Castro y Galдино de Assis Marinho, que ordenaron de inmediato la deportación de los empleados bolivianos Barrientos, Hoz de Vila, Cossío Guzmán, Guillén, Rodríguez Rocha, Alarcón y Nicolli, quienes tomaron el penoso camino del río Yaco, habiendo sido asesinado en el trayecto el agri-

menor Rodríguez Rocha, que iba ostensiblemente provisto de dinero y de valiosas joyas.

Ya en posesión de la boca del Xapury, las fuerzas organizadas por la revolución se dirigieron a asolar las barracas bolivianas del Alto Acre, comandadas por el inhumano Galdino, mientras Plácido de Castro bajaba por el río a propagar la revolución en centros más importantes.

Galdino cometió los más horrorosos crímenes, siendo la barraca Santa Cruz, propia del ciudadano boliviano don Ángel Roca, la que sufrió los mayores estragos y proporcionó el mejor botín a la horda asaltadora. Gonzalo Moreno, empleado de Roca, fugó a la barraca Porvenir (río Tahuamanu) acompañado de cuatro de sus trabajadores, y reuniéndose con Alfredo Trucco, José D. Pavón y el personal de 30 hombres que éstos habían organizado militarmente, en previsión de un avance de los sediciosos brasileños, trató de recobrar Santa Cruz; pero, herido en el combate, se vió forzado a abandonarla nuevamente, causando al enemigo las bajas de 9 muertos y 4 heridos, y dejando, a su pesar, un prisionero de apellido León, que fué colgado cabizbajo de la rama de un árbol y sometido al más salvaje martirio, antes de su estrangulación.

Plácido Castro, que, como lo hemos dicho, se había dirigido al Bajo Acre, constituyó desde los primeros momentos el centro de sus operaciones entre las populosas barracas de Bagazo, Catuaba, Empresa y Riosinho, dejando que sus correligionarios, situados allende la frontera, (Caquetá) y comunicados mediante una senda secreta con Telleiro y Bon Destino, continuasen el asedio de Puerto Acre, hecho que la guarnición en vano trató de evitar pocos días después, con las descabelladas tentativas de asalto llevadas a cabo el 20 de septiembre sobre

Telleiro, por el Teniente Coronel Hermógenes Ibáñez, a la cabeza de 30 soldados y 4 oficiales, y el 25 del mismo mes sobre Bon Destino, por el Teniente Coronel Manuel Canseco, comandando 105 hombres, entre oficiales y tropa, con el inútil sacrificio de dos soldados muertos en este último, y 5 heridos que no sobrevivieron mucho tiempo a la aventura.

Hubo en esos momentos, como en otros de la anterior campaña, la idea de marchar resueltamente contra Caquetá, en territorio brasileño, ya sea para estrellar la guarnición en un ataque desesperado, o ya para aniquilar a las fuerzas bloqueadoras, como justo escarmiento; pero el propósito de evitar a Bolivia la guerra directa e inmediata con el Brasil, se impuso siempre a esta temeraria iniciativa.

Entre tanto, las fuerzas de relevo que el Coronel Rosendo Rojas llevaba desde La Paz por las vías fluviales del Beni y el Orthon, se aproximaban al Acre, ignorando la nueva sublevación y los primeros hechos de armas a que nos hemos referido; mientras los jefes revolucionarios, que gracias a los buenos servicios de vigilancia y transmisión de noticias, prestados por sus connacionales, se encontraban siempre al cabo de todos los movimientos de los contingentes bolivianos, salían al encuentro de la expedición Rojas; pero, temerosos de comprometer el éxito de la acción en medio del bosque, prefirieron esperar con



Rosendo R. Rojas,
vencedor de Volta de Empresa

sus 250 hombres detrás de las trincheras de Vuelta de Empresa, el avance de la columna boliviana que estaba compuesta sólo de 2 jefes, 6 oficiales y 100 individuos de tropa extenuados por el penoso viaje de 60 días al través de las selvas.

Después de una noche insomne y tras fatigosa marcha por el bosque, el 18 de septiembre en la mañana la columna del Coronel Rojas no vaciló en avanzar resueltamente a atacar las trincheras enemigas, saltando las zanjias auxiliares de la fortificación y trepando ágilmente a los parapetos, para luchar con la bayoneta calada, cuerpo a cuerpo, entre las habitaciones, depósitos y cercos del caserío. La sorpresa y el desconcierto de los insurgentes no tuvieron límites. Desalojados violentamente de sus posiciones, sólo pudieron sostenerse emboscados en la parte opuesta al sector del asalto, durante tres horas de lejano tiroteo y confusa y débil resistencia, hasta que, producida completamente su derrota, quedó la columna del Coronel Rojas dueña del campo, aunque lamentando la muerte del Capitán Jorge Aguirre, la del Teniente Flavio Terrazas y la de 7 de sus soldados, así como las graves heridas de los Tenientes Cristóbal Cabezas y Del fin Menendez y la recibida en el brazo por el mismo Coronel. El enemigo había dejado 32 cadáveres y 9 prisioneros, junto con un considerable número de fusiles y carabinas, munición de guerra y víveres para pocos días.

Pero la incomunicación en que quedaba Rojas, tanto respecto del territorio dejado a sus espaldas, como de la guarnición de Puerto Acre, era insalvable. En vano envió él lacónicos partes, de los que uno, en que pedía auxilios de víveres y municiones, para el armamento que recibió en La Paz, llegó a manos del Delegado Romero, quien, en la imposibilidad de socorrer a la columna de Rojas, dejó sin respuesta aquel aviso y se redujo a es-

perar que ésta continuara su triunfal marcha, o que nuevos contingentes de tropas del interior la reforzasen para abrirse paso en medio del numerosísimo ejército de que disponía Castro a lo largo del río, gracias a la población densa de toda la comarca. (*)

Desde el 18 de septiembre hasta el 5 de octubre, pasó la columna de Rojas sumida en la más honda incertidumbre; y en la mañana de ese último día, después de un ataque sorpresivo de las tropas de Castro, quedó iniciado el estrecho asedio cuya gradual aproximación por todos los puntos del campo sitiado, redujo a Rojas, después de otros diez días de resistencia inútil, a la inevitable situación de capitular el 15 de octubre, escuchando, por fin, las cortes y razonables proposiciones del enemigo.

A consecuencia de las heridas recibidas durante el sitio de Vuelta de Empresa, murieron Melville, Lanchipa, Campos y el abnegado y valiente Vidaurre, que acompañó anteriormente a la expedición Montes. Sanaron de sus heridas el Capitán Suárez, el Teniente Cabezas, Aguayo y 9 soldados. Las bajas del enemigo fueron más considerables.

Dos días después de la capitulación, y sin que nada se sospechara en Puerto Acre, pasaron los diezmados soldados de la expedición Rojas por el lejano camino del que disponían los insurrectos para burlar la vigilancia boliviana a través de la frontera, entre Caquetá y Bon Destino. Una carta escrita por el Coronel Rojas, cuando arribó al primero de estos dos puntos, dió al Delegado

(*) Según estudios y cálculos hechos por el Ingeniero brasileño João Alberto Masó, el Territorio del Acre, tal como ha quedado después de los tratados celebrados por el Brasil con Bolivia el 17 de noviembre de 1903 y con el Perú el 8 de septiembre de 1909, está dividido en cuatro departamentos con una superficie total de 140,800 kilómetros cuadrados y una población de 90,000 habitantes, de los cuales corresponden al Acre propiamente dicho 40,400 k2. con 40,000 habitantes, y el resto a los Departamentos del Alto Purús, Tarauacá y Alto Juruá.

Romero la triste noticia del irremediable descalabro, al mismo tiempo que le pedía vestidos y auxilios pecuniaros, que la guarnición del puerto se apresuró a suscribir con noble desprendimiento, para facilitar la repatriación de los camaradas en desgracia.

Mientras en el Bajo Acre ocurrían estos acontecimientos con la activa campaña iniciada por Castro a la cabeza de numerosas tropas, en el Alto Acre quedó actuando, como ya lo hemos visto, el inhumano Galdino de Assis Marinho, que después de la toma y saqueo de la barraca Santa Cruz, fué a situarse en Bahía, barraca boliviana de la orilla derecha del Acre, inmediata a Porvenir, en el río Tahuamanu, y, por lo mismo, punto estratégico de gran importancia para dominar este río, toda la hoya del Orthon y gran parte de la del Madre de Dios. Ante semejante amenaza, los industriales bolivianos expulsados de Bahía, teniendo a su cabeza al señor Simón Moreno, empleado de la casa Suárez y Compañía y administrador de la barraca Buen Jesús, organizaron una pequeña fuerza que, pocos días después, sirvió de base a la Columna Porvenir, compuesta de 90 hombres y comandada por el citado señor Moreno y los señores Luis Moreira y Claudio Farfán, que tenían como Capitanes a los señores Federico Román, Ignacio Paz, Manuel Tovar y Gonzalo Moreno, y como Tenientes a los señores C. Salvatierra, Suárez, Cueto, Estremadoiro, Céspedes, F. Salvatierra, Arce y Guachalla. Pero el verdadero director de este contingente militar improvisado o, mejor dicho, su creador y sostenedor infatigable, fué el acaudalado y poderoso industrial don Nicolás Suárez, a quien se debe casi totalmente la resistencia opuesta a los invasores en este sector del Acre, por mucho que algunos de sus lugartenientes hayan querido atribuirse, en forma exclusiva, el mérito y los contados éxitos de aquella parcial defensa

del territorio patrio. Nadie, sino el señor Suárez, hubiera podido contrarrestar el desborde de la sublevación hacia el Tahuamanu, el Manuripi y el Madre de Dios. Su inmensa potencia económica, el considerable número de sus obreros y su misma influencia en los mercados de Manaos y el Pará, fueron de utilidad decisiva para la causa nacional, siguiéndole, aunque en menor escala, los señores Roca y otros industriales bolivianos.



Nicolás Suárez,

Defensor del Alto Acre, el Tahuamanu y el Madre de Dios

La Columna Porvenir, partió de la barraca de este mismo nombre, en el río Tahuamanu, el día 9 de octubre a las 2 de la tarde, y, después de recorrer durante la noche y parte de la mañana siguiente, la distancia de 32 kilómetros que separa ese sitio de la barraca Bahía, en el Acre, inició el combate a las tres de la tarde del día 10, obligando al enemigo, que contaba con 300 combatientes, a abandonar sus primitivas posiciones y a replegarse en las trincheras de los edificios de la barraca. La acción continuó en la mañana del 11, hasta que, poco antes del medio día, una saeta lanzada desde el campamento boliviano sobre uno de los techos de palma del caserío, llevó el fuego necesario para propagar el incendio general de las habitaciones y la desastrosa derrota del enemigo, que dejó sobre el campo más de 50 cadáveres, mientras las pérdidas propias sólo alcanzaron a 2 muertos y 5 heridos, contándose entre éstos últimos, el Teniente Manuel Suárez, que

falleció al día siguiente, y el Capitán Moreno, que fué el principal héroe de la jornada.

A su regreso al Tahuamanu, la Columna Porvenir elevó su número a 250 hombres y construyó las defensas de la barraca, para resistir, en su caso, un ataque del grueso de las fuerzas insurgentes; pero Plácido Castro, que postergando el asalto definitivo a Puerto Acre, había tomado una parte de las fuerzas sitiadoras para ir al encuentro o en persecución de la Columna vencedora en Bahía, se vió obligado a cambiar de rumbo al recibir la noticia de que en Santa Rosa del Abuná se encontraba un refuerzo de 50 hombres que la autoridad de Riberalta había enviado al Coronel Rojas, y que, detenida por la noticia de la capitulación desde el 20 de octubre, aumentaba su efectivo con los trabajadores de la barraca, para defender el paso de aquel río.

Esta pequeña fuerza resistió débilmente el ataque, llevado a cabo el día 18 de noviembre, y se dispersó en el bosque, ante la imposibilidad de luchar contra un enemigo diez veces superior en número. Murieron fusilados los prisioneros, así como dos soldados heridos en el combate y el Teniente Viscarra Collao, que estaba gravemente enfermo desde días antes de la acción y que fué acribillado a balazos y ultimado cruelmente por Liberalinho, uno de los jefes separatistas.

Con la obtención de este facilísimo triunfo, las fuerzas de Castro se encontraron dueñas de una vasta extensión del Abuná y el Caramanu, fuera de la ya dominada en el Acre, y se dirigieron hacia la barraca Costa Rica, situada en el río Tahuamanu y defendida por 40 hombres de la Columna Porvenir, que se encontraban capitaneados por Federico Román y asistidos por 6 oficiales.

El avance de las tropas de Castro y Liberalinho fué comunicado a Román por uno de los 4 soldados que éste

había enviado en comisión días antes, para proveerse del arroz existente en una casucha, a pocos kilómetros de Costa Rica. Los 3 soldados restantes fueron aprehendidos por las fuerzas insurgentes, que no vacilaron en continuar rápidamente su marcha; pero que, con gran sorpresa, experimentaron un mortífero ataque del pequeño destacamento, que les salió al encuentro el 7 de diciembre y les causó en pocos minutos 39 muertos y muchos heridos, según lo asevera su Comandante el actual General Román. De su parte, el destacamento tuvo que lamentar la pérdida de los Tenientes Salvatierra y Roca, la del Sargento Miranda y la de 9 soldados, fuera de algunos heridos. Los brasileños afirman que esta “derrota boliviana” ocurrió el día 8.

Cuando Castro entró en Costa Rica, una de las cartas encontradas por él en la barraca le dio la falsa información de que una considerable fuerza militar, comandada por el General Pando, había salido de La Paz, hecho ocurrido recién 49 días después, el 26 de enero; pero que, admitida como cierta por el jefe revolucionario, lo decidió a regresar inmediatamente a Puerto Acre, para activar el asedio y precipitar la toma de ese último pero principal reducto de las guarniciones bolivianas.



Castro,

con uniforme militar

En los primeros días de enero de 1903, sumaban 230 los defensores del Puerto, contándose en ese número el Delegado Romero y todos los jefes superiores. Las fortificaciones eran casi las mismas que en diciembre de 1900, si bien había aumentado mucho la extensión circular del desmonte y se habían establecido algunos puntos avanzados en el interior del bosque, con

ligeras vallas de alambre. El cañón tomado por nosotros



Lino Romero,

último jefe defensor de Puerto Acre

se encontraba ya provisto de las piezas que le faltaban y podía hacerse uso de él con cierta prudencia, contando con los mismos proyectiles que en aquel entonces nos dejó el enemigo; pero la ametralladora seguía absolutamente inutilizada.

El día 8 de enero comenzó sensiblemente a estrecharse el bloqueo, y el 15 del mismo mes se inició el ataque general, con fuego convergente desde todos los puntos circundantes del bosque y de la orilla opuesta del río.

Día a día las zanjás de los sitiadores fueron avanzando en ziszás hacia las fortificaciones bolivianas, en medio de tiroteos frecuentes y de episodios cuyo detalle sería largo insertar en esta sucinta relación. El enemigo contaba con cerca de 2,000 hombres, distribuidos en cinco cuerpos, y fué tentando diferentes estratagemas y ardidés para sorprender uno u otro punto de la línea de defensa. El 19, lanzó algunas saetas provistas de materias inflamadas, e incendió con ellas la oficina de la Notaría y dos viviendas pequeñas. Y, por fin, tras continuos asaltos, interminables noches de alerta expectativa, de aguaceros frecuentes que inundaban las zanjás, de hambres, enfermedades y molestias de todo género, la guarnición boliviana capituló el día 24 de enero después de

nueve días de incesante lucha y habiendo experimentado la pérdida del Teniente Guilarte, el Subteniente Uceda y los soldados Herbas, Pérez, Avila y Soliz, así como las graves heridas del Teniente Coronel Canseco, el Comandante Artero, el Mayor Rico, el Capitán Morales, el Teniente Palacios y los soldados Medeiros, Soruco Cuéllar, Sampaio, Bernard, Tapia, Salazar, Revollo, Bustillos, Vargas y Orellana. Las bajas de las fuerzas contrarias pasaron de 200 entre muertos y heridos, según datos de los mismos insurgentes.

¡Cuánta falta hicieron los refuerzos, del interior o por lo menos, los agentes del sindicato ya organizado en Londres!

De conformidad con los términos de la capitulación, los defensores de Puerto Acre fueron transportados hasta Manaos a expensas del ejército revolucionario, y el resto del viaje de regreso por el Amazonas y el Atlántico, fué pagado por el gobierno de Bolivia.

La noticia del desastre produjo honda sensación en el interior de la República y fué comunicada desde La Paz por el Presidente Provisorio, Dr. Aníbal Capriles, al Presidente Titular, General José Manuel Pando, quien la recibió en el río Mapiri el 5 de febrero; pues este último ya se encontraba en camino al Acre, habiendo partido de la sede del gobierno el 26 de enero, a la cabeza del batallón 5.º de línea, por la mencionada ruta, mientras el Coronel Ismael Montes, que se había adelantado el día 21, seguía la vía de Caupolicán, comandando el batallón 1.º (*)

(*) El autor de este libro, que se encontraba en el sud de la República, terminando los informes referentes a la demarcación de límites con la Argentina sobre el paralelo 22º, se ofreció insistentemente a concurrir a la nueva campaña pacificadora, habiendo recibido un aplauso muy honroso y la siguiente respuesta telegráfica de fecha 19 de enero: — “Ya no pueden ser aprovechables sus patrióticos servicios para campaña Acre, porque expedición marcha pasado mañana. — *Ismael Montes.*”



Aníbal Capriles,
Eneargado de la Presidencia
de la República

El General Pando, antes de salir de La Paz, había juzgado imprescindible deportar al Primer Vicepresidente de la República, don Lucio Pérez Velasco, en resguardo del orden público, y encomendar el poder al Segundo Vicepresidente, doctor Aníbal Capriles.

Sumados los 400 hombres del Batallón 1.º y los 150 de las dos compañías del 5.º con los 114 hombres de la Columna Santa Cruz, que se incorporarían a la expedición en

Riberalta, y con los 250 de la Columna Porvenir, que ocupaban el Alto Tahuamanu, se puede afirmar que el General Pando sólo contaría con un efectivo de 1,000 combatientes para operar sobre la extensa zona aledaña del Acre. Desgraciadamente, el batallón de 300 voluntarios, formado en los valles de Cochabamba por el Diputado Luis de Argandoña y no obstante el considerable gasto que demandaba al Tesoro su sostenimiento, fué condenado a la inacción en el pueblo de Punata, a causa de suspicacias y recelos de partido; pues en tan críticas circunstancias, algunos elementos opositores no vacilaban en conspirar contra el Gobierno, al extremo de haber logrado sorprender dos meses después, la descuidada plaza de Oruro, e imponer una fuerte contribución a los bancos, antes de fugar en el tren de Antofagasta. ¡Qué ciega es la intransigencia política!

La anomalía interna ya indujo al General Pando a volver del Mapiri a La Paz; pero, reconsiderando esta

resolución que comenzaba a ponerse en práctica, decidió finalmente reanudar la marcha al Acre, por la vía de Tumupasa, con una mitad del Batallón 5.º, ordenando que, de pronto, quedase la otra en el Mapiri, a órdenes del Teniente Coronel Simón Aguirre.

Mas, en Riberalta, donde había llegado junto con la expedición del Coronel Montes, el General Pando, con la intranquilidad que causaba en su ánimo la situación política del interior de la República, resolvió que el Coronel regresase a La Paz a reasumir las funciones de Ministro de la Guerra, porque sus prestigios en el ejército y la confianza de que era objeto en el seno del Gabinete, constituirían la más segura prenda de garantía para la conservación del orden público.

Entre tanto, la situación en el exterior se agravaba por momentos.

La inesperada resolución del Presidente de Bolivia, que, dejando el alto cargo de gobernante, asumía el papel de jefe militar a la cabeza de la expedición, sirvió de pretexto al Brasil para desenmascarar de una vez su actitud y dar a la cuestión del Acre un aspecto internacional muy distinto. Apareció el temor de que la resistencia opuesta continuamente a la administración boliviana, mediante los colonos brasileños del río y los agentes solapados que se enviaba a la región, podía concluir ahora como una comedia desconcertada por el descuido de los mismos actores. Por lo mismo, el Barón de Río Branco, onnipotente Canciller del Brasil, celoso de sus prestigios y sus triunfos y ofuscado, tal vez, por el brillante futuro que persigue su patria, comprendió que era preciso proceder de inmediato; buscar las simpatías de todos los países hispanoamericanos y, especialmente, las de los limítrofes, mostrándoles el peligro del establecimiento de un sindicato anglosajón en medio del Continen-

te; obtener la ayuda moral del Perú, como tercero en discordia; sostener que el triángulo del noroeste de Bolivia era litigioso, resucitando la absurda interpretación dada al tratado de 1867 por Cerzedello Correa en el sentido de que la línea de frontera no debía ser una oblicua directa desde el marco del Madera hasta la naciente del Javary, sino la línea del paralelo $10^{\circ} 20'$ que corresponde a dicho marco y que simplemente debía pro-

longarse hasta encontrar el meridiano $73^{\circ} 47' 30''$ O. de G., que pasa por la naciente indicada... ¡Inconcebible parece esta inconsecuencia! No hacía mucho tiempo que el mismo Brasil había concurrido, por medio de una comisión oficial, a la fijación de la naciente del Javary para hacer efectiva sobre el terreno aquella línea oblicua!...

He ahí todo lo que se desprende de la circular telegráfica pasada por el Barón de Río Branco el 24 de enero. (*)



Barón de Río Branco,
Ministro de RR. EE. del Brasil

(*) "Petrópolis, enero 24, 1903.— Con respecto a la cuestión del Acre hemos dado a entender a Bolivia, que el contrato de arrendamiento del territorio, así como los poderes concedidos al *Bolivian Syndicate*, fué una monstruosidad legal, por cuanto importa una enagenación parcial de la soberanía en favor de una compañía extranjera, sin personería internacional. Es una concesión semejante a las concesiones del Africa e indigna de nuestro Continente. Por este contrato el Gobierno de Bolivia, ha concedido al extranjero el poder de administrar una región habitada únicamente por brasileños, para mantener fuerzas terrestres y fluviales y para dispo-

Pero, ¿en qué consistía el Sindicato?

Vamos a indicarlo brevemente.

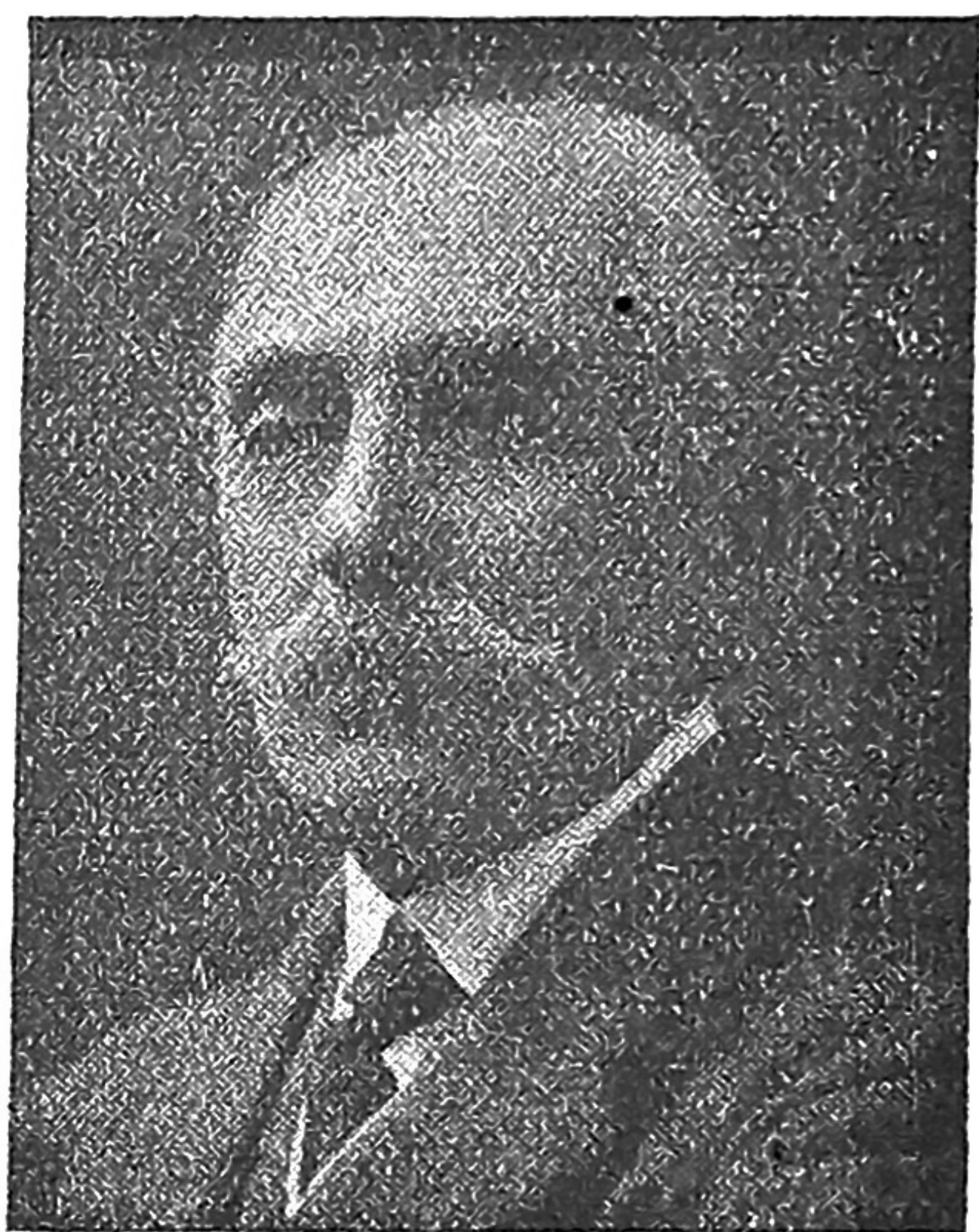
Con la experiencia de la distancia y de la tardía atención del Noroeste, que comercial y regionalmente podía considerarse desmembrado del resto de la República, en tanto que no se facilitasen los medios de comunicación con el interior, el gobierno nacional se propuso administrarlo, de pronto y preferentemente, por el lado del Amazonas, y situando, con este fin, sobre todos los ríos cortados por la línea Madera-Javary, las oficinas de recaudación aduanera, llamadas a convertirse gradualmente en centros de colonización y en puertos destinados al servicio y al tránsito comercial de la zona selvática interior de Bolivia, que, no obstante la enorme extensión de su red fluvial, permanecía clausurada por las rompientes del río Madera. A este propósito obedeció ya el sindicato o sociedad de capitalistas e industriales brasileños que la Legación de Bolivia en Río de Janeiro trató de organizar, y cuyo representante, el Coronel Rogerio Guanabara, se entrevistó con el Delegado Muñoz en el Orthon, en los últimos días de julio de 1900.

Pero el anterior proyecto fracasó al entrar en vías de realización, y quedó nuevamente en pie el problema de atender con toda eficacia el Noroeste, sin otra solución

ner de la soberanía de la navegación del Aquiry o Acre. Al hacer esta concesión no ignoraba el hecho de que con el Perú acababa de firmar un tratado de arbitraje sobre el mismo asunto. La concesión es nula por cuanto el Gobierno de Bolivia ha dispuesto de un territorio que está en disputa. El Brasil ha dado hasta el presente una interpretación muy lata al tratado de 1867 con el objeto de satisfacer a Bolivia, y siempre ha dado a Bolivia facilidades de comercio y comunicación por el Amazonas y el Paraguay; pero habiendo el Gobierno enagenado a favor de un sindicato extranjero, los derechos concedidos en el territorio del Acre, el Brasil ha creído de su deber sostener la verdadera interpretación del tratado y defender, en consecuencia, como frontera el paralelo 10° 20', a fin de llegar a un arreglo con el *Bolivian Syndicate*; después propusimos un canje de territorio. El Gobierno de Bolivia rechazó estas proposiciones. El señor Pando, Presidente de Bolivia, se propone marchar contra los súbditos brasileños del Acre. El Presidente del Brasil ha decidido concentrar tropas en los Estados limítrofes de Amazonas y Matto-Grosso. — *Rio Branco*, Ministro de Negocios Extranjeros".

que la de recurrir al arbitrio de formar una sociedad recaudadora de procedencia extraña a Bolivia y el Brasil, y que por su capacidad financiera inicial, se hiciera respetable ante las autoridades del Amazonas, tan impune y ostensiblemente contrarias, como se ha visto, a los derechos e intereses bolivianos. Y entonces surgió la idea de encomendar al Ministro de Bolivia en Londres, don Avelino Aramayo, la organización de la sociedad angloamericana que, con el nombre de *The Bolivian Syndicate*, quedó constituida en virtud del contrato suscrito con Mr. Frederick Whitridge el 11 de julio de 1901 y aprobado por el Congreso el 21 de diciembre del mismo año.

El Canciller boliviano, don Eliodoro Villazón, se apresuró a contrarrestar las aseveraciones del Barón de Río Branco, dirigiendo, a su vez, a los Estados americanos, su circular telegráfica de fecha 2 de febrero. (*). La soberanía de Bolivia no sufría desmedro alguno con la organización del Sindicato, cuyas facultades, dentro de un plazo de 30 años, se reducían: "a tomar posesión del territorio, mensurarlo y otor-



F. Avelino Aramayo,
Ministro de Bolivia en Londres

(*) "La Paz, febrero 2, 1903. — El contrato del Acre no es de arrendamiento; Bolivia conserva su soberanía confiando tan sólo a la Compañía la recaudación de sus rentas. El contrato es de carácter puramente comercial e industrial, y está sujeto en todo a las leyes de la República. No es semejante a las concesiones africanas, que tienen por objeto la colonización. Bolivia consintió en modificar la concesión, si le daban suficientes seguridades de que la demarcación de la frontera sería concluida. El territorio del Acre no es litigioso; Bolivia basa su derecho en el tratado de 1867 y protocolos sucesivos, así como en la demarcación de fron-

gar títulos formales, respetando y confirmando los derechos adquiridos; recaudar las rentas fiscales, en cambio del 40 por ciento destinado a la amortización de su capital (£ 300.000 a £ 500.000) y entregando al Gobierno el 60 por ciento restante; arreglar el servicio de policía, la salubridad, los transportes y la navegación fluvial y promover las obras públicas, ferrocarriles, telégrafos, muelles, correos, etc., etc."

Pero el Gobierno de Bolivia, deseoso de evitar complicaciones ajenas a sus buenos propósitos, instruyó a su Legación en Londres para que propusiera al representante de aquella sociedad, la rescisión del contrato. La negativa terminante de Mr. Whitridge se basó en el argumento de que el plazo acordado, aun no estaba vencido. En consecuencia, *The Bolivian Syndicate* organizó una comisión, compuesta de cuatro individuos, quienes, en compañía del muy meritorio caballero boliviano don Florián Zambrana, partieron de Inglaterra en octubre de 1902.

La noticia de la capitulación del Coronel Rojas, la alarma creciente de la prensa brasileña, que veía convencionalmente en este sindicato angloamericano sólo una avanzada de la intromisión *yankee* en Sud América; y, sobre todo, el *boycott* de los armadores de navíos, que se negaban a facilitar pasajes a aquellos personeros de la peligrosa entidad industrial, obligaron a dos de los miembros de la comisión a volver desde el Pará, continuando los otros dos (Lee y Horne) en un barco de la compañía

teras hecha por comisiones mixtas; el Brasil en 36 años jamás hizo la tentativa de dar distinta interpretación a las cláusulas del tratado. La población brasileña ha gozado siempre de las más amplias garantías bajo la administración boliviana. El objeto de la expedición del General Pando es libertar a Puerto Acre, mantener la soberanía de la nación y defender los intereses de Bolivia contra las depredaciones de los insurgentes. Bolivia no busca ningún conflicto y está dispuesta a arreglar todas las diferencias sobre bases racionales, sea directamente o por arbitraje. — Eliodoro Villazón, Ministro de Relaciones Exteriores".

inglesa "The Amazon Steam Navigation", acompañados por el señor J. de D. Quiroga Chinchilla y con rumbo al asediado puerto boliviano del Acre, más con el propósito de dejar constancia del caso de fuerza mayor que se oponía al cumplimiento oportuno del contrato, que con el de concurrir debidamente a su ejecución. Es obvio que no pudieron entrar en territorio boliviano y que, apesar de contar desde la cachuela del Purús con la lancha *Mae d' Agua*, comandada por el señor Posnansky, se vieron obligados a regresar de Antimary, en el Acre brasileño, a consecuencia del bloqueo.

He ahí todo lo que pudo hacer aquel grupo de "capitalistas" que resultó sin dinero hasta para abonar los pasajes de regreso de sus dos comisionados.

Nuestro Ministro en Londres, no obstante su experiencia y tino bien reconocidos, había tenido la poca suerte de tropezar con simples "caballeros de industria"...

El 26 de febrero, ocho días antes de que se produjera la caducidad por incumplimiento, y no obstante estar prohibida la transferencia de la concesión "a ningún estado o gobierno extranjero", el Gobierno del Brasil, mediante sus agentes, compró por la suma de £ 114.000 los derechos, intereses y acciones de ese mismo sindicato, cuya existencia había sido la causa de sus desavenencias con Bolivia!...

¿Temía el Brasil que, con la expiración del plazo, desapareciera el pretexto buscado?

Desembozada así la política internacional brasileña, sus aprestos bélicos se hicieron con inusitado aparato: tres buques de guerra (el acorazado *Deodoro*, el crucero *República* y la torpedera *Timbirá*) se dirigieron a la frontera boliviano-brasileña del río Paraguay, y otros tres (el acorazado *Floriano*, el crucero *Tupy* y el cazatorpedero *Gustavo Sampaio*) fueron destinados al Ama-

zonas, habiendo revelado ambas divisiones navales, durante el moroso viaje de una y otra, sus pésimas condiciones de conservación, ya que no las de su poder ofensivo y defensivo que nunca se llegó a comprobar.

En cuanto a la movilización de las tropas procedentes de las guarniciones de Bahía, Pernambuco y otros puntos del Norte, nos bastará hacer notar que, no obstante la franca navegación de los ríos, ellas llegaron a Puerto Acre recién el 2 de abril, donde su jefe y comandante, el General Antonio Olimpio da Silveira, lanzó una proclama, asumiendo el gobierno del territorio comprendido entre la línea Madera—Javary, el paralelo 10° 20' y el curso del río Yaco, "hasta que se resuelva el litigio sobre los límites con Bolivia"; y, secundando estas disposiciones, Plácido de Castro, por su parte; decretó la traslación de la sede del gobierno revolucionario a la Boca del Xapury, y la de la aduana, al barracón de Capatará, a fin de ocupar sólo el territorio situado al Sur del referido paralelo; pues el del Norte aparecía "litigioso" sin embargo de la terminante declaración hecha por el Ministro de Relaciones Exteriores brasileño, Olyntho de Magalhaes, al Ministro boliviano Salinas Vega, en 1900 (*). Como se vé, dos aliados sinceros, dos divisiones de un mismo ejército, no habrían procedido con mayor acuerdo, con tanta cordialidad, ni más fielmente que la pretendida República del Acre y la gloriosa Nación Brasileña, en ejecución de *pactos anteriores*....

Contrastando con la ruidosa movilización de aquellas

(*) "Litigioso es solamente el (territorio) comprendido entre las líneas Teffé y Cunha-Gómez. El que se extiende al Sur de la segunda es boliviano, y el Brasil no lo disputa, como consta de documentos publicados y muy conocidos" etc. "El Gobierno boliviano entiende que el territorio al sur de la línea Cunha-Gómez pertenece a Bolivia, y el Gobierno brasileño piensa de la misma manera, como lo ha declarado más de una vez. No hay, por lo tanto, litigio". O. de Magalhaes, en nota de 14 de marzo de 1900.

fuerzas de mar y tierra, el apresto de la modesta expedición del General Pando, que supuso tener que habérselas sólo con los revolucionarios, había tocado los límites de la ingenuidad más deplorable. La prensa boliviana reveló a todo el mundo el reducido número de la fuerza expedicionaria, la distancia, la falta de elementos de traslación y la de abastecimientos en el Noroeste, la malísima situación del tesoro, la necesidad de descontar los sueldos de los empleados públicos para atender los gastos de la campaña, los conatos subversivos de la oposición, etc., etc. ¡Qué iba a esperarse en esta forma, ni respeto ni consideración del adversario!

Y el fatal desenlace se aproximaba día a día, inevitablemente, como un corolario de la incompatibilidad de elementos contrapuestos por una ambición poderosa y desmedida y una confianza ciega en la justicia de la causa...

Al comenzar el mes de abril, el General Pando situó bajo el comando del J. de E. M. Teniente Coronel Escolástico Viscarra, los 400 hombres del Batallón 1.º de línea, cuyos jefes inmediatos eran los Tenientes Coroneles Monje y Tejada Fariñas y el Comandante Deheza, en la barraca Palestina, casi frente a Mercedes que, como ya se sabe, era el punto de arranque del camino seguido por todas las expediciones anteriores al Abuná y al Acre; y entre el 8 y 17 del mismo mes, llevó personalmente los 150 soldados de las dos únicas compañías del Batallón 5.º que habían seguido con él desde el Mapiri, y ocupó Puerto Rico, en la confluencia del Tahuamanu y el Manuripi, posición estratégica importantísima para repeler el avance de las fuerzas revolucionarias de Plácido de Castro que habían invadido ya toda la zona Norte. En este mismo punto debían concentrarse próximamente: la Columna Porvenir, que bajo las órde-

nes de Moreira, Farfán y Román seguía operando en el Alto Tahuamanu; la Columna Santa Cruz, que había sido destinada al Madre de Dios; y todas las fuerzas irregulares que se alistaban en las barracas de la región amagada: — un total de 650 hombres más o menos; pero, cuando esta concentración comenzaba recién a efectuarse con el arribo de los 150 soldados del primer contingente, comandado por el Teniente Coronel Germán Cortés, ocurrió el ataque llevado a cabo el 18 de abril por la Columna de 200 hombres del Teniente Coronel insurgente Brandao, y repetido el 21, sin causar en el campamento boliviano otro daño que 12 heridos, entre los cuales se contaba el Teniente González Serruto.

Comprobada en este último día la eficaz resistencia de las fortificaciones dirigidas por el Teniente Coronel e Ingeniero Enrique Fernández Cornejo, que acababa de incorporarse con 50 voluntarios, y recibido el aviso de que, tanto la Columna Porvenir como la Santa Cruz, acudían ya al punto de reunión acordado, el General Pando, asistido por dos ordenanzas, se puso en marcha por tierra, con rumbo a Palestina, cuartel general en que se encontraba el Batallón 1.º; y en medio camino, más allá de la barraca Trinidad, fué sorprendido por la lancha *Braillard* que, a todo vapor, llevaba a su bordo un correo extraordinario (el Teniente J. V. Reyes), despachado de La Paz con la misión de entregar personalmente al General Pando una copia del protocolo suscrito el 21 de marzo entre el Ministro Plenipotenciario del Brasil, Eduardo Lisboa, y el Ministro de Relaciones Exteriores Eliodoro Villazón, para establecer un *modus vivendi* de cuatro meses, durante los cuales se buscaría una solución directa entre el Brasil y Bolivia, o se someterían al arbitraje las cuestiones pendientes, quedando entre tanto ocupado militarmente por el Brasil, el territorio situado al



Eliodoro Villazón,
Ministro de RR. EE. de Bolivia

Norte del paralelo 10° 20', considerado ahora *litigioso*, y desde el cual esa misma nación recaudaría los derechos de exportación dando a Bolivia el 50 por ciento de los correspondientes sólo al territorio situado al Sud del referido paralelo. Las tropas bolivianas se detendrían en el Orthon y sus afluentes, no pudiendo las avanzadas pasar del río Abuná.

Por su parte el General Silveira había recibido en el Acre el aviso oficial de aquel acuerdo, y se apresuró a enviarlo con el Mayor Gómez de Castro al caudillo revolucionario Plácido del mismo apellido, que con sus numerosas columnas de facciosos se encontraba interpuesto como una avanzada de las fuerzas federales ante las bolivianas, o, mejor dicho, como un biombo detrás del cual jugaba la megalomanía del famoso Barón.

Casi simultáneamente el General Pando (24 de abril) y Plácido de Castro (25 del mismo) tuvieron conocimiento del *modus vivendi* pactado en La Paz; pero, como el aviso transmitido por el primero con el Comandante M. A. Sanjinés, llegó a Puerto Rico recién el 26, en momentos en que la guarnición repelía un nuevo ataque de las fuerzas sediciosas de Brandáo, reforzadas desde la víspera por las que a órdenes de Plácido de Castro operaron hasta entonces en Girona contra la Columna Porvenir, no fué posible evitar la efusión de sangre en

las filas atacantes, que experimentaron numerosas bajas, ni en las defensoras, que tuvieron que lamentar las heridas del Capitán Elías Salinas, el Teniente Jorge Tejerina y algunos soldados.

La denodada Columna Porvenir llegaba también en esos momentos a Puerto Rico, animosa de tomar parte en la ofensiva que estaba acordada en el plan, y contrariada ahora por la noticia de que sería disuelta ya, por innecesaria.

Las tropas separatistas de Plácido de Castro abandonaron a su jefe y se desbandaron dejando "extinguida la revolución del Acre", como lo declaró el General Silveira en su decreto de 13 de mayo de aquel año, poco antes de haber sido reemplazado por el Coronel Augusto Cunha Matos en el comando de las fuerzas federales; y estas últimas también abandonaron la región, reatriadas con una pérdida del 60 por ciento de sus efectivos, debida principalmente al mortífero clima. (Júzguese por este dato el esfuerzo boliviano).

Con el protocolo Villazón-Lisboa, quedaba hecho el diseño del pacto que debía poner fin a la cuestión del Acre, y, en efecto, el 17 de noviembre de 1903 fué firmado en Petrópolis el tratado llamado "de permuta de territorios y otras compensaciones", habiendo concurrido a él los Plenipotenciarios siguientes: — de parte de Bolivia, el Ministro allí acreditado, señor Claudio Pinilla, y don Fernando Guachalla; y de parte del Brasil, el Ministro de Relaciones Exteriores, señor José María da Silva Paranhos de Río Branco, y don Joaquín Francisco de Assis Brasil, que se trasladó desde Wáshington, como su colega el Sr. Guachalla, dejando momentáneamente la Legación de su país en los Estados Unidos.

El nuevo ajuste modificaba sustancialmente el tratado de 27 de marzo de 1867, a pesar de que cons-

tituía sólo la continuación de las desmembraciones terri-



Fernando E. Guachalla,

Ministro de Bolivia en Wáshington y
Plenipotenciario Especial en Río
de Janeiro

toriales que el país poseedor del Amazonas lograba a costa de uno de los copropietarios interiores del estuario. Pero hablemos mas claro: Con el pacto sorpresivo que suscribieron Muñoz y Netto en tiempo de Melgarejo, se había creído consumada la clausura de Bolivia detrás de las rompientes del Madera; pero, como la línea trazada posteriormente en virtud de ese mismo pacto, entre la boca del Beni y la naciente del Javary, resultaba dándole al territorio boliviano libre acceso por 7 ríos nave-

gables, era indispensable hacer que esa frontera retroceda hasta una posición astronómica en la cual no fuera ya considerable el concurso del país castellano y andino, al que habían dejado los títulos coloniales en posesión de una parte del "imperio brasileño sobre el sistema fluvial amazónico, exactamente en el punto en que el derecho de los ribereños podía tornarse molesto para el Brasil"...

En virtud del tratado Muñoz—López Netto de 1867, Bolivia cedió al Brasil 251,000 kilómetros cuadrados de territorio comprendido entre el paralelo correspondiente al punto medio del Madera (6.º 52') y prolongado hasta la ribera oriental del Javary; la línea tirada desde este último punto hasta la confluencia Beni—Mamoré (10.º 20'); y el curso superior del río Madera, que cierra el

triángulo por el Oriente. Sumada a esta superficie, la de 49,000 k2. en que calculamos las tierras cedidas al Oeste de los ríos Paraguay y Guaporé, se forma un total de 300,000 k2. que obtuvo el Brasil anteriormente.

En virtud del tratado de Petrópolis, el Brasil quedaba también en posesión del triángulo complementario encerrado entre la línea oblicua tirada desde la confluencia Beni-Mamoré hasta la naciente del Javary ($7^{\circ} 6' 55''$), el paralelo $10^{\circ} 20'$ y el límite del *statu quo* Perú-boliviano, con un área de 142,900 k2. a la que se debe añadir la de 48,100 del territorio situado al Sur del paralelo $10^{\circ} 20'$ y al Norte de la línea actual de frontera impuesta por el tratado. Total: 191,000 kilómetros cuadrados.

En cambio, el Brasil cedía (devolvía) a Bolivia: — 2,296 ks. entre el Abuná, el Madera y la parte respectiva de la línea oblicua al Javary; 723 ks. sobre el río Paraguay, en las tierras anegadizas de Bahía Negra; 116 ks. en la Laguna Cáceres, de los cuales sólo 49.6 están ubicados en tierra sobre la orilla meridional; 20.3 ks. sobre la Laguna Mandioré; y 8.2 ks. sobre la Laguna Gaiba. Total: — 3,163.5 kilómetros cuadrados.

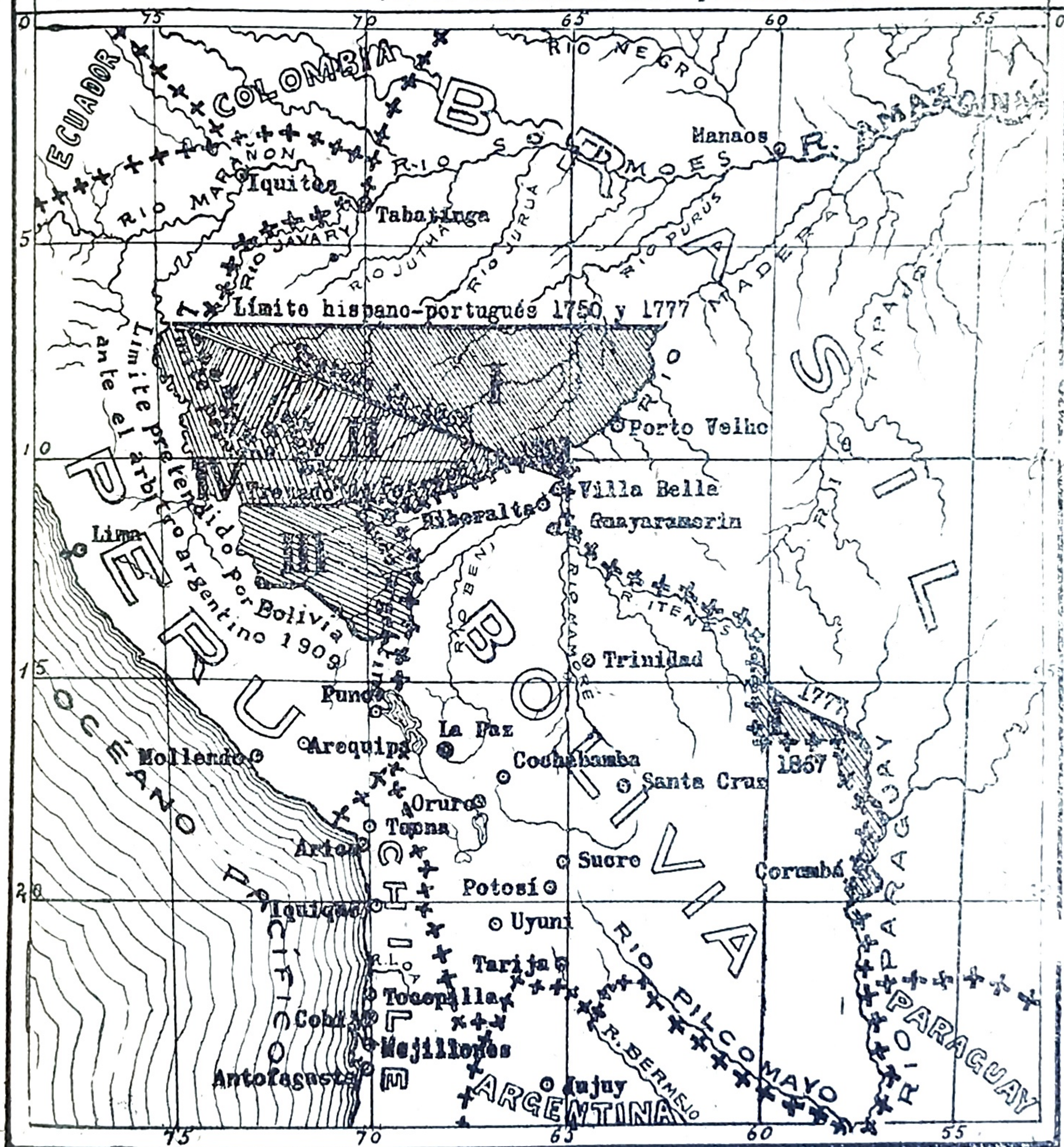
He ahí la permuta de territorios: ¡191,000 k2. por 3,163.5! (*)

Las “otras compensaciones” consistían: en el pago de una indemnización de £ 2,000.000, cuyo destino sería principalmente la construcción de ferrocarriles u otras obras tendientes a mejorar las comunicaciones y desenvolver el comercio entre los dos países, y en la construc-

(*) Quedan todavía por resolver con el Brasil los desacuerdos suscitados por el error de hecho cometido en 1877 al ubicar sobre el río Tarbo el hito correspondiente al origen del río Verde en la frontera oriental, y por la disconformidad del tratado de Petrópolis con la verdadera posición geográfica de la naciente del Iquiry respecto de la del Rapirrán en la frontera septentrional. Ambos están actualmente en vías de arreglo decoroso.

EL PROCESO DE LA PÉRDIDA DEL NOROESTE

- I.— Territorios cedidos al Brasil por el Tratado de 27 de marzo de 1867.
- II.— id. id. " id. " " Tratado de 17 de noviembre de 1903.
- III.— id. adjudicados al Perú por el laudo argentino modificado (1909).
- IV.— Emergencias de los pactos anteriores: Trat° peruano-brasileño de 1909.



NOTA.—Las tres líneas de frontera que, partiendo de los orígenes del río Javary convergen en el río Madera, al norte de Villa Bella, corresponden a las siguientes posiciones astronómicas fijadas como nacientes del primero:— Blak-Teffé en 1874, $7^{\circ} 1' 17''$ S. y $74^{\circ} 8' 27''$ O. G.; Cunha-Gómez en 1897 $7^{\circ} 11' 48''$ S. y $73^{\circ} 47' 44''$ O. G.; y Ballivián-Cruzs en 1901, $7^{\circ} 6' 55''$ S. y $73^{\circ} 47' 30''$ O. G. Esta última fué la aceptada definitivamente sobre el terreno (Alto Jaquirana).

ción del ferrocarril Madera—Mamoré por territorio brasileño, con ramal a Villa Bella, salvando en provecho común el difícil tránsito de las cachuelas. Esta obra, según lo manifestó después el Barón de Río Branco, redundaba especialmente en provecho del Estado de Matto Grosso “*em troca de alguma agua, de alagadiços e de duas e meia leguas de terra firme, que lhe são inteiramente inuteis*”... (“Exposición de Motivos” ya citada).

¡Qué poco pudo hacer nuestra diplomacia! ¡Y cuán satisfecho sonreía el Barón al decir: “algún agua.... terrenos anegadizos...”



Claudio Pinilla,
Ministro de Bolivia en el Brasil

El Brasil se obligaba también a llevar a cabo la gestión directa con el Perú y sin responsabilidad para Bolivia, respecto de los límites dentro del territorio comprendido entre la nascente del Javary y el paralelo 11.º Y en efecto, como el Barón de Río Branco ya sabía el medio de concluir esta clase de cuestiones, combinó discretamente sus ardidés diplomáticos con la resistencia armada de los acreanos, quienes triunfaron contra el Perú en 1902,

cerca de la desembocadura del río Santa Rosa afluente del Purús y en las proximidades de la actual villa de Thaumaturgo del río Juruá (21 de octubre); tuvieron que lamentar en 1903 los fusilamientos efectuados por tropas peruanas en el punto de Funil en el Purús; y volvieron a rechazar a sus adversarios en 1904, al Norte de Curan-

ja en el mismo Purús (mes de abril), en la boca del Chandless (6 de septiembre) y en el Alto Juruá (5 de noviembre), hasta que, por fin, el tratado celebrado el 8 de septiembre de 1909 terminó el diferendo de límites peruano-brasileño.

Dos meses antes, el laudo del Presidente de la República Argentina (9 de julio del mismo año) había resuelto también la controversia Perú-boliviana sometida al arbitraje; pero, como el fallo se extralimitó de las atribuciones fijadas al juez por las dos naciones ocurrentes, fué necesaria la modificación acordada el 17 de septiembre, después de enojosas discusiones y sin poder evitar posteriormente (1910) los sangrientos encuentros de las guarniciones contrapuestas sobre el río Manuripi, y donde todavía esperaba un resplandor de gloria al pabellón de Bolivia.

Así terminó aquella cuestión internacional, que en su desenlace fué tripartita, y, con ella, la vida efímera de la República del Acre, forjada con el solo propósito de desmembrar el territorio de una nación incipiente, para satisfacer el deseo de engrandecimiento exclusivista y desmesurado de otra nación más poderosa y fuerte.

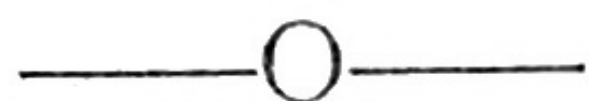
Bolivia posee hoy sólo 90 kilómetros lineales a lo largo de la orilla meridional del río Acre. La antigua barraca Bahía, llamada hoy Cobija, es el asiento de la Delegación Nacional; y al extremo Oeste de la nueva línea de frontera, se ha fundado el caserío tripartito cuya denominación — Bolpebra — corresponde a las primeras sílabas de los nombres: Bolivia—Perú—Brasil.

La Paz, octubre de 1927.

F I N

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	VII
PRÓLOGO	IX
EL LIBRO "DE LOS ANDES AL AMAZONAS"	XVI



CAPÍTULO		PÁGINA
I	<i>La Paz, desde el Alto</i>	I
II	<i>Cómo se juzgaba la cuestión del Acre en el interior de la República. — Una disgresión necesaria</i>	II
III	<i>La Altiplanicie. — Las postas. — El Indio. — Los pueblos. — Aspecto y condiciones de la región</i>	22
IV	<i>Oruro. — Las minas. — El Ferrocarril de Antofagasta</i>	37
V	<i>Cochabamba. — Las Quebradas. — Los Valles</i>	48
VI	<i>La Ciudad. — Calacala. — El Valle de Cliza</i>	59
VII	<i>La Delegación Extraordinaria. — Preparativos de marcha. — La partida</i>	69
VIII	<i>La Montaña</i>	77
IX	<i>Por los Yungas</i>	89
X	<i>De Santa Rosa del Chapare a Trinidad..</i>	101
XI	<i>Trinidad y sus gentes. — Los llanos de Mojos</i>	118

XII	<i>El Piquete "Santa Cruz". — Navegando el Mamoré. — El Iténez. — Las Cachuelas..</i>	132
XIII	<i>Villa Bella. — Por el Bajo Beni. — Un incidente desgraciado</i>	146
XIV	<i>Riberalta. — El Piquete "Abaroa". — Del Madre de Dios al Orton</i>	158
XV	<i>Mercedes. — La Delegación Muñoz. — Últimas noticias</i>	173
XVI	<i>El Ministro de la Guerra. — El Batallón "Independencia". — En marcha al Acre..</i>	185
XVII	<i>Los pobladores del Acre. — La explotación de la goma. — El río Aquiry o Acre. — Un personaje extraño</i>	195
XVIII	<i>La Revolución de Bagazo o Fortaleza....</i>	209
XIX	<i>Puerto Acre. — El Delegado Muñoz y la guarnición</i>	222
XX	<i>Días aciagos. — Noticias alarmantes. — A Empresa. — Captura de Gentil T. Norberto</i>	231
XXI	<i>Papiry, Cajueiro y Volta de Gloria</i>	243
XXII	<i>Riosinho</i>	257
XXIII	<i>Combate de Puerto Acre. — Ruptura del bloqueo</i>	271
XXIV	<i>Combate de Bagé. — La pacificación ...</i>	285
XXV	<i>El Amazonas. — Sus afluentes. — Su libre navegación. — Manaos y el Pará</i>	297
XXVI	<i>Mi regreso</i>	310
APÉNDICE.	<i>— Las expediciones posteriores. — El diferendo internacional. — La pérdida del Noroeste</i>	315



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

9754



~~Número del Nuevo
Inventario.....~~ 12



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).

12



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).



cudhis
Centro Universitario de
Documentación Histórica - UMSS



Digital access to this historical source, preserved at CUDHIS - UMSS, was made possible through the decisive support of the Dirección de Interacción Social Universitaria (DISU).